



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año XI, Vol. LXIV, Núm. 4 (julio-agosto de 1952).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

4

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42
Apartado Postal 905
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

ADMINISTRADOR
DANIEL RANGEL

EDICION AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

AÑO XI

4

MAYO - JUNIO
1952

INDICE
Pág. IX



Atención viajeros

atención viajeros

MEXICANA DE AVIACION

ANUNCIA SUS VUELOS
DIARIOS CON DESTINO A:

El vuelo "El Internacional" le ofrece el servicio más rápido, lujoso y único sin escalas a Los Angeles en SUPER DC-6 Vuele también por "El Internacional" a La Habana.



LOS ANGELES
LA HABANA - MONTERREY
GUADALAJARA - NUEVO LAREDO
MERIDA - CAMPECHE - CD. VICTORIA
CD. DEL CARMEN - CD. VALLES
CHETUMAL - HERMOSILLO - IXTEPEC
MAZATLAN - MEXICALI - TAMPICO
MINATITLAN - OAXACA - TIJUANA
TUXPAN-VERACRUZ-VILLAHERMOSA
TAPACHULA - TUXTLA GUTIERREZ

M-166

CONSULTE A SU AGENTE DE VIAJES O A

MEXICANA DE AVIACION

"LA PRIMERA LINEA AEREA DE MEXICO"

Agentes de: **PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS**

AV. JUAREZ Y BALDERAS. TELS. 18-12-60 y 35-81-05

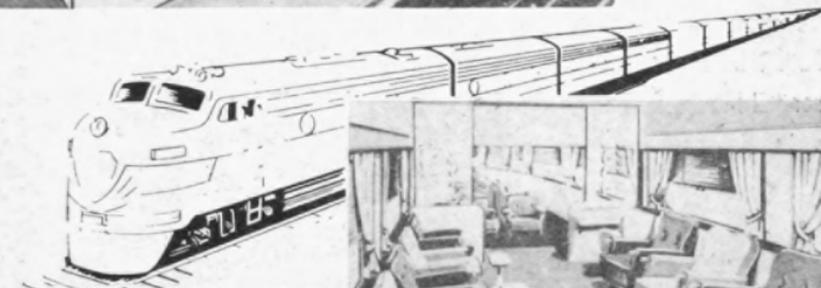
Próximamente.

UN GRAN TREN DE LUJO!



EL NUEVO TREN SUIZO
AERODINAMICO

L U J O S O
CONFORTABLE
CON CLIMA ARTIFICIAL
R A P I D O
CORRERA ENTRE MEXICO, D. F.
Y LAREDO, SAN ANTONIO
ST. LOUIS, MO.
CONECTARA EN LA FRONTERA
CON EL FAMOSO "TEXAS EAGLE"



LLEVARA:

- 1 coche equipaje-correo
- 1 coche de 1ra. clase
- 2 coches de 1ra. numerada
- 1 coche comedor
- 3 dormitorios Pullman
- 1 coche bar-observatorio



PROPORCIONAREMOS A USTED LA MA-
XIMA COMODIDAD DURANTE SU VIAJE

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO



EQUIPOS MECANICOS S.A.

REFORMA No. 157 TELS. 11-45-10 35-16-84 MEXICO, D. F.



DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS PARA LA REPUBLICA DE



INTERNATIONAL HARVESTER

TRACTORES Y FUERZA MOTRIZ



PALAS Y DRAGAS MECANICAS

BUFFALO



SPRINGFIELD

APLANADORAS



PALA ESTIBADORA

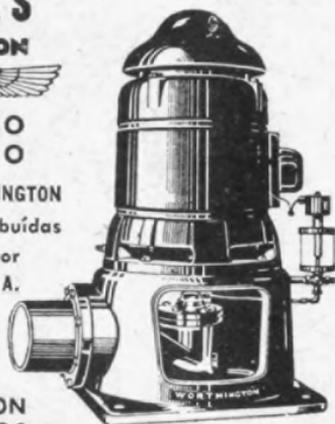
BOMBAS

WORTHINGTON



PARA POZO PROFUNDO

Fabricadas por WORTHINGTON DE MEXICO, S. A. y distribuidas en toda la República por EQUIPOS MECANICOS, S. A.



MAS AGUA CON MENOS GASTOS

Es natural, una bomba WORTHINGTON, se sostiene a bajo costo y su durabilidad es excepcional, por las aleaciones especiales que entran en su fabricación.

Para cada aplicación agrícola o industrial, hay un tipo exacto de Bomba WORTHINGTON. Nuestros técnicos están a sus órdenes para estudiar su caso y colaborar con Ud. en la selección y montaje de su bomba. Solicítenos información más amplia sobre el particular.

WORTHINGTON



BOMBAS Y COMPRESORAS



MOTO CONFORMADORAS

C.H.&E.

BOMBAS PARA CONTRATISTAS

UNIVERSAL

QUEBRADORAS Y TRITURADORAS

SUCURSALES

SUCURSAI MONTERREY

AV. MADERO 702 OTE. MONTERREY, N. L.

SUCURSAL CHIHUAHUA

ALDAMA 103 CHIHUAHUA, CHIH.

SUCURSAL GUADALAJARA

CALZ. INDEPENDENCIA SUR 703 GUADALAJARA, JAL.



Produciendo
ACERO PARA MEXICO



La confianza de quien
construye se basa
en los materiales de
calidad que usa

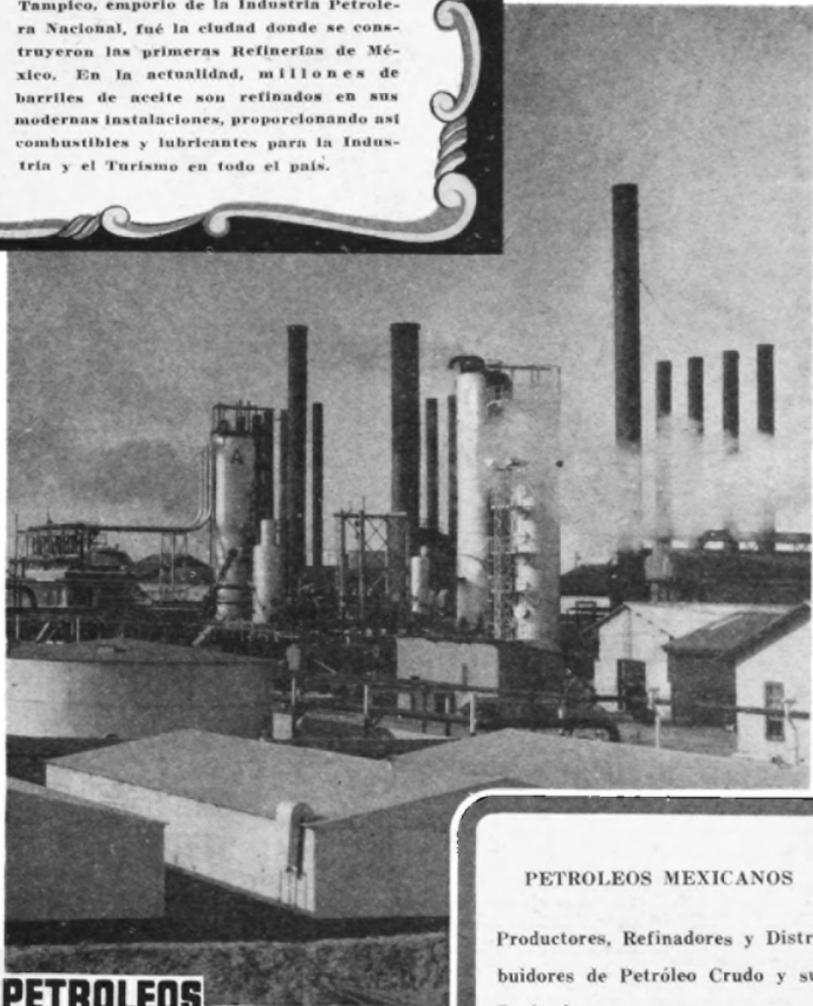
Calidad

de nuestros productos
que satisfacen las normas de la
Secretaría de la Economía Nacional y
además las especificaciones de la A. S. T. M.
(Sociedad Americana para Pruebas de Materiales)

CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDEARAS 68 - APARTADO 1336
FABRICAS EN MONTERREY, N.L.: APARTADO 206

Tampico, emporio de la Industria Petrolera Nacional, fué la ciudad donde se construyeron las primeras Refinerías de México. En la actualidad, millones de barriles de aceite son refinados en sus modernas instalaciones, proporcionando así combustibles y lubricantes para la Industria y el Turismo en todo el país.



PETROLEOS MEXICANOS

Productores, Refinadores y Distribuidores de Petróleo Crudo y sus Derivados.

**PETROLEOS
MEXICANOS**
AL SERVICIO DE LA PATRIA



**ENTREGA INMEDIATA...
BIEN FRIA**



Dondequiera que esté puede usted confiar en la calidad inalterable de Coca-Cola porque Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante. Ese sabor, que tanto le agrada, no se encuentra sino en Coca-Cola. Elaborada y embotellada bajo condiciones rigurosamente higiénicas, como Coca-Cola, no hay igual.

ALAS EXTRA



*se destacan
entre los
de su categoría*



Un acontecimiento editorial que es un **ORGULLO** para México



DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO **UTEHA**

Tenemos la plena seguridad de que usted va a ser de nuestra opinión. Como lo son ya para estas fechas cuantos han tenido oportunidad de conocerlo. El DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA es un auténtico orgullo para México y para toda la América de habla castellana. Y lo es, tanto por la extraordinaria magnitud y calidad de su contenido, como por la atractiva y severa elegancia de su presentación. Cuando usted lo examine, dirá con nosotros que es el esfuerzo editorial de mayor envergadura llevado a cabo en nuestro continente; esfuerzo que incorpora el nombre de México al de las naciones más avanzadas de todo el mundo en la producción de grandes enciclopedias.

MÁS DE MEDIO MILLÓN DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS
10 TOMOS

En su contenido, de una extensión muy superior a la de otros diccionarios del mismo o parecido número de volúmenes, se ofrece la más precisa y extensa documentación, puesta rigurosamente al día y seleccionada de las fuentes originales de mayor solvencia, en la que se incluye un repertorio excepcional sobre Hispanoamérica. La belleza y el valor documental de sus millares de ilustraciones constituyen el más sugestivo complemento de este diccionario, que usted puede adquirir con grandes facilidades de pago.

SOLO **\$35** AL MES

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
EDITORIAL GONZALEZ PORTO

Av. Independencia, 10 - Apdo. 140-Bis - México, D. F.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

Apartado 140-Bis - México, D. F.

Sírvanse remitirme el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, dándome a conocer también sus condiciones de pago.

Nombre

Domicilio

Localidad

Estado

CUADERNOS AMERICANOS

No. 4 . Julio - Agosto de 1952 Vol. LXIV

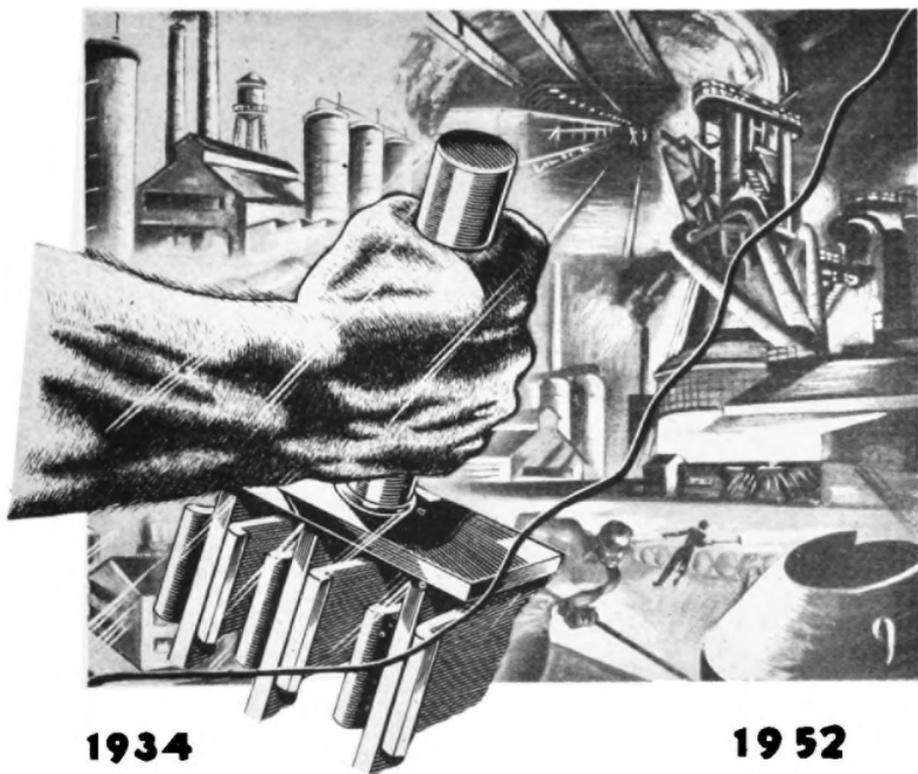
INDICE

	<i>Págs.</i>
NUESTRO TIEMPO	
JUAN CUATRECASAS. Consideraciones sobre la crisis cultural y política de nuestros días	7
GERMÁN ARCINIEGAS. Brasil. Un continente dentro del continente	36
JESÚS SILVA HERZOG. Reflexiones sobre las dictaduras	57
<i>Una carta a Germán Arciniegas</i> , por MARÍA ROSA OLIVER	64
<i>Carta abierta a Raúl Roa</i> , por RUBIA BARCIA	69
AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
RECORDACION DE CAJAL. Participan:	
JOAQUÍN D'HARCOURT. Se ofrece el homenaje	77
LUIS GARRIDO. Presencia de la Universidad de México	84
I. COSTERO. El ejemplo de Cajal	88
DIONISIO NIETO. Cajal y la neuropsiquiatría moderna	95
MANUEL MARTÍNEZ BÁEZ. Cajal y la ciencia en España y en Hispanoamérica	100
M. MÁRQUEZ. Cajal y la neuro-oftalmología	106
TOMÁS G. PERRÍN. La última cuartilla de Cajal	113
ARTURO ROSENBLUETH. La influencia de Cajal en la fisiología	118
J. PUCHE. Aspectos fisiológicos de la doctrina de la neurona	122
JULIO BEJARANO. Cajal, ciudadano	134
GERMÁN SOMOLINOS. Cajal visto a los 80 años	139

	Págs.
PRESENCIA DEL PASADO	
PABLO MARTÍNEZ DEL RÍO. El mamut de Santa Isabel Iztapan	149
ARNALDO COSCO. Leonardo da Vinci y el Renacimiento	171
MAXIME LEROY. Víctor Hugo, pensador social	186
<i>Un absolutista a destiempo sobre el "Bolívar" del señor De Madariaga</i> , por LUIS ALBERTO SÁNCHEZ	199
DIMENSION IMAGINARIA	
MANUEL CALVILLO. Epístola	219
MA. VICTORIA DE SALINAS. Continuidad	225
MAX AUB. Enrique González Martínez y su tiempo	226
ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO, JR. Recuerdos de mi abuelo el doctor Enrique González Martínez	237
RAIMUNDO LAZO. Caracterización y balance del modernismo en la literatura hispanoamericana	242
RAFAEL HELIODORO VALLE. Pretérito Perfecto	252
<i>Leyenda singular</i> , por RODOLFO USIGLI	283
<i>Magaloni: Un poeta de México</i> , por GUSTAVO VALCÁRCEL	289

Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son rigurosamente inéditos en todos los idiomas.

18 años de impulsar la economía del País...



1934

En 1952 la Nacional Financiera cumple 18 años de labores que representan uno de los esfuerzos más fecundos para diversificar la economía de México.

Con el desarrollo de la industria mexicana se pretende armonizar el desenvolvimiento del país y reafirmar su independencia económica. Contribuir a acelerar el proceso de formación de capitales explotando más intensa y racionalmente los recursos naturales, aprovechando en mejor forma las materias primas, utilizando

una técnica moderna que permita una mayor productividad y, en fin, haciendo de la industria y de las demás actividades que dan vida a la economía mexicana, instrumentos tendientes a elevar el ingreso y el nivel de vida de la población.

Participe usted en la tarea de impulsar la economía del país, invirtiendo sus ahorros en Certificados de Participación de la Nacional Financiera, S. A., títulos que ofrecen a sus tenedores máxima seguridad y garantías.

1952

Nacional Financiera, S. A.

Venustiano Carranza 25

Apartado 353

México, D. F.

(Autorizada por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio No. 601 II 7399)

LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobre-cargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.



**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso. México, D. F.

CERVEZA

La bebida familiar mexicana

En el hogar mexicano la familia se reúne alrededor de la mesa donde las hábiles manos de las esposas y de las madres han colocado la sabrosa policromía de nuestros platillos.

Allí, junto a la cazuela del oloroso mole, cerca del tenate de las tortillas —pan nuestro de cada día— aparece invariablemente la botella de cerveza, de esa cerveza mexicana que, tan agradable y tan sabrosa como nuestra comida, es la mejor del mundo.

Y tiene la cerveza su sitio en el seno del hogar mexicano debido a su agradable sabor, a su bajo contenido alcohólico, a su pureza y a su precio al alcance de todos.

Por eso, cuando se congrega la familia mexicana, a la hora de las comidas, a la hora del descanso y de la charla amable, está siempre presente la botella de cerveza, bebida del hogar mexicano.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA



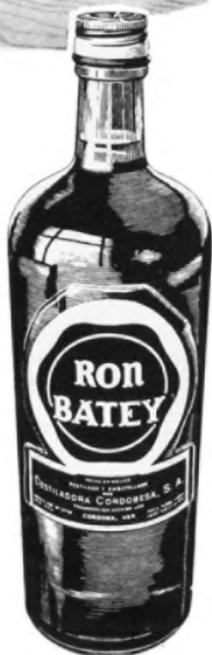
¿Porqué Arriesgar?

Quando usted juega a la loteria de cartones, usted arriesga... el triunfo es dudoso.

Quando usted sirve bebidas de inferior calidad, usted también arriesga - ¡sin necesidad! - pues puede servir BATEY, El Mejor Ron del Mundo, que aún se obtiene a un precio módico.

NO ARRIESGUE, sirva

BATEY El Mejor Ron del Mundo



ALGODONERA FIGUEROA, S. A.

EDIFICIO "AMERICA", DESP. 104
TORREON, COAH.



REPRESENTANTES EN MEXICO, D. F.:
AGENCIA FIGUEROA, S. A.

AV. 16 DE SEPTIEMBRE NUM. 6, 7º PISO
MEXICO, D. F.

TELS.: 10-48-65 Y 36-12-32, 36-12-33.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL DE LA COMISIÓN DE HISTORIA DEL
INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Un instrumento de trabajo indispensable para el historiador de América y el americanista por su Sección de Artículos, Noticias, Notas críticas, Reseñas y Bibliografía, con colaboraciones en los cuatro idiomas del Continente.

Director: Silvio Zavala. Secretario: Javier Malagón.
Redactores: Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé,
Ernesto de la Torre y Susana Uribe.

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sabor Villa (Argentina).—Humberto Vázquez Machicado, y Guillermo Hernández de Alba (Colombia).—José María Chacón y Calvo y Fermín Peraza Srausca (Cuba).—Ricardo Donoso (Chile).—José Honorio Rodríguez (Brasil).—Abel Romeo Castillo (Ecuador).—Merle E. Curti y Clement G. Mottin (Estados Unidos de América).—Rafael Heliodoro Valle (Honduras).—Jorge Basadre y J. M. Vélez Plensso (Perú).—Emilio Rodríguez Demorizi (República Dominicana).—Juan E. Pivel Devoto (Uruguay).

Suscripción anual, 5 dólares o su equivalente en moneda mexicana. Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse a: Comisión de Historia (R. H. A.) Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Ex-Arzobispado 29, Tacubaya.

México, 18

República Mexicana

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección, les ofrecemos ejemplares atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	núms. 2, 3, 4, 5 y 6	30.00	3.50
1944	los seis números	25.00	3.00
1945	" " "	25.00	3.00
1946	" " "	20.00	2.50
1947	núms. 1, 2, 3, 5 y 6	20.00	2.50
1948	" 2, 3, 4, 5 y 6	18.00	2.25
1949	" 2, 3, 4, 5 y 6	18.00	2.25
1950	" 2, 4, 5 y 6	15.00	2.00
1951	los seis números	12.00	1.50

Los pedidos pueden hacerse a

República de Guatemala 42-4, Apartado postal 065,
o por teléfono al 12-31-46.

Véase en la solapa posterior los nuevos precios de nuestras publicaciones.

COMPRAMOS EJEMPLARES DEL NUMERO 1 DE 1942

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA Y
PREPARATORIA

Externos



VIENA 6.

TEL.: 35-51-95

KINDER - PRIMARIA
Medio Internado - Externos



REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

LIBRERIA M. GARCIA PURON Y HNOS.,

A. EN P.

CIENCIAS, FILOSOFIA, ARTE
Y LITERATURA



Encontrará usted además la Revista CUADERNOS AMERICANOS
y los libros que edita.



Visítenos en Palma 22 (entre Madero y 5 de Mayo)
Ericsson 13-37-53. - Apartado postal 1619 - MEXICO, D. F.

EL COLEGIO DE MEXICO
Y
HARVARD UNIVERSITY

publican trimestralmente la

NUEVA REVISTA DE
FILOLOGIA HISPANICA

Director: AMADO ALONSO

Harvard University

Redactores: Dámaso Alonso, Marcel Bataillon, William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida de Malkiel, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, José Rojas Garcidueñas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor bibliográfico: *Agustín Millares Carlo*

Secretario: *Raimundo Lida*

Precio de suscripción y venta:

En México: 35 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 6 dólares norteamericanos. Número suelto: 10 pesos moneda nacional y 1.75 dólares respectivamente.

Redacción:

EL COLEGIO DE MÉXICO
Nápoles 5, México, D. F.

Administración:

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Pánuco 63, México, D. F.

PROBLEMAS AGRICOLAS E INDUSTRIALES DE MEXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

Gerente
ENRIQUE MARCUÉ PARDIÑAS.

Director
MANUEL MARCUÉ PARDIÑAS.

Jefe de Redacción
ENRIQUE ALATORRE CHÁVEZ.

Oficinas: Edificio Guardiola 503-3.
5 de Mayo Núm. 1. Tels. 10-39-55 y 36-73-96

Vol. III, Núm. 3

(Julio-Septiembre de 1952)

Waldo Soberón. Editorial. *Los sistemas de propiedad rural en México*, por George McCutchen McBride. *El desarrollo económico de México*, estudio elaborado por la Secretaría de la CEPAL. Con ilustraciones del *Taller de Gráfica Popular*.

Vol. III, Núm. 4

(Octubre-Diciembre de 1951)

Hidalgo. Editorial. *México: La lucha por la paz y por el pan*, por Frank Tannenbaum. *Comentarios al estudio de Tannenbaum*, por Alonso Aguilar. Jorge Carrión, Daniel Cosío Villegas, Eduardo Facha Gutiérrez, Edmundo Flores, Pablo González Casanova, Elí de Gortari, Gilberto Loyo, Manuel Mesa A., Guillermo Noriega Morales, Manuel Germán Parra, Horacio Quiñones, Emilio Uranga y Leopoldo Zea.

Vol. IV, Núm. 1

(Enero-Marzo de 1952)

Un pueblo sin tierra. Editorial. *Los "espaldas mojadas" en el Bajo Valle del Río Bravo de Texas*, por Lyle Saunders y Olen E. Leonard. *Cárdenas, Reformador agrario*, por Hernán Laborde. *La crisis de la tierra en México*, por Tom Gill.

DE VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS.

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

POR

JORGE L. TAMAYO

CUADERNOS AMERICANOS SE HA HECHO CARGO, EN FORMA EXCLUSIVA, DE LA DISTRIBUCION DE ESTA INTERESANTE OBRA QUE CONSTA DE DOS VOLUMENES DE 628 Y 582 PAGINAS, CON FOTOGRAFIAS Y MAPAS, Y DE UN ATLAS GEOGRAFICO GENERAL DE MEXICO CON 24 CARTAS A COLORES, FORMANDO UN VOLUMEN EN FOLIO DE 41 X 53½ CMS., ENCUADERNADO EN HOLANDESA.

PRECIO DE LA OBRA:

Con los dos tomos de texto a la rústica . . .	\$100.00
Con los dos tomos, pasta de percalina	115.00
Con los dos tomos, pasta española	130.00

- - - - -

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

AVENIDA REPUBLICA DE GUATEMALA No. 42-4

APARTADO POSTAL No. 965 TEL. 12-31-46

MEXICO 1, D. F.

Seis obras fundamentales para la Historia de América

- HISTORIA GENERAL DE LOS HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Escrita por *Antonio de Herrera*, cronista de su Majestad. Diez volúmenes, con mapas . . . \$350.00
- HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Por el Capitán *Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés*. Catorce volúmenes . . . \$300.00
- COLECCION DE LOS VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS QUE HICIERON POR MAR LOS ESPAÑOLES DESDE FINES DEL SIGLO XV. Coordinada e ilustrada por *Don Martin Fernández de Navarrete*. Cinco volúmenes . . . \$200.00
- PRIMERA PARTE DE LOS VEINTE I VN LIBROS RITUALES Y MONARCHIA INDIANA, CON EL ORIGEN Y GUERRAS DE LOS INDIOS OCCIDENTALES, DE SUS POBLACIONES, DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA, CONUERSION Y OTRAS COSAS MARAUILLOSAS DE LA MESMA TIERRA DISTRIBUYDOS EN TRES TOMOS. Por *Fray Juan de Torquemada*. Tres volúmenes . . . \$125.00
- HISTORIA ECLESIASTICA INDIANA. Por *Fray Gerónimo de Mendieta*. Cuatro volúmenes . . . \$ 50.00
- EPISTOLARIO DE NUEVA ESPAÑA, 1505-1818. Recopilado por *Francisco del Paso y Troncoso*. 16 volúmenes. \$300.00

ADQUIERALAS USTED CON GRANDES
FACILIDADES DE PAGO



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 88-35

TELEFONOS NOS. 12-12-85 Y 30-40-85

MEXICO 1, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

ACABAN DE APARECER

MELVILLE J. HERSKOVITS
EL HOMBRE Y SUS OBRAS

La ciencia de la antropología cultural.

Magistral exposición de la antropología cultural en la que el autor, eminente autoridad en esta ciencia, estudia al hombre en sus orígenes y en su doble dotación, congénita y adquirida, y analiza la naturaleza de la cultura. En el caudal de datos con que ilustra al lector se perfilan las leyes culturales, de cuya sistematización cuida muy bien Herskovits, y se vislumbran las posibilidades de la aplicación de la antropología a la solución de problemas de interés mundial. Tanto por su contenido como por el estilo llano y atractivo en que está escrito, este trabajo es válido para el especialista y para todo hombre culto.

782 pp., profusamente ilustrado, en tela.

JOHN DEWEY
LA BUSCA DE LA CERTEZA

prólogo y traducción de Eugenio Imaz, 296 pp.

OTROS LIBROS DE DEWEY

El arte como experiencia, prólogo y traducción de R. Ramos, 340 pp.

Lógica. Teoría de la investigación, prólogo y traducción de E. Imaz, 630 pp.

La experiencia y la naturaleza, prólogo y traducción de José Gaos, 400 pp.

ULTIMOS BREVIARIOS

61. G. J. Whitrow: *La estructura del universo*, 240 pp.

62. W. A. Lewis: *La planeación económica*, 144 pp.

63. A. Schweitzer: *El pensamiento de la India*, 240 pp.

64. M. Bloch: *Introducción a la historia*, 160 pp.

PIDALOS A SU LIBRERIA.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

MEXICO - BUENOS AIRES.

H U M A N I S M O

REVISTA MENSUAL DE CULTURA

Av. Juárez 30, desps. 115-116

México 1, D. F.

★

Las firmas de mayor prestigio de América en una revista al servicio de los valores del espíritu: *Arciniegas Germán, Cardona Peña Alfredo, Cossío del Pomar Felipe, Gallegos Rómulo, Hidalgo Alberto, Martínez José Luis, Marín Juan, Mistral Gabriela, Pardo García Germán, Reyes Alfonso, Samayoa Chinchilla Carlos, Sánchez Luis Alberto, Silva Herzog Jesús, Sinán Rogelio.*

★

CONSEJO DE REDACCION:

ANDRES ELOY BLANCO
ALFONSO CASO
MIGUEL ANGEL CEVALLOS
JUAN DE LA ENCINA

CARLOS LAZO
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ
MARGARITA PAZ PAREDES
MANUEL SANCHEZ SARTO

Director:
MARIO A. PUGA

Secretario de Redacción:
EDUARDO JIBAJA

Gerente:
JOHN GREPE

★

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS DE AMERICA



TALLERES GRAFICOS,
S. A.

AV. REP. DE GUATEMALA 96

TELS.: 12-74-41; 36-36-32.

MEXICO, D. F.

CUADERNOS

AMERICANOS

AÑO XI VOL. LXIV

4

JULIO - AGOSTO
1952

MÉXICO, 1° DE JULIO DE 1952

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA
Antonio CARRILLO FLORES
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Manuel MARQUEZ
Manuel MARTINEZ BAEZ
Alfonso REYES
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Administrador
DANIEL RANGEL

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Juan Cuatrecasas* Consideraciones sobre la crisis cultural y política de nuestros días.
- Germán Arciniegas* Brasil. Un continente dentro del continente.
- Jesús Silva Herzog* Reflexiones sobre las dictaduras.
Notas, por María Rosa Oliver y Rubia Barcia.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

RECORDACION DE CAJAL. Participan: JOAQUÍN D'HARCOURT, LUIS GARRIDO, I. COSTERO, DIONISIO NIETO, MANUEL MARTÍNEZ BÁEZ, M. MÁRQUEZ, TOMÁS G. PERRÍN, ARTURO ROSENBLUETH, J. PUCHE, JULIO BEJARANO y GERMÁN SOMOLINOS.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Pablo Martínez del Río* El mamut de Santa Isabel Iz-tapan.
- Arnaldo Cosco* Leonardo da Vinci y el Renacimiento.
- Maxime Leroy* Víctor Hugo, pensador social.
Nota, por Luis Alberto Sánchez.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Manuel Calvillo* Epístola.
- María Victoria de Salinas* Continuidad.
- Max Aub* Enrique González Martínez y su tiempo.
- Enrique González Rojo, Jr.* Recuerdos de mi abuelo el doctor Enrique González Martínez.
- Raimundo Lazo* Caracterización y balance del modernismo en la literatura hispanoamericana.
- Rafael Heliodoro Valle* Pretérito perfecto.
Notas, por Rodolfo Usigli y Gustavo Valcárcel.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Don Santiago Ramón y Cajal en Valencia	80
Catedrático en Madrid	81
Conferenciante en Harvard	96
Premio Nobel en 1906	97
Fig. 4.—Formaciones geológicas en Santa Isabel Iztapan	160
„ 5.—La excavación	—
„ 6.—La osamenta	—
„ 7.—La osamenta con artefactos "in situ"	—
8.—La punta "in situ"	—
„ 9.—Los artefactos	—
„ 10.—Raedera de obsidiana "in situ"	—
„ 11.—La punta	161
„ 12.—Grupo de arqueólogos	—

Nuestro Tiempo

CONSIDERACIONES SOBRE LA CRISIS CULTURAL Y POLITICA DE NUESTROS DIAS

Por Juan CUATRECASAS

Es innegable que asistimos a una trascendente transformación del mundo actual. A una *revolución*, utilizando este término en un sentido amplio, ideológico. Según Julián Huxley, es la primera revolución en la cual pueden desempeñar un papel el conocimiento científico y la regulación consciente. Según Toynbee sería la vez primera en que se cree posible extender los beneficios de la civilización a todos los pueblos, a toda la raza humana. Nos hallamos en la era del dinamismo, de la estereoscopia, del relativismo; la era atómica. Pocos espíritus llegan a concebir plenamente el significado de esta palabra. Pero aun tomándola metafóricamente, nos sugiere la noción precisa de un nuevo ritmo mental, acorde con la complejidad de los actuales conocimientos científicos y con la evolutividad de nuestra cultura.

Necesitamos principios claros, decía Huxley en 1945. En efecto, necesitamos principios claros: pero necesitamos obrar de acuerdo con estos principios. Y necesitamos también que los nuevos principios claros no sean enturbiados por los conceptos caducados; no sean substituidos por doctrinas definitivamente abandonadas. Quizás sea éste el fundamento más grave de la actual crisis cultural y política.

Por ello quizás sea preciso considerar el conjunto de hechos involucrados en la revolución bajo un criterio antropológico. Solamente así podremos comprender el alcance de la misma y la conexión filosófica entre sus diversas facetas, que corresponden a los múltiples factores que la condicionan. He ahí cómo se podría hablar de una crisis política, de una crisis de la cultura, de una crisis artística, de una crisis religiosa y filosófica.

Estos diversos aspectos de tal crisis no pueden desligarse más que aparentemente, y con fines didácticos. Al profundizar

en ellos se debe llegar al meollo del gran problema filosófico del presente, que en síntesis no difiere demasiado del que hace años planteaba Matthew Arnold afirmando que el hombre se hallaba "errante entre dos mundos, uno muerto y otro incapaz de nacer". Afirmación que nos atrevemos a rectificar en el día de hoy, admitiendo que el hombre moderno se halla también errante entre dos mundos: uno que se yergue putrefacto y otro infantil e inexperto, rebosante de vida.

Detrás de la desorientación literaria, se halla la crisis filosófica, o mejor dicho, la lucha filosófica. Porque en verdad no se puede decir que exista una crisis filosófica sino un confusio-nismo creado en las mentes poco cultivadas o poco metódicas en la discriminación de los hechos científicos. El absurdo retoñar de los hábitos mentales ya desterrados por la filosofía científica no podría hacer ninguna mella en los espíritus auténticamente educados en la investigación científica de la verdad. Hoy no es concebible la admisión de verdades absolutas, porque la historia de la ciencia demuestra palpablemente que la verdad absoluta o el dogma de ayer es el error de hoy; y que la constante rectificación es una característica del verdadero camino de la moderna filosofía del hombre.

John Dewey encara este problema en un libro valiente y razonado (*El Hombre y sus problemas*), señalando el proceso actual que él denomina "rebelión contra la ciencia", representado por las *materias humanísticas*, las cuales según los literatos, se identificarían con lo *humano* y se opondrían a lo *científico*. Nada más absurdo que ello. El humanismo moderno no debe confundirse con el humanismo lingüístico del Renacimiento. En otros ensayos hemos insistido en el valor científico del actual *humanismo biológico* (neohumanismo biológico) que parte de la base evolutiva de la mentalidad humana y del organismo humano.

Lo que algunos literatos quieren oponer como humanismo a la ciencia no es más que una mala comprensión del proceso evolutivo de nuestros conocimientos científicos durante la última centuria. Es el dogmatismo científico del pasado siglo lo que ha sufrido una transformación, superado por el concepto polimorfo y amplio de la psicobiología actual. Lo mismo ocurre con los conceptos de racionalismo e irracionalismo, que quieren presentarse como antagónicos cuando la psicología profunda los ha integrado en una concepción dinámica que se expresa en

esquemas distintos según las escuelas, pero que en general representa una nueva etapa del conocimiento psicológico más amplia que la del primitivo racionalismo, sin que pueda llamarse antirracionalista.

Quizás acierte Dewey al afirmar que el ataque a la ciencia procede de "profesores de ciencias literarias", porque son algunos los autores de este campo que caen en la mencionada confusión filosófica. Basta leer el documentado libro de Guillermo de Torre titulado "Problemática de la literatura" para darse cuenta de esta falsa perspectiva literaria, a pesar de que al abordar la crisis general de nuestra época el autor dice situarse en una óptica profunda, afirmando que "queramos o no, vivimos inmersos en nuestro tiempo". Y responsabiliza de la crisis, en gran parte, a las diversas direcciones irracionales modernas.

Es interesante transcribir las siguientes frases de Guillermo de Torre: "¿Acaso la consigna aparente de los tiempos penúltimos no fué denunciar las insuficiencias de la razón, considerando inoperantes sus normas, y predicar otras vías de conocimiento que van desde la intuición al subconsciente, desde el ilogicismo hasta la invertebración?" Y después añade que "el riesgo ha viajado polarmente, y si lo que antes correspondía era denunciar como inocua y estéril la razón pura, hoy lo más urgente es denunciar como peligrosa la razón turbia, esto es, el antirracionalismo desenfrenado y destructor, cuya máscara política suele llamarse *nacionalismo* y cuyo verdadero rostro es el totalitarismo".

No queremos entrar en investigar cuál sería el sentido psicológico o psicoanalítico de lo que dicho autor denomina *razón pura* y *razón turbia*. Si quiere con ello designar las zonas consciente e inconsciente de la psicología freudiana, no podría hallarse una oposición entre ellas, como tampoco entre las estratificaciones jungianas que van desde el centro de la personalidad consciente, el yo, hasta el profundo inconsciente colectivo pasando por el preconsciente y el subconsciente y aún por el inconsciente personal de ciertos psicoanalistas.

De cualquier modo, el conocimiento moderno de la psicología del inconsciente ha venido a completar y a ampliar la noción de la esfera consciente, explicando la insuficiencia del racionalismo abstracto frente al moderno criterio integrativo de la personalidad mental. En nuestro anterior ensayo sobre "Subjetivismo en la Estética" hemos intentado explicar como los mo-

vimientos psicológicos y hasta literarios llamados irracionalistas contribuyen a integrar la producción humana en el sentido vital de la palabra, porque impiden que las concepciones racionalistas permanezcan en una fase esquemática y primitiva. Unos y otros movimientos, aunque parcialmente distanciados, forman parte del gran movimiento constructivo, analítico, positivista de la filosofía científica moderna.

Como ha expresado muy bien Augusto Pi Suñer: Claudio Bernard no creó una convicción, sino un método. Y es este mismo método el que ha permitido la floración de las aportaciones llamadas irracionalistas.

Ahora bien: si debemos responsabilizar del atraso actual a algún movimiento cultural, si queremos buscar la causa de la crisis en que se debate la cultura moderna, la hallaremos en la reaparición de doctrinas *no racionales*, en verdad. Mas no refiriéndonos a las modernas, sino a las residuales de la teología, a las anticientíficas por excelencia. Y es curioso señalar que mientras Guillermo de Torre condena al irracionalismo snob de los surrealistas, en el mismo libro aboga por los "fueros y privilegios del ilogicismo" cuando dice que lo irracional es un elemento positivo de creación artística. Y se refiere al caso "de todas las formas de experiencia religiosa, aparte de sus concreciones en ciertas formas de arte. Incluso se ha llegado a considerar al cristianismo como una forma de irracionalismo positivo". Es decir, que para Guillermo de Torre habría un irracionalismo *positivo* (cristianismo) y otro *negativo y destructor* (surrealismo). Sin pensar que estos calificativos son puramente gratuitos y puestos de acuerdo a una determinada posición metafísica.

Lo que en realidad podría, por ejemplo, calificar a ambos tipos de irracionalismo (admitiendo que fuesen comparables u homogéneos) sería su contenido humano, su valor histórico, su eficacia. En este caso, es evidente que los movimientos surrealistas tienen un realismo humano; pero el movimiento místico cristiano se basa en factores míticos y abstractos. Y su esencial contenido es teológico; extracientífico y extrahumano.

J. Dewey señala certeramente cuál es la única fuerza de este movimiento anticientífico, residuo del antiguo conflicto entre ciencia y religión. Procede, según Dewey, "de maestros que encuentran que su lugar y prestigio en el sistema educativo se va debilitando y que, inocentemente, es decir, por ignorancia,

hacen de servidores de los intereses de quienes gozan del poder de dominar y gobernar a los demás hombres en virtud de la estructura actual de las instituciones políticas, escolares y económicas". Desde tales esferas, sufren una irradiación cultural las ideas que en un libre campo de discusión filosófica han sido derrotadas ya hace tiempo.

Cae en análoga confusión Américo Castro cuando afirma que "no sólo en la esfera religiosa y artística, también en la histórica, *se ha demostrado últimamente* que los valores racionales no tienen aplicación congruente cuando se aplican a formas de vida como la hispánica fundada sobre la integración de la persona en el hecho y la ausencia de pensamiento objetivable". Lo que en nuestro concepto "se ha demostrado últimamente" es la existencia de una feroz lucha por la imposición de ciertas formas de vida. Se ha demostrado que la inercia social es una fuerza mental explotable por los interesados en sostener una estructura mental colectiva estabilizada. Se ha demostrado la *dificultad* de modernizar tales estructuras de vida.

Pero dicha dificultad de evolución no reside en la incapacidad de la mentalidad hispánica para la evolución hacia nuevas formas más racionales. Bien sabe todo el mundo que la *dificultad* es exógena; en el caso hispánico se plantea la lucha con todos sus perfiles por ambos costados: la obstrucción tradicional a una evolución mental apoyada por mecanismos de fuerza, y una clarividente progresión de amplias zonas intelectuales desplazadas de los puntos de influencia pedagógica y social por todos los medios, incluso los más repugnantes al *sentido cristiano* de la vida que aquéllos pretenden defender.

Este problema se relaciona estrechamente con el de las diferencias entre la mentalidad primitiva o mística y la mentalidad lógica. La psicología antropológica esclarece grandemente los misterios de la mentalidad mística de los pueblos llamados salvajes. Cada tipo de mentalidad cristalizada en una fase histórica tiene una correspondiente forma estructural de vida. Considerados aisladamente unos de otros pueden ser incompatibles. No obstante el hombre moderno, mucho más lógico que el primitivo, es resultado de la evolución mental de este último. Freud reconoce que la humanidad exhibe *huellas mnémicas* de la experiencia de generaciones anteriores, e interpreta los fenómenos religiosos al igual que los síntomas de las neurosis, como una vuelta a acontecimientos olvidados y lejanos, que fueron de gran

importancia en la historia primitiva del hombre. Y Yung explica la aparición y transformación del mito por la fuerza de los *arquetipos* filogenéticamente elaborados en el inconsciente.

Ellos son, pues, los grandes enemigos del progreso mental moderno. El irracionalismo primitivo que gravita todavía en los mitos religiosos actuales, resultado de una lenta elaboración subconsciente. A ellos debemos buena parte de la crisis cultural y política, por el choque frente a la necesidad de estructurarse la mentalidad científica del hombre actual de acuerdo al estado de la ciencia contemporánea. Por otra parte, es esta fuerza mística la que se traduce en manifestaciones de poder dentro de las estructuras sociales heredadas de nuestros antepasados. En cambio, ninguna gravitación de este orden poseen los movimientos irracionalistas de los surrealistas, cubistas, existencialistas, etc. Si pudiera llevar la tiara papal André Bretón o J. P. Sartre, los hechos se sucederían de manera bien distinta.

El aspecto religioso de la actual crisis

UN grave error de perspectiva reside en considerar unilateralmente el problema. Muchos observadores dan por finiquitada la consolidación del espíritu de la Enciclopedia francesa, siendo así que después de dos siglos tenemos todavía que luchar denodadamente para defenderlo. El más generalizado de los desplazamientos de perspectiva es el de considerar sólo y primordialmente los móviles económicos. Pasó la era del "hombre económico". Repetiremos, con Huxley, que entramos en la era del *hombre social*. Estamos viviendo un mundo transformado por la técnica científica; pero un gran sector de este mundo, dominado por la técnica, se halla rezagado con un lastre mítico, sirviendo de sostén a un dirigismo teológico residual coexistente con otros intentos de dirigismo metafísico. Asincronismo evolutivo de la mentalidad humana.

La especie humana no se ha desarrollado tan sólo de acuerdo a sus necesidades nutritivas. Los factores psicológicos de los pueblos primitivos ejercieron una indudable influencia en la evolución social, y la ejercen todavía. Refiriéndose a la satisfacción de los instintos tróficos, afirma A. Pi Suñer: "si la constitución y la forma de las sociedades, hubiese obedecido simplemente a estas necesidades, que serán ulteriormente razones económicas, éstas se hubiesen hecho sentir a todos los pueblos y a todas las razas y por lo tanto, desde mucho tiempo no existirían

ni nómadas ni salvajes. A los salvajes les ha faltado la curiosidad y el impulso necesario para el trabajo y la cultura; han preferido las soluciones perezosas. La ley del menor esfuerzo les ha dejado en el fatalismo y la miseria". Los mitos cristalizados en cada etapa de la evolución psicosocial tienen un papel muy importante en la historia humana.

Luis Reissig en su interesante trabajo sobre la Enciclopedia francesa (CUADERNOS AMERICANOS, I-1952), destaca la singular preeminencia de los valores místicos en la lucha revolucionaria del siglo XVIII. Recuerda que "el tema religioso es el tema capital de la Enciclopedia", y que una de sus finalidades principales fué la de "dar y asegurar la prioridad absoluta a la ciencia sobre la religión en la interpretación de la vida del hombre, del cosmos, de la naturaleza y de la sociedad". Prioridad que en este último siglo se ha consolidado técnica y socialmente pero sin llegar a desterrar las pretensiones teológicas de continuar ejerciendo la hegemonía social. Y por eso puede asombrarse L. Reissig de la impávida mudez de nuestro siglo comparada con la audacia del pensamiento del siglo dieciocho.

El problema tiene, por lo tanto, una faceta fundamentalmente religiosa. Utilizando un lenguaje comtiano diríamos que se asiste, en el mundo occidental, a una violenta lucha entre la mentalidad teológica o mítica y la mentalidad científica o positivista. Esta pugna se halla agudizada por la intempestiva irrupción de las residuales fuerzas teocráticas en ciertas zonas de influencia político-social. Una especie de retoño de la Inquisición que en el siglo XVI luchaba implacable, no ya contra los herejes luteranos sino contra el erasmismo de ciertos cristianos. Y como escribía Marcel Bataillon en 1936 ("Erasmus y España") puede decirse que "la lucha no ha concluído. Está tomando formas trágicas. La crisis del capitalismo fomenta guerras civiles no menos cruentas que la crisis de la Iglesia Católica en el siglo XVI. Una vez más la sombra de las guerras de religión se cierne sobre Europa". Esta es la realidad actual, si bien Bataillon cree, como nosotros también, que "el humanismo tendrá la última palabra".

En el terreno literario, la pugna se deforma en apariencias diversas, aunque en el fondo se advierte la oposición entre una concepción intransigente y dogmática y una orientación humanista que informa las corrientes más libres del pensamiento moderno. Guillermo de Torre menciona accidentalmente la pugna del espíritu demoníaco y mágico, con el espíritu humanista sim-

bolizado por Thomas Mann; y a este propósito destaca el *carácter místico* de la última guerra, afirmando contarse entre los pocos que la quisieron entender como *mística* y no como *política*. La percepción de una guerra religiosa no se ha escapado, pues, a los más finos espíritus literarios de nuestros días.

Pero dicha guerra mística adopta máscaras proteiformes. Sus manifestaciones no son generalmente referibles a las cruzadas medievales o a las explícitas guerras de religión. No es infrecuente, sin embargo, escuchar la palabra "Cruzada" de labios de algún poderoso representante de las fuerzas ultramontanas, defensoras de la "civilización cristiana" a base de posiciones de poder político, bélico o económico de alta tensión. En la España actual, no se oculta la *santa finalidad* de toda su opresión política; ni el móvil religioso de todas las intrigas de sus aliados internacionales. Pero muchas veces usan la máscara de la democracia, de la libertad, de la civilización moderna, para esconder su auténtico significado, traducido por los hechos.

Los representantes de la mentalidad teocrática recurren a todos los medios de lucha, con una incoherencia que traduce su descomposición. Establecen corrientes de alianza mental y política con todo lo que les parece menos peligroso o más útil en cada momento. Un curioso fenómeno aunque aislado, da cuenta de este hecho. Después de combatir irreductiblemente al psicoanálisis desde sus orígenes, actualmente se observa un creciente apoyo de los clérigos a la psicología de Yung. Y este hecho, comentado por Edward Glower en su libro "Freud o Yung" (1951), no debe atribuirse a la religiosidad de las ideas de Yung sino a una desesperada reacción contra la psicología freudiana, olvidando que si Yung hubiese publicado su obra en la Edad Media lo hubieran condenado a la hoguera. Y en cambio, en el terreno político, inspiran las tiranías de tipo inquisitorial como la española, regocijándose en la persecución de toda mentalidad científica.

El 6 de septiembre de 1947 (conmemoración de las bodas de plata de la Acción Católica), el jefe de la Iglesia pronunciaba un largo discurso en Roma donde afirmaba "que la época de la reflexión y de los planeamientos había pasado y, en cambio, el momento actual exige acción, para lo cual deben estar preparados todos los católicos". Por otra parte, ante el peligro de ver realizada la "diabólica ambición de borrar la imagen de Dios" según feliz expresión de Iginio Giordani, tienden a confluír polí-

ticamente las distintas iglesias europeas en el "Movimiento de Acción Interdenominacional Cristiano", y que ha celebrado dos grandes asambleas: una en Oxford en 1946 y otra en Londres en 1948. También pretenden, en otras ocasiones, oponer el cristianismo al marxismo barajando nociones heterólogas. Una teología antimarxista inspiraría los carteles de "Cristo vence a Marx" prodigados en una de las grandes manifestaciones de la Acción Católica en la Basílica de San Pedro.

En España, hace poco tiempo, con motivo de un acto religioso realizado en Valladolid, Franco afirmaba que "ningún otro pueblo en nuestros tiempos ha contribuido con tantos mártires a la gloria de la iglesia" (!).

En Roma, el 1º de noviembre de 1950, se proclama el dogma de la Asunción de la Virgen María. Previamente (12 de agosto) el Papa Pío XII publicó una encíclica titulada "Humani Generis", en la que declara la indiscutibilidad de los dogmas católicos y la necesidad de que la instrucción religiosa se imponga y se proteja contra los errores. En esta misma encíclica se ataca a la doctrina de la evolución, al idealismo hegeliano, al existencialismo, al ateísmo, etc., etc., lamentando que la "cultura cristiana" se encuentre atacada por todos los costados. Los índices demostrativos de la posición antidemocrática de los representantes de las religiones occidentales, están a la orden del día.

El desenvolvimiento actual de la mentalidad humana ha sobrepasado la etapa teológica. La civilización basada en la técnica científica y la cultura moderna, occidental, basada en la ciencia, son incompatibles con la subsistencia de la religión, como fuerza social. Julián Huxley lo ha expresado también con frase certera: "la situación especial que afronta la religión de la civilización occidental, es ésta: el concepto de Dios ha alcanzado los límites de su utilidad: no puede continuar evolucionando"... "los dioses son sólo necesarios o útiles en cierta fase de la evolución"... y añade más adelante: "el adelanto de la ciencia natural, la lógica y la psicología nos han conducido a una etapa en la cual Dios no es ya una hipótesis útil". Y en su agonia histórica, los dioses del mundo occidental libran una desesperada y tortuosa lucha final contra la ciencia.

Harold Laski expresa con claridad este fenómeno (Reflexiones sobre la Revolución de nuestro tiempo): "El decaimiento del espíritu religioso está muy extendido. Pero si ansiamos

un renacimiento religioso debemos definir los términos con cierta precisión. Si por ello entendemos un renacimiento de la fe en lo sobrenatural, resulta evidente que, en cualquiera de las formas dogmáticas históricas, ello es improbable porque su capacidad de ofrecer una prueba racional de los títulos de su aceptación queda mermada con cada avance de la comprensión científica del universo. Además, no hay forma de crueldad en la experiencia humana a la cual no haya sido posible al espíritu religioso acomodarse; hay una dura verdad en la acusación de que sus partidarios han visto, en su mayor parte complacidos, actuar a la religión como el opio del pueblo". Reconoce el fracaso de las doctrinas teológicas en la inspiración de una mejor conducta social.

Pero este fracaso se manifiesta también en toda la historia del desenvolvimiento científico, porque no ha habido ningún progreso importante en el campo científico y filosófico que no haya sido duramente combatido por la teología hasta que la consolidación de la nueva verdad tiene que ser reconocida por los teólogos a costa de sucesivos renunciamentos. No es de extrañar, pues, que en nuestros días, el triunfo de la técnica físicoquímica sea difícilmente compatible con el resurgimiento de la teología. Gran error resulta el pretender buscar en los dogmas religiosos las fuerzas psicológicas para una ordenación ética de un mundo transformado por la técnica científica y gobernado por el fantasma atómico.

Lo que necesita también nuestro tiempo es la canalización eficaz del sentimiento místico que reside en el inconsciente colectivo o del instinto religioso subyacente en cada individuo, dándole un contenido *viable* en el mundo actual. Eso sería lo que Laski califica de "insistente vocación para que cada uno se dedique a un fin situado más allá de la privada satisfacción del individuo"; y lo mismo que hace tiempo planteaba Augusto Comte al pretender convertir la ciencia en religión, colocando el sentimiento místico del hombre al servicio de la verdad científica. Para Quatrefages el hombre es un animal religioso; y el paso decisivo de la mente sería el que va desde el fetichismo a la astrolatría. Todavía tienen actualidad estos conceptos. Para Comte, la "gran creación de los dioses" constituye un primer ensayo de la actividad especulativa del espíritu humano. Pero cada etapa de la mentalidad humana necesita sus dioses.

Y es preciso también acabar con tópicos que se han convertido en tabús. Uno de ellos es el del cristianismo, aun considerando la auténtica interpretación humanista de los evangelios, ejemplo de sublimidad y de amor a la humanidad. Es costumbre ya consagrada que los defensores de la democracia, al atacar a los fariseos de la religión que habían deformado hasta la saciedad el sentido del cristianismo, reivindicaran el valor de los evangelios enalteciendo su rico contenido social y revolucionario. Mas esta tónica está también agotada, puesto que todo este bello contenido resulta demasiado abstracto para nuestro tiempo.

Envejecen las doctrinas científicas para ser rectificadas o superadas. Envejecen los perfeccionados modelos del avión o del aparato de televisión. ¿Cómo no han de envejecer las religiones? Nadie lo duda como fenómeno general; pero al referirse concretamente a la religión cristiana (mejor dicho a las religiones cristianas) nadie parece atreverse tampoco a reconocer su envejecimiento, su inoperancia. Se adultera su significado para encubrir la defensa de los peores apetitos nacionales o de grupos sectarios, es verdad; pero también es verdad que asistimos a la liquidación histórica del cristianismo, no sólo en su aspecto teológico sino en su valor pragmático como aglutinante mental de una ética individual y social compatible con las exigencias de la vida moderna.

Pero, además, el cristianismo ni siquiera representaba una trascendental transformación en la historia de las religiones, aunque fué una revolución social hace veinte siglos. La formación del cristianismo, estudiada a la luz de la filosofía comparada de las religiones, descubre sus raíces asiáticas, en cuyas ideas religiosas predominaba una tendencia cosmogónica o astrobiónica. René Berthelot ha documentado en un interesante libro (*La pensée de l'Assie et l'astrobiologie*; Paris, 1949) estos orígenes de una religión que, en esencia, no difiere de sus formas precursoras y cuyo contenido mítico resulta demasiado arcaico para sobrevivir a la era atómica.

La analogía de los temas que sirvieron de base al cristianismo con los de la mitología egipcia, caldea y china es evidenciada por el detenido examen analítico realizado por René Berthelot. Cuando el mundo helénico había asistido a la elaboración de una cultura de base racionalista, o sea una concepción filosófica y ética de tipo científico, se produjo una regresión

hacia la magia religiosa en el Asia y en el Mediterráneo oriental, que preparó la cristalización de una nueva forma religiosa, una especie de *sincretismo* amalgamado de las religiones pre-existentes y cuya base era la misma que la del pensamiento astrobiológico asiático. Ejemplo que nos advierte del peligro presente de injertar otra forma religiosa en la mentalidad colectiva en un momento histórico de evolución tan decisiva como el presente hacia la consolidación de la democracia, o sea, de formas político-sociales racionales y humanas.

Por bien sublimados que se ofrezcan los mitos del cristianismo, tienen mucha mayor relación genética con las religiones asiáticas que analogía con los conceptos del humanismo moderno. No puede olvidarse que el mito de la Creación era celebrado en el día de año nuevo en Babilonia; que los mitos del diluvio, del fin del mundo, los ritos del bautismo y de la comunión eran conocidos en las religiones caldeas e hindúes. Los mismos milagros prodigados por las divinidades asiáticas adoptaban tanto el tipo astronómico o meteorológico como el tipo médico (curaciones milagrosas). Tampoco difieren mucho en técnicas. Contenau llama la atención sobre un aspecto de esta técnica descrito en el evangelio de San Marcos (V-1-14): Cristo ofrecía unos cuantos cerdos a los demonios que atormentaban a un *poseído* a fin de que abandonasen al enfermo. Nadie ignora que esta doctrina (cristiana) de la posesión demoníaca prevaleció hasta el siglo diecisiete.

La acumulación de errores teóricos y prácticos hecha por el cristianismo hasta nuestros días es tal, que solamente una indulgente amnesia puede permitir darle una cierta beligerancia por parte de espectadores dotados de escaso sentido crítico y, sobre todo, de escaso espíritu científico. O la superstición o la ciencia experimental. Éste es el dilema actual de la sociología. No hace muchos años era el grave dilema de la medicina, que actualmente está despejado porque la medicina científica se impone hoy en todos sus aspectos, individual y social.

Significación dinámica de una nueva organización supranacional

PARA comprender el profundo significado biológico de cada nueva transformación legislativa podríamos recurrir a la antropología, a la sociología comparada, a la misma fisiología general. El escéptico se limita a decir que tal o cual reglamen-

tación hecha por un grupo de estadistas es "*letra muerta*". Pero esto es una simple apariencia en el período de contraste entre esta nueva *ordenación* y la vieja que permanece arraigada en la mente de muchos grupos sociales. Es la inteligencia la que por mediación de algunos cerebros socialmente más audaces, establece nuevas formas del orden colectivo. Si lo consideramos así, diremos que es "*letra viva*" y no *muerta*. Lo que produce esta diversidad de perspectiva es la distancia de desarrollo intelectual entre diferentes sectores de la sociedad; esto es una disociación cronológica.

Transcribiré unas palabras del fisiólogo Augusto Pi Suñer (Principio y término de la Biología; Caracas, 1941): "El orden es una cualidad inmanente, inseparable de la sociedad misma. Es la ley de la sociedad. El orden procede de la fisiología, es manifestación del instinto, lo es de la inteligencia rudimentaria, y debe serlo asimismo de la inteligencia consciente, reflexiva". Esta es la diferencia que separa a la sociología humana de la de los insectos y otras especies sociales, cuya ordenación colectiva se halla estacionada durante siglos. Por ello, A. Pi Suñer puede decir que "en el momento en que el orden pasa de instintivo a reflexivo, aparece el derecho. *El derecho es la racionalización del orden social biológico*. Constituye la visión subjetiva de las relaciones entre individuos que caracterizan y hacen posible la vida en sociedad". He ahí pues, el origen fisiológico del derecho. He ahí cómo las transformaciones del derecho responden a fenómenos complejos de las transformaciones de la vida colectiva en el sentido específico.

La función de las nuevas organizaciones internacionales en la revolución histórica de nuestra época es trascendente, aunque despreciada por la gran mayoría de gentes. Las claudicaciones sufridas por el espíritu de la ONU han desilusionado a muchos hombres cultos; y todos los días se escuchan frases despectivas y pesimistas respecto a la nueva organización internacional, así como a la evolución política del mundo. Se afirma que las guerras serán siempre inevitables; que están destinados al fracaso todos los intentos de organización democrática mundial; y otros tópicos por el estilo. Y sin embargo, tropezando cual un infante que da los primeros pasos inciertos, la ONU da un nuevo cariz a la vida política internacional y crea un nuevo plano para su desenvolvimiento.

Con satisfacción hemos leído las palabras de S. Guy Inman en su conferencia sobre "la Revolución Mundial" publicada en CUADERNOS AMERICANOS (1952-1) donde se declara "por naturaleza y experiencia, liberal y optimista"; y afirma que "con la única excepción del descubrimiento del Continente americano, la organización de las Naciones Unidas es el suceso más importante que haya ocurrido desde el nacimiento de Jesucristo". Y en efecto, después de la cristalización del cristianismo, la revolución más honda realizada para toda la humanidad es la creación de la ONU. Y de ahí procede la resistencia de los que no quieren comprender tal revolución ideológica, y se limitan a gritar que quieren defender a la "civilización cristiana"; cuando la era atómica, con la nueva estructura internacional exige otro tipo de civilización.

La ONU no es la meta de una organización colectiva de toda la humanidad. Ni siquiera lo que podría corresponder al grado de desarrollo social de la civilización moderna. Pero es un salto decisivo hacia la futura federación mundial. Coincido con Guy Inman cuando escribe que "aun cuando las Naciones Unidas no hayan llegado a convertirse en el gobierno mundial completo que muchos quisieran ver, está evolucionando hacia esa organización. Es hoy el pensamiento mundial, en donde no sólo se discuten los problemas del mundo, sino que, por conducto de varias organizaciones subsidiarias, se ponen en vigor programas activos para atender a las necesidades del mundo en materia de alimentación, salubridad, educación, etc., etc.". La organización internacional para la solución de los problemas técnicos es un paso muy trascendente y sobre todo irreversible.

La irreversibilidad es una característica de los grandes progresos en biología. Por eso hemos comparado, en anterior oportunidad, la actual estructura internacional a la fase de batracio en que la vida orgánica transita del medio acuático primitivo al medio aéreo donde podrá desarrollar sus nuevas maravillas. Pero el batracio añora a menudo el medio acuático y lo alterna con su vida terrestre. Y ello no es obstáculo para que la vida terrestre deje de manifestarse después en nuevas formas. La obra comenzada prosigue cuando la evolución biológica cristaliza en nuevas estructuras, siempre imperfectas. Los hijos del mar sueñan con el bosque y la montaña; pero no llegarán de un solo paso, sino después de un penoso camino,

aunque acompañados por una más cálida vida amorosa, por una nueva sensibilidad, por un nuevo hábito que los transforma insensiblemente.

Los políticos del viejo estilo, de la época preatómica (época *ptolomeica* de Emery Reve) plantean los problemas bajo formas anacrónicas y por ello las soluciones no resultan viables. Una disimetría mental se exhibe en ciertos cerebros que antaño parecían normales. Es el correr de los tiempos que supera a la evolución de ciertas mentalidades. Hay una desarmonía cronológica entre los distintos elementos y ello produce una sensación deplorable, análoga a la de un organismo displásico. ¿Será un trastorno del crecimiento, una afección embrionaria grave o una metaplasia letal? He ahí el problema planteado en la grave crisis. Pero analizando lo más saliente de tales trastornos, podemos observar la falacidad de los mismos, así como su carácter accidental.

El clamor intelectual por una definitiva organización federativa es una realidad, por más que se procure silenciarlo y neutralizarlo. En diciembre de 1950 se celebró en Ginebra una asamblea, presidida por Lord Body Orr, para propiciar la realización de un auténtico parlamento mundial. Las críticas formuladas a la ONU se referían principalmente a que están defraudando las esperanzas del mundo por no contar con la participación activa de los pueblos, y por caer en el viejo error de pretender conservar la paz mediante el prurito de las armas. También en Roma se realizó en abril de 1951 otro congreso en pro de la federación mundial, donde el propio conde Sforza abogaba por una federación europea toda vez que si quiere construirse algo sólido, se debe empezar gradualmente desde abajo. Todo ello contrasta con la reciente afirmación de Lester Pearson de que la NATO tiende a suplantar a la ONU "como principal esperanza de paz" (!).

La disfunción tiene su base primaria en una falsa semiología. Se lanzan afirmaciones gratuitas en gran escala fuera del ámbito de la organización, y se desplazan los problemas planteándolos en términos bien distintos de sus realidades. Hasta algunos prestigiosos historiadores adoptan las sofisticadas premisas, de las cuales podrían derivar lógicamente conclusiones aparentemente aceptables. Arnold Toynbee en un artículo reciente (febrero, 1952; APLA Londres) defiende la posibilidad de una coexistencia pacífica entre el *mundo democrático* y el

mundo comunista. Para un equilibrio se necesitan todavía, según Toynbee, el "demonio ruso" y el "espantajo capitalista", como si fuera éste el gran problema de nuestro mundo, como si los grandes problemas de la humanidad actual pudieran esconderse detrás de estos fantasmas.

La América Latina y la Península Ibérica podrían responder acerca de tales sarcásticos fantasmas. Quizás también el Asia podría exhibir los indicios de graves problemas centenarios, que no se reducen a dilemas artificiales. Pero en la misma Europa occidental, donde la gran Revolución francesa había iniciado una nueva era, hallamos una fermentativa complejidad de problemas histórico-psicológicos entre los cuales ocupa un lugar pequeño la lucha geopolítica tan hábilmente cacareada. Son problemas de orden económico, político, religioso, colonial, racial, etc., etc.

Cuando se habla del *mundo democrático* lo primero que debemos preguntarnos es hacia dónde se hallan sus límites. ¿Dónde están los países democráticos que de verdad desean consolidar la democracia *dentro* del mundo que sarcásticamente califican de democrático?

El auténtico problema del llamado mundo occidental es el padecimiento de un proceso agudo de *desdemocratización*, o sea de regresión a formas políticas ultramontanas. El penoso esfuerzo realizado por los pueblos latinos para alcanzar formas de organización más o menos democráticas, resulta hoy burlesco. El ejemplo de España no es más que un claro e inapelable esquema, que lo comprenden todas las conciencias limpias, aunque algunos grandes cerebros de la diplomacia no lo han asimilado todavía. Se asiste a la sordera mental absoluta frente a los gritos de reivindicación de los derechos individuales y colectivos adquiridos legítimamente y después de una larga gestación histórica.

Y bajo el pretexto de defender el "mundo democrático" contra el remoto peligro "comunista" se acelera aquella *desdemocratización* del mundo occidental, intentando consolidar a los grandes enemigos de la democracia y del progreso cultural y científico, que retoñan de su lenta agonía. Ni el filipismo es ya advertido por estos miopes, ni el absolutismo y el militarismo constituyen elementos diferenciales de la "democracia" que debe defenderse a toda costa. A todo precio, aun el de

restablecer la Inquisición y de fabricar tanques en una escala ruinosas.

Los principios básicos de las Naciones Unidas

SERÍA indispensable que los grandes conductores del poder internacional recordasen cuál ha sido el espíritu originario de las Naciones Unidas y cuáles fueron las bases progresivamente establecidas para llegar a obtener un resultado que, por desgracia, no se ha conseguido todavía. No queda ello confiado solamente a la buena memoria de las gentes, ni tampoco puede decirse que el mencionado espíritu organizador de la nueva entidad internacional fuese la exclusiva obra de un hombre solo. Basta recordar que una prestigiosa comisión norteamericana (Comisión para el Estudio de la Organización de la Paz) presidida por James T. Shotwell, trabajó intensamente en la elaboración de los proyectos que debían servir de base para la reorganización de las relaciones internacionales de la postguerra, expidiéndose en sendos informes publicados en 1940, 1942 y 1943.

Esta comisión se hallaba patrocinada por numerosas asociaciones americanas de carácter cultural y de enraizado prestigio, así como integrada por personalidades prominentes entre las cuales se hallaban, en primer término Clyde Eagleton; William Allan Neilson; Clark M. Eichelberger; Benjamín Gerig; William Emerson; etc., y entre los miembros de la Comisión firmantes de los primeros informes, hallamos los nombres de John Foster Dulles, de Henry Harriman, de Charles P. Taft. Para los documentos históricos el tiempo no pasa tan rápidamente como para borrar las palabras vertidas y las nociones contenidas en ellas, con la misma velocidad con que parecen borrarse del manto cerebral de ciertos senadores. Mas si ellos padecen de amnesia, no ocurre lo mismo a los lectores de los citados documentos, los cuales fueron profusamente divulgados en su tiempo; y asimilados espiritualmente por muchos millones de hombres ansiosos de un mundo mejor; y archivados con interés documental por tantos otros que tenían fe en el restablecimiento de una nueva justicia internacional tan sinceramente programada y prometida. Porque, en verdad, los hombres y las organizaciones que elaboraron la Carta de las Naciones Unidas eran sinceros y entusiastas. Tenían el profundo conven-

cimiento de que ningún sistema de leyes puede tener valor "si no existe una fe viva y un espíritu que lo respalde y viva en él". Y este espíritu seguramente dejó de vivir dentro de la organización para vagar perdido por esos mundos cual nuevo Don Quijote. A Wilson lo desautorizaron los representantes del pueblo; pero a Roosevelt lo reeligieron; y el pueblo ratificó una y otra vez los principios proclamados por sus partidarios; después, estos principios se evaporaron misteriosamente. Este fenómeno ha causado hondas decepciones y sobre todo gran desaliento entre los hombres libres del mundo. Pero si lo analizamos bien, ofrece menos gravedad que la caída de los principios wilsonianos toda vez que en el caso actual no ha habido ninguna expresión de repudio de los principios enunciados sino un simple escamoteo; un cambio de hombres y de intenciones.

En el informe preliminar de dicha Comisión de noviembre de 1940, hallamos alentadoras palabras como éstas: "...por mucho que sea variada su vida por los inventos y descubrimientos, el hombre continuará demandando de este mundo libertad, justicia social, y seguridad política y económica. El hombre aspira a un mundo en el cual la inteligencia humana organice y distribuya los amplios recursos de la naturaleza, de modo que todos puedan vivir en la abundancia; un mundo en el cual la inteligencia se dedique al progreso humano más bien que a la destrucción; un mundo en el cual el trabajo del hombre pueda canalizarse hacia su propio progreso". O bien las siguientes: "La paz requiere la sustitución de la guerra, que cada vez se hace más destructiva, por procesos internacionales que a la vez protejan las formas de vida nacional contra la violencia exterior, faciliten la adaptación a nuevas condiciones y promuevan cambios constructivos de interés común".

En el informe sobre el período de transición, expedido por la Comisión en febrero de 1942, leemos de modo bien explícito que el propósito de los EE. UU. al entrar en la segunda guerra mundial era la destrucción final del nazismo y *también del concepto militarista de las relaciones internacionales*, señalando además que "la guerra moderna utiliza armas que no son balas". La clara visión política de los relatores del aludido informe les hizo redactar sentencias como las siguientes: "Todo esto no puede hacerse por la dirección de unos cuantos individuos que ocupan los puestos del poder, solos, por grande que sea su capacidad para el desempeño de sus grandes misiones.

Se requiere también el apoyo de una opinión pública ilustrada pues de lo contrario esa labor se frustraría y falsificaría en los años por venir”.

Y esto es precisamente lo que hoy está ocurriendo; la frustración de la finalidad de las N. U. debida al olvido de este elemental deber, cual es el de escuchar la opinión pública ilustrada. El fracaso de unos cuantos hombres que se creen suficientes con su poder, colocados a espaldas de la opinión pública o forzados a crear mediante la propaganda una falsa opinión pública, disociada de la realidad. El poder de unos cuantos individuos colocado al servicio de los principios contradictorios de aquellos que sirvieron de pedestal a los mismos puestos de poder que están ocupando. Están sirviendo de apoyo al resurgido militarismo dictatorial del mundo latinoamericano, bien sea cerrando los ojos a las justas demandas de libertad a los pueblos oprimidos; bien apoyando ostensiblemente a los dictadores que más se distinguen en arrasar las estructuras políticas que los pueblos habían aprendido a darse; bien apoyando con toda su fuerza a los enemigos de la cultura, de la ciencia, y de la libertad de conciencia.

Todavía no había terminado la guerra y los líderes británicos y americanos habían anunciado ya la formación de las Naciones Unidas sobre la base de los propósitos y principios contenidos en la célebre *Carta del Atlántico* con la cual se hallaban de acuerdo, por aquel entonces, unas veintiséis naciones. Y a este propósito, la Comisión norteamericana recomendaba en el informe de 1942 (sobre el período de transición) mucha cordura para los vencedores, ya que se sospecharía que usarían de la victoria para lograr fines egoístas. Precisamente para evitar esto se estructuró la nueva organización sobre bases nuevas, de acuerdo al mundo científico de la actualidad, al mundo en el cual la ciencia había hecho variar profundamente las condiciones de vida del hombre, los medios de intercomunicación, y los conceptos de justicia.

Mientras el presidente Roosevelt afirmaba solemnemente que, esta vez, el pueblo norteamericano estaba determinado “no sólo a ganar la guerra sino también a mantener la seguridad de la paz que seguirá”, el informe de la Comisión advertía con toda claridad: “una prueba clara de su buena intención, hasta de renunciación, debe darse durante el trascendental período de transición, si se quiere que haya alguna esperanza para el esta-

blecimiento posterior de un orden mundial con éxito... No deben dejar dudas sobre sus intenciones de entregar su poder a instituciones creadas y mantenidas por la comunidad... Las instituciones permanentes del orden mundial *deben surgir de la consulta con los pueblos* que han de estar sometidos a ellas y su consentimiento. Sólo de esta manera pueden esperar que tengan la lealtad y el apoyo de todos".

En el tercer informe de la Comisión publicado un año después de haberse firmado la "Declaración de las Naciones Unidas", por veintiséis naciones en Washington (1º enero 1942), se insiste no sólo en la necesidad de mantener los principios de la Organización para que su finalidad sea exitosa, sino también en prevenir determinados peligros derivados de la misma trayectoria histórica de la política de poder nacional de los países victoriosos. La importancia de los estudios de una amplia comisión es obvia, toda vez que sus orientaciones se hallan firmemente enraizadas en las esferas intelectual y políticamente vinculadas al pueblo. Y así lo confiesan en dicho informe cuando dice: "debe ser la decisión del pueblo americano, porque después de la experiencia de Woodrow Wilson, otras naciones pueden muy bien dudar de aceptar la palabra del presidente americano como decisiva. Para el pueblo americano la decisión es trascendental, pues significa el elegir entre la cooperación internacional y la política de poder".

Y, en efecto, detrás de la palabra de Roosevelt había la firme decisión de los hombres más representativos de la intelectualidad política norteamericana, quienes cooperaron activamente en la estructuración de la Carta de las Naciones Unidas y en definir su clara orientación.

"La realización de los ideales humanos es la promesa que inspiró la Carta del Atlántico. Su gran avance sobre cualquier programa previo para el establecimiento de la paz, estriba en su visión de un orden social mejor, en el cual las necesidades y aspiraciones del individuo se reconocen. El logro de estos fines es el propósito declarado de las Naciones Unidas". He ahí bien definido el propósito de una consolidación democrática indiscutible.

Si continuamos repasando este tercer informe, hallamos hermosas promesas: "han declarado en el artículo I de la Carta del Atlántico que no buscan engrandecimiento territorial ni de otro orden". Y también concretan el pensamiento norteamer-

ricano respecto a los problemas coloniales: "estos términos tan antiguos como indefinibles como *colonia* o *imperialismo* serán inadecuados en el futuro, y un nuevo concepto debe desarrollarse. Este concepto quizás lo encierra muy aproximadamente la palabra fideicomisariato, que trata de lograr el desarrollo del gobierno propio y de participar con los otros estados en la comunidad de naciones". En una palabra, una solución evolutiva de las justas aspiraciones de los pueblos coloniales, que están desarrollando un *agudo sentido* de sus posibilidades y de sus derechos.

Muchos de los actuales conflictos del Africa y del Asia no se producirían o tendrían una armónica solución si este magnífico espíritu evolutivo brillara en las palabras y en las decisiones de los actuales representantes en las Naciones Unidas; mas no ocurre así; también dichas promesas pasaron a ser letra muerta.

Otro punto psicológicamente crucial se hallaba señalado en el informe aludido: es el de la igualdad moral y del respeto mutuo que se deben entre sí los fundadores de la ONU, "es vitalmente importante que los hábitos de confianza y cooperación se desarrollen entre las Naciones Unidas para que puedan proseguir a las labores de reconstrucción, y para hacer que un orden mundial permanente parezca natural y deseable". Y más concretamente alude al temor que algunos podrían abrigar respecto de la representación que puedan tener en la organización internacional las vastas poblaciones de orientales, temor que debe enfrentarse buscando un sistema de representación acorde con las realidades históricas más bien que con el valor numérico de la población. Este aspecto parece que fué detenidamente considerado para abocarse a la estructuración de la Carta de la ONU, en la cual se hallaban inteligentemente resueltos numerosos problemas de esta índole. Pero la Carta de la ONU no fué elaborada con tanta premeditación y buena voluntad para que sus propios artífices renegaran de ella y de sus principios tan tempranamente.

Refiriéndose al mismo problema psicológico de la convivencia y del peso relativo de las representaciones, advertía el informe de la comisión lo siguiente: "tales asuntos pueden solucionarse si las naciones occidentales los discuten sobre una base de igualdad y respeto y justicia. Deben solucionarse porque las naciones orientales están al borde de un acontecimien-

to que les dará vasta importancia política y económica. Deben disfrutar de igualdad moral en el orden permanente". Y añade que "la solución de los problemas coloniales e imperiales en Asia, Africa y en el Pacífico, será muy difícil; pero el asunto debe abordarse con la seguridad de que las promesas de las Naciones Unidas son tan aplicables a aquellas regiones como al resto del mundo". Los autores del proyecto y los realizadores de la Carta de las Naciones Unidas adoptaban el nuevo concepto de la ciudadanía del mundo, habiendo completamente superado el antiguo criterio del llamado *estereotipo* nacional.

De los estereotipos a una conciencia mundial

CUANDO *Sinuhé el Egipcio* hallábase en el país de Amurrú llamado por el rey Azirú para curar a su hijo, y escuchó un día al monarca jactarse de su realeza y asegurar que habría que matar todavía muchos egipcios y lanzar al puerto muchos cadáveres de soldados, le preguntó:

—“¿Por qué obrar de esta forma y por qué detestas tanto a los egipcios Azirú?”.

—“Todas las villas y tribus de Siria deben aprender y saber que el egipcio es más miserable, más haragán, más cruel, más infame, más codicioso, y más ingrato que el sirio. Todos tienen que aprender a escupir de desprecio al oír pronunciar el nombre de egipcio y ver en los egipcios unos opresores inicuos, unas sanguijuelas ávidas, verdugos de mujeres y niños, a fin de que su odio sea suficientemente fuerte para mover las montañas”.

—“Pero todo esto es falso, como sabes muy bien!”.

—“¿Qué es la verdad Sinuhé? Después de haberse impregnado de la verdad que yo les inculco, estarán dispuestos a jurar por todos los dioses que es cierto; y si alguien pretende probarles lo contrario, lo matarán como si fuera un blasfemo”.

No importa que el concepto formado del *hombre de la otra orilla* sea falso o verdadero. Lo que importa es que el odio sea tan fuerte que constituya una barrera más profunda e impenetrable que las barreras geográficas. Este es el *estereotipo* nacional, invención antiquísima, que tan gráficamente perfila Mika Waltari en la aludida conversación amistosa entre el médico egipcio y el rey sirio.

Tales versiones literarias, de apariencia caricaturesca, poco difieren de las que la realidad de nuestra época nos exhibe. Las aplastantes propagandas periodísticas se esfuerzan en alentar los rasgos diferenciales en forma artificiosa, pero consiguen todavía el mismo resultado: crear un estereotipo nacional, base fundamental en qué apoyar los odios populares y las aventuras bélicas.

Sin embargo, no pasarán muchos años antes de que tales hechos desaparezcan. Basta con asegurar una información objetiva y amplia entre unos países y otros. Basta con establecer una educación universalista que no sea influida por prejuicios geográficos. Esto no se ha intentado nunca en política internacional; pero actualmente se está realizando, mediante estudios preliminares de investigación psicológica cuyo interés es indiscutible.

Constituye un hecho psicológico de gran importancia la evolución del sentimiento nacionalista tradicional hacia un sentido mundial de solidaridad humana. Este fenómeno se presenta actualmente muy enmascarado por cambios de nomenclatura y por interpretaciones apasionadas, pero en realidad el fenómeno evolutivo existe. Mas ¿cómo se compagina esta transformación del sentimiento hacia el internacionalismo con la irrupción de múltiples reivindicaciones *nacionalistas* en muchos países? Probablemente es un problema de terminología. Muchos de los movimientos llamados *nacionalistas* (por ejemplo los árabes o los asiáticos) son simples movimientos de liberación, o de progresión hacia un autodeterminismo del cual no han disfrutado hasta ahora muchos pueblos. Otras veces el internacionalismo es fragmentario y se escubre con nomenclaturas de sistemas políticos o de ideologías religiosas.

Volviendo al problema de los *estereotipos* nacionales, cuyo estudio está de actualidad, podemos lamentar que algunos hombres representativos de los países que plantearon y realizaron la transformación jurídica de la noción de estereotipo, creando las condiciones para la cristalización de una conciencia mundial, también padecen de amnesia en este aspecto, retrocediendo al estadio infantil, en el cual no existe reversibilidad psicológica en el trato con un *extranjero*. El concepto de "extranjero" se ha vuelto a recargar de un espeso precipitado negrozco, que desencadena fenómenos alérgicos de variable matización.

Parecería que se hizo realidad aquella anécdota recogida por Milton Graham en un trabajo reciente (sobre "Actitudes Internacionales"): un turista norteamericano al desembarcar en Inglaterra y encontrarse con dos oficinas separadas para el visado de pasaportes, una para británicos y otra para extranjeros, se dirigió resueltamente a la primera. Y cuando el empleado le advirtió que se había equivocado de oficina, respondió furioso: "yo no soy extranjero, soy americano"!

Estos estereotipos, en nuestro tiempo, son nocivos. Se nutren de falsedades mezcladas con caracteres verídicos, y varían con el tiempo y las circunstancias ambientales. Por eso el examen comparativo de los estereotipos es el mejor método para presentarlos al observador en su verdadera significación. Y la intercomunicación de los hombres distantes y de formación cultural distinta tiende insensiblemente a disminuir la fuerza impulsiva del estereotipo. Otto Klineberg demuestra cómo pueden modificarse pedagógicamente, y cómo la cultura universitaria los disuelve. La enseñanza técnica y la formación científica de la juventud influye en la objetivación del estereotipo, lo cual equivale a su eliminación.

Un sentido de reciprocidad psicológica debe establecerse entre los pueblos y entre los pedagogos, lo cual es una adquisición importante en el progreso sociológico. La Unesco actualmente impulsa las investigaciones psicológicas en este terreno, habiéndose ya publicado varios trabajos de interés, especialmente sobre las reacciones psíquicas del niño respecto a los estereotipos nacionales y al concepto que tiene del extranjero. Es preciso evitar que el niño por la instrucción que recibe y las condiciones con que se desarrolla su personalidad, se forme concepciones erróneas y prejuicios acerca de sus semejantes; sobre todo teniendo en cuenta el origen de tales prejuicios y la absurdidad frecuente de los errores injertados. Se está creando una preocupación pedagógica por la formación de una conciencia social supranacional o mundial.

Tanto para el niño como para el adulto, en la actualidad es más difícil que en el siglo pasado aceptar las imágenes falsas de los hombres que habitan regiones distantes. Tales imágenes se derrumban ante las informaciones documentadas que suministran los medios modernos de comunicación. Y ello permite a la Unesco poderse ya formular concretamente esta pregunta: ¿los niños podrán ser educados de manera que a los

ocho o diez años de edad puedan considerarse a la vez ciudadanos de su país y ciudadanos del mundo?

No sólo la intercomunicación geográfica nos acerca a dicha posibilidad. Las actividades de todas las organizaciones internacionales conducen también a este fin, pero especialmente las técnicas y culturales. Todo ello en función de la *educabilidad* de la especie humana, factor cada día más importante de la evolución.

El polimorfismo psicológico de la especie humana es perfectamente compatible con su educación progresiva hacia la mutua comprensión y convivencia, hacia una cooperación armónica e inteligente de todos los países del mundo. Los antropólogos admiten actualmente que las diferencias biológicas entre los hombres son más acusadas entre los individuos de una misma raza que entre unas y otras razas. Y aun admitiendo el carácter genético de ciertos caracteres biológicos raciales, éstos no constituyen incompatibilidades psicológicas porque la selección biológica en la especie humana se realiza a través de la aptitud para adquirir nuevos métodos de vida y nuevos conocimientos. En una palabra, la educabilidad es el factor plástico más importante de la evolución humana.

La enorme distancia que separaba a la sociología científica de la política se halla cada vez más reducida por la labor de las mencionadas organizaciones. Gracias a la ONU la política asciende a una categoría más científica, pues deja de ser tan subjetivista e individualista para adoptar una cristalización práctica, objetiva; diríamos que entra en una fase positivista. Y la sociología se engarza con aquella realidad política para adoptar también una nueva vida experimental. La Unesco ha creado, entre otras muchas instituciones, un Instituto Internacional de Ciencias Sociales, cuya repercusión pedagógica se hará sentir sobre todas las esferas políticas.

La Unesco ha establecido también un nuevo concepto pedagógico: *La educación de base* o *educación basal*; algo así como un metabolismo basal de la cultura, que debe aplicarse a todos los individuos (niños y adultos) de las regiones y zonas poco cultivadas, para que todo ser humano sea culturalmente apto para la convivencia social. Y ha establecido también la necesidad de la internacionalización de la historia, que es lo mismo que su objetivación más científica, despojándola de las deformaciones creadas por el orgullo nacional de cada país, para fo-

Parecería que se hizo realidad aquella anécdota recogida por Milton Graham en un trabajo reciente (sobre "Actitudes Internacionales"): un turista norteamericano al desembarcar en Inglaterra y encontrarse con dos oficinas separadas para el visado de pasaportes, una para británicos y otra para extranjeros, se dirigió resueltamente a la primera. Y cuando el empleado le advirtió que se había equivocado de oficina, respondió furioso: "yo no soy *extranjero*, soy *americano*"!

Estos estereotipos, en nuestro tiempo, son nocivos. Se nutren de falsedades mezcladas con caracteres verídicos, y varían con el tiempo y las circunstancias ambientales. Por eso el examen comparativo de los estereotipos es el mejor método para presentarlos al observador en su verdadera significación. Y la intercomunicación de los hombres distantes y de formación cultural distinta tiende insensiblemente a disminuir la fuerza impulsiva del estereotipo. Otto Klineberg demuestra cómo pueden modificarse pedagógicamente, y cómo la cultura universitaria los disuelve. La enseñanza técnica y la formación científica de la juventud influye en la objetivación del estereotipo, lo cual equivale a su eliminación.

Un sentido de reciprocidad psicológica debe establecerse entre los pueblos y entre los pedagogos, lo cual es una adquisición importante en el progreso sociológico. La Unesco actualmente impulsa las investigaciones psicológicas en este terreno, habiéndose ya publicado varios trabajos de interés, especialmente sobre las reacciones psíquicas del niño respecto a los estereotipos nacionales y al concepto que tiene del extranjero. Es preciso evitar que el niño por la instrucción que recibe y las condiciones con que se desarrolla su personalidad, se forme concepciones erróneas y prejuicios acerca de sus semejantes; sobre todo teniendo en cuenta el origen de tales prejuicios y la absurdidad frecuente de los errores injertados. Se está creando una preocupación pedagógica por la formación de una conciencia social supranacional o mundial.

Tanto para el niño como para el adulto, en la actualidad es más difícil que en el siglo pasado aceptar las imágenes falsas de los hombres que habitan regiones distantes. Tales imágenes se derrumban ante las informaciones documentadas que suministran los medios modernos de comunicación. Y ello permite a la Unesco poderse ya formular concretamente esta pregunta: ¿los niños podrán ser educados de manera que a los

ocho o diez años de edad puedan considerarse a la vez ciudadanos de su país y ciudadanos del mundo?

No sólo la intercomunicación geográfica nos acerca a dicha posibilidad. Las actividades de todas las organizaciones internacionales conducen también a este fin, pero especialmente las técnicas y culturales. Todo ello en función de la *educabilidad* de la especie humana, factor cada día más importante de la evolución.

El polimorfismo psicológico de la especie humana es perfectamente compatible con su educación progresiva hacia la mutua comprensión y convivencia, hacia una cooperación armónica e inteligente de todos los países del mundo. Los antropólogos admiten actualmente que las diferencias biológicas entre los hombres son más acusadas entre los individuos de una misma raza que entre unas y otras razas. Y aun admitiendo el carácter genético de ciertos caracteres biológicos raciales, éstos no constituyen incompatibilidades psicológicas porque la selección biológica en la especie humana se realiza a través de la aptitud para adquirir nuevos métodos de vida y nuevos conocimientos. En una palabra, la educabilidad es el factor plástico más importante de la evolución humana.

La enorme distancia que separaba a la sociología científica de la política se halla cada vez más reducida por la labor de las mencionadas organizaciones. Gracias a la ONU la política asciende a una categoría más científica, pues deja de ser tan subjetivista e individualista para adoptar una cristalización práctica, objetiva; diríamos que entra en una fase positivista. Y la sociología se engarza con aquella realidad política para adoptar también una nueva vida experimental. La Unesco ha creado, entre otras muchas instituciones, un Instituto Internacional de Ciencias Sociales, cuya repercusión pedagógica se hará sentir sobre todas las esferas políticas.

La Unesco ha establecido también un nuevo concepto pedagógico: *La educación de base* o *educación basal*; algo así como un metabolismo basal de la cultura, que debe aplicarse a todos los individuos (niños y adultos) de las regiones y zonas poco cultivadas, para que todo ser humano sea culturalmente apto para la convivencia social. Y ha establecido también la necesidad de la internacionalización de la historia, que es lo mismo que su objetivación más científica, despojándola de las deformaciones creadas por el orgullo nacional de cada país, para fo-

mentar los estereotipos. Una enseñanza más universal de la historia contribuirá sin duda a la solución del gran problema de la comprensión internacional.

¿Puede creerse en una evolución psicosomática del hombre actual?

SI la sociología puede considerarse como la ciencia de la psicología colectiva y la política como la ciencia aplicada de las relaciones colectivas (Yung), sociólogos y políticos deben partir de un conocimiento objetivo del hombre, es decir, de un conocimiento antropológico. El no hacerlo así constituye la causa de grandes errores. Los más graves de tales errores son el desconocimiento de que la educación es una función genuinamente humana; y de la continuidad de la evolución biológica del hombre.

En cuanto a la educación, es un hecho indiscutible que se ejerce eficazmente sobre el niño y el púber. El desarrollo psíquico del hombre (en la ontogenia) atraviesa por etapas de exquisita maleabilidad que alternan con otras fases de estabilización. Y estas últimas pueden dar, al observador superficial, una idea equívoca de la capacidad de transformación de la mentalidad juvenil. Mas en general los políticos y pedagogos conocen bien la posibilidad educativa de las primeras etapas de la vida psíquica, y por esto luchan violentamente para imponer una pedagogía determinada. Reiteramos la convicción de que en las luchas políticas de nuestros días (por lo menos en el llamado mundo occidental) no se ventila sólo la lucha por la *administración económica* sino por la *administración pedagógica*.

El segundo aspecto mencionado es más trascendente todavía. Muchos observadores (los más escépticos) parten de la base de que el hombre es inmutable, no sólo somáticamente sino mentalmente.

La antropología y la psicología comparada muestran lo contrario. La evolución de la mentalidad del hombre primitivo hasta el actual es un proceso que pocos desconocen. Levy-Bruhl ha conseguido consolidar extensamente tales conocimientos. Y hasta los enemigos de Yung, para desacreditar su sistema psicológico, atribuyen a su noción del inconsciente un carácter *estático* que "obscurce el resplandor de esperanza para la evolución mental progresiva de la especie humana" (E. Glover). Y sin

embargo, el inconsciente colectivo de Yung no se estaciona. Sus arquetipos son capaces de evolucionar y transformarse lentamente, y toda la estructura mental del inconsciente es capaz de ser modificada.

Albert Vandel admite dos etapas de la historia de la vida animal referidas a su evolución psíquica con una nueva nomenclatura: *inteligencia específica* (de la especie) e *inteligencia individual*. La evolución de la inteligencia específica es muy lenta, de ahí su fijeza en ciertas especies zoológicas. Pero la entrada en acción de la inteligencia individual comunica a la evolución psíquica una plasticidad insospechada. De ahí que el hombre modifica sucesivamente su inteligencia específica. "La inteligencia individual —dice A. Vandel— sustituye la torpidez de la evolución orgánica por la agilidad y la rapidez de las manifestaciones psíquicas. La naturaleza necesitó millones de años para inventar los animales voladores. El avión ha sido realizado en pocas décadas".

Teniendo en cuenta la rapidez de la evolución del psiquismo humano, debemos preguntarnos si la evolución del hombre no se produce continuamente y a un ritmo variable. Nosotros pensamos que el hombre se halla actualmente en una fase de rápida evolución no sólo mental sino psicosomática. La evolución psíquica es inseparable de la orgánica, como ésta lo es de la psíquica. En otros trabajos (La Endocrinología del porvenir, 1944) hemos defendido la importancia de los sistemas glandulares sobre la personalidad, así como la dirección evolutiva del hombre a través del sistema neurohipofisario.

La involución orgánica del hombre temida por Carrel a consecuencia del confort moderno puede referirse al sistema muscular y esquelético; pero no en el campo psíquico y emotivo, en el cual se asiste a una reactivación social. El sentimiento estético conserva en el hombre una base sexual. La desaparición del ascetismo místico, del tabú antisexualista, influye sin duda en la vitalización de una estética más biológica, más humana; y en una progresiva elevación funcional del sistema neuro-hipofisario, del tono emocional psíquico; una impulsión evolutiva de la actividad cerebral, que moldea una nueva fase humana por excelencia. He ahí por qué, con propiedad de lenguaje, puede hablarse de un *neohumanismo biológico*.

La evolución humana en el futuro puede seguir un ritmo distinto del que ha seguido en el pasado. La plasticidad de la

personalidad del hombre está condicionada a las influencias mesológicas, geográficas y físicas, pero muy especialmente a las psíquicas. No puede decirse que la evolución psicosomática del hombre hasta el presente haya sido meramente pasiva. Pero quizás las influencias psicosociales, a través de las estructuras politicosociales, han ejercido muchas veces una influencia inhibidora, estabilizadora. Pero en el momento histórico presente, la misma mesología física (radio, televisión, aviación) ejerce un papel activo que interfiere sobre los factores mesológicos geográficos. Y el papel de la ciencia, en cuanto a método filosófico, es también muy activo. Volvemos a hallarnos en el nudo gordiano del problema político-filosófico, porque existe una franca oposición entre dos tipos de filosofías frente a la evolución del ser humano.

Bajo el aspecto antropológico, el hombre no es un término, sino un eslabón del gran árbol de la vida. El futuro de la especie humana depende asimismo en buena parte del hombre mismo. Con ello no queremos decir que el futuro nos pueda brindar transformaciones ilimitadas. La evolución humana, tiene, como la de cada especie, límites en el sentido de su estructuración orgánica y especialmente cerebral. Los ensayos de aplicación de sistemas metafísicos deshumanizados (tabú anti-sexualista de las religiones ascéticas) han fracasado por pretender llevar al hombre hacia una dirección distinta de la que la naturaleza lo ha situado. No olvidemos que el hombre es un animal optosexual. Pero han conseguido retardar en varios siglos la evolución normal o integral del hombre civilizado.

Por ello puede afirmar Albert Vandel (*L'Homme et l'évolution*, 1949) que "el hombre que se estaciona en los hábitos y las tradiciones, que se niega a reconocer que la realidad es movimiento, traiciona la misión sagrada que le ha sido confiada". Y que "toda filosofía debe considerar al hombre no solamente en el aspecto actual sino en su forma futura". Y en el terreno pedagógico J. Dewey coincide con este mismo criterio cuando advierte que "la teoría de que la naturaleza humana es inmutable, es la más deprimente y pesimista de todas las doctrinas posibles". Pero añadimos nosotros que no sólo es deprimente sino que es inexacta.

El mismo mundo de hoy exhibe una variedad de estructuras sociales, no sólo debida a la topografía sino a la cronología del desarrollo humano. Este solo hecho es una prueba

de la capacidad de transformación de las estructuras colectivas. La política moderna ha sido calificada de filosofía-alquimia, porque recuerda el empirismo impotente de los alquimistas frente al dominio de los elementos químicos. La utopía de ayer se trocó en la realidad de hoy. Los nuevos políticos de mentalidad científica también se califican de utópicos. Pero las bases internacionales para entrar en una nueva etapa de orientación científica están echadas, aunque muchos críticos no sepan verlas. El planteo de los problemas colectivos en un nuevo terreno más universal, más concreto, más abierto, más relativista, dará al Hombre de la Era Atómica una nueva palanca para su inadvertida metamorfosis.

BRASIL¹

UN CONTINENTE DENTRO DEL CONTINENTE

Por *Germán ARCINIEGAS*

"Oh Brasil, ese inmenso continente, desnudándose cada vez más a mi inteligencia".

GOETHE.

(De una carta a C. L. Schultz, Weimar, 5 de septiembre, 1822).

NO está bien decir que el Brasil sea una nación: es un continente que está por explorar y producir. Se mueve dentro de un vasto margen de posibilidades. Fué por años el primer país productor de diamantes. Se descubrieron al azar. Jugaba un chiquillo con unos cristales, un curioso se detuvo a examinarlos, y surgieron los diamantes. En 1870 aparecen en el Africa minas mejores, y el Brasil se borra en ese mapa de piedras preciosas. En 1924 su nombre ya no significa diamantes sino café. Produce para que todo mundo tome café, y quedan sobrando millones de sacos que se queman. Entonces, el 75 por 100 de sus exportaciones eran café. Veintiún años después, en 1945, el Brasil ha encontrado otros productos para exportar, y entonces el café sólo representa el 35%. "Hacia 1700, Minas Geraes se consideraba un infierno. Hasta los sacerdotes seculares tenían forma de vileza y corrupción".² En 1950, Minas Geraes ha trasladado el fuego diabólico al hogar santo de los altos hornos donde se funde el acero. Ahora el Brasil fabrica locomotoras; rieles del Brasil cruzan el territorio y en los ferrocarriles se rueda sobre ruedas hechas en el Brasil.

¹ Un capítulo del libro que en breve aparecerá, titulado "Entre la Libertad y el Miedo".

² MOORE: *A History of Latin America*.

Puesta a un lado la consideración de si son del estado o de compañías privadas las empresas, el hecho es que muy pocas naciones latinoamericanas tienen un sistema nacional ferroviario. Volta Redonda es el anuncio de que el Brasil lo tendrá. . . Como símbolo de realización, de inspiración, de anuncio para el futuro, Volta Redonda significa para los brasileños, y para todos los latinoamericanos, lo que fué la represa del Dnieper para los soviets, en los días augurales de su industrialización (Earl Parker Hanson: *New World Amerging*).

Y así todo. Si el caucho del Oriente se pierde, Ford lo rescata en el Brasil. Cuando no hay naranjas de las de Valencia de España, o de las de Portugal, y aunque las haya, se comen en Londres las del Brasil.

Tiene el Brasil 53 millones de habitantes, una población más grande que la del resto de Sur América reunido. Ellos comienzan ahora a colonizar un país más vasto que los Estados Unidos, donde se produce lo mismo café que algodón o azúcar, donde hay carbón y petróleo, los depósitos más grandes de manganeso y en reservas hidráulicas 20 millones de caballos de fuerza. Pero la mina en potencia son los 53 millones de habitantes. Han estado mal vestidos, mal alojados, mal de salud, y mal comidos. Comienzan a pasar de la edad del hombre descalzo a la del hombre con zapatos, y esos 53 millones consumirán cada día más. Se puede hablar de un Brasil industrial porque hay un Brasil para vestir, alojar y mejorar. La lucha que se ha emprendido en el campo de la medicina tropical —ya notable en el mundo científico—, protegiendo al hombre que nace, alargándole la vida, capacitándolo para que produzca más es el hecho serio que está ocurriendo hoy en la América del Sur. Los 53 millones van a multiplicarse en mejores condiciones y tienen un continente propio, a la orden. ¿Hacia dónde se moverán? ¿Hacia la democracia? ¿Hacia el cementerio de la libertad?

EL Brasil es un triángulo irregular que tiene forma muy parecida a la del mapa general de Sur América. La coincidencia es significativa porque también el hombre del Brasil se parece más al del resto de Sur América que el argentino. Es más negro, es más indio, es más tropical, sale de los mismos cafeales, de los mismos cañaduzales, de la misma selva, tiene los

mismos compadres, las mismas mañas, complicaciones parecidas. Y el Brasil limita con todos los países del sur, excepto con Chile y con el Ecuador, que también fué colindante suyo hasta que en litigios de fronteras perdió sus selvas amazónicas.

No ha sido hasta hoy, sin embargo, el Brasil conductor de la América del Sur. Apenas en los últimos años Rio Janeiro aparece como punto de referencia en conferencias internacionales y arbitramentos, y hay justificada curiosidad por saber quién llevará en el futuro la voz cantante, si el Brasil de Getulio, o la Argentina de Perón.

Si el Brasil ha sido un país desconocido para los brasileros, mucho más lo ha sido para los hispanoamericanos. Rio Janeiro ha estado más cerca de París que de las capitales de sus diez vecinos. Apenas con el Plata ha tenido pasajeras intimidades. En el movimiento actual de aproximación de la América española al Brasil hay algo de curiosidad y algo de necesidad. En la competencia de personalidades hay que escoger entre Perón, que por el momento está imponiendo su voluntad sobre una Argentina vencida por los coroneles y Getulio, que regresa de su pasado contradictorio con una sonrisa paternal de gaucho brujo y llega envuelto en una ola de enorme prestigio popular. Hoy Getulio Vargas habla sabroso de democracia.

Hasta el momento la América portuguesa y la América española han sido dos Américas distintas, alejadas. La lengua ha sido una barrera. Es cierto que el idioma portugués tiene parentesco íntimo con el español. Los hispanoamericanos no estudian portugués porque con poco esfuerzo pueden leerlo, oírlo, y casi entenderlo. Los brasileños no estudian español por las mismas razones. Esta aparente ventaja ha distanciado a los dos pueblos. En el plano de las preferencias cotidianas el que habla portugués lee portugués y el que habla español lee español. La inmensa obra científica, literaria, histórica que se produce en el Brasil no es popular en la América española. Y en Rio Janeiro, saliendo de la literatura portuguesa, la gente no duda entre el autor francés y el hispanoamericano: lee al francés.

La historia ha sido diversa. Llegaron los portugueses a este hemisferio con un criterio opuesto al español. Eran gentes de mar, con larga tradición mercantil, y desembarcaron donde el indio no había creado ninguna civilización importante. Nada atrajo a los portugueses para aventurarse en el interior. Se establecieron en la costa más extensa que ningún país tenga

sobre el Atlántico —5 mil millas—. Los que ejercían capitánías tenían la facultad de internarse hasta donde quisieran, entre dos líneas paralelas que determinaban en el mapa su jurisdicción. Se formó una economía feudal que dejó huellas profundas. Poner todo el Brasil bajo la autoridad de un gobernador general o de un virrey fué sólo ficción legal. No había la base firme de una previa organización indígena como la que hallaron los españoles en México o en el Perú. En el Brasil hubo grandes señores o hacendados que tuvieron primero muchos indios, después muchos negros, siempre muchas tierras. Al lado de ellos prosperaron también los jesuitas.

Los españoles en sus colonias se fueron tierra adentro, con el modelo de España, con Castilla al centro. Los portugueses se desplegaron, como queda dicho, en la costa, a la manera de Portugal en Europa. Esto da a la primera historia del Brasil un parecido con la de las colonias inglesas en el norte. Todavía hoy las tres cuartas partes de la población del Brasil están localizadas en una zona que no va a más de cien millas de la costa. Pero el corrimiento de la frontera hacia el interior no ha tenido los caracteres que tuvo en los Estados Unidos. El brasilero ha ido entrando en puntas de lanza —las "sertoes"— sin moverse en un frente unido y sin destruir a la población indígena. Se ha fundido con ella.

SOBRE el Brasil pesa la geografía. El calor de la tierra tropicalizó leyes, relaciones humanas, ideas sociales europeas: penetró hasta en el cuerpo mismo de la iglesia. Se produjo algo que por un lado parece relajamiento en el rigor de la justicia, en la estructura de la familia, en las costumbres, en el clero. De otro lado, significó acercamiento humano. Los viajeros de los Estados Unidos que visitan hoy el Brasil apenas pueden creer cómo haya podido llegarse a una tan grande tolerancia del color. Nadie repara en los hoteles, en las playas, en el casino, mucho menos en el gobierno, en la vida política, variaciones de la escala cromática que en muchos lugares de los Estados Unidos darían ocasión a conflictos insolubles y en todas partes a serias dificultades. Se puede trazar en el mapa una S gigantesca que arranque de las islas de las Antillas, dé vuelta por el golfo de México y la América Central al Caribe y vaya a enroscarse en la costa del Brasil. Por donde va la S se en-

cuentra un tipo humano penetrado del fuego del trópico. Allí la vida es más sonora y alegre, cordial y desprevenida. Se armonizan acentos venidos de la península ibérica con músicas del África. Y el carnaval, lo mismo en Nueva Orleans que en Panamá o Rio Janeiro, es uno de los espectáculos fantásticos del mundo.

Las proporciones de la mezcla humana en el Brasil son grandes desde el primer día. En 1580 el padre Anchieta contaba ya 25 mil blancos y 13 mil negros. En 1800 se hizo esta cuenta: 430 mil blancos, 1.500.000 negros, 700 mil indios. Estas cifras no indican nada. Dan la idea de grupos delimitados, cuando en realidad todo se entremezcla. La vida se concentraba en las haciendas y no en las ciudades. Se han trazado cuatro etapas en la historia de la nación: la edad del palo Brasil, la de la caña de azúcar, la de las minas y la del café. Es decir: cuatro culturas rurales. En las casonas del hacendado es un patriarca de los del Viejo Testamento: con inmensa descendencia de hijos legítimos e hijos naturales que viven bajo su mismo techo, bajo su misma cordial protección.

El esclavo es esclavo, pero no está fuera de la vida de su señor. Comparte sus trabajos y sus luchas. Gilberto Freyre, que ha penetrado con singular agudeza en los procesos sociales del Brasil, dice:

... el azúcar... fué para las familias numerosas y compactas: para las frondosas familias de las casas grandes. De esas familias hay que recordar que los propios esclavos se tornaban miembros sociológica y culturalmente... Los esclavos no sólo tomaban los nombres más característicos de las grandes familias... sino sus peculiaridades en el hablar, en el andar, en el gesto, en las diversiones, en las devociones religiosas, en los sentimientos o compromisos políticos... Los esclavos del capitán Machado, devoto de Nuestra Señora de la Concepción, por ejemplo, se empeñaban en luchas contra los esclavos del coronel Mendoza, devotos de la virgen o santo rival—Nuestra Señora de Guia—, por fidelidad a la devoción de la familia o de la casa de que sociológicamente se sentían miembros... O se empeñaban en combates sangrientos por el partido conservador (el de sus señores) contra los esclavos que luchaban a lanza y cuchillo por la victoria del partido liberal (que a su turno era el de sus amos), con un fervor que no se confundía, según testimonios fidedignos, con el de los mercenarios... Un fervor que venía de la identificación profunda

del esclavo con los sentimientos, los intereses, los compromisos de su señor o de la casa o de la familia que consideraba suya —su casa o familia sociológica. . .

Esto permitió que de la entraña del mundo negro fueran surgiendo artistas, profesores, obispos, presidentes en el gabinete del emperador. Gentes de sociedad. Ricos. Freyre recuerda estas líneas de Thomas Ewbank, quien publicó en Londres en 1856, un libro sobre *Life in Brazil, or the Land of the Cocoa and the Palm*:

Me he cruzado con damas negras vestidas de seda y joyería, a quienes siguen sus esclavos de librea. Hoy vi a una que iba en su carruaje, acompañada por un criado de librea y su cochero. Muchas están casadas con blanco. El primer médico de la ciudad es un negro, y lo mismo el presidente de la provincia.

COMO en el siglo XVIII llegaban negros, en el XIX llegaron blancos. En la segunda mitad del siglo una gran corriente de emigrantes europeos se dirigió a Sur América; al Brasil y a la Argentina. De éstos, 3.630,000 se quedaron definitivamente en la Argentina, y 3.300,000 en Brasil. Los europeos arraigaron más fácilmente en el Brasil. A la Argentina llegaron 6.780,000 y sólo se quedó allí un 53.5%. Al Brasil llegaron 4.732,000 y el 74% no regresó a Europa.³

Como hubo en Brasil en el XVI una república negra, de esclavos que se hicieron independientes y fundaron en su *quilombo* su propio estado, en el XX hubo los alemanes del sur —unos 800 mil— que tenían 2 mil escuelas en donde sus hijos se educaban en lengua alemana e iniciaban en el culto de la swástica. Pero la ley general en el Brasil es la de la convivencia cordial. De ahí sacó el escritor mexicano José Vasconcelos su teoría de la raza cósmica, que sería el producto sintético de todos los colores y la humanidad del futuro.

HA sido el Brasil el país de la paz en el mundo. Se hizo independiente sin guerra de independencia. Le bastó retener un hijo de la casa real de los Bragança, preguntarle si quería ser

³ Economic Survey of Latin America 1948 (United Nations).

emperador, y coronarlo en cuanto Pedro dijo "Eu quero!" (¡Yo quiero!). Así se constituyó la única verdadera monarquía que ha habido en el hemisferio desde que cayeron Moctezuma y Atahualpa. Los ensayos de México con Iturbide y Maximiliano no fueron sino fugaces experimentos destinados al fracaso, y los de Haití llamaradas en una noche de azabache. El imperio del Brasil, que va de 1822 a 1889, lo es de verdad. La época ilustrada que preside don Pedro II constituye uno de los hechos importantes en la historia de las monarquías, hecho que habría que estudiar como se estudia a Federico el Grande o a Catalina de Rusia. Pero en 1889 se termina la monarquía como había comenzado: en la forma más cortés se coloca al emperador en un trasatlántico de primera y se le despide para Europa: de la proclamación de la república se da cuenta, sencillamente, en la cartelera de un periódico. Las personas familiarizadas con la caída de las monarquías en Francia o en Rusia, o con el zafarrancho que siguió en España al derrocamiento de Alfonso XIII, encuentran incomprensible esta cortesía brasilera.

La gran conquista territorial que ha hecho el Brasil ha sido la del territorio de Acre, que en pleno siglo xx pasó de las manos de Bolivia a las del Brasil sin la más leve violencia: con guante de seda el genio del Barón de Rio Branco hizo la operación, entregando a Bolivia un cheque por 2 millones de libras esterlinas.

Más peligrosa que la caída del imperio hubiera sido el final de la esclavitud, si en el Brasil este negocio se hubiera desenvuelto en la forma que produjo la guerra civil en los Estados Unidos. En el Brasil todo se redujo a discursos en el parlamento y artículos en los periódicos. Y terminó la esclavitud.

Y así desembocamos en la historia de los últimos años, con la figura de Getulio Vargas en primer plano.

La crisis económica de 1929 produce en la América Latina los efectos de un terremoto. Al año siguiente caen a cuarte-lazos los gobiernos de Bolivia, el Perú y la Argentina, y en Colombia se derrumba en unas elecciones el partido conservador, con cuarenta años de control del gobierno. El Brasil también tiene su revolución. La revolución blanca de Getulio.

SE trata de la sucesión presidencial. Washington Luis, jefe de la nación, tiene su candidato: el doctor Julio Prestes. La

tradicción política ha establecido alternabilidad entre los dos grandes estados de Sao Paulo y Minas Geraes. Esta vez correspondía la presidencia a un "mineiro", y Washington Luis ha escogido a un paulista. Los mineiros se resienten y entran en conversaciones con Rio Grande do Sul: unidos, lanzan la candidatura del presidente del estado de Rio Grande: Getulio. Se enfrentarán a todas las fuerzas del gobierno Federal. Getulio acepta y tiene un programa: triunfar.

Getulio es un gaucho de 46 años que nació en el pueblo de San Borja, en las pampas. Su padre es un gaucho criado en ese mar tranquilo de las olas verdes. Su abuelo fué otro gaucho. Getulio estudió derecho y de diputado pasó a líder en el congreso. Ha llevado a la política unos silencios y unas decisiones de los que se aprenden en la pampa, y que convencen. Getulio es de los que ponen el oído y oyen crecer la yerba. Es sencillo, cordial y tiene corazón. Se ha escrito un libro con este título: La sonrisa de Getulio. Le gustaría llevar ordenadamente a su pueblo, como se arrea un rebaño. Y, con mirada paternal de estanciero, verlo engordar y lucir. Cuando llegue al palacio de gobierno, donde todavía se conservan las ceremonias y protocolo de los Braganças, Getulio será un gaucho en la corte del emperador.

Ahora, en 1929, como presidente del Estado, Getulio tiene un ministro del interior, joven y audaz, que también se ha criado en el mar de las olas verdes: Oswaldo Aranha. En víspera de las elecciones, Getulio se retira a su rancho, y Aranha queda al frente del Estado. Hechas las elecciones, el presidente Washington Luis telegrafía a Aranha los resultados oficiales: el triunfo de Julio Prestes. Aranha lo contesta así:

Presidente de la República, Palacio de Cattete, Río Janeiro.
Agradezco a Vuestra Excelencia su telegrama, que haré publicar, para que la opinión pública del país se tranquilice por la confirmación dada por el primer magistrado de que el pueblo del Brasil no será gobernado sino por el elegido de su voluntad soberana. No tuvimos otra convicción cuando nos lanzamos a la lucha electoral, confiados en la cultura y civilización de nuestro pueblo y de sus dirigentes. Cerrar las urnas, rehusar las informaciones, no constituir las mesas de votación, prohibir el control, falsificar los resultados, devolver a los electores, comprar los votos, alterar las listas, entregar las mesas al asalto de los policías, confiscar los registros electorales y las inscripciones de candidatos,

hacer una elección anticipada, prohibir el voto en las escuelas de notariado, impedir que vote el ciudadano u obligarlo a hacerlo contra su conciencia; he aquí hechos degradantes que estábamos seguros de no producirse y venir a modificar los resultados del escrutinio, porque repugnan a quienquiera que tenga un poco de honradez y deben ser condenados por todos los brasileros.

Tengo desgraciadamente, gran número de denuncias, comprobadas, de que hechos semejantes han ocurrido en muchos estados, y particularmente en los de Sao Paulo, Maranhao, Ceará, Pernambuco, Rio Grande do Norte, Santa Catarina, Paraná y Sergipe. Los trasmitiré a los gobiernos respectivos. . .

Conforme a los deseos de Vuestra Excelencia, le transmito los resultados conocidos hasta el momento en las elecciones de Rio Grande do Sul: Getulio Vargas 287,321 votos; Julio Prestes 789. . .

HAY un rumor que se extiende de punta a punta del Brasil. Es la revolución. Aranha piensa: la haremos. Getulio: la haremos, sin que se turbe la marcha normal del país. En la presidencia del estado se sigue trabajando normalmente. Las horas libres se dedican a la revolución. Aranha hace un discurso ardiente en el club. La gente sale a la calle y grita: "¡Getulio! ¡Queremos Getulio!". Sale Getulio al balcón y no dice nada: sonríe. Un día va al banco y presta una suma de dinero: piensa hacer un viaje a Rio. A poco se sabe: el viaje es la marcha sobre la capital. A la conquista del poder. La revolución.

Las marchas de Getulio, el generalísimo, son en coche de primera. A las estaciones salen las muchedumbres. A Rio desemboca un mar que grita: "¡Getulio!". El jefe de su estado mayor, Goes Monteiro, se ha instalado la víspera de la entrada a Rio en el hermoso club de Ponta Rosa. Por asalto toman este edificio las muchachas alegres del lugar. Se baila como en un carnaval. Baila Getulio. Y bailando están cuando llega la noticia: Washington Luis ha dimitido. Le depusieron los militares. No resistió. ¿Para qué? Getulio entra en Rio. Se instala. Dictador.

LAS fuerzas que Getulio ha reunido en su campaña presidencial, las que le han acompañado en la revolución, representan una mezcla heterogénea que se llama Aliança Liberal. Ahí están

juntos y revueltos militares, fascistas, liberales, demócratas, estudiantes, comunistas, unidos por una sola palabra: "No". Querían que no siguiera lo que venía de atrás. Getulio es un amoroso jardinero de estas flores de la oposición. Con su malicia gaucha debió pensar que al monosilábico programa de la Aliança Liberal podría añadirse un segundo punto: el punto mágico: "Getulio". Así quedaría más afirmativo.

Cuando Getulio formula su programa dice: (y éste es su mejor retrato): "El programa es más del pueblo que del candidato...".

Los militares le han entregado una presidencia provisional: hasta que venga la constituyente, y decida. Por el momento, él tiene mano libre. Ya verá cuando convoca la constituyente. Cierra el congreso, las asambleas de los estados, los concejos municipales. Elimina las aduanas entre los estados. Declara la moratoria en el pago de la deuda internacional. Convoca la conferencia internacional de cafeteros, prohíbe que se siembre más café, y para mantener los precios procede a quemar las existencias sobrantes. En 1932 se queman 12 millones de sacos.

¿Era eso lo que buscaba la Aliança Liberal? No. En 1932 comienza a moverse contra él la oposición, y surge de su propio Estado. El foco principal se fija luego en Sao Paulo. Bertholdo Klinger, ex prefecto de la policía, que controla las fuerzas militares de Sao Paulo y hace cabeza al ejército de los rebeldes, agrupa a unos 32 mil soldados. En el sistema federal del Brasil los estados tienen sus propios ejércitos. Se fabrican 120 mil cartuchos diarios para que la revolución esté bien alimentada. Lo que pide Sao Paulo es la vuelta al orden constitucional. Getulio dice: Ya se ha puesto en marcha la maquinaria para que venga la constituyente y decida: no capitularé ante quienes se alzan en rebeldía por las armas, no cederé ante la amenaza de la violencia. Con mucho tacto mueve sus tropas, las del Brasil entero. Poco a poco la revolución se paraliza. A los dos meses ha muerto. Al doctor Borges Medeiros, cabeza del movimiento, le aconseja que se quede a descansar en Recife: lo necesita para sus fuerzas gastadas, y no caerá en la tentación si vuelve a su estado, de intranquilizar. Al compañero de Borges de Medeiros, el doctor Otelo Rosa, le ofrece un buen departamento en el hotel Flamingo, que es uno de los mejores

del mundo. Contra Sao Paulo no habrá represalias. En su proclama Getulio les dice:

...Ahora mismo, informado de la escasez de trigo que hay en Sao Paulo y de la consiguiente falta de pan, el gobierno está dispuesto a autorizar una remesa del que hay en los depósitos de la capital... El gobierno provisorio lo facilitará todo para que no falten los productos alimenticios... ¡Retornen, pues, todos a sus pacíficas lides y al convivio fraternal con los demás estados, que siempre se enorgullecerán de su progreso y civilización.

Y terminó el zafarrancho.

SI los viejos socios de la Aliança Liberal quieren que haya constituyente, que la haya. Y si quieren constitución, que la hagan. En 1931 les dice Getulio a los de la comisión que debe preparar las cosas:

La vieja fórmula política, patrocinadora de los derechos del hombre, parece estar en decadencia. En vez de individualismo sinónimo de un exceso de libertad, y del comunismo, nueva modalidad de la esclavitud, debe prevalecer una coordinación perfecta de todas las iniciativas, circunscritas a la órbita del estado, y el reconocimiento de las organizaciones de clase, como colaboradoras de la administración pública... Es oportuno repetir el concepto feliz de un ilustre publicista: "Si el gobierno es provisorio, la revolución es definitiva". Proseguiré, por tanto, irremisible, el ciclo de su evolución recorriéndolo serenamente, sin odios, con firmeza...

En 1934 anuncia Getulio que lo que querían se ha hecho: reunió a la constituyente, se hizo la constitución y se eligió presidente de la República. El presidente es Getulio. Ha dejado, pues, que los viejos socios de la Aliança Liberal hagan "su" constitución: la de ellos, no la suya. El la recibe como en aquella forma ceremoniosa de los gobernadores españoles de la colonia cuando recibían las cédulas reales, que las besaban, se las ponían sobre la cabeza en señal de acato, las colocaban luego con profunda reverencia bajo el sello real, y agregaban: "Se obedece, pero no se cumple". Getulio recibe la constitución, y sonrío. Dejará que se desacredite por sí misma. El sigue siendo un hombre sin partido. De la Aliança Liberal va borran-

dose el primer punto del programa: "No". Va imponiéndose el segundo: "Getulio".

EL Brasil es un hervidero de doctrinas extranjeras. De punta a punta trabajan comunistas y nazistas. Los comunistas tienen una espléndida organización, y un gran líder: Luis Carlos Prestes, de atracción magnética. Ellos no son lo que son ni por Marx, ni por Stalin: lo son por Luis Carlos Prestes.

El 27 de noviembre de 1935, en el cuartel del tercer regimiento de infantería de Praia Vermelha, se iza bandera roja. El palacio de Guanabara está, como quien dice, a tiro de cañón del cuartel. También se ha levantado un grupo de oficiales rebeldes de la escuela de aviación en el campo dos Alfonsos. A los oficiales no simpatizantes se les asesinó cuando dormían. Se pensó que el presidente de Rio Grande do Sul, poco adicto a Getulio, pondría sus tropas al servicio de la rebeldía. Ocurrió lo contrario. Rápidamente la revolución se apagó. El 28 ya no había revolución. Los dirigentes, o buscaron refugio en otros países, o quedaron en la cárcel.

El 1º de enero de 1936, apenas pasadas las primeras emociones de los saludos, los besos y la copa de champaña, se oye por la radio la voz de Getulio:

Brasileros: En todos los lugares de la tierra, en esta hora de expansiones fraternales, la humanidad deja de lado, por unos instantes, los sinsabores y las luchas afanosas, y en espíritu y corazón se yergue para, entre excelsas esperanzas y amables anhelos, proclamar su fe en un futuro mejor. . . Para nosotros, brasileros, de alma siempre abierta a la ternura y a las conmovidas ansias de fraternidad y de paz, serán diversas las voces de esta hora excepcional. . . Adiestrado en el concepto materialista de la vida, el comunismo se ha convertido en el enemigo más peligroso de la civilización cristiana. A la luz de nuestra formación espiritual, sólo podemos concebirlo como el aniquilamiento absoluto de todas las conquistas de la cultura occidental, bajo el imperio de bajos apetitos e ínfimas pasiones humanas: especie de regreso al primitivismo, a las formas elementales de la organización social, caracterizadas por el predominio del instinto gregario y cuyos ejemplos típicos son las antiguas tribus del interior de Asia. En el desempeño de las altas atribuciones de jefe del estado, no acostumbro medir responsabilidades ni consecuencias. . .

LA disolución del comunismo da alas al nazismo. Tienen un partido flamante. Hitler ha puesto los ojos en Brasil como cabeza de puente para el dominio de Sur América. Hay una base sólida en la densa población alemana de Sao Paulo. En 1935 Plinio Salgado ha inaugurado el partido de los "Integrallistas", que con sus legiones de camisas verdes reciben instrucción militar nazista. Ellos le brindan su apoyo a Getulio, y éste les sonríe. Tener camisa verde—dice Azevedo Amaral—es salvoconducto para gozar de muchos privilegios. Como ser comunista es un peligro, muchos comunistas se incorporan en las legiones de las camisas verdes. Para ellos lo importante es la camisa: el color no importa. Las cajas del partido están repletas: las alimenta la embajada alemana, la colonia alemana. Por el mundo vuela la noticia del Brasil nazifascista.

Getulio trabaja sobre varios frentes: insiste en el peligro comunista: estimula el nazifascismo; muestra la quiebra o ineficacia de la constitución liberal. Su balance es éste: anarquía. Su solución: un estado fuerte. "O Estado Novo". Una democracia con autoridad. La revolución no se justifica si no hay nuevas instituciones que reemplacen a las que se rechazan.

El 10 de noviembre de 1937 Getulio lee desde el palacio Guanabara una proclama al pueblo del Brasil. En resumen dice: la constitución de 1934 ha muerto: ¡Viva la constitución de 1937! La constitución de que así viene a enterarse el país es la suya. Ahí mismo, desde el micrófono, él la publica, promulga y pone en vigor, para que se obedezca.

La constitución de Getulio comienza así: "El presidente de la República de los Estados Unidos del Brasil, atendiendo a las legítimas aspiraciones del pueblo brasileiro... etc., etc., con el apoyo de las fuerzas armadas y cediendo a las inspiraciones de la opinión nacional... resuelve asegurar a la nación su unidad, el respeto a su honra y a su independencia... decretando la siguiente constitución que se cumplirá desde hoy en todo el país".

He aquí algunos ejemplos de la constitución de Getulio:

El Brasil es una república. El poder político emana del pueblo y es ejercido en su nombre y en interés de su bienestar, de su honra, de su independencia y su prosperidad (*Art. 1º*).

El presidente de la república, autoridad suprema del Estado, ordena la actividad de los órganos representativos, de grado su-

perior, dirige la política interna y externa, promueve u orienta la política legislativa de interés nacional y gerencia la administración del país (*Art. 73*).

El poder legislativo es ejercido por el Parlamento Nacional, con la colaboración del Consejo de Economía Nacional y del presidente de la república, de aquél en cuanto a las materias de su competencia consultiva y de éste para la iniciativa y sanción de los proyectos de ley y la promulgación de los decretos-leyes autorizados en esta constitución. El Parlamento se compone de dos cámaras: la Cámara de Diputados y el Consejo Federal (*Art. 38*).

La Cámara de Diputados se compone de representantes del pueblo elegidos mediante sufragio indirecto (*Art. 46*).

El Consejo Federal se compone de representantes de los estados y diez miembros nombrados por el presidente de la república. La duración del mandato es de seis años. Cada estado, por su asamblea legislativa, elegirá un representante. El gobernador del Estado tendrá el derecho de vetar el nombre escogido por la Asamblea; en caso de veto, el nombre vetado sólo se tendrá por escogido definitivamente si su elección es confirmada por las dos terceras partes de los votos de la totalidad de los miembros de la asamblea.

El consejo de Economía Nacional se compone de representantes de las varias ramas de la producción nacional designados... por las asociaciones profesionales o sindicatos reconocidos por ley, garantizándose igualdad de representación a patronos y empleados. El Consejo se dividirá en cinco secciones... (*Art. 57*).

La presidencia del Consejo de Economía corresponderá a un ministro de Estado, designado por el presidente de la república. Corresponde igualmente al presidente de la república designar... hasta tres miembros para cada una de las secciones del Consejo de Economía... (*Art. 59*).

En todo tiempo pueden ser conferidos al Consejo de Economía Nacional, mediante plebiscito que se reglamentará por ley, poderes de legislar sobre algunas o todas las materias de su competencia. La iniciativa del plebiscito corresponderá al presidente de la república (*Art. 63*).

La iniciativa de los proyectos de ley corresponde, en principio, al Gobierno. En todo caso, no serán admitidos como objeto de deliberación proyectos o enmiendas por iniciativas de cualquiera de las cámaras, desde que versen sobre materia tribu-

taria o que por un motivo u otro impliquen un gasto. Ningún miembro de ninguna cámara tendrá iniciativa en proyectos de ley. La iniciativa sólo podrá ser tomada por un tercio de los diputados o de los miembros del Consejo Federal. Cualquier proyecto iniciado en una de las cámaras quedará en suspenso para su discusión, en cuanto el gobierno comunique su propósito de presentar otro que regule el mismo asunto. . . (*Art. 64*).

Además de los casos previstos por la legislación militar para tiempo de guerra, la ley podrá establecer pena de muerte para los siguientes crímenes: . . . *d*) intentar, con auxilio o subsidio de un estado extranjero u organización de carácter internacional, la mudanza del orden político o social establecido por la constitución; *e*) intentar subvertir por medios violentos el orden político o social, con el fin de apoderarse del estado para el establecimiento de una dictadura de una clase social. . . (*Art. 122*).

Todo ciudadano tiene derecho de manifestar su pensamiento, oralmente, por escrito, impreso o por imágenes, mediante las condiciones y límites prescritos en la ley. La ley puede prescribir: *a*) con el fin de garantizar la paz, el orden y la seguridad pública, censura previa de imprenta, teatro, cinematógrafo, radiodifusión, facultando a la autoridad competente para prohibir la circulación, difusión o representación. . . (*Art. 122, cap. 15*).

Se declara para todo el país el estado de emergencia (*Art. 186, disposiciones transitorias*).

El entusiasmo de los Integralistas es desbordante. En Alemania, en Italia, en España se publican alborozadas noticias sobre la constitución del estado totalitario en el Brasil. La constitución se proclama el 10 de noviembre. El 14, Getulio disuelve a los nazifascistas: pone fuera de la ley al partido Integralista. En realidad, el artículo 2 de la constitución lo anunciaba: "La bandera, el himno, el escudo y las armas nacionales son de uso obligatorio en todo el país. No habrá otras banderas, himnos, escudos o armas. . .". Desde el día en que tomó las riendas del estado, Getulio había declarado que "el gobierno no habría de tornarse prisionero de ningún partido, clase o facción, porque únicamente al pueblo brasileiro, juez definitivo de sus actos, le correspondía rendirle cuentas".

Getulio ha aprovechado en su favor las fuerzas de los descontentos, les ha sonreído. Al final, ha puesto a los socios en la calle. Ama la autoridad, le gusta imponer su propio orden,

pero a la manera latinoamericana, brasilera, no con la histeria dramática de Hitler, ni con la fría crueldad de sus ayudantes, ni con las escenas de balcón de Mussolini. A nadie se le ocurrió en Alemania que a Hitler se le pudiera llamar Adolfo, ni Benito, en Italia, a Mussolini. En el Brasil nadie le llama a él Vargas, sino Getulio. Su dictadura se parece más a la de Porfirio Díaz en México, a la de Guzmán Blanco en Venezuela, que a las europeas. En el Estado Novo, Getulio coquetea con las novedades del estado corporativo, pero lo que fundamentalmente busca es un poder central para controlar el vasto Brasil donde los sociólogos encuentran cuando menos ocho grandes naciones que Getulio querría tener entre su puño gaucho.

Difiere fundamentalmente el pensamiento de Vargas del de Hitler, Mussolini, Stalin, Franco o Perón en que él no ha formado un partido, no ha buscado un gobierno de partido. El Brasil que él produce es un Brasil sin peronismo.

GETULIO que ha tenido sus tardes amorosas con Alemania, y que gobierna en un país donde lo alemán cuenta mucho, va deslizándose graciosamente de la literatura contra el imperalismo yanqui a las amenidades de la buena vecindad. Le seduce la figura de Roosevelt. Está más cerca de su corazón que la de Hitler. Más cerca de sus gestos. En uno de sus primeros discursos parlamentarios, en 1918, Vargas dijo al saludar la victoria de los aliados contra Alemania:

El resultado de esta guerra viene a confirmar una vez más que toda violencia es inútil, toda opresión pasajera, toda tiranía engendra odios. No hay sino una fuerza permanente y constructora: el amor.

Y amorosamente Getulio envía a su segundo gaucho, a Oswaldo Aranha, a Washington, para ir tejiendo una amistad sólida con Roosevelt. A su turno, Roosevelt se encargará de ir señalando cada vez con mayor nitidez la relación que vincula los problemas de los Estados Unidos y los del mundo al Brasil y a la América Latina. En mayo de 1941 dice Roosevelt en su discurso ante el consejo de la Unión Panamericana en Washington.

Adolfo Hitler no consideró nunca la dominación de Europa como el final de su obra. Conquistar a Europa no era sino un

paso preliminar para avanzar sobre los demás continentes. Para nosotros es indiscutible que a menos que detengamos ahora el avance hitleriano, el hemisferio occidental quedará dentro del radio de las armas destructoras de los Nazis. . . . Estas no son ideas mías. Me limito a repetir lo que dice el libro nazi sobre la conquista del mundo. Ellos proyectan intentar con las naciones latinoamericanas lo que ya están iniciando en los Balcanes. Luego, de estrangular a los Estados Unidos y al Canadá. . . . Hoy están los nazis en posesión de la mayor parte de Europa. En Africa han ocupado a Trípoli y a Libia, y amenazan el Egipto, el canal de Suez y el Asia Menor. Pero sus planes no se detienen allí. . . . Tienen fuerzas armadas para ocupar en cualquier momento España y Portugal; y esta amenaza se extiende al puesto fuerte de Dakar, y a las islas que son la avanzada hacia el Nuevo Mundo: las Azores y las islas del Cabo Verde. Las islas del Cabo Verde están sólo a siete horas del Brasil para aviones militares o bombarderos. Dominan las rutas marítimas en el sur del Atlántico. La guerra se aproxima a las orillas del propio Hemisferio Occidental. A nuestro propio hogar. . . . Ha llegado para nosotros el tiempo de convencernos de que la seguridad de los hogares aún en el propio centro de nuestro país está en relación directa con la seguridad de todos los hogares que van desde Nueva Escocia hasta el Brasil o Trinidad.

En enero de 1942 se reúne en Rio Janeiro la tercera conferencia de cancilleres de las repúblicas americanas. Summer Welles al inaugurarla dice entre otras cosas:

Sé que los representantes de Hitler han dicho a algunos de ustedes que Alemania no tiene la más remota intención de dominar el Hemisferio Occidental. Todo lo que Alemania desea, les han dicho, es la dominación total de Europa, del Africa y del Cercano Oriente, la destrucción del Imperio Británico, el sometimiento del pueblo ruso, el señorío sobre el Lejano Oriente: cumplido esto, sólo buscarán la amistad y el comercio pacífico con las Américas. Pero los agentes de Hitler omiten mencionar cómo tendríamos que vivir todos en un mundo dominado por Hitler, si aquello ocurriese. Ustedes recordarán cómo hace pocos días Hitler denunció al presidente Roosevelt como el más grande traficante de la guerra de todos los tiempos, sólo porque el presidente declaró que los Estados Unidos no querían vivir en la clase de mundo que Hitler deseaba. . .

No muchos días después, el Brasil declara la guerra a Alemania, y en julio de 1944 tropas del Brasil desembarcan en Italia y toman parte activa en la liberación de la península.

EN 1943 es más propicio para el nazismo, en la América Latina, Buenos Aires que Rio Janeiro. El Presidente Castillo ha mantenido relaciones oficiales con el Eje. Más aún: es germanófilo. Los agentes de Hitler instalan su cuartel de propaganda en Buenos Aires: desde allí tienden la red de su servicio de espionaje y penetración. En el libro azul de Washington se dan a conocer algunos detalles relacionados con el Brasil.

En el verano de 1943 los agentes del servicio nazi en la Argentina establecieron contacto directo y cooperaron con dos figuras del Integralismo que entonces vivían desterrados en Buenos Aires: Jair Tavares y un Dr. Caruso. Siguieron meses de esfuerzo para llevar a los Integralistas brasileiros a una conspiración, destinada a minar la acción bélica del Brasil y a obtener por el espionaje informaciones del Brasil para Alemania. Cuando estos últimos intentos fracasaron por el control de las comunicaciones, Becker arregló una reunión entre Caruso y Tavares, los coroneles Perón y González, y los agentes alemanes. En esta junta, los oficiales argentinos ofrecieron a los integralistas incorporarlos al plan que proyectaban del bloque contra los Estados Unidos, y utilizar las valijas diplomáticas argentinas para ayudar a una comunicación con los integralistas en el Brasil. Los resultados de estas conversaciones se llevaron a conocimiento del Dr. Raimundo Padilla, jefe integralista oculto en el Brasil, quien envió a Buenos Aires al mayor Jaime Ferreira da Silva, a quien autorizó para negociar con los oficiales argentinos y con Becker. Ferreira llegó a fines de diciembre y rápidamente conferenció con Becker y el grupo integralista. . .

Getulio, en realidad, tiene que luchar contra enemigos que se esconden entre la yerba. Esto no es difícil para un gaucho.

EN 1945 Getulio ajusta quince años de gobierno. En Rio se preguntan si alguna vez entregará el poder. El, poco a poco, detiene su caballo, como si se dispusiese a desmontar. En febrero anuncia que habrá elecciones. El 11 de marzo, que él no será candidato. El 13 se lanza la candidatura de su ministro de gue-

rra, el general Enrico Gaspar Dutra, y Getulio le ofrece su apoyo.

Todo indica que el Estado Novo ha sido una creación para el uso personal de Getulio. Cuando Getulio se vaya, el Brasil volverá al estado viejo, al sistema representativo. Es lo que ofrece Dutra, mientras Getulio sabe que se acerca al final de su primer acto —estos quince años hay que considerarlos apenas como un primer acto: Getulio todavía se siente muy joven. Con la sonrisa y silencios de siempre, y siempre satisfecho de recibir aplausos, trata de no dejar huellas muy ásperas. Abre las puertas del país para que vengan los exiliados y las de la cárcel para que salgan los presos políticos. Luis Carlos Prestes, el jefe comunista, sale a la calle después de nueve años de prisión. Hay quienes se atreven a hablar: el tribunal supremo acusa a Getulio de algunas ofensas y abusos del poder. Por ejemplo, de haberse alzado con la presidencia en 1937. Y nadie sabe a ciencia cierta si Getulio se va, si Getulio no se va. En agosto se lanza su candidatura presidencial. Getulio deja que termine el plazo para inscribirla y no lo hace. En septiembre proclama amnistía para todos los brasileiros: para cuantos hayan hablado contra él o contra el Estado. En octubre 100 mil personas se congregan para aclamarlo, y él les dice: No quiero. No seré candidato. Nadie lo cree. No lo cree su antiguo ministro de guerra, el militar que lo ayudó a conquistar en 1930 el poder, el candidato general Dutra. Este Getulio. . .

A fines del mismo mes de octubre, temiéndose que a última hora Getulio suspenda las elecciones, un grupo de oficiales, encabezados por el ministro de Guerra que ha sucedido al general Dutra, obliga a Getulio a dimitir. Se encarga al presidente de la Suprema Corte. Es una revolución blanca más en la historia de este Brasil amparado por la bandera verde vegetal. Una revolución como las que le gustan a Getulio: sin que se interrumpa la marcha de la administración pública. En diciembre se hacen las elecciones: son las más grandes y libres que hasta ese día haya registrado el Brasil. (Getulio sabe que las que vendrán cinco años más tarde van a ser todavía más libres y todavía más grandes). En fin: triunfa el general Dutra. Los comunistas sacan 568 mil votos. Se colocan como el cuarto partido del Brasil, eligen 14 diputados. Son uno de los núcleos rojos más grandes del mundo.

De acuerdo con el plan, el general Dutra convoca asamblea constituyente, y en 1946 Brasil tiene nueva constitución, de sabor viejo. Otra vez, las libertades de antes, el sistema representativo. . .

HAN apoyado a Dutra el partido social-demócrata y los grupos católicos. La gente recuerda que él, cuando ministro de guerra en 1936, reorganizó el ejército siguiendo el modelo del *Wehrmacht* alemán. Los franquistas españoles, que han estado metidos en todos los enjuagues nazifascistas de la América Latina, piensan que ha llegado para ellos la oportunidad de reanudar en el Brasil negocios que iniciaron cuando la época de Castillo en la Argentina, y que ahora van viento en popa bajo Farrell y Perón. Acredita Franco como su embajador en Rio a Eduardo Aunós. Este tiene la peor historia, que acaba de publicarse en el libro azul de Washington. El fué quien, al frente de la embajada española en Buenos Aires, trabajó en el plan de armar a la Argentina con armas alemanas que saldrían por los puertos de España. Era el plan piloto nazista.

Los cálculos de Franco fallan. Dutra no acepta su escogencia. Aunós no entra en el Brasil.

EN 1950 llega a su término el mandato de Dutra. Surge de nuevo la figura del gaucho Getulio. Esta vez Dutra no le apoya. Su candidato es Cristiano Machado. Se dice que no se gastan menos de 10 millones de dólares en la campaña electoral de Cristiano. Esto, a Getulio le tiene sin cuidado. El país quiere decirle "No" al general Dutra, y para expresarlo dirá "Getulio". Y Getulio oye crecer su prestigio como oye crecer la yerba. Cuando se cuentan los votos, resultan 2 millones y medio para Getulio, 900 mil por Cristiano Machado, 300 mil por Eduardo Gomes.

Getulio ha estado parco en palabras, generoso en sonrisas. Sobre su elección no quiso hablar sino cuando ya tenía entre el bolsillo la credencial. Entonces, anuncia que hará un gobierno al estilo del laborismo inglés, de los socialismos escandinavos. Ha pasado de los programas meridionales a los nórdicos. Continuará amigo de los Estados Unidos, de la Buena Vecindad. El Brasil, tan buen hermano en los tiempos de Roosevelt y Getulio, ha visto deteriorarse esa fraternidad. Hay un extenso

sentimiento antiyanqui por la ayuda que los Estados Unidos dieron con el empréstito de 125 millones de dólares a la Argentina de Perón. Todo el mundo ha considerado esto como una ofensa al Brasil, que entre otras cosas tiene que gastar ahora más reforzando sus guarniciones militares sobre la frontera argentina, para estar defendido en cualquier evento. Esos 125 millones han hecho más para distanciar al Brasil de los Estados Unidos que toda la propaganda comunista. Quizás Getulio logre hacer algo que borre estos malos recuerdos. . .

El deán de la escuela de periodismo de Columbia University, Carl W. Ackerman, hace una visita al Brasil a raíz de la elección de Getulio. Quiere informarse sobre cómo anda, y cómo andará luego, la libertad de prensa por esos lados. Getulio se encuentra en su estancia, en Rio Grande Do Sul. El fantástico Assis de Chateaubriand, que es dueño de 32 diarios, tiene una cadena de radiodifusoras y se mueve en el Brasil en sus propios aviones, amigo personal y adversario político de Getulio, dice al deán Ackerman: "Vamos a la estancia de Getulio: yo le llevo en mi avión y usted le hace la pregunta".

Getulio dice al deán:

—Le garantizo que bajo mi gobierno habrá tanta libertad de prensa en el Brasil como en los Estados Unidos. . . No sabe cuánto me honra que un educador y un periodista tan distinguido como usted se haya tomado el trabajo de bajar hasta estos pasos para saludar a un humilde *cou-boy*. . .

La novedad que ha anunciado Getulio es que presidirá un régimen de evolución: no de revolución. El partido laborista le ha elegido su líder. Eso sí, el partido ha proclamado la necesidad de hacer algunas reformas a la constitución. . .

REFLEXIONES SOBRE LAS DICTADURAS

Por *Jesús SILVA HERZOG*

Es obvio que las guerras modernas en nuestro siglo producen cambios fundamentales en la vida de los pueblos. Entre otras razones porque las originan causas preponderantemente económicas, tales como la lucha por el dominio de nuevos mercados y la obtención de materias primas en abundancia.

La primera guerra mundial hizo posible la revolución rusa y la dictadura del proletariado. Por supuesto que los hechos, como siempre sucede, no se ajustaron a lo imaginado por los ideólogos ni a la doctrina ortodoxa del socialismo revolucionario. Rusia no pasó de un capitalismo en plenitud a la nueva organización, sino que llegó a ella dando un salto mortal en la historia, ya que en 1917 era un país feudal en los campos y apenas precapitalista en las grandes ciudades como San Petersburgo y Moscú.

No se ignora que en 1917 había en Rusia una serie de condiciones favorables a un cambio profundo y radical, sin las cuales no hubiera sido posible aprovechar la coyuntura de la guerra, o mejor dicho, la coyuntura de las derrotas que sufrieron una y muchas veces los ejércitos imperiales de Nicolás II. Si hubiera ocurrido lo contrario, éxitos militares en lugar de fracasos, tal vez sería distinta la historia contemporánea.

Toda guerra desorganiza la vida civil, destruye riqueza, mata y desmoraliza. Se pierde la fe en la bondad de las fórmulas consagradas y se buscan nuevas soluciones y metas nuevas. Con frecuencia las guerras internacionales provocan guerras civiles en los territorios vencidos, verdaderas revoluciones encarnadas y sangrientas. Hay quienes piensan que estamos presenciando la revolución más grande de todos los tiempos, consecuencia de las dos guerras mundiales.

Ahora bien, un lustro después de iniciada la dictadura del proletariado en Rusia, Mussolini realiza su marcha triunfal

sobre Roma y una segunda dictadura mancha el horizonte europeo. El trauma de la guerra y el fantasma del comunismo, el espectro de que hablaban Marx y Engels en 1848, son dos de las causas que motivaron el fascismo italiano. La pobreza y la miseria del pueblo también tuvieron su parte. Nunca se sabe lo que puede pasar en una nación en la cual la mayoría de los habitantes carece de pan, de justicia y de libertad. En tales condiciones las sorpresas son inevitables.

Mussolini se consolida en el poder. Pocos años transcurren y la sorpresa de otra dictadura. En esta ocasión es en Alemania y las causas son otra vez el temor al comunismo, así como las reparaciones de la guerra impuestas por los aliados, la crisis de 1929 y los millones de desocupados, la pobreza y el hambre. Esas tres dictaduras no fueron producto de la casualidad ni del capricho de unos cuantos individuos, sino de circunstancias sociológicas complejas y de una realidad objetiva y desesperante.

Por otra parte, a raíz de esos acontecimientos, se advierte con claridad por los espíritus más alertas que el capitalismo va perdiendo fuerza vital y capacidad creadora; se advierte que se aproxima su dramático atardecer. Es que ninguna estructura social puede permanecer intacta a través del tiempo, porque contiene en sí misma, en su íntima esencia los gérmenes de su propia transformación.

Tanto en Alemania como en Italia y en la Unión Soviética las dictaduras dominan la totalidad de la vida social. Son dictaduras totalitarias porque establecen de acuerdo con las finalidades que persiguen, normas de conducta estrictas y severas en todos los ámbitos de la existencia individual y colectiva; porque precisa subordinar a los planes y programas de los dictadores el interés personal, la libertad de pensamiento y los deseos de los gobernados. A los que no se someten al estado omnipotente y omnisciente se les castiga con la prisión o la muerte. Además, para eso se organizan, invención dantesca, los campos de concentración. No hay más remedio que obedecer sin reparo y sin demora. La policía vigila la vida de todos y en todos los rincones de la vida. El espionaje se perfecciona, se multiplica y tiende sus redes diabólicas en las calles, en las plazas, en los jardines, en los espectáculos, en las oficinas, en los talleres, en las fábricas, en los cafés y en los hogares. El miedo impera, el servilismo triunfa y se rebaja la dignidad humana.

Sería grave error considerar idénticas las tres dictaduras enumeradas. La dictadura nazi y la fascista tuvieron indudablemente cierto parentesco; pero la dictadura soviética tuvo desde un principio características privativas que la distinguen de las otras, tanto por la doctrina como por las realizaciones y propósitos.

En 1939 Franco triunfa en España sobre el gobierno legítimo con la ayuda de Hitler y Mussolini y por la neutralidad de los gobiernos de Inglaterra y Francia. Otra dictadura en el drama contemporáneo, una dictadura con ingredientes fascistas y residuos del más sombrío y anacrónico clericalismo.

En septiembre de 1939 estalla la segunda guerra mundial, más larga, ruinoso y sangrienta que la primera. En el curso de la contienda resultaron aliados Inglaterra, Estados Unidos y Rusia. Las democracias occidentales olvidaron entonces que la Unión Soviética era una dictadura totalitaria, lo mismo que es hoy; ni más ni menos, ni menos ni más. Y pudieron convivir, entenderse, luchar unidas y alcanzar la victoria.

En agosto de 1945 se anunció que la guerra había terminado. Tal vez fué un anuncio no exento de precipitación. La amistad entre la Unión Soviética y los Estados Unidos resultó imposible. Cada una de las dos potencias arrastró a su lado a otras naciones. Las unas luchan porque se establezca el socialismo en el mundo; las otras por conservar el régimen capitalista por toda una eternidad. Al terminar la primera guerra mundial los países de occidente tendieron entre ellos y la Unión Soviética, temerosos de contaminación, un amplio cinturón sanitario; al concluir la segunda, la Unión Soviética colocó entre ella y los occidentales una cortina de hierro. La guerra fría en algunas zonas del globo y caliente en otras, como en la infortunada Corea, barrida por la metralla de norte a sur y de sur a norte. Y la amenaza angustiosa de una nueva contienda con poderosas armas infernales, que se pronostica será más destructiva y brutal que todas las guerras juntas de que guarda memoria el hombre atribulado.

ENTRÉ la Unión Soviética y los Estados Unidos existen hondas diferencias económicas, políticas y sociales derivadas de la geografía, de la historia, de la tradición cultural y de los ideales superiores que animan la marcha de uno y otro pueblo. Sin

embargo, pueden anotarse ciertas analogías en este preciso momento histórico, lo mismo en algunos aspectos de las motivaciones económicas que en los métodos políticos basados en el recelo y en la intolerancia. En los dos países la preocupación dominante es la cantidad, el número, la cifra estadística; producir tanto más cuanto de esto o de aquello y superar a todos en tal o cual renglón económico. La cantidad es lo esencial; la calidad lo secundario. Además, hoy más que nunca, por obvias razones en los dos países, apasiona el progreso material y se desdennan los altos valores del espíritu.

Por primera vez se castiga en los Estados Unidos, sistemáticamente a los heterodoxos de la doctrina oficial, ya sean comunistas, empleados públicos, profesores universitarios o científicos de mente liberal. En ocasiones se les priva de sus empleos y a veces se les encarcela. Por primera vez en la democracia norteamericana se tiende a menguar la libertad de pensamiento; por primera vez se organiza un espionaje en gran escala, y por vez primera la gran república pacifista, dichosa y confiada, se halla enferma del sistema nervioso y sufre tremenda psicosis de guerra. Estos desagradables cambios se explican porque hay una guerra fría y otra caliente. El enemigo es poderoso y utiliza métodos defensivos y ofensivos inherentes a toda dictadura totalitaria. Entonces, los Estados Unidos han imitado esos métodos aun cuando dentro de fórmulas parciales y atenuadas.

Y mientras tanto cuentan los visitantes de Nueva York, los que allí estuvieron ayer y han estado recientemente, que ya apenas se advierte la luz de la antorcha que sostiene en su mano y en alto la Estatua de la Libertad.

A FINES del pasado abril apareció en lengua inglesa un nuevo libro del autor colombiano Germán Arciniegas, libro que muy en breve publicará en español CUADERNOS AMERICANOS. Se titula "Entre la Libertad y el Miedo" y es un brillante estudio de las condiciones políticas que prevalecen en cada uno de los países de la América Latina. Al terminar la última página del libro se siente angustia y amarga tristeza, pero sin que se apague en lo más recóndito de nuestro ser la fe en el destino superior de nuestros pueblos.

Arciniegas informa a sus lectores sobre la realidad política de la América Hispánica, como antes se dijo: sobre la América

visible de las reuniones diplomáticas y la invisible de las dictaduras que destierran, encarcelan y asesinan a los mejores ciudadanos. Claro está que lo visible se refiere a los escenarios internacionales en que los embajadores de las dictaduras firman declaraciones solemnes garantizando el respeto a la vida, a la libertad de pensamiento y a la dignidad del hombre, mientras sus gobiernos niegan con hechos a veces de crueldad inaudita, las firmas que se estampan con cinismo sin precedente. Lo invisible está en las dictaduras latinoamericanas, que desfilan en caravana trágica por los capítulos de la obra del escritor colombiano. Todas están impregnadas de lodo y gotean sangre.

Nosotros nos preguntamos ¿Cuál es el origen de esas dictaduras y por qué permanecen entronizadas en contra de la voluntad de las mayorías? Para dar una cabal contestación sería menester dedicar a cada país víctima de esa gangrena, un estudio sociológico detallado y profundo; sería menester ahondar en la historia, en la organización económica, en la composición de los grupos sociales, en la influencia religiosa, en los sistemas políticos tradicionales y en los recién importados de regiones distantes, etc. Sin embargo, por informes directos y por el bien documentado estudio panorámico de Germán Arciniegas, es posible ensayar de modo provisional, por lo menos en relación con algunos países, las siguientes respuestas a la pregunta formulada:

Primera: Las dictaduras en Nicaragua a partir de Adolfo Díaz tienen su origen en el apoyo militar norteamericano. La dictadura actual se mantiene firme por la ayuda del capital extranjero y con las armas modernas, o más bien relativamente modernas, adquiridas en los Estados Unidos para la defensa continental.

Segunda: La dictadura antillana del general y doctor Trujillo, tiene su origen en los antecedentes históricos de la Isla y en la intervención militar norteamericana. Se mantiene en pie por la mano de hierro del dictador, por el capital yanqui, el apoyo de Washington y los armamentos de manufactura estadounidense.

Tercera: La dictadura argentina —no puede negarse que lo es— tiene características privativas. Su origen está en el peronismo y se sostiene por el peronismo y un ejército de trescientos mil hombres, el más poderoso en la América Latina. El justicialismo, doctrina engendrada por el general Perón y sus colabo-

radores más cercanos, es un brebaje peligroso en el que se mezclan las ideas y los métodos de gobierno del tirano Rosas, de Hitler y Mussolini, con ímpetus de dominio imperial. En esta férrea dictadura no se advierten influencias norteamericanas.

Cuarta: Las dictaduras de Perú y Venezuela tienen su origen en la tradición de la asonada y del cuartelazo; en la ambición y deslealtad de generales y coroneles al servicio de turbios intereses nacionales y extranjeros; son dictadores con cierta influencia peronista e inficionados de nazismo y fascismo. Se sostienen por el terror, por el apoyo del capital extranjero y del Departamento de Estado, y con los tanques y aviones para la defensa del continente.

Quinta: La dictadura colombiana, la más arbitraria y sangrienta de todas es un caso que sorprende. Un grupo de reaccionarios de la peor especie zoológica, nazistas durante la segunda guerra mundial y discípulos fervorosos de Francisco Franco, asaltaron el poder y destruyeron la democracia y toda libertad. El gobierno de los Estados Unidos los reconoció muy luego y también les entregó armas para combatir enemigos lejanos.

Es un hecho incontrovertible que ninguna persona honrada puede negar, que las armas entregadas por los Estados Unidos a las dictaduras latinoamericanas para la defensa del continente, para la defensa de la justicia, de la democracia y de la libertad, se han utilizado y se están utilizando por los dictadores para asesinar en sus propios territorios la libertad, la justicia y la democracia.

S. Braden, ex Embajador de los Estados Unidos en Argentina y otras naciones de nuestra América, escribió en 1951, en la revista "Look" (cita de Arciniegas), lo siguiente: "Si los principios estuvieran en primer plano, no habiéramos hecho lo que hemos hecho después de la segunda guerra mundial. Entregamos la vida y la sangre de nuestra juventud para acabar con el nazismo en el mundo. Odiábamos a los fascistas y cuanto ellos sostenían. Ahora cortejamos a los dictadores de tipo fascista y solemnemente firmamos tratados en que abogamos por los derechos humanos, la libertad ciudadana y los principios democráticos en el preciso instante en que esos mismos dictadores los desconocen. Tal norma de conducta en las relaciones internacionales sólo tiene para nosotros una consecuencia en la América Latina: que nadie nos cree. Si lo único que nos importa es la solución inmediata y no los principios, a cada momento

tendremos que adoptar una nueva línea de conducta". Y no es Braden el único norteamericano en desacuerdo con la política del Departamento de Estado en cuanto a las naciones latino-americanas; hay muchos otros que piensan de igual manera y ven con alarma los graves errores que se están cometiendo, errores que ya han echado por tierra la tesis de Roosevelt de la buena vecindad. Esa política en la cual las palabras son día tras día desmentidas por los hechos, será a la larga si no se rectifica, de fatales consecuencias para las buenas relaciones entre los pueblos de América.

Las dictaduras que oprimen a millones de gentes desnutridas, con necesidades elementales insatisfechas, son las mejores agencias de propaganda comunista. Los funcionarios de Washington, sin darse cuenta, están colaborando con sus adversarios en los dilatados territorios al sur del río Bravo. Pero hay quienes aseguran que no es por ignorancia, sino porque lo único que les importa es la empresa privada y las inversiones de sus negociantes. Empero, si así no fuese y hubiera un fondo de verdad en los discursos de Truman y Acheson, en ese caso tenemos que decirles que han equivocado el camino; que así no se pelea en contra del comunismo; que la única fórmula para combatirlo con eficacia consiste en no imitar los sistemas políticos totalitarios y en tener capacidad para imaginar métodos nuevos de lucha, acordes con el decoro de una sociedad civilizada; consiste en no traicionar a quienes firmaron en Philadelphia, en el lejano año de 1776, el documento creador de su nacionalidad; consiste en el juego limpio, en probar con la acción la sinceridad de las palabras, en poner un hasta aquí a la luna de miel con las dictaduras asesinas; consiste por último, en cooperar dentro de límites de respeto a la soberanía de los pueblos, al nacimiento de regímenes de libertad con plena justicia económica y de igualdad compatible con la naturaleza humana.

UNA CARTA A GERMAN ARCINIEGAS

MI querido amigo:

Al leer en CUADERNOS AMERICANOS su "América Descuadrada, me parecía estar oyendo su voz, la voz que no oigo desde que nos vimos, por última vez, en su Bogotá, entonces tranquila y confiada.

Fué hace ocho años, ya habían pues transcurrido dos desde que "la cosa no iba tan mal", como usted dice en su artículo y, en verdad "se criaban en todas partes esperanzas".

Mucho hablamos entonces de aquellas esperanzas ¿lo recuerda? Todas nuestras conversaciones se centraban en el curso de acontecimientos que parecían darnos derecho al optimismo y creíamos vislumbrar el día en que podríamos enseñarle al mundo un continente "sin capitalistas y con riquezas, sin injusticias y con libertades, con paz y sin miedo". Mas este optimismo no se debía a algo tan incidental como la muerte de Sánchez Cerro o la de Vicente Gómez sino a que la más poderosa y rica de las naciones del continente estaba librando una guerra, según lo decían y según lo creíamos, para que todo aquello empezara a ser una realidad.

Fué hace ocho años, tengo que repetirlo pues parece que hiciera un siglo! Ambos, ha poco, habíamos estado en el país donde el *New Deal* en la política interior y la voluntad de *fair deal* en la exterior nos permitían confiar en que nos hallábamos próximos al día en que cada pueblo tendría derecho a darse el gobierno que más le conviniera y en que ninguno seguiría siendo colonia de potencia alguna.

Pero ya entonces, las dos grandes fuerzas a que usted se refiere, libaban sorda lucha en los Estados Unidos mismo: a comienzos de 1943 aún no se permitía el ingreso en el ejército a los ex combatientes de la Brigada Lincoln y se consideraba peligrosas a las personas que pedían un segundo frente en Europa. La clarividencia de Franklin D. Roosevelt y la batalla de Stalingrado despejaron el ambiente para que la fuerza tendiente hacia la izquierda predominara, mientras la fuerza tendiente hacia la derecha, agazapada y fuerte con las ganancias que la venta de armamentos le iba dando, logra imponer a Truman en vez de Wallace en la Convención Demócrata de 1944 y, al año siguiente, a poco de morir Roosevelt, arroja la bomba atómica in Hiro-

shima, no para terminar con un enemigo ya vencido sino para atemorizar a un aliado que, en la defensa común, había perdido 17 millones de habitantes y visto arrasada por el invasor la tercera parte de su suelo.

Y porque ese aliado no se atemorizó, porque los países vecinos a la Unión Soviética adoptaron el régimen que ella se diera después de la primera guerra mundial y porque en la China las fuerzas populares pudieron más que el corrupto y fascista Chiang Kai Shek, el Departamento de Estado, junto con los generales norteamericanos y los grandes consorcios, que levantaban cabeza con más avidez y pujanza que nunca, decidieron que el mundo y especialmente sus semicolonias, las naciones latinoamericanas, tenían que dar marcha atrás, es decir, ir hacia la derecha.

La oportunidad no podía ser más propicia para que, en nombre de la democracia que siempre habían pisoteado, *"Los macaneadores combinaran dos o tres fuerzas: algunos ricos, algunos generales, algunos clérigos, y prendieran el apetito sensual del poder que ellos llaman el derecho divino de la autoridad constituida"*. Autoridad constituida que el Departamento de Estado reconoce al instante si proviene de un golpe militar derechista (caso Batista, en Cuba); que demora si la constituye gente de un partido que tiende a la nacionalización de las riquezas nacionales (caso Paz Estensoro, en Bolivia) o que sencillamente niega si se trata de una autoridad que escapa a la órbita capitalista (caso Mao Tse Tung, en la República Popular China).

Si los gobiernos derechistas de América Latina se fortalecen en los palacios presidenciales *"con los tanques regalados por los Estados Unidos para defensa de la democracia y sueltan al viento por palomas de paz aviones de la misma procedencia"* no engañan con ello a nadie salvo a los que creen que esas armas son regaladas para defender la democracia: esas armas no hacen sino cumplir el cometido para el cual fueron regaladas o vendidas: la defensa de los intereses cuyas acciones bajan en Wall Street no bien asoma "el peligro de paz"; esos tanques y esos aviones son armas cuya metralla, en nuestra América Latina, se ha enterrado en cuerpos de estudiantes, de obreros, de campesinos que *"no estaban hechos de barro para esclavos"*. Verdad, la consigna, como usted lo dice, es *"Al que se mueva: plomo"*. Plomo a los mineros que del fondo del socavón lo extraen, plomo a los trabajadores de la zafra cubana, plomo a los que piden paz en vez de cañones, plomo—en su tierra, Germán— a los que no quieren ir a matar o a morir en Corea sino vivir en el pequeño terreno que del gran territorio de América les ha tocado.

Al respecto, y por si hasta usted no han llegado aún noticias de ello, le diré lo que acaba de suceder en su país natal. Como usted sabe actúan allá, desde hace unos tres años, guerrillas compuestas por campesinos desalojados de sus tierras y cuyas familias fueron diezgadas; actúan sin dirección política y sin ayuda oficial del partido Liberal, en los Llanos Orientales, Cundinamarca, Antioquía, Tolima y Santander. La guerrilla localizada en el Departamento de Cundinamarca, favorecida por el conocimiento de la región —montañosa, mal comunicada y cubierta en gran parte por selva virgen— se defendió victoriosamente causando grandes descalabros a las fuerzas de la dictadura. Ante la imposibilidad de reducirla, el gobierno pidió la asistencia técnica de oficiales del Ejército de los Estados Unidos que, previo minucioso estudio de la región dominada por la guerrilla —estudio efectuado mediante reconocimientos aéreos y penetración de exploradores aislados— suministraron a Urdaneta Arbelaez indicaciones táctica y material de guerra adecuado. La guerrilla, a cuya cabeza estaba Saúl Fajardo, se vió pues en condiciones tan adversas que se consideró indispensable su disolución. Fajardo logró llegar a Bogotá y buscó amparo en la Embajada de Chile, en calidad de lo que era: un refugiado político. A pesar de que el derecho de asilo invocado por Saúl Fajardo tan legítimo que el Embajador de Chile, Julio Barrenechea —a quien nadie por cierto puede considerar izquierdista— lo defendió ahincadamente ante su propio gobierno, el presidente Gabriel González Videla entregó a Saúl Fajardo a la dictadura colombiana.

Sin necesidad de calificar la actitud de González Videla, cuya presidencia afortunadamente va tocando a su fin, es útil anotar aquí que los Estados Unidos vienen prestando su ayuda técnica, económica y táctica al gobierno de Urdaneta Arbelaez, e impiden a las agencias de información periodística norteamericanas que revelen la verdadera situación de Colombia, como pago de la participación que el gobierno de ese país ha tomado en la guerra de Corea a la que se ha enviado el "Batallón Colombia" (1,090 hombres, entrenados y armados por los Estados Unidos) y la fragata "Almirante Padilla" con su correspondiente tripulación. A este precio los Estados Unidos se han comprometido a sostener a uno de los regímenes más criminales de la historia de América y a ocultar al resto del mundo, y particularmente a los pueblos latinoamericanos, el hecho monstruoso de que, desde 1946 han sido eliminados por la policía política y el ejército subordinado a la dictadura más de cien mil liberales; es decir se está suprimiendo sistemáticamente a un partido político por los mismos medios empleados con los judíos en el III Reich.

Refiriéndose a la encuesta, hecha hace cinco años por la REVISTA DE AMERICA, de Bogotá, sobre si América se movía hacia la derecha, dice usted: "*Llegaron respuestas de todo el mundo americano. Resultaría irónico publicarlas ahora por segunda vez. La mayor parte de los preguntados lo dudaban. Se reconocía que había algo podrido. Pero nadie alcanzó a hacer un buen pronóstico, ni siquiera un diagnóstico aproximado que nos explicara hasta dónde llegaba la podredumbre*".

El diagnóstico, según mi parecer, no es difícil de hacer si uno está dispuesto a no pasar por alto los síntomas de la podredumbre y las causas que la provocan; si uno está dispuesto a admitir que si siempre hubo gobiernos que se vendían nunca hubo tantos intereses que los comprarán. A ello agréguese el poder de las armas. Las armas que a esos gobiernos se les proporcionan para que logren no sólo mantener a los pueblos en el estado que a esos intereses conviene—lo suficientemente hambrientos e ignorantes como para seguir siendo mano de obra barata—sino también, como lo hemos dicho, para sofocar cualquier foco de resistencia contra "*los que asesinan libertades*".

Creo que, como síntomas del deslizamiento hacia la derecha y la consiguiente podredumbre, con lo dicho bastaría, pero si no bastara, le ruego que lea, o que relea, en CUADERNOS AMERICANOS (N-5, 1951) lo que en su discurso de transmisión del mando denuncia alguien que pertenece, en primera fila, a la fuerza subterránea en la cual creemos: Juan José Arévalo, ex presidente de esa Guatemala, limpia y valiente que, según Spruille Braden "*constituye una amenaza directa a los Estados Unidos*".

Dice usted también que cuando esa fuerza, que durante la clandestinidad había mantenido intacta la fe en los destinos de América llegó al poder "*se quedó corta en la rapidez y firmeza que exigían las nuevas situaciones*", y que "*...se anduvo más por el camino cauteloso de los arreglos amistosos que por el de las afirmaciones rotundas y definitivas*". Es verdad que así ha sido, pero guay si no hubiera sido así! ¿Qué poderes no se habrían movilizado para sofocar la "*influencia de Moscú*" y defender la *free enterprise*? Los mismos poderes que ahora, a través del Departamento de Estado, de Washington, D. C. ponen el pomposo cuanto arbitrario calificativo de "persona peligrosa para la seguridad del Continente" a los que protestamos contra los voraces presupuestos de guerra, o nos oponemos a los inútiles y esclavizadores pactos militares, o afirmamos que los dos regímenes en que está dividido el mundo pueden coexistir en paz, o que es fallar al destino de América mandar hombres a morir para que otros hombres permanezcan en el coloniaje, o nos negamos a creer en una democracia

cuyos aliados son Trujillo, Franco, Syngman Rhee y Urdaneta Arbelaez. Quien haga abiertamente cualquiera de estas afirmaciones cae bajo aquel calificativo e inmediatamente el F. B. I.—diligente auxiliar del Departamento de Estado—se permitirá suministrar datos sobre él e impartir instrucciones a su respecto a policías políticas que, en el mejor de los casos lo someterá a impertinentes interrogatorios; en el mediano, lo encarcelará y en el peor lo torturará, todo con igual impunidad. Aún hay otra medida aplicable a los que no somos *yes men* o *yes women*—que en este caso tanto da—: la de impedirnos que crucemos fronteras dentro de nuestra América. Mas reconforta saber que muchos las cruzan aunque saben que pagarán ese "delito" con la prisión.

No temo nombrar al diablo que ha metido tijera en el lomo de nuestro cuaderno: el imperialismo económico, acorralado y enloquecido. De ahí la inquisición, de ahí la hoguera cuyas llamas, sin duda alguna todavía por un tiempo, subirán más altas y quemarán a muchos, posiblemente a los más honestos y bienintencionados. Después, esto tampoco lo dudo, la América nueva hará oír su canción y el Cristo que usted menciona—pobre, revolucionario y enemigo de mercaderes—nos mirará a la cara.

Sí Germán, estoy segura de que ésta, nuestra América india e ibérica, hoy *sin paz* y *con miedo*, algún día, unida, extenderá su canto por el mundo, como usted lo dice refiriéndose a Gabriela Mistral, quien hace poco, al elevar su voz en defensa de la paz, ha sido aclamada en los más distantes rincones del orbe, por hombres y por mujeres que quizá ignoran la existencia del premio Nobel pero saben que es necesario evitar otra guerra.

Luchar para que esa guerra no estalle, amigo mío, es comenzar a coser de nuevo el lomo de nuestro cuaderno, el de las hojas coloridas y a la vez virginales, el de nuestra patria grande: la América Latina.

María Rosa OLIVER.

Buenos Aires, abril 24 de 1952.

CARTA ABIERTA A RAUL ROA

QUERIDO Raúl:
Estoy aún bajo los efectos de esa larga perorata tuya que lleva por título *15 años después* (La Habana, Talleres Alfa, 1950), registrada en más de seiscientas páginas, bellamente ilustrada por Juan David y Jorge Rigol, e impresa con un mínimo de erratas. Me llegó hace unos días con retraso de catorce meses.

Hace unas noches cogí en las manos el volumen todavía virgen y me dispuse a recorrerlo al tiempo que iba abriendo sus páginas. Pero no pude evitar el enmarañarme en su lectura hasta que me cantó el gallo de la madrugada y el proceso se repitió, como la negación de Pedro, tres veces en tres noches consecutivas. Tal es el interés que fué despertando en mí. Este tu libro es como una larga conversación contigo hecha de confesiones y desnudeces de alma. Hay muy pocos escritores que sean capaces de decir por escrito aquello que piensan cuando hablan, sin tergiversarlo retóricamente. En este sentido *15 años después* es eminentemente socrático. Vuelta la última página, y ya a solas con la impresión de conjunto, se me apareció su contenido—miscelánea de temas y de preocupaciones en estructura de acarreo—unificado y compacto siendo tú, en persona, el eje unificador. De sus posibles valores el más destacado para mí es el que le da categoría de índice para un más cabal conocimiento de tu sensibilidad. Es un paso de tu biografía en marcha y su valor último dependerá del valor de representación que tú mismo alcances como ser humano. Hay hombres que crean personajes de ficción para que unos brazos supuestos toquen las metas a que los suyos no llegan; hay otros que se crean, recreándose a sí mismos, y llegan a acariciar con sus manos de carne y hueso metas imposibles para el común de los mortales. Acaso tú seas de los elegidos. Lo cierto es que tu libro me parece secundario—con ser importante—todo lo que se refiere a ideas, conocimientos, anécdotas y localización. Lo que en él cuenta y vale es el gesto, el impulso, el ademán. Me explicaré. Podrías estar hablando, de principio a fin, de política y de políticos españoles o chilenos o argentinos o mexicanos, de realidades de esos países, de la problemática, angustias y esperanzas de cualquiera de los pueblos hispánicos. Y la ira y la emoción y el juicio te acompañarán en la misma medida dando origen a una trilogía de

actitudes que te dominan y dominan el libro entero. La primera, cuando enfocas la política nacional o extranjera; la segunda, cuando hablas de arquetipos humanos que cuentan con tu admiración; y la tercera, para tratar de problemas de tu especialidad académica o de carácter literario. Pero en el fondo, y como elemento común subrayador, todo está visto bajo el prisma de una lógica cordial o de un corazón pensante, desorbitado por la pasión aunque por eso no menos justo.

Así como Martí fué un santo varón cargado de razones y de medidas, tú te me apareces, también varón y no menos santo, cargado de intuiciones y de desmesuras en pago obligado a los tiempos que corren. En el desbarajuste e ineficacia prácticas de nuestras vidas nacionales —que no sólo la cubana— ha habido siempre portavoces airados de decencia, por lo general intelectuales desprendidos de sus torres marfileñas, en los que se han aunado la conciencia moral y la conciencia intelectual para teñir de sombras oscuras la realidad colindante arañando en la carne viva de los defectos propios y exponiéndole sangrante a la mirada ajena. Algún día se verá, con absoluta certeza, como ése es también el rasgo que nos da a todos los que hablamos español una unidad por encima de fronteras y diferenciaciones frente a otros conglomerados culturales, lingüísticos y hasta por qué no? religiosos. Como el caracol con su concha —ha dicho creo Américo Castro— así nosotros cargamos con todo nuestro ser a cuestras sin renunciar a unas metas que otros han alcanzado ya, pero a costa de dejar jirones de sí mismos por el camino. Nuestra marcha es lenta, trabajosa, y a veces trágica, pero aún no le hemos pagado la totalidad del tributo al César ni nos hemos convertido, voluntariamente, en fila y número de muñecos desarticulados. Ni los sistemas ni las abstracciones han logrado someternos, convenciéndonos y destruyéndonos, y felizmente —sí, digo felizmente— son siempre dictadores, al fin hombres, por muy monstruosos y degenerados que sean los que se ofrecen como blanco propicio y visible para nuestro odio de seres también humanos. (Ante los doblegamientos voluntarios salen sobrando las tiranías. A más resistencia más necesidad de violencia. Los dictadores son síntoma de pueblos inconformes y viriles). Si alguna vez triunfamos, triunfan nuestros pueblos, llegando a plasmar en meta lo que hoy es sueño, no sólo nos salvaremos nosotros, sino que también la humanidad se habrá salvado. El hombre volverá a resucitar en cuerpo y alma.

Bendita, pues, tu violencia y tu sarcasmo y tus palabras como lanzas que pueden y deben ser escuchadas en todos los ámbitos del español y pueden y deben levantar ampollas en el tocino que tienen por piel los Franco y los Perón y los Trujillo, hermanos gemelos de los

Machado y los Batista. Pero ni Franco es España, ni Perón es la Argentina, ni Trujillo es Santo Domingo, ni Machado fué Cuba. Aunque todos ellos son clave y cifra de lo peor de nosotros mismos. Lo que no es obstáculo para que nuestros pueblos sigan siendo la única esperanza de un futuro mejor a pesar de todas las lacras y de todos los defectos que hay que corregir y subsanar, pero que tampoco les son privativos como tales. Lo que sí nos es privativo es el tenerlos y el llevarlos en la conciencia. Mucha más inmoralidad, mucha más corrupción, mucha más degeneración ha estado presente y lo está aún en otros países. Pero ninguno ha dado al mundo todavía otro Padre Las Casas, encarnación de la conciencia colectiva al margen de las conveniencias temporales sin tapujos ni componendas.

Furor ético llamó a esto Azorín. Yo lo llamaría la vía purgativa de nuestra experiencia. Otros conglomerados humanos asimilan o desconocen aquellos aspectos negativos de la vida a los cuales nosotros, por el contrario, declaramos siempre guerra abierta. Los Drake y los Morgan, en el pasado, fueron ennoblecidos por la Corona inglesa, de la misma manera que los gangsters y tahures, del presente, paga legítimos impuestos al Tesoro norteamericano. Pero no entre nosotros; nosotros tendemos a desangrarnos tras el blanco y el negro de nuestras aspiraciones en nobilísimo afán apasionado y divididos en arcángeles y demonios. De ahí nuestra aparente dualidad nacional, la de todos nuestros países: las dos Españas, las dos Cubas, los dos Méxicos. Caín y Abel. Y olvidada en el subconsciente la matriz común, raíz de nuestra grandeza y de nuestra miseria.

Entiéndeme. No te recrimino la combatividad agresiva de que haces gala al recorrer la vía purgativa de tu experiencia. Me parece inevitable en ti, inevitable en todos nosotros. Procuero enfocarla al margen de causas ocasionales. En Cuba está todavía muy reciente el pasado colonial e, inevitablemente presente, la proximidad geográfica del coloso del Norte, ofreciéndose ambos como fáciles chivos expiatorios. Pero ni el uno ni la otra bastarían a explicar unos fenómenos que se producen tanto en Cuba como en España o la Argentina, para citar sólo casos extremos. Hay algo más, algo que llevamos en nuestra sangre y que tenemos que vencer, que superat eliminando una vez por todas al enemigo interno para no caer como víctimas propiciatorias en manos de los que acechan desde fuera nuestra debilidad. Cada retroceso, cada dictador que se impone sobre nuestros pueblos, es como una puñalada en carne viva que sufrimos todos. Todos los que soñamos con un mundo lleno de nuestra voz y de nuestro aliento, impregnado de justicia y de armonía.

Dolorosa fué tu ira, madre de aquella *Bufo subversiva*, que diste al aire cálido de Cuba hace más de una década, y abuela ahora de algunas de las mejores páginas de este *15 años después*. ¡Que las circunstancias no te obliguen a sentir de nuevo su hervor en las entrañas! ¡Que el pasado pase y no vuelva! Tu ironía, si rediviva, ya no te parecerá eficaz, acaso no haya destruído nada, pero sí habrá servido para recortar tu perfil. Atacando a los demás has puesto de manifiesto lo que tú no eres ni podrás ser nunca. Así al decir de la revolución que ha sido "traicionada, vendida, mixtificada, vilipendiada y ordeñada", gritas que tú no la has traicionado, vendido, mixtificado ni ordeñado. Lo que ya todo el mundo sabe y está ahí a la vista de todos. O cuando defines la vida política como lululante de "histriones ensoberbecidos, de mesías impúdicos y de generales flatulentos", no haces más que señalar lo que tienes enfrente y no resistes al lado. La virulencia contra el recuerdo del "machadato" se aviva con las desvergüenzas del "grausato", pasando por la etapa del "mandarinato omnímodo" de Fulgencio Batista. Están señaladas todas las distancias y todas las discrepancias. Y también tus afinidades posibles, todas con muertos—no sé si es ésta casualidad sintomática—Pablo de la Torriente Brau, Rafael Trejo, Antonio Guiterras, Julio Antonio Mella, Gabriel Barceló, vanguardia admirable de una juventud prometedora de lo que pudo ser y no fué.

Frente al presente nada podrías decir ya, de la mano de la ira, que no fuese repetición y cansancio.

15 años después anuncia, pues, como tenía que ser, un cambio de tono y de estilo subrayado de emoción, vía iluminativa correspondiente a otra etapa. Es la hora, en mirada retrospectiva—los años no pasan en balde—de las defensas y de los hallazgos, liquidación de un pasado en que con Terencio nada humano te fué ajeno. Con admirable precisión expones el proceso revolucionario cubano, y, es más, en los capítulos *12 de agosto. Trayectoria y balance del ciclo revolucionario*, señalas con acierto lo que deben ser las bases para un trabajo concienzudo y a fondo sobre la política nacional en los últimos cincuenta años. Nadie mejor que tú para llevarlo a cabo. Mientras tanto has dejado constancia del saldo innegable, con un cambio de estilo, que si carente de aristas no lo es de penetración: "Cuba ha ganado una nueva conciencia política y un nuevo complejo de relaciones sociales", "una nueva conciencia y un nuevo espíritu, que viven en las conquistas logradas, alienan en la repulsa a la vieja política y claman en los que están ya convencidos de que sólo les vendrá el pan, la libertad, el decoro y las luces por la ruta riesgosa, difícil y larga que abonaron con su sangre una legión de héroes y un racimo de mártires". "Nuestra revolución

aspiró, pura y exclusivamente, a darle a Cuba su plenitud de destino. Nada más, nada menos".

"Plenitud de destino", aspiración máxima de cada hombre y de cada pueblo. Desde esa altura se agranda el panorama. Y nos das tu fraterna mano a los españoles desarraigados en comunión de sufrimiento, mezcla tus lágrimas a las nuestras por el sacrificio de tu amigo Pablo de Majadahonda, sientes como tuya la carne acribillada de Federico García Lorca y la hombría hasta la muerte del caballero poeta Antonio Machado. Rindes tributo de hondo aprecio a aquel andaluz, señero y dulce, Fernando de los Ríos, que tanto te distinguió y te quiso, a ti, su hijo antillano. Lo mismo haces con Xirau, dormido ahora bajo la noble tierra mexicana, pero despierto siempre en el recuerdo de todos los que le tratamos. En tu raíz, en el cogollo de tu alma, está desnuda nuestra identidad de destino. Dicho lo has dejado: "A nosotros, pueblos de América forjados en la matriz hirviente de España, hermanos suyos en la lucha contra la anti-España de aquí y de allá, afanosos de una libre comunión cultural hispano-americana, sin imperios obsoletos ni noblezas manganzonas, nos toca poner codo a codo nuestro esfuerzo con el pueblo español en esta hora, en esta hora incierta de su futuro, que es el nuestro. Si nadie lo ha dicho lo digo yo ahora. España es el espejo en el que tienen que mirarse los pueblos de nuestra América: en la perspectiva histórica y en el proceso de la cultura, lo que España sea seremos nosotros. Y, es precisamente por esta inexorable identidad de destino, que estamos peleando por nosotros mismos al pelear por España".

Coincidencia la tuya con los que sufren y han sufrido por Cuba y por España, con los que sufren hoy por Venezuela —capítulos dedicados a Rómulo Gallegos, a Andrés Bello, a Rómulo Betancourt—, con los que sufren por la opresión de Puerto Rico, con todos aquellos que en América luchan por un mundo mejor. Y en el terreno internacional, el único tributo emocionado —al margen de la simpatía supuesta por todos los pueblos de la tierra— va hacia Monhandas K. Gandhi "el último santo de la libertad", aquel frágil varón que, en cuclillas él, supo poner de pie a toda la India.

Para los que cuentan y pesan en el resto del mundo, unos en dólares y otros en rublos, dejas el testimonio de tu desconfianza ante su conducta de postguerra, en términos claros y precisos: "el país que había proclamado la Carta del Atlántico y suscrito el Acta de Chapultepec, iba, inexorablemente, a la dominación imperial en disputa abierta con el Leviatán soviético. Truman sería el plegadizo ejecutor de esa política. Las consecuencias están a la vista: reducción progresiva de

las libertades civiles, represión draconiana del movimiento obrero, purga de los funcionarios adictos al New Deal, armamentismo desenfrenado, intervención abierta en Europa y Asia, sometimiento compulsivo de la América hispana. Cortina de oro contra cortina de hierro. Mayor embaucamiento —si se exceptúa el "milenio Nazi y el 'Paraíso comunista'— no conoce la historia. El gobierno que prometió solemnemente al mundo una nueva era de paz, libertad y prosperidad, rivaliza hoy con Rusia en un afán desorbitado de control económico y sojuzgamiento político".

La tercera y última parte, en la arbitraria división que vengo haciendo de tu libro, la ocuparían algunos de los ensayos agrupados bajo el título general de *Sombras y luces en la colina* y especialmente, los que comprendes bajo el título de *Violines en primavera*. Siguiendo el símil que se me ofrece propicio en el lenguaje de los místicos, diría que con ellos entras en la etapa unitiva. Atrás quedan las escorias e impurezas de un mundo demasiado cercano. Y ahora, ya estás, solo, tú y tu intimidad frente al vacío creador que has de llenar de un contenido tuyo, personal e inalienable. En doble vertiente: la primera componiéndote la figura, en justificación de actitudes; la segunda, haciéndote una realidad valedera y genuina sobre el pedestal de lo que ya eres. Esos "violines de primavera" pudieron anunciar una sonata futura. Ojalá que lo precedero no te arranque de las manos el fruto perdurable. ¡Por Cuba, por ti y por nuestra españolidad entrañable!

Rubia BARCIA.

Marzo de 1952.

Aventura del Pensamiento

RECORDACION DE CAJAL¹

SE OFRECE EL HOMENAJE

Por *Joaquín D'HARCOURT*

CON motivo del primer centenario del nacimiento del glorioso maestro D. Santiago Ramón y Cajal, el Ateneo Español y de México y especialmente su sección de Medicina, que se honra con el título de "Ramón y Cajal" han organizado un cordial y sentido homenaje de exaltación, del Sabio. Por mi cargo de Presidente del Ateneo tengo el gran honor de ofrecer este homenaje con encendido fervor y honda emoción esta noche.

Los ditirambos y adjetivos usuales resultan pálidos ante la egregia figura de don Santiago, ya que lo podemos considerar como el varón más esclarecido de su tiempo y el sabio más representativo del espíritu ibérico. El Dr. Spatz en una sentida necrología que hizo del Dr. Ramón y Cajal, nos hace comprender cómo era visto don Santiago fuera de nuestras fronteras. Dice Spatz de una manera objetiva y profunda "Ha alcanzado en vida, una meta, que muy excepcionalmente, llega a franquear un hombre de ciencia: ser popular en su patria. Su nombre es conocido y admirado por todos sus coterráneos, y ha

¹ Un grupo de discípulos y admiradores del eminente sabio español D. Santiago Ramón y Cajal, organizó con motivo del centenario de su nacimiento una serie de homenajes en varias instituciones científicas de la ciudad de México, con la participación de la Universidad Nacional. Se celebraron tales actos en el Ateneo Español de México, principal organizador, así como también en la Academia Nacional de Medicina, en la Asociación Mexicana de Médicos Laboratoristas, en la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría y en la Sociedad Mexicana de Oftalmología.

CUADERNOS AMERICANOS, deseoso de exaltar el recuerdo del ilustre hombre de ciencia, publica en *Aventura del Pensamiento* la mayor parte de los trabajos que fueron leídos en tan memorable ocasión, puesto que la vida de Cajal fué eso: una aventura fecunda y deslumbrante en persecución de la verdad.

hecho latir el corazón de todos los patriotas. *Cajal* es un héroe nacional en su pueblo. Es nuestro Héroe, lo califican sus paisanos. Esta expresión recoge de una manera acertada, la esencia íntima de Cajal. Fué verdaderamente un héroe, heroica su actuación, heroica la noble expresión de su lenguaje, heroico su ánimo y su fuerza de voluntad, para vencer todos los obstáculos. Heroico fué el objetivo de sus aspiraciones, que puede resumirse en una frase: Quería a toda costa que el nombre de su Patria fuese apreciado en el mundo entero. Este noble fin lo alcanzó ampliamente, aunque, en el momento que comenzó sus trabajos de investigación, las circunstancias eran en España contrarias a todo esfuerzo científico; no había medios, ni estímulo, y nadie se preocupaba en el extranjero de las publicaciones españolas".

En este bosquejo de la ingente personalidad del Maestro se dibujan claramente sus dos preocupaciones más íntimas y aferradas a su espíritu. Conquistar la gloria científica, de una parte, y de otra, demostrar que se podía hacer salir de España, del marasmo y de la garrulería palabrera en que yacía la Universidad.

Y a fe que consiguió ampliamente en vida tan difíciles objetivos gracias a su vigorosa mentalidad, a su fe en la voluntad y en el trabajo y a su confianza en el valor del esfuerzo perseverante. En lo que respecta a la Ciencia, consiguió construir una colosal edificación científica, armónica como una sólida obra de arte, capaz de desafiar el tiempo. Nos referimos a la Teoría Neuronal, de la que fué magno artífice, y a la que dedicó todo el afán de su vida. Hasta el final de sus días no cejó en perfeccionar y esclarecer su obra. Prueba de ello es su póstumo trabajo. "Neuronismo o reticularismo" y el subtítulo "Las pruebas objetivas de la unidad anatómica, de las células nerviosas", escrito con la firmeza y claridad tan características en don Santiago.

También logró el otro fin que se propuso: Actuar, sobre la yerma vida espiritual de la España de 1880 a 1890. El propio Cajal dice a este respecto, refiriéndose a una visita que el Prof. Kolliker hizo a España en 1849. "Si el ilustre sabio alemán hubiera visitado, veinte años después nuestras Facultades de Medicina y Ciencias, hubiera podido comprobar igual grado de abandono y apatía. Los imponentes modelos de microscopios de Ross o de Hartnak, continuaban inmaculados en sus cajas de caoba, sin otro fin que excitar en vano la curiosidad

de los alumnos o la ingenua admiración de los papanatas". Y más adelante dice. . . "España no saldrá de su abatimiento mental mientras no reemplace las viejas cabezas de sus profesores, orientadas hacia el pasado, por otras nuevas orientadas al porvenir". Gracias a su tenacidad y a su prestigio ejemplar y a su influencia en la vida pública y política, logró crear una porción de organismos culturales, como El Instituto de Investigaciones de Cajal, la Junta para ampliación de estudios, el Instituto Nacional de Higiene, con lo que consiguió elevar el prestigio de la Universidad y crear una Escuela de Histología en la que muchos discípulos han llegado a ser maestros de primer orden.

Pero, el "mito *Cajal*", llegó a más, a ejercer una acción tónica sobre toda la vida pública, que culminó en cambios, que deshicieron, en la opinión del mundo, los viejos lugares comunes hostiles a España, con lo que consiguió que renaciera en nuestra Patria, una fe en sus propios destinos y en su fuerza, confianza que había perdido anteriormente, y que parecía extinguida para siempre.

Lo que ya es más difícil de explicarnos es cómo surgió el "milagro de Cajal", una figura tan augusta y señera en un ambiente tan poco propicio como el que rodeó a D. Santiago. En efecto, nace el Maestro hace 100 años en Petilla de Navarra, humilde lugar enclavado por singular capricho geográfico en medio de la provincia de Zaragoza. Según el propio don Santiago, "Petilla es uno de los pueblos más pobres y abandonados del Alto Aragón. El panorama que hiere los ojos desde el puente no puede ser más pobre y desolado. . . Desgraciadamente no es mi pueblo una excepción en España, así viven con poca diferencia, la mayoría de nuestros aldeanos. . ."

Admiremos la sensibilidad de Cajal para los labriegos. En estas frases de honda ternura, se refleja el amor que siempre tuvo D. Santiago para la gleba y los heroicos labriegos pobladores de nuestra inhóspita meseta.

Su genealogía, se enraiza fuertemente, con estos trabajadores de la tierra. Sus abuelos, son labradores altoaragoneses. Su padre, segundón sin derecho a la casa solariega, se hace cirujano a fuerza de tesón y constancia; conserva las virtudes innatas a nuestros labriegos. Don Santiago señala la influencia que tuvo su padre en la formación de su carácter. "Mi progenitor disponía de mentalidad vigorosa donde culminaban excelentes cualidades. Con su sangre me legó prendas morales a las que debo

todo lo que soy: la religión de la voluntad soberana, la fe en el trabajo, la convicción de que el esfuerzo perseverante y ahincado. . . De él adquirí también la hermosa ambición de ser algo, y la decisión de no reparar en sacrificios para el logro de mis aspiraciones, ni torcer jamás mi trayectoria por motivos segundos y causas menudas”.

Así, de un hogar pobre, de ascendencia terrícola, regido por un hombre de una voluntad enérgica y tenacísima surgió como una llamarada el genio de D. Santiago, y el de su hermano D. Pedro, histólogo también eminente, por el que tenía un gran respeto el propio Maestro. La estirpe genial, nació y se extinguió en esta familia en una sola generación, sin que pueda saberse cómo apareció ni por qué se apagó tan rápidamente la llama del genio.

Ramón y Cajal fué un niño díscolo y mal estudiante, que desenvolvió por sí mismo, de dentro afuera, libremente, su espléndida individualidad. En medio de sus travesuras en las que no hay perversidad, sino que más bien son indicio de una naturaleza fértil, realiza el pequeño Cajal una obra gigantesca de autoeducación. Adquiere un vigor físico enorme en sus correrías, se desarrolla en él una astucia innata, necesaria para vencer a sus pequeños enemigos. Se familiariza con la naturaleza y aprende a admirarla al contemplar sus fenómenos, su espíritu se acucia en estos años, no le pesan los esfuerzos, se hace sobrio su idealismo ya ostensible, se hace tenso y preocupado, su inventiva natural se hace más fértil al cultivarla. Todo este cúmulo de esfuerzos en su formación infantil han de servir luego para integrar la personalidad del admirable biólogo.

De esta etapa juvenil hay que destacar, por la gran influencia que tuvo en la modelación de su carácter, el episodio en el que don Santiago se convirtió en aprendiz de zapatero. Castigado por su padre, el enérgico don Justo, por su mal comportamiento como estudiante, ingresa como aprendiz con el señor Pedrin, zapatero de Gurrea de Gállego. Este cambio de vida no sólo no desesperó a don Santiago, sino que lo sublimó hasta el punto que llegó a decir “Jamás viví una vida más prosaica, ni soñé cosas más bellas, altas y consoladoras”. Y aun llega a más; de esta penosa etapa saca el gusto por el trabajo manual. El vehemente afán de minuciosidad y de precisión y la gran habilidad manual del Maestro arrancan de esta experiencia de artesanía. El mismo dice “y dime tal garbo en el manejo de la lezna,



Catedrático en Valencia, 1885.



Catedrático en Madrid, 1892.

que a los pocos meses cosía a todo ruedo, haciendo zapatos nuevos, de los llamados abotinados, recortando coquetones tacones y dominando los calados y demás arrequives de las punteras y todas las sublimes filigranas del oficio".

Sin embargo el dominio de la técnica, no creyó nunca que fuera la meta del científico. Su sentimentalismo y positivismo tan equilibrados le hace ver que la médula de la acción es el ideal y a propósito de esta convicción suya dice "Dominó en nuestros cosmógrafos, físicos metalurgistas, matemáticos y médicos, la tendencia hacia lo útil, inmediato al practicismo estrecho. Se ignoró que sólo las ideas son realmente profundas. Y buscando recetas, fórmulas de acción, atrofiáronse las alas del espíritu, incapacitándonos para las grandes invenciones".

Pasa don Santiago por otra experiencia en sus años mozos que también deja intensa huella en su formación. Cuando cursaba el tercer año de bachiller, su padre le hace ingresar como mancebo de barbería. En plena ebullición romántica, su juvenil cerebro, mantenido en efervescencia por lecturas intensas y constantes, tiene que empuñar la jabonosa y sucia brocha barberil. Con la alteza de miras en él característica, de esta esclavitud saca una emotiva consecuencia. Dice así: "no me pesa hoy de la resolución de mi padre. Así, me puse en contacto con el alma del pueblo, al que aprendí a conocer y estimar y domando el orgullo se desenvolvió en mí el sentimiento de digna modestia que debe de ir unido a la pobreza laboriosa".

Con este bagaje sentimental y práctico, termina por fin Cajal la carrera a los 21 años. Soldado por su suerte, ingresa después como oficial médico de Sanidad Militar. Actúa en la guerra carlista en Barcelona. Pasa a Cuba y allí contrae paludismo, tiene que pedir la licencia absoluta y regresa a España.

Una vez de regreso a la Península su padre vuelve a influir sobre Cajal orientándole hacia el magisterio de la Anatomía. Reemprende sus estudios anatómicos y en 1875 le nombran auxiliar de Disección en Zaragoza. Al hacer el doctorado, entra por vez primera en contacto con la Histología, al examinar unas preparaciones en la cátedra del Dr. Maestre de Sanjuan. Estos cortes histológicos produjeron en Cajal una verdadera conmoción espiritual. Apasionado de la naturaleza, se queda pasmado al ver las formas nuevas y fantásticas de la microscopía tisular. Su deseo inagotable de penetrar en la intimidad de las cosas, le hace meditar sin descanso sobre lo observado. Artista amante

del color, este nuevo espectáculo le hace sentir una irrefrenable atracción por la ciencia histológica, y no tarda en montar su primer laboratorio histológico a costa de sus magras economías y de sus limitados ingresos.

Desde 1878 hasta 1883 tiene Cajal que cultivar la Anatomía descriptiva, hasta que logra en este último una cátedra de esta disciplina en Valencia. La recia personalidad de don Santiago, deseosa de realizar una obra original, de encontrar algo singular que justifique el esfuerzo de una vida, no podía satisfacerse con el cultivo de la Anatomía morfológica. Ya en aquella época, para el hombre de ciencia la textura macroscópica del cuerpo humano ofrecía muy pocos secretos. El menor repliegue, la aponeurosis más sutil, la ramita más intrincada estaban ya descritas. No le quedaba al Anatómico para hacer obra original más que descubrir anomalías o acogerse a la Anatomía comparada.

La entrega de Cajal a la teoría celular fué entusiasta y apasionada. Ya iniciado en la nueva ciencia histológica no abandonará jamás "esa ventana del ocular" que le permitirá relacionarse con un portentoso mundo desconocido. No enfriarán su entusiasmo, ni las dificultades pecuniarias, ni siquiera el jarro de agua fría de aquel profesor, cuando calificó de "anatomía celestial" a la anatomía microscópica.

En el cultivo de la Histología, encuentra Cajal la ocasión de emplear a fondo su voluntad acerada, la posibilidad, tan anhelada por él, de realizar una obra original, saciar su añeja ambición romántica de su tiempo juvenil, de descubrir ínsulas maravillosas y de sumergirse en la inextricable manigua tropical, como le confiesa a su amigo Cenarro. Este regusto de explorador de selvas, se advierte en la nomenclatura de sus primeros descubrimientos. Para don Santiago la corteza cerebral es una floresta. Encuentra nidos pericelulares, ramas trepadoras, eflorescencias rosáceas. . . más tarde estos nombres fitológicos van siendo más escasos, a medida que se apaga su ardor juvenil y romántico de explorador.

Una vez llegado a la tierra de promisión de la Histología, sigue cultivándola de por vida con amor no extinguido. Hasta su año crucial de 1888 en que a través del Dr. Simarro conoce la técnica de Golgi, su actividad histológica no está sistematizada; estudia y conoce los diversos tejidos de la Economía. A partir de este año se consagra con fidelidad monogámica al estudio del

sistema nervioso. En este trabajo encuentra don Santiago satisfacción a su enorme curiosidad científica. Al mismo tiempo, satura su romántico anhelo de conocer el mecanismo del pensamiento humano y cumple al fin su deseo de lograr hallazgos inéditos.

Encuentra don Santiago la veta inexplorada que satisface su modo de ser romántico positivista y dedicó su vida al conocimiento histo-fisiológico del sistema nervioso con la tenacidad y el empeño en él característicos. Sus esfuerzos culminan con la maravillosa concepción neuronal que perfecciona día a día hasta su trabajo póstumo.

El mundo científico se asombra que un español desconocido realice tan inaudita hazaña, y colma al Maestro, por boca del gran Kolliker, de ditirambos admirativos. La concesión de la Medalla de Moscú, el premio Hemoltz, y por fin el propio Nobel fueron la consagración oficial en el mundo científico internacional de la portentosa valía de sus trabajos.

Don Santiago no se inmutó por estas distinciones y siguió trabajando en su modesto laboratorio de Atocha, preocupado por sus investigaciones personales sobre el sistema nervioso y compartiendo sus labores con su preocupación gemela de la investigación científica: elevar la cultura de España, sobre todo la Universitaria. Especialmente dedicó un esfuerzo cariñoso y tenaz a la Junta de Ampliación de Estudios, pues su máxima preocupación fué conseguir un profesorado capaz, permeable a las corrientes de fuera y formado a la europea.

Nos hemos permitido, con todo respeto, glosar la fértil y profunda vida del Maestro, señalando más particularmente los incidentes que contribuyeron a su formación y los puntos nodales, de sus motivaciones afectivas y científicas, que impulsaron al hombre bueno a escalar las más altas cimas de la sabiduría y a sacudir a nuestra patria del nirvana palabrero en que yacía cuando don Santiago advino a la vida pública. Otras voces más autorizadas van a seguirme, analizando aspectos parciales del inmenso trabajo desarrollado por Cajal, según el plan previsto para honrar en su centenario al Maestro.

Desde las libres y acogedoras tierras de la Nueva España ofrendamos nuestro férvido homenaje a don Santiago un grupo de médicos mexicanos y españoles unidos en la fe en su obra y estimulados por el alto ejemplo de su vida, tratando de saldar la deuda que tenemos con el Maestro siendo dignos hijos espirituales de él.

PRESENCIA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Por *LUIS GARRIDO*

LA Universidad Nacional se asocia con íntima satisfacción al homenaje que se rinde hoy a la memoria de don Santiago Ramón y Cajal, al cumplirse el primer siglo de aquel día 1º de mayo en que no lejos de Sos, en pleno corazón zaragozano, vió la luz primera él que tanta gloria había de dar a su Patria. Nuestra Casa de Estudios se siente orgullosa de haber contado entre sus Doctores "Honoris Causa" más eminentes, al histólogo que revolucionaría al mundo científico con sus descubrimientos.

Cajal se encuentra en ese pequeño grupo humano al que sólo se llega cuando la naturaleza y el trabajo han dotado a un hombre de la condición de genial. Cajal es un genio, en el doble sentido de la inspiración y del esfuerzo. Su obra nace de la inteligencia y de la voluntad. Tiene la larga paciencia de que habló Buffon y con ella la genialidad. Es genial y suma al genio el esfuerzo.

Sus aportaciones a la Histología, a la Anatomía patológica y a la Biología son intemporales. En todas ha dejado con la huella inconfundible de su personalidad de excepción, las luces que no extinguirá el tiempo, de su profundidad.

Cajal fué un maestro y un escritor. Descubrió e hizo escuela. Junto a los descubrimientos de Cajal está la escuela de Cajal. Trabajó solo y en equipo. Investigó y orientó a otros investigadores. La huella de Cajal es doble: la obra de Cajal y los discípulos de Cajal. Supo asegurarse con la inmortalidad, la continuidad. Era un sembrador que ha pasado a otros la semilla. Un precursor que ha puesto la antorcha en otras manos, que la mantienen encendida como los *cursores* de Lucrecio, y que siguen el camino.

Su huella quedó en la ciencia y en la enseñanza. Cajal abrió la Universidad española a todos los vientos del espíritu. Ante su recuerdo indeleble la palabra que viene a todos los labios y a todos los corazones es ésta: Universalidad. Una universalidad que no dejó nunca de ser española, porque en la obra de Cajal está siempre presente el amor a su patria, unas veces

como panegírico y otras como crítica; un amor servido por la razón y no por ello menos entrañable. Cajal pudo hablar de la deficiencia española, nunca de la decadencia y él fué uno de los artífices que cooperaron a corregirla.

Para cuantos se dedican por vocación a las actividades científicas hay en la obra múltiple de Cajal un pequeño libro imprescindible que constituye una obra fundamental en la historia de la pedagogía. Me refiero a un discurso académico sobre las "Reglas y consejos de la investigación biológica". Sirve para todos los investigadores, sin designaciones específicas. Es una guía inapreciable para el conocimiento de cualquiera de los aspectos de la verdad.

El valor de la obra es dual, por su contenido y por su autor. Cuando se llega a ocupar en la ciencia el puesto eminente de Cajal hay dos posiciones: la de gozar de esa eminencia, aislado en ella, y la de enseñar a los demás las dificultades y las victorias del difícil camino recorrido, cómo se vencieron las primeras, cómo se alcanzaron las últimas.

Cajal con el pretexto de ese discurso académico nos demuestra la verdad de un concepto de Condorcet, recogido por él "las medianías pueden educarse, pero los genios se educan por sí solos". Su obra es el don del genio a las medianías, es decir el generoso presente del hombre excepcional a esta *media* humana, para alentarla en sus afanes de conocer, para que sus talentos alcancen la madurez, para ofrecerles el ejemplo excelso de que el saber no es un monopolio y junto al esfuerzo está el fruto, pero hay que sembrar siempre pensando en el germen más que en el fruto mismo. Donde el altruísmo humano alcanza su cumbre es según un concepto suyo en una gran pasión, puesta al servicio de una gran idea. Siempre hay algo que conquistar y como recuerda el maestro no hay que exclamar nunca, como Alejandro ante las victorias de Filipo, "mi padre no va a dejarme nada que conquistar". Sobre la perennidad del esfuerzo científico de cada hombre y de cada hora Cajal puede afirmar con razón: "no hay cuestiones agotadas, sino hombres agotados en la cuestiones".

La grandeza de Cajal está sobre todo en su sentido de la continuidad. "¡Cuántas obras monumentales —declara— denotan más que la fecundidad del autor la discreción y modestia de juveniles colaboradores, satisfechos con la lejana espe-

ranza de ser algún día apoyados y promovidos por su mentor intelectual a empleos decorosos!"

Cajal fué ante todo un hombre de carácter cuya vida es una constante lección de energía. Por ello afirmaba convencido: "Si hay algo en nosotros verdaderamente divino, es la voluntad. Por ella afirmamos la personalidad, templamos el carácter, desafiamos la adversidad, corregimos el cerebro y nos superamos diariamente".

Decía en sus "Charlas de Café" que "el sabio verdadero suele ser modesto y tímido en sus conclusiones, porque su intelecto ha sufrido durante sus rudos combates con la realidad, el choque hiriente de la impenetrabilidad de las cosas". Pero no sólo es modesto en sus trabajos para ser consecuente con su máxima, sino que lo es también en su vida a pesar de haber recibido multitud de honores y distinciones. Comprendía claramente que el verdadero sabio da la felicidad y hace el bien y que por sobre todas las cosas no se envanece con la fama y las alabanzas.

Conocedor profundo de la naturaleza humana afirmaba "que enaltecemos de buena gana el talento o el mérito eminente recién fenecido; mas pasada la emoción del momento, solíamos enterrar con el difunto hasta la ceremonia del panegírico". Sin embargo, en su caso, la gloria acompañará siempre su nombre, porque la razón de su vida fué la de ser creador de diversos resultados que la humanidad no podrá olvidar. El mismo lo reconocía así, cuando aconsejaba que era preferible la gratitud de la patria a la de la familia, porque la prole perece y olvida, y la patria perdura y recuerda.

Cajal no sólo fué un científico sino un amante de lo bello. Sus pensamientos literarios y sus máximas de arte lo acreditan como un espíritu maravilloso que no sólo supo de las investigaciones de laboratorio, sino que alzó los ojos del microscopio para fijar la mirada sobre las obras inmortales. Por ello su visión genial. Escapó de las limitaciones del que no vive la existencia en toda su integridad. Sus andanzas de infancia y juventud y sus experiencias como Oficial de Sanidad en Cuba, le enseñaron la necesidad de ir por el mundo con un ideal, pues careciendo de él es ir, como afirmaba Stendhal, sin estrella por el mar, sin música en el combate, sin libro en un viaje.

Cajal fué un gran escritor. Su genio abarcó desde la literatura narrativa hasta el ensayo moral. Sus obras literarias son tan importantes como sus descubrimientos científicos. Su vida, con independencia de su labor, está llena de enseñanzas. Fué un mal escolar y un muchacho audaz. Asoció a la vocación científica la vocación literaria. Trabajó en oficios manuales y su aprendizaje le resultó más tarde utilísimo. Fué siempre un hombre de voluntad. Amó la novedad en los métodos y la novedad en las ideas. Su férreo temperamento supo vencer el misoneísmo de su tiempo y superar las horas de dolor y de angustia que invadieron su alma ante las desdichas de su patria en las catástrofes coloniales.

Si de importancia excepcional es su obra científica, sus comentarios sobre cuestiones sociales llevan la marca del sociólogo auténtico y del hombre amante de la verdad. Recordemos sus sagaces observaciones sobre la política española que en mucho son aplicables a nuestros países: "Los males inveterados de España obedecen a tres condiciones principales: 1ª, a que cada institución o clase social se estima como un fin y no como un medio, creciendo viciosa e hipertróficamente a expensas del Estado; 2ª, a que, salvo contadas excepciones, nadie ocupa su puesto: los altos cargos políticos, militares y administrativos se adjudican a gentes sin adecuada preparación, con tal de pertenecer al partido imperante, por donde adviene su rápido desprestigio; 3ª, a que, cualesquiera que sean los fracasos e inmoralidades de los poderosos, jamás se les inflige ninguna sanción, ni aun la del ostracismo".

Con la fuerza de su gran visión social e histórica sus pronósticos sobre asuntos internacionales, no han dejado de cumplirse. Tal por ejemplo aquellos en que nos dice: "Jamás ha existido nación fuerte que no haya abusado de sus fuerzas". "Cada guerra constituye la causa determinante de nuevas guerras ¿quién no prevé, para dentro de 15 ó 20 años, otro choque formidable entre Alemania y Francia?"

La vida y obra de Cajal desde que bajo la dirección de su padre se complacía en desprender de su ganga de grasa el diminuto ganglio oftálmico hasta que conquista su gloria inmortal, su carrera fué una corriente de agua cristalina donde siempre se reflejó el sol de la verdad; una marcha hacia adelante venciendo todos los obstáculos; una creación en or-

den a la materia y al espíritu; una economía de su tiempo no malgastándolo y haciendo buen uso de su genio.

Cajal es no sólo una insigne figura española por sus descubrimientos, por sus trabajos en la ciencia y en la Universidad de su patria, sino una figura señera de valor universal, por la amplitud de su intelecto y su profundo conocimiento de la vida, de los hombres y de las cosas. Fué como él mismo dijo al hablar del genio: "Un pico elevado que descuella solamente entre las altas mesetas de la cultura general, entre las cordilleras de los genios científicos o artísticos". Por ello lo recordamos con devoción en este primer centenario de su nacimiento, ya que a pesar de su muerte seguirá siendo ejemplo y guía. Justamente "El verdadero sabio —como dijo Epicte-to— salva su vida en el momento de perderla".

Entre sus pensamientos figura éste: "Propio de los grandes genios como de los habitantes de los abismos del mar, es marchar iluminados con su propia luz". La suya no se extingue y nos alumbra a todos.

Cajal sabio español contemporáneo, nos pertenece a todos. Es unánimemente admirable como español y como universal. Para cualquier estudioso es y será siempre una luz que desafía el tiempo desde su cumbre.

EL EJEMPLO DE CAJAL

Por I. COSTERO

CONTEMPLAMOS el nacimiento de Cajal, a cien años de distancia, proyectado en el pensamiento de esta América que habla su lengua. La extraordinaria luz que él encendió llega hasta aquí sin mácula porque en ella arden perpetuamente su voluntad, su perseverancia y su fe patriótica, inagotables en cenizas y libres de la escoria del egoísmo. Por él, y por otros como él, México admira a España y la admira de corazón. Todos nos enorgullecemos a plena voz de lo que nuestra cultura tiene de española, porque Santiago Ramón y Cajal y otros cono-

cidos o ignorados Cajales que llevaban distinto nombre, humanizaron la sangre que se mezcló con la de nobles indígenas para crear esto que hoy es la Nación Mexicana.

La posición de los pueblos en el concierto de las naciones no se mide tanto por el nivel medio logrado en su desarrollo, cuanto por la altura a la que llegaron sus figuras más destacadas. América es tierra de amplitudes que no sabe ver pequeñas; tierra de trabajo que sabe juzgar certeramente los valores. Cuando México mira hacia España, y lo hace todos los días y en todos los momentos con puro sentimiento filial, ve con deleite a los próceres ibéricos y los hace propios, asociándolos íntimamente con los suyos.

Cajal es una de las más altas cumbres de la cultura española. Figura con rango de primer orden en la ciencia universal por sus fundamentales trabajos sobre la arquitectura del tejido nervioso, de los cuales acabamos de oír una afortunada síntesis hecha con respeto y amor por nuestro venerable compañero, el doctor y maestro don Jesús Arroyo. Pero, al juzgar la labor de los hombres, no sólo tienen importancia la calidad y la cantidad de trabajo realizado, sino también las cualidades del hombre mismo y las circunstancias en las que su trabajo se realizó.

Conocí a don Santiago en la senectud, cuando su inmensa labor estaba ya conseguida y su nombre aparecía inscrito en los libros relativos a la especialidad que él cultivó impresos en todos los idiomas. Me correspondió, por lo tanto, no la época de su producción original, sino otra posterior en la que consagró sus esfuerzos a elevar el nivel científico de España, desde la Junta para Ampliación de Estudios y Becas en el Extranjero y otras varias instituciones que surgieron bajo su influencia. Quizá por esa circunstancia vi siempre la labor científica de don Santiago tan lejos de mis fuerzas, que nunca he podido dominar, cuando la contemplo, un sentimiento de admiración que lo inunda todo. En cambio, me ha parecido que, deslumbrados por una admiración tan justa, descuidamos los consejos y enseñanzas nacidos de su fecunda experiencia, cuando unos y otras son practicables con éxito. No me alcanzó la fortuna de tratar personalmente al sabio Maestro pero, tantas veces como estuve a su lado, no pude contemplarle sin que en mi memoria resonasen las palabras de sus escritos como si entonces las estuviese repitiendo, trasmitiéndome la responsabilidad de entenderlas y practicarlas,

Los conocimientos científicos constituyen, hoy más que nunca, la base del desarrollo económico y social, y vivir a expensas de producción extraña significa caer en permanente servidumbre. Es más; creo que la única esperanza de redención verdadera para las naciones pequeñas y poco pobladas, como las nuestras de Hispanoamérica, está en el trabajo científico serio y en la producción original. Y, así como la hegemonía económica pura parece para nosotros muy lejana y problemática, asediada por infinidad de complejos problemas políticos y sociales que no se me ocurre cómo podríamos resolver algún día, disponemos de medios suficientes para crear y mantener entre nosotros un eficaz grupo de excelentes investigadores. Cajal nos enseñó cómo conseguirlo, con sus ideas y con su actuación personal. Y ya hemos comenzado a hacerlo con resultado alentador.

Deberíamos hacernos el firme propósito de crear, en todos los establecimientos oficiales adecuados, en cuanto tengan la amplitud necesaria, un buen número de plazas fijas para investigadores. No se me diga que la ciencia es cara. Ya sé que cuesta dinero, bastante dinero; pero lo tenemos y ese gasto constituye una excelente inversión. La prueba es que las primeras instituciones que han mantenido, y con largueza, tales grupos de investigadores, son las comerciales, las que viven para su beneficio económico, como, entre nuestras especialidades, las grandes factorías de productos farmacéuticos. No ignoro que muchos de tales investigadores van a obtener modesta producción, sin embargo no por eso despreciable. Pero bastará un hallazgo original de primera fila para que todos los esfuerzos queden sobradamente compensados. Lo que necesitamos puntualizar es qué cualidades deben reunir los investigadores destinados a los fines propuestos, cuáles serán sus necesidades y cómo deberemos protegerles. No es este el momento de entrar en detalles y, por otra parte, tampoco es nuevo el problema. En la práctica de otros lugares y aun en la nuestra propia, encontraremos fácilmente los datos necesarios para llegar a una especificación precisa. Sin embargo, dediquemos unas palabras al respecto.

El investigador verdadero necesita más de material e instrumental que de sueldo abundante. Por supuesto, no debemos contar con temperamentos heroicos, como el de don Santiago, quien gastaba sus escasos ingresos como profesor en el manteni-

miento de su primer laboratorio. Pero tan heroica es la pobreza como la riqueza. Hasta creo que lo más difícil es ver trabajar al rico. Lo que más agrada al investigador es disponer de los instrumentos, hoy tan costosos, necesarios para su trabajo, y lo que en este sentido más le molesta es obligarle a compartirlos con otros. La tendencia a adquirir instrumental de precisión para ser usado por un grupo de trabajadores, lejos de representar un ahorro conduce al mayor despilfarro. Conviene recalcar que el científico de vocación considera todos sus instrumentos de trabajo como algo propio, cuyo manejo por los demás le resulta doloroso; y no sin razón, que la mayoría de tales instrumentos también tienen su corazoncito: pronto aprenden a conocer a su dueño, al que los trata con comprensivo cuidado, descomponiéndose en la tristeza que les ocasiona caer, aun cuando sea sólo por breves minutos, en manos extrañas.

El mejor descanso para el investigador está en los viajes, durante los cuales visita a sus colegas y competidores; estos viajes deben estimularse sin restricciones porque nada más beneficioso ni productivo como el intercambio de ideas. En cambio, debe eximirse de toda otra distracción involuntaria. La tenacidad con que las asociaciones sociales, políticas y profesionales insisten en atraerse a los científicos de renombre, es perjudicial para todos. Reléanse con atención los escritos de Cajal. Y no aquellos fundamentos de su fama internacional, sólo asequibles a una minoría de especialistas; sino los otros, los que nos presentan con amena realidad las vicisitudes de su vida, esa vida tan paralela a la del mexicano, y encontraremos a cada paso los peligros en los que estuvieron a punto de sucumbir sus cualidades de investigador. Puesto que no nos es factible crear a capricho hombres de su extraordinaria voluntad, consagrémonos a suprimir las dificultades y obstáculos que sólo él pudo salvar y tan certeramente señala. Si leemos tales escritos con atención, caeremos en la cuenta que Cajal hubo de emplear su voluntad extraordinaria, entre otras cosas, en evitar las pérdidas de tiempo. En el ambiente que le rodeaba estuvo obligado a hacer todo por sus propias manos, mientras su mente y su actividad soslayaron hasta límite inverosímil cuanto no era indispensable para su trabajo.

Así, para Cajal constituyó una carga, llevada con apostólica resignación, la Cátedra de Histología y Anatomía Patológica que debía explicar, año con año, a los estudiantes. Sólo de

este modo podía conservar su laboratorio de la Facultad de Medicina. En esta Academia, todos o la inmensa mayoría de sus miembros somos o hemos sido profesores, y, creo no equivocarme al generalizar esta observación, hemos enseñado con el más puro entusiasmo; pero, precisamente por ello, comprendemos lo pesado que resultó para don Santiago repetir anualmente los mismos o semejantes conceptos elementales, y el esfuerzo cada vez mayor que debía poner en explicar la materia a los principiantes. Cuando yo le conocí, Cajal explicaba la Histología a una ventana del aula, mientras los muchachos, distraídos por su voz baja y monótona, pero respetuosos ante la bondad y la sabiduría del Maestro, mataban el tiempo platicando en voz baja. Estas pláticas se sumaban en un plácido y continuo murmullo, en un ronronear de colmena que servía de fondo, no desprovisto de atractivo, a las minuciosas explicaciones del profesor.

Conocida es la anécdota que pinta la sorpresa e inquietud de don Santiago, cuando notó cierta vez en sus alumnos silencio y atención inusitados. Como tan extraño fenómeno se repitiese por varios días consecutivos, y temiendo Cajal que estuviesen enojados los estudiantes, no pudo menos que llevar a uno de ellos hasta su laboratorio y, en la intimidad de conversación amistosa, inquirir sobre las causas de tan tenebrosa calma. El muchacho, según creo hijo de un amigo del Maestro trató de esquivar una respuesta directa. Pero, cercado por las insistentes preguntas de don Santiago y seguro de su bondad y tolerancia, descubrió el secreto del silencio y la atención con los que últimamente todos escuchaban las clases de Histología. Los muchachos, notando que Cajal terminaba muchas de sus frases con la palabra etcétera, decidieron, con miras a estimular su atención para seguir sus explicaciones, contar los etcéteras y jugarse el almuerzo a pares o nones. Rió don Santiago de buena gana la peregrina idea y despidió a su confidente con cordialidad. Grande fué la sorpresa de todos los alumnos cuando, en la próxima clase, explicó don Santiago todo el tema sin decir una sola vez el esperado etcétera; los lápices para el cómputo quedaron en alto y las hojas de papel, immaculadas. Pero la sorpresa cambió en estupefacción cuando Cajal, tomando su sombrero, se despidió de los muchachos diciendo pausadamente: —Mañana explicaremos el tema siguiente. ¡Ah! Se me olvidaba, etcétera, etcétera, etcétera; hoy ganan los nones,

La investigación pura es la única eficaz. No ignoro que existen mentalidades brillantes capaces de dedicar la mañana a trabajos profesionales y la tarde a especulaciones científicas. Tales personas, aun cuando no frecuentes, tampoco son raras y su labor es altamente meritoria y útil. Pero confiar sólo en ellas para el progreso de una comunidad, es notorio y peligroso error. Las ideas originales no brotan fácilmente en mentes distraídas con cualquier preocupación, y hartas tiene la vida para que le añadamos las inevitables y nada pequeñas del ejercicio profesional. Nuestro cerebro es naturalmente perezoso y gusta caminar por el sendero más llano. Pongamos, por lo tanto, al investigador de nuestros equipos científicos en la obligación de no ocuparse de otra cosa sino de los problemas tomados a su cargo.

Entre nuestros estudiantes, al menos entre los que yo trato en la Escuela de Medicina, hay muchos en los que veo excelentes cualidades para el trabajo de investigación: tienen talento, entusiasmo, ganas de trabajar y habilidad para hacerlo. Al acabar la carrera, sin embargo, me parece notar que muchos de estos candidatos a la labor científica están definitivamente perdidos para realizarla seriamente. Algo hay que vicia su mentalidad y la lleva a posición inadecuada para entregarse a la labor original. No me es fácil precisar exactamente las causas de este cambio, pero no me resisto a emitir aquí mi opinión.

La vida enseña muy pronto a nuestros estudiantes, y precisamente cuando menos debería sucederles, es decir, en la propia Universidad, a preferir la apariencia a la verdad. El ambiente les lleva inconscientemente a admirar las satisfacciones materiales por encima de todas las otras; todavía peor: temo que muchos ignoran que existen otras satisfacciones. Se juzga a los compañeros de años superiores, su ejemplo más inmediato, también a los maestros y las demás personas que destacan en su alrededor, sobre la base de la cantidad de dinero que ganan, índice que les sirve de medida universal. Cuando acaban la carrera, muchos de esos selectos jóvenes están dispuestos a utilizar sus brillantes dotes de trabajo en adquirir un automóvil; y no uno cualquiera sino, si es posible, precisamente el de moda, ese que tiene un precio injustamente exorbitante; lo trágico es que a muchos de ellos ni siquiera se les ocurre que sus dotes personales puedan tener una aplicación mejor y más favorable a su propio gusto.

En lo personal, no me parece mal el deseo de enriquecerse. Hablado sobre el tema, he dicho en más de una ocasión que estoy absolutamente dispuesto a aceptar sin dificultades de ninguna índole todo el dinero que quieran regalarme, por mucho que sea. Hasta sé en qué me lo voy a gastar. Reto a mis oyentes a que realicen la experiencia. Lo que me parece profundamente inmoral y catastrófico para nuestra juventud, es encomiar sistemáticamente el enriquecimiento personal inmoderado, trabajar sólo con la mira puesta en el dinero, elogiar y glorificar al rico únicamente por serlo. Creo indispensable que todo el trabajo debe encontrar remuneración suficiente y tan alta como sea posible. Reconozco que el dinero y la riqueza son estímulos poderosos que no podemos suprimir. Pero todo tiene un límite y, me parece, en nuestro tiempo se ha sobrepasado con mucho el legítimo culto a la riqueza.

Para compensar un ambiente tan perjudicialmente materialista, deberíamos hacer un poco de propaganda sobre las satisfacciones, jamás alcanzadas con dinero, que produce el trabajo de investigación cuando se realiza en condiciones adecuadas. Cómo es grato vivir cordial y sinceramente unido al grupo de trabajadores que nos acompaña todos los días y que comparte nuestras preocupaciones, y establecer contacto con grupos análogos, los cuales, cualesquiera que sean sus costumbres e idioma, resultan copartícipes de los mismos ideales y de idénticas emociones. Es necesario enseñar a los estudiantes que el mundo de los científicos es bien distinto del que nos pintan los periódicos; casi, podríamos decir, un paraíso terrenal sin perversas serpientes. Deberíamos repetir con frecuencia que el dinero se gana a base de esfuerzo doloroso, muchas veces pagándolo con la deshumanización más o menos completa del individuo y a costa de perder uno a uno los afectos, hasta los más íntimos; y que, llegada la riqueza, nunca es suficiente, con la agravante de que, pagada con tan duro esfuerzo, puede perderse con la misma facilidad que el más volátil de los cuerpos químicos conocidos.

El trabajo científico, en cambio, empieza por no ser trabajo sino diversión. Y no una diversión cualquiera. Apasiona muchísimo más que puedan hacerlo el "baseball" y hasta la ruleta, famosa en la literatura por su pérfida seducción. Es un juego noble y limpio en el que ponemos todos nuestros más altos sentimientos en pos de una verdad. Si esta verdad es alcanzada,

no hay paternidad que nos produzca un orgullo más legítimo. Si la verdad se nos escapa, nadie nos quita lo que, buscándola, nos hemos divertido. En el peor de los casos, adquirimos conocimientos que crecen con el tiempo, afirman nuestras ligas espirituales y crean lazos de afecto cada vez más sólidos. Permite hasta encontrar una patria cuando se cree todo perdido.

En fin; ya que hombres como Cajal constituyen una excepción; ya que necesitamos otros Cajales que impulsen nuestros Pueblos a figurar con autonomía entre los demás; ya que dispongamos de jóvenes adecuados al trabajo científico, aunemos nuestros esfuerzos y aprovechemos lo que las enseñanzas del viejo Cajal nos han dejado de útil y realizable: creemos entre nosotros algo así como el oficio, arte o carrera de investigador, desarrollando el ambiente necesario, proporcionando los medios indispensables y desbrozando el camino a todos cuantos deseen y puedan servir a México con voluntad y desinterés.

CAJAL Y LA NEUROPSIQUIATRIA MODERNA

Por *Dionisio NIETO*

Lo trascendente de las investigaciones de Cajal sobre el sistema nervioso no estriba tan sólo en haber concebido la doctrina de la neurona y en haber proporcionado las pruebas esenciales que la fundamentan. Junto a esto se encuentra una gigantesca labor de investigación, de perfiles sistemáticos, pocas veces igualada en la historia de la Medicina, y que no ha alcanzado la difusión que merece, si se exceptúan los círculos especializados en neuroanatomía y en neurofisiología. Para dar una idea de la importancia de sus investigaciones, que están condensadas en su obra inmortal "Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados", vamos a señalar algunos hechos que nos pueden permitir imaginar la magnitud de su esfuerzo.

El sistema nervioso se compone, fundamentalmente, de centros y de vías. Una agrupación de células nerviosas, más o menos numerosas, se llama centro, o, también, núcleo. Pues

bien, en el sistema nervioso hay centenares de centros o núcleos. Lo que hay entre ellos, esquemáticamente hablando, son vías de comunicación que relacionan unos centros con otros. Por supuesto, existen vías que proceden del exterior del sistema nervioso, es decir, de los receptores, y llevan estímulos o informaciones, y otras que salen del sistema nervioso conduciendo respuestas o impulsos a los efectores (músculos, vísceras, etc.). Al estudiar microscópicamente un centro nervioso se encuentra uno con las células que lo integran, y con millares y millares de fibras nerviosas en las cuales no es posible adivinar, sin más, el sentido de la conducción de la corriente. De todas estas fibras, unas llegan, y otras salen para dirigirse a otros centros. Saber cuáles son las que llegan y de dónde proceden, y averiguar cuáles son las que salen y adónde van, he ahí un problema de proporciones gigantescas a cuya resolución consagraron su vida muchos investigadores, y Cajal entre ellos de un modo singular.

Los métodos que se han utilizado para estudiar las conexiones anatómicas de los centros nerviosos han sido fundamentalmente cuatro: el método de las degeneraciones secundarias, el método de Gudden, la anatomía comparada y el método histogénico. Cajal realizó la mayor parte de sus investigaciones con este último procedimiento, que consiste en estudiar los centros nerviosos, con el método de Golgi, en fases tempranas de su desarrollo. En estas condiciones, las dendritas de las neuronas no están desarrolladas, y el axon está muy poco o nada ramificado, de forma que es posible sorprender su curso con más facilidad. De esta manera pueden determinarse las conexiones de unos centros con otros. Ahora bien, esto se dice muy pronto, pero su ejecución exige un trabajo incalculable, sobre todo si se estudian sistemáticamente, como hizo Cajal, todos los centros nerviosos. Pero téngase en cuenta, además, que el método de Golgi sólo proporciona coloraciones, y no constantes, en fragmentos muy pequeños de tejido nervioso, que hay que fijar especialmente. Así resulta que para estudiar un centro dado es necesario someter a fijación especial el fragmento de tejido nervioso donde está contenido, que el método dé la impregnación deseada, y estudiar gran cantidad de cortes para observar la estructura y conexiones. Es preciso también, para establecer un juicio fundamentado, estudiar el mismo centro en el feto, en el animal recién nacido, en el animal de unos cuantos días y en el animal adulto. Pero, además, hay que estudiar estos mis-



Conferenciante en la Universidad de Harvard, 1899.



Premio Nobel, 1906.

mos centros con otros métodos para poder formar comparaciones provechosas. Y esto lo hizo Cajal milímetro a milímetro en todo el sistema nervioso. Porque una investigación de este tipo en determinado paraje del cerebro o de la médula tiene mérito, valor e importancia relativa. Pero hacerlo en todos los rincones del sistema nervioso, como lo hizo él, representa una labor gigantesca, que sólo los que nos asomamos a estos problemas podemos apreciar en toda su magnitud.

Puede decirse que son muy pocos los centros del sistema nervioso que han escapado a su estudio. Cuando en la actualidad se emprende una investigación sobre un determinado problema en esta esfera, lo primero que hay que hacer es ver qué dijo Cajal a tal propósito, pues muchas veces ocurre que se planea alguna averiguación que ya había sido esclarecida por él.

Pero en esta ingente labor de Cajal no sabe uno qué es lo más importante, si lo meramente descriptivo, o lo interpretativo. Por un lado admira su minuciosidad descriptiva, y a veces se pregunta uno por qué enumera tantos detalles del curso de un cilindro eje y de sus colaterales, que parecen superfluos, hasta que después se comprueba que lo más insignificante en apariencia cobra una importancia inusitada en su interpretación. No sólo estableció el plan estructural del sistema nervioso con bases anatómicas firmes, sino que confirió a la textura la jerarquía funcional, al fijar la significación y relaciones de la mayor parte de los centros.

La clarividencia de sus interpretaciones resalta ahora, con más vigor que nunca, si nos detenemos a considerar las modernas concepciones de la neurofisiología. Uno de los conceptos de más trascendencia introducidos en la Fisiología del sistema nervioso es el de los circuitos neuronales cerrados en auto-reestimulación, o mecanismos de Feed-back, que explican gran número de fenómenos neurológicos y mentales. Tales circuitos están dispuestos de forma que un estímulo que llega por una fibra aferente excita varias neuronas encadenadas, y el impulso que se origina en ésta, al salir por las eferentes, deriva también por colaterales que excitan de nuevo eslabones de la misma cadena y provocan otra descarga del circuito, pudiendo repetirse esto indefinidamente, o bien hasta que la intensidad del estímulo se hace insuficiente para atravesar el umbral de las sinapsis. Estos circuitos cerrados, intercalados entre el estímulo y la reacción, pueden determinar una importante modificación en ésta.

Generalmente intervienen el sentido de hacer más precisa y adecuada la reacción, aunque en circunstancias anormales pueden perturbarla. Estos mecanismos de auto-re-estimulación se han comparado a los dispositivos de control automático en las máquinas, uno de cuyos ejemplos más antiguos es el del regulador de la máquina de vapor de Maxwell, y los más modernos el radar y las armas que buscan su propio blanco. A base de estas concepciones de la Neuroanatomía, de la Neurofisiología y de los controles de las máquinas, Wiener, Rosenblueth, McCulloch y Pitts han desarrollado su atrayente teoría de la "Cibernética". Según Stanley Cobb, hasta el momento en que esta teoría fué promulgada no se había explicado de un modo razonable la memoria en términos fisiológicos. Wiener ha formulado una explicación de un tipo de memoria en la gran calculadora electrónica. Todo esto constituye un cuerpo de doctrina que sugiere especulaciones del más alto interés, pues, como dice Stanley Cobb, hasta la teleología recibe una fundamentación científica, ya que representa un mecanismo que permite una conducta intencionada.

Limitándonos al sistema nervioso, la existencia de estos circuitos cerrados de auto-re-estimulación ha sido demostrada por Lorente de Nó desde un punto de vista anatómico y fisiológico, concretando lo que había sido postulado por Forbes bajo el concepto de circuitos reverberantes. Sin embargo, creemos nosotros que es precisamente Cajal quien describe por primera vez estos circuitos en la corteza cerebelosa y en la corteza cerebral, y no sólo los describe histológicamente, sino que ya esboza en su interpretación la importancia fisiológica que esto podría alcanzar. En la figura 447 de su libro, esquematiza uno de estos circuitos en el cerebelo. Y como lo esencial en estos circuitos son las células de axon corto, transcribimos las reflexiones que hace a propósito de la significación de estos elementos:

"Sin embargo, un análisis cuidadoso de las conexiones de estas células en todos los centros nerviosos (bulbo olfativo, retina, cerebro, asta de Ammon, fascia dentata, cerebelo, cuerpo estriado, etc.), nos ha persuadido de que, sin perjuicio de cumplir con el cometido de difundir las corrientes (por lo menos en algunos casos), dichos elementos desempeñan también alguna otra función más importante. En un reciente opúsculo, en el cual se examinan las dificultades de la cuestión, damos por verosímil que las citadas células representan, ante todo, *genera-*

dores y acumuladores de energía nerviosa. La llegada de la corriente por una fibra centrípeta provocaría la descarga de los elementos de axon corto subordinados, la cual contribuiría a acrecentar la tensión de los impulsos circulantes por la cadena de las neuronas de axon largo. La cantidad de energía latente así transformada en fuerza viva dependería, de una parte, de la intensidad de la conmoción recibida, y de otra del número de corpúsculos de Golgi interesados en la descarga. En todos aquellos actos nerviosos que representan, en último análisis, respuestas o reacciones tardías a los estímulos exteriores (memoria, ideación, juicio, etc.), o en aquellos otros en los cuales hay evidente desproporción entre la debilidad del excitante y la intensidad y extensión del reflejo motor (coordinación automática de la marcha, salto, defensa, etc.), los centros encargados de producirlos contienen un gran número de corpúsculos de axon corto (cuerpo estriado, cerebro, cerebelo, tálamo óptico, etc.). En cambio, tales elementos faltan casi enteramente en la médula espinal y bulbo, centros cuyos reflejos son débiles y de escasa duración, y exigen para alcanzar cierto vigor, la insistencia y desusada energía de los estímulos”.

Después añade otros argumentos atinados sobre la significación especial de estas células integrantes de los circuitos, por ejemplo, que en los animales inferiores faltan, que van haciéndose más numerosas a medida que se ascienden en la escala animal, hasta llegar a constituir en el hombre uno de los caracteres más salientes de la estructura de la corteza cerebral.

Por consiguiente, Cajal ya interpretaba estos circuitos, integrados por los elementos de axon corto, como los depositarios de la memoria, que es lo que la neurofisiología moderna formula con más acopio de datos experimentales. En la fecha en que Cajal afirmaba esto, 1901, e incluso hace unos cuantos años, tal aseveración podía parecer de una audacia peligrosa. Ahora no nos parece así, y se conocen hechos, además de los citados, que acentúan la posibilidad de que los elementos de axon corto representen acumuladores y estén vinculados al proceso de la memoria. Los experimentos sensoriales de Penfield estimulando la corteza cerebral del lóbulo temporal humano en operaciones cerebrales practicadas con anestesia local, vienen a demostrar que los recuerdos se registran de alguna manera en el tejido nervioso. En efecto, en numerosas intervenciones quirúrgicas, estando el enfermo plenamente consciente, al estimular

eléctricamente algún punto de la corteza temporal, se evoca en su mente una escena vivida por el sujeto anteriormente, con toda clase de detalles y con una sensación asombrosa de estarla viviendo otra vez. Es decir, el sujeto no sólo recuerda una serie de acontecimientos que fueron vividos por él en otro momento, sino que hasta tiene la impresión de que se están desarrollando los hechos como si se produjeran verdaderamente, un dato éste que los diferencia de la simple evocación espontánea. Al cesar la estimulación termina también, instantáneamente, la evocación. Si se estimula otro punto se desencadenan otras evocaciones diferentes, y si se repite la estimulación sobre el mismo lugar suelen presentarse los mismos recuerdos. Esto tiene una importancia extraordinaria, pues permite suponer, por lo menos en principio, que los recuerdos quedan gravados materialmente en la corteza, o almacenados de alguna manera en las estructuras corticales. A la luz de estos datos experimentales, la hipótesis de Cajal de que los elementos de axon corto podrían funcionar como acumuladores y en relación con el proceso de la memoria, adquiere una probabilidad innegable.

Al conmemorar el centenario de su nacimiento, hemos creído de interés señalar unos cuantos aspectos de su obra que demuestran la permanencia y la actualidad de sus concepciones. Nos ha parecido que éste es el mejor homenaje que podíamos rendir a su memoria.

CAJAL Y LA CIENCIA EN ESPAÑA Y EN HISPANOAMERICA

Por *Manuel MARTINEZ BAEZ*

A CABÁIS de oír, señoras y señores, en la voz autorizada de los Dres. Costero y Nieto, el mejor de los elogios que pueda hacerse de aquel gran hombre a cuya memoria rendimos hoy homenaje: la relación de sus descubrimientos más importantes, y escucharéis después al muy respetable doctor Márquez quien os

hará recordar también otros de los trabajos que llevó a término el gran sabio. En este y en otros centros culturales de México, otras voces se alzarán también, en esta conmemoración centenaria, para recordar al gran español. Además, tengo la plena conciencia de que quienes me escuchan saben más de la vida y de los méritos de don Santiago Ramón y Cajal que lo que yo pobremente pudiera decirlos. Más me valdría callar y, desde lo más íntimo de mi ser, comulgar con vosotros en esta fiesta de recordación. Sin embargo, siento que también nosotros, mexicanos, debemos participar en este acto, y tal sentimiento es la excusa que os ofrezco para haber aceptado la invitación que se me ha hecho.

¿Por qué también nosotros debemos tomar parte en esta ceremonia y en las que, con el mismo propósito, han de seguirla? Porque sentimos que Cajal es también nuestro, y no solamente como son nuestros y vuestros y de toda la humanidad todos los grandes hombres, sino, en este caso, de un modo especial, más concreto y más profundo. Cajal es también nuestro, es decir, de nosotros los hispanoamericanos, sencillamente porque Cajal es español. ¡Qué vastedad en su conjunto y qué multiplicidad de aspectos hay, si bien se le mira, en este simple y trivial concepto! Basta meditar en él por un instante para sentir cuántas realidades trascendentales están en él envueltas.

A fines del pasado siglo, un conjunto de circunstancias, a las que sólo aludo porque vosotros bien las conocéis, hacían que España se encontrara en atraso frente a los demás pueblos de Europa. Consecuencia de ello, entre otras, era el estimar como valioso solamente aquello que llevara un marbete extranjero. Los claros valores de lo francés, lo inglés, lo alemán o lo italiano se imponían en todos los campos, en la ciencia como en la industria, en las artes como en las modas. Lo mismo sucedía, todavía más ostensiblemente, entre nosotros, en estos pueblos nuevos que luchaban duramente por afirmar su existencia sin poder todavía construir su personalidad. España declinaba y, faltos de su aportación, era natural que buscásemos con avidez lo que otros pueblos con abundancia producían.

Cuando surge la figura de Cajal, cuando, gracias a él nos enteramos de que no todo declinaba en España, cuando supimos, por su ejemplo, que la investigación científica y el descubrimiento no eran patrimonio exclusivo de otros pueblos, recibimos impacto análogo al que vosotros recibisteis. Nos entera-

mos de quién era Cajal y, al saberlo, nuevas esperanzas y nuevas ilusiones surgieron entre nosotros y sentimos, una vez más, con nuevo placer, la comunidad de nuestro origen y la similitud de nuestros destinos.

En la obra de Cajal hay dos aspectos esenciales. El primero es su labor personal de investigación, sus descubrimientos, lo que hizo su fama como hombre de ciencia. Lo que algunos, tal vez con cierta ligereza, han calificado de labor egocentrista. Es el otro su actividad como promotor y organizador del renacimiento cultural de su patria, logrado tan cabalmente en una época y que ha repercutido fecundamente en nuestra América.

Si en la obra de Cajal hay esos dos aspectos fundamentales, en su vida destacan dos cualidades esenciales: la voluntad y el patriotismo. Cajal tuvo la suerte de nacer en medio de la pobreza; tuvo la suerte de ser hijo de un hombre del pueblo que se elevó, por su solo propio esfuerzo, desde la humilde situación de ayudante de barbero y de mancebo de cirujano hasta la de Médico. Tuvo la suerte de nacer con los ojos bien abiertos a la realidad, de poseer innata sensibilidad que le sirvió lo mismo para descubrir lo que otros no habían encontrado en la fina e intrincada textura de lo más noble del organismo humano, como para advertir la esencia y la raíz de los males que sufría su patria. De esa sensibilidad y del ejemplo vivo de su padre surgió su voluntad; su voluntad indomable que fué ante todo rebelión contra toda indiferencia, contra toda resignación, contra todo pesimismo. Voluntad que primero le hizo definirse una meta precisa, que lo libró de prejuicios, que lo orientó para forjarse una disciplina y le ayudó a ceñirse a ella y a crearse un método y a seguirlo sin desvío.

Para realizar el noble fin que se había trazado, lo primero era llegar a ser alguien. Pasada la niñez, en la que sus aptitudes creadoras se manifestaron en inteligentes travesuras, se aplica al trabajo, único caudal de los que nada poseen, y en la forma que vosotros sabéis y que él tan maravillosamente ha relatado, va formando su propia personalidad. Para realizar la obra con que sueña, carece de poder, pero se dedica a valer, a no ser menos que nadie, a ser más que los otros. Su sensibilidad, un tanto romántica, como la de todos los auténticos jóvenes, le empuja a su aventura de Cuba, en la que mucho pierde y nada gana, como no haya sido arraigar más su convicción en la necesidad de hacer progresar a su patria. Encuentra

por fin su ruta y la sigue sin desvío ni quebranto, gastando y recreando cada día su voluntad. Nada pide a los demás; todo lo espera de sí mismo. Sienta el principio que orientó su vida cuando se dice: "La prosperidad duradera de las naciones es obra de la ciencia y de sus múltiples aplicaciones al fomento de la vida y de los intereses materiales", y se da ánimo con la idea de que "... las conquistas científicas son fruto del trabajo metódico y no dones del cielo".

Sus comienzos son oscuros y difíciles, pero nada le detiene. Desdeña lo que a otros atrae y hace milagros con sus menguados recursos económicos cuando de ellos se sirve para adquirir lo indispensable para su trabajo, cuando edita a sus expensas su primera revista científica, cuando él mismo graba las figuras que ilustrarán sus monografías, cuando con sus propias manos hace las placas fotográficas que necesita. Va avanzando poco a poco; a su esfuerzo se rinde la verdad y cuando la indiferencia y la incomprensión de sus compatriotas lo ignoran o lo menosprecian, sabiendo que el pesimismo ambiente no concede valor sino a lo extranjero, al extranjero va, con sus trabajos o en persona y vuelve para mostrar a todos el premio Fauvelle de la Sociedad de Biología de París, la invitación para "Croonian lecture" de la Sociedad Real de Londres, el premio de Moscú, la invitación para dar conferencias en la Universidad de Clark, en los Estados Unidos, la medalla de Helmholtz, de Berlín y después el más alto galardón a que pueda aspirar un sabio: el Premio Nobel.

Por fin, ha llegado; por fin en su propia patria se reconocen sus méritos; por fin ha roto el pesimismo y ha demostrado, con su propio ejemplo, que España está atrasada, pero no decadente. Ha alcanzado el valer que buscaba y que convierte en poder y entonces sale a luz el otro gran motor de su actividad: el patriotismo.

¡Y qué patriotismo el suyo! Como alguien lo ha dicho, es "patriotismo que ansía elevar el prestigio de su patria, pero sin denigrar a las demás". Patriotismo que no es contemplativo, sino activo; que no se detiene en admirar las grandezas pasadas ni en exagerar neciamente las excelencias de su patria, sino que comienza por ver claramente, por exhibir con crudeza y por fustigar sin piedad los defectos, los errores, las miserias de su propia patria, como paso inicial ineludible para poner remedio a todos estos males. No se conforma con encontrar los defectos

y dolerse de ellos. Con su propio ejemplo prueba que es posible progresar y llegar. Gracias a su esfuerzo, pone, con su nombre, el de España en el mapa-mundi de la ciencia y si antaño hubo quien aprendiese el español sólo para leer a Cervantes, él logra que en su época viejos sabios de otras tierras aprendan el español sólo para leer a Cajal y que otros exclamen "De España nos llega la nueva luz".

Interviene entonces decididamente en la vida pública de su país. Sin interrumpir los trabajos de investigación que le han llevado a la cumbre, se aplica a realizar la idea a la que ha dedicado su vida: a servir a su patria. En esta noble labor no está solo, por fortuna. Una pléyade de altas y limpias personalidades le precede y le acompaña. Otros españoles eminentes, antes que él, vieron y comprendieron las necesidades de España. Conocéis los nombres de estos próceres y por ello no he de mencionarlos aquí. Pero aquellas voces que clamaban en el desierto ahora encuentran eco, que las reproduce y acrecienta, en la voz de Cajal, potente con su propio ejemplo. Si puede prender en su pecho medallas y condecoraciones y exornar su laboratorio con diplomas, comparte con otros, justamente, esos más altos timbres de gloria que se llamaron Junta de Pensiones y de Ampliación de Estudios en el Extranjero, Patronato de Ingenieros y de Obreros, Centro de Estudios Históricos, Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, Escuela Española de Roma para Arqueología e Historia, Residencia de Párvulos, Residencia de Estudiantes, Instituto-Escuela y otros más.

Renace España. Yo la vi con mis propios ojos, fuerte y magnífica, con aquella multitud de hombres, viejos ya algunos, jóvenes los más, que en todos los campos de las ciencias, de las humanidades y de las artes eran ya realidad espléndida y augurio cierto de tiempos mejores. También lo sabéis vosotros y en esta sala están algunos de aquella generación y que la honran, y que deben, en poco o en mucho, directa o indirectamente, algo de lo que son, a Cajal, como también lo deben a aquellos que antes que él, que con él y que después de él colaboraron en la magna obra.

Esto, que Cajal logró en España, esto es también el papel que Cajal desempeñó en el desarrollo de las actividades científicas en la América Hispánica. Primero, la convicción de que también en los pueblos de raza hispana es posible que

germine, que crezca y que dé fruto, la semilla de la ciencia. Después, el ejemplo de su vida, la revelación de lo que pueden una voluntad bien encauzada al servicio de un acendrado patriotismo. ¿Quién podría decirnos con exactitud cuántas veces el recuerdo de Cajal estuvo en la mente de aquellos que, en estas tierras de América, sintieron una nueva responsabilidad y soñaron con una nueva independencia? ¿Quién podría señalar cuántas veces aquí la indiferencia despertó, el pesimismo se deshizo y se delineó la idea de nuestra propia personalidad en el campo de las ciencias? Ya desde el prólogo a la tercera edición de su libro "Reglas y Consejos para la Investigación Científica" declara Cajal, expresamente que "para satisfacer las demandas de América" se ha visto obligado a permitir la reimpresión de tal obra en dos revistas americanas. La influencia de Cajal en el desarrollo de las actividades científicas en nuestra América se manifiesta, además, en el hecho de que muchos escogieron como tema para el trabajo de sus vidas los propios estudios de Histología en los que Cajal descolló, u otros dentro de las ciencias biológicas; en la multitud de profesores y de estudiantes hispanoamericanos que han ido a España a ampliar sus estudios y que volvieron con ideas nuevas y nuevo saber, contando como el hecho más saliente de su viaje la ocasión en que hablaron con Cajal o lo vieron o escucharon su voz; en las veces en que se han tomado como modelo las instituciones creadas en España con la ayuda o con el impulso de Cajal para crear aquí otras similares y, sobre todo, en el ejemplo de Cajal, en su vida toda, tan española y por ello tan asequible para nosotros; en el estímulo que a tantos ha dado y que a tantos dará todavía. En rigor de justicia, en cada centro de educación superior, en cada instituto, en cada laboratorio de investigación en nuestra América, debería lucir, en sitio de honor, una imagen de Santiago Ramón y Cajal, al lado de las de quienes concretamente contribuyeron a crear esos nuevos centros. Preguntad, no sólo a médicos o a biólogos, sino a cualquier persona culta, en nuestra América, quién fué Cajal; todos sabrán contestar correctamente y notaréis, además, en su respuesta, algo especial, algo sutil e indefinible que os revelará ese sentimiento que expresaba al principio, el de que Cajal es también nuestro.

¿Qué ha quedado de la obra de Cajal? El gran hombre murió en aquel octubre memorable de 1934, ignorando venturosamente que en los campos y en las minas de Asturias corría ya otra vez la sangre generosa del pueblo español, en lucha por su libertad; en el fondo, por las mismas ideas que alentara y propugnara el gran sabio, como preludio del cataclismo que después habría de venir. Corramos un velo, en esta ocasión, sobre la gran tragedia de España. Murió Cajal; quedan su tumba en un cementerio, un bello monumento escultórico en el Retiro, un edificio con su nombre en Madrid. Queda algo más valioso, queda la magnífica lección de su vida, contra la que nada ni nadie ha de prevalecer. Queda también, y esto no es lo menos, un vínculo espiritual más entre vosotros y nosotros y que sentimos esta noche, vivo y patente como nunca, en lo más hondo de nuestros corazones.

CAJAL Y LA NEURO-OFTALMOLOGIA

Por M. MARQUEZ

HABLAR o escribir acerca de Cajal y de la obra sin par de esta figura excelsa es siempre una gratisima tarea. Lo es más aún para mí y desde este momento pido perdón a mis benévulos oyentes o lectores por el empleo del "yo" por estar mi vida científica tan íntimamente ligada a la de este gran español por los lazos de una admiración sin límites y de un profundo cariño por mi parte y por el afecto paternal con que me distinguió siempre por la suya. Tuve la suerte de ser su discípulo desde el primer año en que él explicó su cátedra en la Facultad de Medicina de Madrid y aunque andando el tiempo yo me honré llegando a ser oficialmente su compañero de Claustro, jamás me permití darle otro nombre que el de Maestro.

El día 17 de octubre de 1934 terminó la vida material de uno de los más grandes, si no el más grande, de los hombres

de ciencia contemporáneos y el más destacado de los científicos españoles de todos los tiempos. Su abolengo ilustre hay que ir a buscarle en los Servet o en los Vesalio o sea en aquellos hombres cumbres del Renacimiento con los cuales se da la mano a través de los tiempos, habiendo, como ellos, entrado por derecho propio en la inmortalidad, por su obra creadora genial e inimitable.

Son demasiado conocidos la vida y los trabajos científicos del Maestro realizados a través de más de medio siglo de vida intensa y fecunda dedicada arduosamente a la investigación de la verdad por la aplicación de sus poderosas aptitudes. Con ella se ha labrado él mismo el mayor monumento que en mármoles y bronce pudiera erigirse a su memoria. Su colosal obra científica está comprendida en sus libros (a los que en seguida nos referiremos), en cientos de trabajos dispersos en varias revistas internacionales y en las dos que él fundara: 1º la *Revista trimestral micrográfica* y después los *Trabajos del laboratorio de investigaciones biológicas*, para dar a conocer su copiosa labor personal y la de sus discípulos, muchos de los cuales a su vez, convertidos en maestros, constituyen bajo su dirección la gloriosa Escuela Española de Neurología, no superada y tal vez no igualada por ninguna otra del mundo.

Entre los libros merecen mención especial, los tan conocidos y acreditados manuales de Histología y de Anatomía Patológica, que durante muchos años, y todavía hoy, sirven de texto en toda Hispano-América, escritos en el más puro estilo didáctico e ilustrados con figuras hechas por él mismo poniendo a contribución su gran talento de dibujante; mas sobre todos destaca el titulado "Sistema nervioso del hombre y de los vertebrados", en dos voluminosos tomos (ediciones española y francesa), libro cumbre en el que se resumen sus trabajos en todos los departamentos de los centros nerviosos, pudiendo decirse que no ha quedado rincón alguno de ellos por explorar y en el que casi todo su contenido es labor original del Maestro. Agreguemos aún otros libros de gran mérito como el de la "Degeneración y regeneración de los nervios" editado por sus admiradores de Sud América y el también admirable de "Fotografía de los colores" en el que se nos muestra como un físico investigador de primer orden.

Señalemos aún otros libros de carácter literario, filosófico o anecdótico, como los titulados "Recuerdos de mi vida", autobiografía maravillosamente desarrollada, que tanto enseña con referencia a este hombre, extraordinario en todos sus aspectos; las "Charlas de Café"; los "Cuentos de vacaciones"; el notable estudio que hizo con motivo del tercer centenario de la publicación del Quijote, titulado "Psicología del Quijote y el quijotismo". Mas tal vez el libro más difundido y del que se han hecho varias ediciones en diversos idiomas es el titulado "Reglas y consejos sobre la investigación científica", cuya primera edición fué el discurso de recepción del Maestro en la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y cuya última edición ha sido publicada por importante casa editorial argentina con el subtítulo de "Los tónicos de la voluntad". Añadamos, en fin, su último libro, casi póstumo, titulado "El mundo visto a los 80 años" en donde el autor da prueba de haber conservado la integridad de su brillante intelecto hasta los últimos días de su gloriosa vida.

Por lo que se refiere a la oculística, hemos de consignar que, sin haber Cajal ejercido esta especialidad como profesional, ha hecho más por el progreso científico de la misma que todos los demás juntos de los que a ella nos dedicamos. En seguida habremos de referirnos a la interesante labor del Maestro en Anatomía y Fisiología del aparato visual. Por el momento señalaré que cuando los oculistas españoles, con ocasión del XIV Congreso Internacional de Oftalmología de Madrid en 1933, decidimos reeditar su magnífico trabajo sobre *La retina*, que publicado en la revista francesa "La Cellule" (T. IX, 1892) y traducida al alemán por el Prof. Greef (Berlín, 1894), se había agotado en estas dos ediciones, para obsequiar con él a los congresistas extranjeros, los cuales lo agradecieron muchísimo, el Maestro, a su vez, conmovido por nuestra devoción inalterable hacia él, le puso al día añadiendo notas y dibujos interesantes y además escribió expresamente para el Congreso otro trabajo titulado "Los problemas histo-fisiológicos de la retina", que es una maravilla de investigación y de interpretación.

No puedo, ni es oportuno en esta sesión entretenerme en considerar al Maestro desde las múltiples facetas, todas brillantes, a que su interesante personalidad se presta; las de

pensador, erudito, enciclopédico, escritor y estilista, etc., las cuales han sido o serán objeto de la consideración de otros distinguidos compañeros en esta o en otras sesiones. Voy tan sólo a considerar brevemente lo que se refiere a "Las investigaciones de Cajal en Neuro-oftalmología".

El tema oftalmo-neurológico es vastísimo: sólo citaré como prueba los nueve voluminosos tomos de la Neurología ocular de Wilbrand y Saenger; dado el carácter de estos actos me limitaré a señalar el estado en que se hallaban estos conocimientos antes y después de la obra de Cajal, indicando de paso —para que no se achaque a exceso de admiración apasionada por mi parte— los juicios que ha merecido su obra a algunos de sus contemporáneos de mayor autoridad.

He aquí lo que decía el gran Cruveilhier en las últimas ediciones de su clásico tratado de Anatomía descriptiva (París, 1871, T. III, pág. 386).

"De todos los órganos no hay ninguno cuyo estudio excite más nuestra curiosidad y desgraciadamente no hay ninguno cuya textura esté rodeada de más espesas tinieblas. A pesar de los progresos reales que ha hecho en estos últimos tiempos la anatomía del encéfalo, estamos todavía reducidos a decir con Stenon que el espíritu humano que ha llevado hasta los cielos su investigación no ha podido penetrar todavía en el instrumento por el cual obra y que sus fuerzas parecen abandonarle apenas ha penetrado en su propia morada".

Y así por el estilo —hago gracia de más citas— se expresaban los demás autores del último tercio del siglo XIX.

Estaba destinado a los últimos años del mismo y comienzos del XX el producir, con ayuda de los perfeccionamientos de la técnica, una total revolución, que nunca estará esta palabra tan justificada como en el caso presente.

El italiano Golgi había ideado un método de coloración combinando el empleo del nitrato de plata con el bicromato potásico que tenía la propiedad de teñir en negro ciertos elementos nerviosos aislados. El ilustre neurólogo español Dr. Simarro, que había aprendido el método en París se lo comunicó a don Santiago Ramón y Cajal. A la verdad ninguno de los que hasta entonces habían empleado el método habían sacado de él el fruto que obtuvo nuestro sabio después de pacientes estudios y modificaciones. Sirviéronle éstas para perfeccionar ventajosamente el método y para que éste diese

en sus manos todos los brillantes resultados que dió después y que le valieron el premio Nobel en unión de Golgi. Mas este último, padeció varios errores, entre ellos el de creer en la formación de *redes*, que después Cajal demostró que no existían. *La célula y la fibra* constituían esta concepción *dualista*; y las fibras *anastomosadas* permitían el paso de las corrientes nerviosas *en todos sentidos*, admitiéndose que "en el sistema nervioso todo se comunicaba con todo".

Las pacientes investigaciones así como las geniales interpretaciones de Cajal en los diversos centros nerviosos: cerebro, cerebelo, retina, etc., pusieron de manifiesto estos conceptos fundamentales: 1º, que los elementos nerviosos — a los cuales después Waldeyer llamó neuronas — compuestos del *cuerpo o soma* de la célula con *todas sus prolongaciones* (V. la figura) eran *unidades independientes, jamás anastomosadas*, no existiendo por tanto las *redes* que venían siendo admitidas; 2º, que existían dos clases de prolongaciones: unas más numerosas, gruesas y cortas, las *dendritas* y otra larga delgada que daba colaterales en su trayecto, el *cilindro-eje*, que había sido descubierto por Deiters; 3º, que la relación entre las neuronas se hacía *por contacto* entre las arborizaciones *finales* de los cilindros-ejes de una neurona y las arborizaciones *iniciales* de las dendritas de la neurona siguiente; y 4º, que la corriente nerviosa circulaba *siempre en la misma dirección*: en las *dendritas* en sentido *celulípeto* y en el *cilindro-eje* en sentido *celulífugo*: *ley de la polaridad dinámica*.

No he de entrar yo ahora en el desarrollo de estas ideas. Solamente las invoco aquí para decir que precisamente en la retina, que ahora va a ocuparnos tuvieron su más brillante confirmación.

En efecto, *los conocimientos actuales sobre la estructura de la retina* se deben casi totalmente a nuestro sabio. La



Esquema de la marcha de las corrientes en las neuronas. P, célula piramidal de la corteza cerebral; a, dendritas; c, cilindro-eje cuya arborización terminal establece contacto con las dendritas de R célula radicular motora de la médula espinal de un nervio motor. La terminación de éste se hace también por arborización en el músculo, M. (Los cilindros-ejes de las dos neuronas son mucho más largos que lo representado en la figura).

disposición clásica de las tres neuronas *en serie*: cono o bastón, bipolar y célula ganglionar, origen de las fibras del nervio óptico; las células *amacrinas*; las *fibras-centrifugas*, que más tarde comprobaron también Monakow y otros. Hizo después Cajal interpretaciones sagaces que luego amplió en el trabajo antes citado que escribió para el Congreso de Madrid en 1933. Añadamos que discípulos de su escuela: Balbuena, Gallego, Leoz, López Enríquez, han contribuido con detalles de importancia, comprobados después por otros observadores: Dogiel, Van Geuchten, Poliak, etc., detalles en los que no podemos entrar y sólo mencionaremos algunas opiniones. La primera de ellas, la valiosa de Rochon-Duvigneaud que en la *Encyclopédie Française d'Ophthalmologie* (T. I., París, 1903, pág. 603) dice: "La Memoria de Cajal es una especie de evangelio en materia de estructura retiniana y todos los trabajos didácticos actuales sobre la retina no pueden más que resumir esta Memoria en lo que concierne a los conocimientos modernos".

En el *Traité d'Ophthalmologie* en 8 tomos publicados en Francia en 1939, el ilustre profesor Redslob, de Estrasburgo, al final de su extenso trabajo sobre la retina (T. I., págs. 382 a 492) escribe estas nobles palabras: "Llegado al término de nuestro estudio sobre estructura de la retina, evocaremos la memoria de Ramón y Cajal. Si Cajal no lo ha visto todo... él ha descubierto una gran parte de los elementos retinianos, ha precisado la mayor parte de sus relaciones funcionales y anatómicas y ha establecido definitivamente el modo de transmisión de los influjos nerviosos, desde las células sensoriales hasta las fibras ópticas. Cajal ha muerto, pero su obra se ha continuado por eminentes histólogos españoles: Hortega, Balbuena, López Enríquez y otros". Por último, el libro del norteamericano Poliak *The Retina*, de más de seiscientas páginas, Chicago, 1941, dedicado la mayor parte a comprobar la obra de Cajal, a la que añade algunos hechos interesantes, el autor en varios pasajes, emite comentarios elogiosos sobre Cajal, Balbuena, etc. Así entre otros dice (pág. 169), "la retina, como el sistema nervioso en general, demostró Ramón y Cajal estar compuesta de cadenas de neuronas individuales... y sus puntos de vista deben todavía ser considerados como la última palabra acerca de este asunto".

Creemos innecesario añadir más opiniones para estar persuadidos de que la estructura de la retina y el nombre de Ca-

jal quedarán para siempre íntimamente unidos en la historia de la Ciencia.

Sobre las vías ópticas y especialmente sobre el quiasma Cajal ha hecho también trabajos de la mayor trascendencia, corroborando *de visu* la existencia del haz directo negado por el gran histólogo alemán Koelliker, que después hubo de reconocer noblemente su error; y basándose el Maestro en sus investigaciones expuso en 1898 su genial teoría del cruzamiento de las fibras en el quiasma y de un modo consecutivo en el resto de los centros nerviosos. Esta teoría que explicaba *por primera vez* la existencia de los cruzamientos produjo una gran sensación y fué aceptada por la mayoría con entusiasmo. Algunas voces discordantes que se levantaron sin embargo hicieron vacilar al mismo don Santiago y fuí yo el que tuvo el honor de invocar nuevos argumentos que a mi juicio han puesto fuera de toda duda la exactitud de dicha teoría, en cuyos detalles no he de entrar en esta ocasión a causa de que habiéndome hecho la distinción de señalármeme para leer un trabajo en otro de los actos que con ocasión de este Centenario se han de verificar (el organizado por la Universidad de México), he dejado para dicho acto el desarrollo de tan importante tema.

El centro visual en la corteza occipital del cerebro es otra de las importantes aportaciones de Cajal a la neuro-oftalmología. Recordemos que en 1899, cuando nuestro sabio fué solicitado por la Clark University de los EE.UU. a raíz de la guerra de esta nación con España, en la que acabábamos de ser derrotados, para dar en ella conferencias, Cajal paseó triunfalmente el nombre de nuestra patria. En dichas conferencias Cajal, continuando sus estudios de las diversas regiones del cerebro, cuya arquitectura trazó de mano maestra, hasta el punto de que Hugo Spatz en la Muenchener Medicinische Wochenschrift dijera: "Cajal valdrá siempre como el fundador de la fina histología del cerebro; por eso su nombre será pronunciado en tanto que haya hombres que se planteen la cuestión de lo que ocurre en el órgano del alma", continuando estos estudios repetimos, precisó hasta los últimos detalles la estructura de la corteza occipital señalando entre otras particularidades la existencia de unas células estrelladas de axon largo y la entrada al nivel de la estría de Gennari o de Vic-d'Azir, que, como se sabe, sólo existe en la corteza visual, la

entrada de un gran número de fibras nerviosas de gran diámetro procedentes de los centros ópticos primarios, especialmente del cuerpo geniculado externo.

Las investigaciones referentes a *las células de origen del ganglio de Scarpa, a sus relaciones con los núcleos óculo-motores y con el cerebelo* le permitieron por primera vez al Maestro en sus históricas conferencias del Ateneo de Madrid en 1898 hacer consideraciones fisiológicas del mayor interés las cuales expuso después en su libro "*El sistema nervioso del hombre y de los vertebrados*".

En suma, en neurología y en neuro-oftalmología, principalmente, Cajal lo ha descubierto *casi todo* y por eso decía yo al final de las interesantes conferencias que Tello, su ilustre sucesor en la cátedra, profesó en la Universidad de Madrid acerca de "Cajal y su labor histológica" (Madrid, 1935) que si sólo se hubiera propuesto señalar cuál había sido esta labor, hubiera sido mucho más breve decir en qué partes del sistema nervioso no ha dejado la profunda huella de su genio este hombre extraordinario.

LA ULTIMA CUARTILLA DE CAJAL

Por Tomás G. PERRIN

REGRESABA a mi hogar en la noche del 17 de octubre de 1934 cuando, tan pronto oyó mis pasos, salió a mi encuentro una vieja sirvienta clamando —*¿Sabe usted quién ha muerto? ¡lo acaba de decir la radio! jese señor a quien usted quiere tanto y que se llama don Ramón, o don Santiago!*

No pude articular palabra alguna. Quedé anonadado. Como si cayera inerte y entre sombras a un abismo. No sé de dónde saqué fuerzas para llegar a una habitación apartada y arrojarme al suelo sollozando. Me creí como sin familia y sin patria. Pasó, hasta cierto punto, aquella crisis; comprendí que había a mi lado corazones llenos de ternura y en el mundo una escuela histológica española; pero mil recuerdos de aquel grande hombre, de su sabiduría y de sus bondades, me acongojaban.

Un abogado español muy culto, cordial amigo mío, al encontrarme con los ojos húmedos y la voz opaca me dijo entre amable y zumbón —*¡Pero hombre, no nos venga a decir ahora que se malogró don Santiago!* Y esta frase, justa y lógica, me sonó irreverente y absurda. ¡Claro que se había malogrado! ¡se malogra todo lo que pudiendo dar fruto muere antes de hacerlo! y don Santiago acababa de mostrarse pasmosamente joven en una obra recientísima cuya agilidad y donaire pretendían encubrir en vano una pasmosa erudición, y de don Santiago esperábamos unos ensayos de psicología celular, y un estudio sobre desviaciones de la ontogenia del sistema nervioso, y una obra sobre el ensueño y otra sobre metapsíquica y la publicación, acaso, de cierto grueso cartapacio de observaciones inéditas sobre las sensaciones de las hormigas. . . ¡Sí, don Santiago tenía muchas nuevas verdades que decirnos, tenía que brindarnos nuevas orientaciones, que darnos nuevos alientos. . . ¿Malogrado, don Santiago? ¡Claro que sí!, pese a sus descubrimientos neurológicos que eran ya doctrina en el mundo entero. . . y mis ojos volvían a nublarse.

No se sospeche, en este mi acerbo dolor, la emotividad exaltada de un neurópata, Jorge Francisco Tello el recio aragonés (sabio y predilecto discípulo de Cajal) decía, a todos, que le dejasen llorar a solas, y don Manuel Márquez, el insigne oftalmólogo, hombre cabal, de bien templado espíritu (brillante discípulo también y compañero de claustro de don Santiago) me ha confiado que, en aquellos días, lloraba sin consuelo.

¡Hasta las piedras lloraban! dijo en vibrante soneto un gran poeta hispano-mexicano a quien todo parecía pequeño para aquel sagrado cadáver, la tierra que habría de recibirle, la caja que le encerraba, los hombros que le portaban y hasta el pabellón que le cubría (el que otrora se tendió sobre dos continentes). Recordemos este clamor fúnebre de Alfonso Camín:

Llanto del sol, que se escondió en la altura
—Madrid en llanto torrencial se baña—
llanto en la tierra propia y en la extraña
llanto en la piedra inexorable y dura.

En el Madrid de aquella tarde oscura
sobre la caja el pabellón de España

fuimos a darle tierra a una montaña
que no encontraba espacio en la llanura.

En medio de dramáticos asombros
creí, al mirar el féretro en la acera,
—el cielo llanto, el Universo escombros—

¡Que al carpintero le faltó madera,
que les faltaban a los hombres hombros
y que hasta a España le faltó bandera!

En una de las biografías publicadas sobre don Santiago Ramón y Cajal se afirma que escribió hasta casi el día postrero de su existencia, pero es lo cierto que terminó su última cuartilla dos horas y cincuenta minutos antes de morir; es decir, a las ocho de la noche de aquel nefasto 17 de octubre. Y si se tiene en cuenta que su muerte no fué súbita sino en lenta agonía, veremos que del alba al ocaso todo fué asombro y pasma en aquella vida.

La cuartilla tiene tres breves tachaduras, dos por supresión y otra por enmienda. En esta última, donde decía *el misterio* prefirió decir *los arcanos*. A buen seguro que examinada por Matilde Ras, la inteligente discípula de Streletski que doce años antes estudiara la escritura de Cajal, tendría que modificar favorablemente la parte final de su dictamen pues veía "una ráfaga de tristeza una íntima depresión en las líneas finales descendentes", y esta cuartilla no presenta abatimiento gráfico alguno.

Por lo demás, persisten en ella los mismos caracteres de escritura espaciada, grande, clarísima, de absoluta sobriedad, sin un rasgo superfluo que recordaron a la Srita. Ras los excelsos grafismos de Renán y de Mosén Jacinto Verdaguer. Y hubiera dejado en pie, también, esta parte de su dictamen: "de limpio relieve y de un vigor verdaderamente juvenil, se puede considerar como uno de los ejemplares más bellos de la escritura española. Revela sencillez perfecta, ausencia total de vanidad, suprema elegancia espiritual, horror a la confusión y a la mentira, espléndido desinterés, intuición aliada a profunda lógica, imaginación de poeta unida a visión exacta de la realidad".

Y perdónese me esta concesión, hecha a un arte que intenta ver en la dinámica de nuestra mano la de nuestro cerebro.

CONTRA toda lógica no leeré primero la cuartilla para hacer breves reflexiones sobre ella, porque deseo guardar el decoro de que las últimas palabras leídas sean las de Cajal. Vayan pues, por adelantado, mis pobres comentarios.

Puede deducirse que en una cuartilla anterior, rotulada A, un Ser Supremo que hizo a su imagen y semejanza al hombre, se encara con éste haciéndole ver (esto ya consta en la cuartilla que comento) la dádiva espléndida que le ha brindado al darle un cerebro análogo al suyo, órgano de capacidad infinita para el conocimiento y para la acción. Pero tan extraordinarias e ilimitadas posibilidades sólo podrá lograrlas el hombre estudioso y reflexivo, el que utilice sabiamente el cerebro pues el irreflexivo y perezoso, el hombre vulgar, contará con un órgano obtuso, incapaz de esclarecer los arcanos de la materia y de la energía.

Estas afirmaciones están inspiradas en una teoría del mismo Cajal quien la defendió siempre con singular brío. La recordaré brevemente.

En el Congreso Médico Internacional celebrado en Roma el año 1894 presentó nuestro sabio un impresionante estudio sobre la morfología neuronal afirmando que el sistema nervioso sensorial y sensitivo (ganglios periféricos, médula, cerebro, etc.), ha terminado su desarrollo por diferenciación creciendo sólo por extensión, pero que el sistema nervioso central o cerebro-cortical, continúa progresando, tanto por extensión cuanto por diferenciación morfológica de sus neuronas. Muchos hombres de estudio creen, con Cajal, que esta diferenciación, este desarrollo de focos proneuroblásticos en focos neuronales será filogénico, o de evolución en la especie a través de largos milenios, pasados los cuales podrá surgir un hombre superior al superhombre de *Nietzsche*, hombre con el que soñó Lloría en su "Humanidad del Porvenir" liberando de ese monstruoso desequilibrio entre las más altas facultades intelectuales y los más bajos sentimientos morales que caracteriza al lamentable hombre de hoy.

Pero Cajal no era carácter para hablar de milenios; para dejar fiado a la filogenia el desarrollo de nuevos centros neu-

ronales y de conexiones nuevas. Algo podrá hacerse en el individuo mismo, pensó. Y se lanzó febrilmente al estudio de tan abstruso problema biológico. Fruto de observaciones sagaces y de meditaciones laboriosas brindó una nueva teoría al mundo científico; la del perfeccionamiento de las aptitudes psíquicas por multiplicación —en el individuo— de las conexiones interneuronales. Teoría que amplía considerablemente, con nuevos puntos de vista, la hipótesis de Tanzi sobre la hipertrofia de las vías nerviosas, por el ejercicio.

La teoría de Cajal admite, desde luego, que las vías orgánicas preexistentes son reforzadas por el uso de ellas, pero afirma, también, que pueden establecerse vías nuevas, gracias a crecimientos y ramificaciones progresivas de neuritas y axitas. Y, así, puede adquirirse talento con la condición primordial de crear, mediante ejercicio intenso, en centros mnemónicos primarios y secundarios, complicadas conexiones de grupos celulares, poco o nada relacionados en individuos incultos.

La aparición y desarrollo de esas múltiples nuevas vías intercentrales bajo el estímulo creador del ejercicio explicaría no solamente la memoria lógica o articulación de las nociones adquiridas, sino también la génesis de concepciones grandiosas y de construcciones lógicas complejas, tales los sistemas filosóficos, religiosos, políticos o científicos.

Cajal argumentó en favor de esta concepción teórica con hechos de neuroembriología, de histología cerebral comparada entre el niño y el adulto y de fisiopatología nerviosa, apuntando la posibilidad de reconocer histológicamente en las esferas inactivas del hombre culto y en extensas zonas cerebrales del inculto, fenómenos, ya por él comprobados, de reabsorción de dendritas y axones.

Esta teoría, transportada del austero plano científico al fastuoso literario, salvando los límites que los hechos histológicos y la psicología experimental puedan imponerla, trocada, en fin, en un exaltado canto al cerebro, tiene su expresión postrera en el documento que he comentado: la última cuartilla de Cajal.

Está paginada con una B mayúscula. Clara e inconfundible, la letra del sabio surca el papel en doce renglones. Dicen así:

os he concedido algo más precioso que todas las excelencias sensoriales; mi cerebro privilegiado, órgano soberano de conocimiento y de acción, que sabiamente utilizado, aumentará hasta lo infinito la potencia analítica de vuestros sentidos. Gracias a él podréis bucear sobre lo ignoto y operar sobre lo invisible esclareciendo, en lo posible, los arcanos—vedados al hombre vulgar—de la materia y de la energía. Y vuestras potencialidades inquisitivas distan mucho de haberse agotado, antes bien, crecerán incesantemente, tanto que cada fase evolutiva del "homo sapiens" revestirá los caracteres de nueva humanidad.

LA INFLUENCIA DE CAJAL EN LA FISIOLÓGIA

Por Arturo ROSENBLUETH

ANALIZAR con detalle la influencia, a veces, puramente constructiva, otras demoleadora de errores, en ocasiones conciliadora y más a menudo revolucionaria, que tuvieron los estudios del eminente histólogo español sobre la evolución de la Fisiología, requeriría más tiempo del pertinente para los propósitos de este breve ensayo. No habría región o parte del sistema nervioso que no fuera preciso considerar, porque el conocimiento de las funciones de todas ellas está basado en los datos anatómicos exactos y completos que él proporcionó. En ningún otro campo de la Fisiología están más adunados los hechos morfológicos y los funcionales que en el campo de la neurofisiología. No es sorprendente por lo tanto que el gran morfológico del sistema nervioso haya sido y siga siendo apoyo continuo para la comprensión de las funciones del sistema nervioso central.

Pero la influencia de Cajal es mucho más profunda y fructífera que la que hubiera tenido si tan sólo hubiera clasificado tipos de células y seguido tractos de fibras nerviosas. En apoyo a esta aseveración examinemos las implicaciones de una sola de los contribuciones de Cajal: la teoría de las neuronas.

Ya Waldeyer, en 1891, había sugerido que cada célula nerviosa, con su soma nucleado y todos sus procesos, forma una unidad distinta. Pero fué Cajal quien poco después dió significación y trascendencia funcional a esta doctrina al insistir que hay discontinuidad entre las terminales de las ramificaciones de un cilindro-eje y las dendritas y somas de las neuronas con las cuales establece contacto. Una discontinuidad anatómica sugiere discontinuidad de los procesos fisiológicos. El sistema nervioso central dejó así de ser un sincicio para convertirse en un congregateo de unidades discretas con vías y conexiones múltiples pero específicas.

Para apreciar la importancia de esta revolución de concepto y de sus repercusiones recorramos rápidamente la historia de la neurofisiología en el siglo XIX y en lo que va del XX.

En 1811 enunció Bell, sin demostración, la ley de las raíces espinales, atribuyendo las sensaciones a las posteriores y el movimiento a las anteriores. Esta ley no fué establecida con rigor sino hasta que se realizaron los experimentos de Magendie, en 1822. Este conocimiento dió lugar a un estudio intensivo de las funciones de los nervios periféricos, estudio tan minucioso que en 1858 Claudio Bernard declara que había entonces quienes pensaban que el análisis de estas funciones estaba agotado. En justicia para Bernard hay que agregar que anota que en su opinión había aún muchas lagunas que llenar y muchas cuestiones fundamentales por dilucidar.

En 1845 cristalizó la idea de los efectos inhibidores de los nervios cuando los hermanos Weber demostraron el paro del corazón por la estimulación del neumogástrico.

El concepto del impulso nervioso, de la existencia de mensajes discretos en las fibras, no apareció con precisión hasta 1850, cuando Helmholtz midió la velocidad de su propagación en las fibras motoras.

A fines del siglo pasado los acontecimientos que ocurren en el sistema nervioso central eran un misterio absoluto. No había conceptos apropiados para su sistematización y análisis. No había explicación alguna para hechos bien conocidos ya entonces, específicamente para la polarización y limitación de los reflejos y para los fenómenos de inhibición. En un sincicio los impulsos debían extenderse en forma desordenada e imprecisa en todas direcciones. Las explicaciones

que se proponían para los reflejos espinales eran especulaciones esencialmente verbales.

Cajal hizo dos sugerencias para explicar la polarización de las reacciones. Propuso en 1897, simultánea e independientemente con van Gehuchten, que la propagación de impulsos es celulípeta en las dendritas y celulífuga en los cilindro-ejes. Esta sugestión, aun cuando cierta, no tiene trascendencia. Es una consecuencia obligada de la organización anatómica del sistema nervioso. No explica la polarización. Propuso también la noción, que señalé antes, de la discontinuidad interneuronal. Esta sugestión es la base de las teorías modernas de la integración de impulsos por los centros nerviosos.

Tocó a Sherrington (1906) mostrar la fecundidad de la contribución de Cajal. Citemos de su clásico tratado sobre las funciones integradoras del sistema nervioso. "Si en los nexos entre una neurona y otra no existe confluencia de la parte conductiva de una célula con la de la otra, si no hay continuidad entre ellas, debe existir una superficie de separación. Aun cuando no apareciese una membrana visible al microscopio, el hecho de la falta de confluencia implica la existencia de tal superficie. Esta superficie podría limitar la difusión, contener la presión osmótica, restringir el movimiento de iones, acumular cambios eléctricos, llevar una capa eléctrica doble, o manifestar diferencias de potencial con los cambios de tensión superficial o de forma". Ya en 1897 habían sugerido Foster y Sherrington que se designaran las estructuras interneuronales con el término de sinapsis.

El concepto de las sinapsis es el que explica la polarización de la transmisión de impulsos en las cadenas neuronales. Los cilindro-ejes son capaces de propagar impulsos en ambas direcciones, pero las sinapsis actúan a la manera de válvulas, determinando propagaciones unidireccionales en dichas cadenas.

Las sinapsis son también los sitios donde ocurren los fenómenos de integración. Ahí se verifica la excitación de una neurona por otra, ahí se suman los efectos de diversos impulsos cuando convergen a un grupo de células de funciones homogéneas. Ahí, finalmente, se desarrollan los fenómenos de inhibición, merced a los cuales es posible separar y coordinar los efectos de estímulos aferentes no concordantes.

tes y obtener reacciones armonizadas cuando sin ellos habría contradicciones caóticas.

Un solo progreso básico adicional ha ocurrido para la estructuración de las teorías actuales acerca del funcionalismo del sistema nervioso: la apreciación de que los impulsos son fenómenos cuánticos, de gatillo, que obedecen la ley del todo-o-nada. Aun cuando Bowditch desde 1871 había formulado esta ley y mostrado su aplicabilidad al músculo ventricular cardíaco, no fué sino hasta 1912 cuando Adrian, sin pruebas suficientes defendió su aplicabilidad a la fibra nerviosa. La demostración completa de la tesis de Adrian la dió Kato en 1924.

Los datos de Helmholtz y los de Adrian y Kato nos permiten una descripción y estimación apropiadas de las características de los impulsos nerviosos. Los estudios morfológicos de Cajal, y la aplicación fisiológica que de ellos hizo Sherrington nos proporcionan bases firmes para abordar el estudio de las cadenas neuronales. La contribución de Cajal ocupa así una posición central en el esqueleto del desarrollo de la neurofisiología contemporánea.

Si Cajal no nos hubiera enseñado que las neuronas son elementos fisiológicamente discretos, que el tejido nervioso es un conglomerado de unidades organizadas y no una red esponjosa, si no hubiera insistido en que existen sinapsis, nuestra inteligencia de los mecanismos nerviosos sería confusa y contradictoria a pesar de todas las otras adquisiciones logradas. Los impulsos se difundirían sin rima ni razón para manifestar sus efectos al azar. La organización y la integración no serían comprensibles. El nos dió la clave que justifica la armonía y el orden.

No es sorprendente, nuevamente, que un Morfólogo haya hecho un aporte trascendental a la fisiología teórica. No lo es porque Cajal no era Morfólogo estático, descriptor indiferente que se concreta a narrar todo lo que ve, sin orientar sus búsquedas con el hilo de Ariadne de alguna teoría. Cajal fué más que eso, fué un gran biólogo. En toda su obra la descripción estática está guiada por la preocupación dinámica; el contemplador es también un soñador. La teoría de la neurona, que he escogido como tema central de este ensayo, es esencialmente una teoría fisiológica, no anatómica. Por ella sola merece Cajal ser calificado de excelente fisiólogo, además de sus cualidades como anatomista ejemplar.

ASPECTOS FISIOLÓGICOS DE LA DOCTRINA DE LA NEURONA

Por J. PUCHE

CUANDO aceptamos como un esquema válido, para encuadrar los caminos cruciales de la Fisiología, el aforismo de Cl. Bernard "la vie c'est la nutrition", otorgamos a los seres vivos, entre otras propiedades, la característica de manejar de modo peculiar ciertos compuestos químicos, soportes de energía. Desde otro punto de vista, si acatamos la afirmación de Brachet, cuando atribuye a la vida una renovada aptitud para crear formas, la morfogenia y morfología adquirirán valor biológico extraordinario. Así, formas organizadas, recambio material, adaptaciones, correlaciones y actividades orgánicas, constituyen fenómenos tan íntimamente vinculados entre sí, que la investigación sistemática de aquéllos tenderá, en cada caso, a rebasar los límites de tan dilatadas provincias del conocimiento biológico. De esta suerte, cuando nos llamamos anatómicos, fisiólogos, bioquímicos o psicólogos, no hacemos otra cosa que clasificar actividades dentro de una empresa común, la investigación biológica. Pero esta clasificación es innecesaria cuando se trata de calificar el trabajo o la competencia de ciertas mentalidades superiores aplicadas a esclarecer los problemas de la vida.

Es cierto que el conocimiento biológico, en sus aspectos analíticos, requiere verdaderas legiones de hombres entusiasmados e inteligentes dedicados a la investigación de los múltiples y complejos problemas implicados en aquél, especialmente desde que la Física y la Química suministran el portentoso equipo instrumental de que hoy nos valemos. Sin embargo, personal y equipo, no bastan para que la labor sea fecunda, es indispensable además el impulso creador, la inspiración, la mente integradora.

Cajal llega a formular su teoría de la neurona —que es la que hoy rige para explicar la constitución y las funciones de los centros nerviosos siguiendo varias etapas laboriosas. Primero, hace un grande acopio de observaciones, muchas de ellas verdaderos descubrimientos, merced a métodos y técnicas que elige y perfecciona. Establece después las analogías

y divergencias entre sus descubrimientos y las teorías en boga y finalmente una vez comprobadas la limitación o la falsedad de éstas, agrupa sus trabajos con sus ideas dotándolos de luz integradora.

¿Cuándo se impone en el mundo científico la teoría de la neurona?

¿Acaso fué en 1888 a raíz de su descubrimiento de las arborizaciones trepadoras en la capa molecular del cerebelo, confirmado rápidamente por Kolliker y por Retzius? ¿Se produciría a consecuencia de sus conferencias en Londres (1894), Croonian Lectures que tanta admiración suscitara en aquel medio científico? ¿O con motivo del otorgamiento del Premio Nobel?

A mi entender, no fué en ninguna de aquellas fechas memorables, sino bastante después, cuando la semilla fructificó en un medio fecundo y la experimentación fisiológica, encabezada por Sherrington, confirmó una y mil veces la validez de la doctrina. No faltaron a Cajal contradictores de fuste y entre los más destacados el propio Golgi, pero creo que el lector me habrá de agradecer que sustituya mi relato con las mismas palabras de Cajal.

"Nada tan interesante como la historia de las vicisitudes por las que ha atravesado la doctrina de la neurona. Hagamos un resumen crítico de la cuestión.

Teoría de la red protoplásmico-nerviosa de Gerlach: Gerlach, en sus famosas teorías de las redes y del origen doble de los nervios, admitía que las fibras de unos —de los motores principalmente— son la continuación directa de la prolongación axónica o cilindro-eje de la célula nerviosa, y que las fibras de otros —de los sensitivos sobre todo— están formadas por la convergencia y la reunión de las fibras anastomáticas de las prolongaciones protoplásmicas en la substancia gris; consideraba, en último análisis, que cierto número de fibras cilindro-axiles se anastomosan, al terminarse, con las prolongaciones protoplásmicas. Para Gerlach, por tanto, las arborizaciones axónicas centrales no se terminan libremente, sino que se continúan con las prolongaciones protoplásmicas.

Esta fué la primera concepción y la que se sostuvo más tenazmente.

Teoría de la red axónica: Una concepción menos antigua, pero no menos errónea, fué emitida por Golgi. Aunque educado en

los principios de la red de Gerlach y dominado su espíritu por ella, no podría rechazar los hechos que su propio método le revelaba, hechos que estaban en contra de sus creencias. Golgi no pudo romper de un golpe con la tradición; estableció inconscientemente un compromiso muy inseguro entre ésta y las imágenes por él vistas, y, a su vez, atribuyó anastomosis no a las expansiones protoplásmicas—que terminarían libremente y servirán para asegurar la nutrición de la célula—sino a las prolongaciones axónicas. Esta es la única diferencia que existe entre ambas teorías.

Para Golgi, por consecuencia, las arborizaciones axónicas no se terminarían libremente, sino que se continuarían entre sí. Todo lo que podía deducirse de esta concepción de Golgi está calcado sobre la teoría de Gerlach, de la que antes hemos hablado. Para Golgi existe también en la sustancia gris—y esta es una ley general de la estructura del sistema nervioso central—una red puramente axónica. Los nervios tendrían también un origen doble: uno directo, celular, propio de los nervios motores; el otro indirecto, reticular, por así decir, particular de los nervios sensitivos, debido a la convergencia y a la reunión de los filamentos de la red nerviosa formada por las anastomosis, y a la coalescencia substancial de las arborizaciones axónicas de las células de axón corto con las de las ramas colaterales y con las de las terminaciones de los axones de largo trayecto.

Esta nueva teoría de las redes nerviosas puras de Golgi, que reemplazó a la de la red protoplásmico-axónica de Gerlach, encontró en Italia, entre los discípulos del Maestro entusiastas partidarios pero en el extranjero la acogida no fué tan calurosa, e incluso despertó oposición. Esta oposición surgió en primer lugar de His y de Forel. Desde 1886, His, para combatir la teoría de Golgi, se basó sobre el hecho de que en las fases primitivas del desarrollo de la célula nerviosa, ésta, tanto por su superficie absolutamente lisa, como por la prolongación única, la expansión funcional que emite, no contrae ninguna relación de continuidad con los corpúsculos vecinos o alejados. En todas partes, decía His, la célula nerviosa es libre, independiente.

"La embriología, añadía His en un trabajo aparecido más tarde, demuestra que las fibras nerviosas no son otra cosa que la continuación de las expansiones de los neuroblastos o células nerviosas primitivas. Cada fibra debe, por consecuencia, durante un largo período de su evolución, continuar creciendo por extremi-

dades libres, y no hay razón alguna para que más tarde cambie este modo de crecimiento. . .”

Poco tiempo después de His, y sin inspirarse en sus ideas, Forel comenzó a combatir, siguiendo otros caminos, la teoría de Golgi.

A pesar de sus esfuerzos, Forel no había logrado nunca ver en la substancia gris la menor red intersticial, es decir, la menor anastomosis de las arborizaciones axónicas.

La duda se iniciaba en los espíritus, pero no se había logrado la prueba, y como, según decía con razón Lenhossek, las ideas de His y de Forel no se apoyaban sobre observaciones histológicas realizadas en el adulto, en el individuo ya desarrollado, los partidarios de la teoría reticular podían seguir manteniendo tan firmemente como antes su primera convicción.

Doctrina de la neurona: Para derribar esta teoría era necesario demostrar directamente, en el individuo adulto, la terminación libre de las arborizaciones nerviosas, en condiciones tales que no pudiera objetarse ni su aspecto embrionario ni la falta de coloración a su nivel. Somos nosotros los que por primera vez, en el año 1888, hemos logrado esta demostración perentoria, irrefutable —creemos— al principio en el cerebelo, y luego, sucesivamente, en la médula espinal, el cerebro, la retina y el gran simpático. Mostramos, en efecto, que en todos estos órganos existe alrededor del cuerpo de ciertas células nerviosas, por consecuencia, alrededor de una región de la célula donde las anastomosis no eran admitidas ni admisibles, arborizaciones terminales absolutamente libres pertenecientes a cilindro-ejes venidos de otros corpúsculos nerviosos.

Esta vez no eran hipótesis, ni conjeturas, ni inducciones, sino hechos ciertos, apreciables por todo el que quisiera contemplarlos.

La nueva doctrina de la terminación libre del cilindro-eje, a la cual, después de tres años de continuos estudios, llegamos sin haber sido guiados, en modo alguno, por los conceptos de His y de Forel, se imponía ahora, no como las teorías precedentes, por la ingeniosidad de su invención, sino por la certeza de su realidad. Y sin embargo, al principio, hechos y doctrinas, a pesar de haber encontrado el terreno preparado por His y Forel, hallaron una acogida muy fría y reservada. Su exactitud, sin embargo, acabó por vencer todas las prudencias. Bien pronto obtuvo la sanción de A. Von Kolliker, el célebre histólogo de Wurzburg y luego His, Edinger, Forel, Van Gehuchten, Waldeyer, Falcone, Lugaro

y tantos otros aportaron el precioso apoyo de su adhesión. La nueva doctrina triunfaba, y no solamente en los vertebrados sino también en los invertebrados, pues Retzius, el eminente histólogo sueco demostró con una serie de bellos trabajos ejecutados con el método de Ehrlich, que la llamada "sustancia punteada, el neuropilema" de los ganglios nerviosos de los crustáceos, de los moluscos, los gusanos, no es como se creía desde los trabajos de Bela Haller, una red anastomótica, sino un simple plexo, una trama constituida por el entrelazamiento complicado de las arborizaciones; y estas prolongaciones, a pesar de su estrecha contigüidad, son, también en este caso, libres, completamente libres. Una demostración análoga fué también lograda en los gusanos por Lenhossék, en los crustáceos por Biedermann, Allen, Havet, y en los insectos por Kenyon.

Por tanto, en este momento se admite no sólo la libre terminación de las expansiones protoplásmicas, como pensaba Golgi, sino también la libre terminación de las prolongaciones axónicas como afirmamos nosotros, esta vez en contra de Golgi. Hemos dicho "se admite", y esto no es rigurosamente exacto. Como era de esperar quedan todavía algunos estudiosos aferrados a la antigua teoría de las redes anastomóticas. Entre ellos encontraremos, no hay ni que decirlo, a Golgi y a algunos de sus discípulos, que continúan creyendo en la existencia de su red nerviosa. Pero mientras el Maestro, en sus publicaciones recientes, habla de esta red en términos mesurados, que permiten creer, por su expresión de red difusa, que en su esencia ya no se trata de una verdadera red de mallas cerradas, soldadas, sino de un plexo nervioso difuso, sus discípulos, más papistas que el papa—si se nos permite usar esta expresión—mantienen con firmeza todas sus convicciones primeras.

Pero en Italia mismo, esta teoría de Golgi pierde de día en día terreno, cede su lugar, si juzgamos por los trabajos de experimentación o de pura síntesis científica de Lachi, Tanzi, Lugaro, Falcone y otros autores, a la doctrina de la independencia de las expansiones nerviosas con todas sus consecuencias".

La teoría de la neurona conquista rápidamente, tras un breve período de discusión apasionada, el asenso general. La unidad anatómica de la célula nerviosa; sus variedades; sus formas de agruparse; las leyes de su disposición estructural; los postulados generales de su funcionamiento; la función

trófica del cuerpo celular, la polarización dinámica, etc., constituyen más bien que una teoría, un cuerpo de doctrina.

Las objeciones hechas a la teoría de la neurona fueron contestadas una a una por el mismo Cajal y mientras sus contradictores esgrimieron argumentos histológicos, salieron siempre mal librados. Así, refiriéndose a Dogiel, cuando afirma haber hallado en la retina dos tipos de redes que se anastomosan, dice:

"Entre los disidentes, ¿quién hubiera pensado encontrar también a Dogiel? Sin embargo, es así; y fuera de Italia, Dogiel se ha constituido en el defensor más declarado de los viejos errores. ¿Sus argumentos? Sus argumentos se basan en que en ciertas capas de la retina dice haber observado, sirviéndose del azul de metileno, dos tipos de redes: uno formado por las anastomosis entre las prolongaciones protoplásmicas de un grupo más o menos considerable de células nerviosas; otro constituido por la coalescencia de ramificaciones axónicas terminales de este mismo grupo. Como puede apreciarse ya no se trata de la teoría de Golgi, sino de la resurrección de la de Gerlach. Pero aunque Dogiel ha tenido a bien limitar sus anastomosis a ciertos grupos de células, en lugar de englobarlas a todas como sus predecesores, ha querido dividir el tejido nervioso en distritos, en colonias celulares independientes unas de otras, pero formando cada distrito, por sus anastomosis, un todo solidario, no es menos cierto que ha admitido claramente, contra la evidencia de los hechos, la existencia de anastomosis.

Ya que todas las demostraciones efectuadas por nosotros y por otros autores no han sido suficientes para Dogiel ¿qué podría hacerse para convencerle de su error, sino llevarle a su propio terreno y demostrarle que allí, en la retina, tampoco existen indicios de redes? Esto es lo que hemos hecho. A pesar de la seguridad que teníamos de esta ausencia, basada en nuestros anteriores y profundos trabajos sobre la retina, hemos vuelto a insistir sobre este estudio, dirigiéndonos a este problema especial, y sirviéndonos del mismo método de Dogiel, es decir, del azul de metileno. El resultado ha sido absolutamente conforme a nuestras previsiones. En la retina, como en otras partes, no existe el menor vestigio de anastomosis.

Por otra parte, si hubiera necesidad de otras confirmaciones, añadiríamos que los nuevos métodos de coloración de las neuro-

fibrillas han proporcionado en nuestras manos y en las de Guido Sala un resultado idéntico.

Dogiel ha cometido, por tanto, un error de observación o de interpretación; se ha dejado impresionar por imágenes engañosas, y ha tomado como ejemplo de continuidad material lo que sólo eran fenómenos de yuxtaposición muy íntima de prolongaciones protoplásmicas emitidas por células poco alejadas".

A Apathy le contesta de esta suerte:

"Con la ayuda de un procedimiento especial de impregnación por el cloruro de oro, Apathy dice ver que las neurofibrillas que surcan los cuerpos de las células nerviosas en los ganglios vertebrales de la sanguijuela (Hirudo), de la lombriz de tierra (*Lumbricus*), etc., penetran en la substancia punteada de Leydig y se anastomosan en una red muy delicada. Las ramas protoplásmicas de las neuronas se relacionarían así directamente con las arborizaciones terminales de los nervios sensitivos. He aquí, pues, discutidas las terminaciones libres que habían sido observadas por Retzius y Lenhossék. Pero todavía más: las células nerviosas próximas, por ejemplo, en la retina de la sanguijuela, intercambiarían, según Apathy, las neurofibrillas de su red interior.

Apenas publicadas estas observaciones intentamos comprobar su exactitud. Empleamos, al principio, la propia técnica de Apathy, tan difícil que pocos histólogos han logrado ejecutar, y luego dos métodos neurofibrillares imaginados por nosotros, uno el del nitrato de plata reducido y otro con cloruro de oro. Todas estas técnicas nos han mostrado la sustancia punteada ocupada por un plexo extraordinariamente apretado de neurofibrillas, y éstas encerradas dentro de ramas protoplásmicas o axónicas libres. Todo lo contrario de lo que Apathy había afirmado. Cierto es que muchas veces, y a pesar de la intensidad de las impregnaciones, nos ha sido imposible apreciar la terminación de las neurofibrillas, sino más bien de su extraordinaria finura y de la dificultad de impregnarlas con nitidez suficiente. Tampoco es una prueba, como lo insinúa Levis, entre otros, ni una razón para afirmar que tanto nuestro método del nitrato de plata, como la técnica de Golgi y de Ehrlich, son incapaces de poner en evidencia la totalidad de la trama fibrilar nerviosa. Nada más inexacto que esta afirmación que tendería a reducir a la nada todas las pruebas opuestas a los partidarios de las anastomosis y la teoría de Apathy en particular. Basta, en efecto, comparar las preparaciones de

sanguijuela obtenidas por nuestro procedimiento con las figuras dibujadas por Apathy para estar seguro de que nuestras técnicas impregnan un número por lo menos igual de neurofibrillas finas.

Nageotte, por su parte, intentó comprobar las afirmaciones de Apathy en lo que se refiere a las comunicaciones intercelulares en la retina. Utilizando a la vez nuestro método de la plata reducida y la disociación por los agentes químicos, observó que no existe el menor indicio de puentes intercelulares, y que Apathy debió ser inducido al error por el amontonamiento de las células y por la proximidad de sus redes intracelulares.

Otros histólogos, como Azoulay, no han podido, a pesar de todos sus esfuerzos y utilizando nuestro método de impregnación, convencerse de la continuidad de las neurofibrillas, ni en la sustancia punteada de la sanguijuela, ni en los plexos nerviosos del tubo digestivo, ni en la retina.

Así, en los invertebrados, terreno elegido por Apathy, la continuidad de las neuronas por las neurofibrillas o teoría reticular, forma rejuvenecida de las anastomosis masivas de los antiguos autores, no tiene la menor realidad".

A Bethe, contéstale como sigue:

"Como quiera que sea, esta teoría encontró una acogida favorable entre varios histólogos, en particular por parte de S. Meyer. De todos modos, ha sido Nissl quien se ha mostrado su defensor más caluroso y más enérgico en un escrito, que más que científico, tiene el carácter de un panfleto, donde acumula contra la doctrina de las neuronas y los partidarios de los métodos plasmáticos de Golgi y de Ehrlich, los juicios más superficiales y más injustos.

Por fortuna, nuestra época no es la de las ociosas discusiones escolásticas. Una simple observación bien hecha basta para derribar el artificioso andamiaje de las teorías trascendentales y vanas. Todos pueden comparar las preparaciones obtenidas por el método de Bethe con las que proporcionan las otras técnicas de coloración electiva de las neurofibrillas. Y todos pueden, gracias a una comparación imparcial, reducir, como nosotros, a la nada y para siempre la hipótesis de Bethe. Todos, volvemos a repetir, pueden comprobarlo".

A Held, replícale:

"Held es, nadie puede negarlo, un excelente observador; pero como lo hemos demostrado varias veces, ha cometido con frecuen-

cia errores a causa de su tendencia a considerar los aspectos raros o accidentales como hechos reales y constantes. Este defecto, unido a la importancia exagerada que atribuye al hecho visible, le han llevado a construir la errónea teoría de la incrustación. Ha considerado, en efecto, como anastomosis todas las yuxtaposiciones muy íntimas y difícilmente resolubles con el microscopio, olvidando que en la inmensa mayoría de los casos, los nidos celulares se presentan bajo la forma más evidente de plexo. Por otra parte, ha considerado como fenómeno de penetración de los ramúsculos nerviosos en el protoplasma del cuerpo de las células, lo que sólo son hundimientos o arrugas accidentales de este protoplasma, y su error ha llegado, algunas veces, hasta tomar por fibras nerviosas los simples bastoncitos cristaloides incluidos dentro de la célula. Por otra parte, Held parece que ya no habla ahora de su teoría de la incrustación. Después del empleo de nuestro método de coloración de las neurofibrillas por la plata reducida, adopta una nueva teoría de las anastomosis, pues admite que los pies, es decir, las extremidades terminales de las fibras nerviosas de los nidos pericelulares, dan nacimiento a delgados filamentos que se continúan con las neurofibrillas del cuerpo de la célula envuelta.

En resumen, en la actualidad no existe hecho alguno bien observado de orden morfológico, fisiológico o histológico del cual pueda hacerse un arma contra la teoría de la neurona".

Los argumentos que Cajal considera favorables a la teoría de la neurona los resume por el orden siguiente:

"1. En el período embrionario, los corpúsculos nerviosos, como se deduce de las investigaciones de His y de nuestros trabajos antiguos y recientes, de los de Lenhossék, de Retzius, de Harrison, etc., sobre los vertebrados superiores e inferiores, sea por los métodos de Golgi y de Ehrlich, sea por los métodos neurofibrillares, poseen apéndices protoplásmicos cortos que se terminan por una extremidad libre. El axón de estos corpúsculos en una fase todavía menos avanzada que la de neuroblasto, se termina por un extremo cónico completamente libre erizado de cortas espinas, especie de arborización terminal en mamelón, que constituye nuestro cono de crecimiento.

2. En la médula embrionaria y adulta, en el cerebelo, el cerebro, en fin, en todas las regiones del sistema nervioso, puede apreciarse, tanto por el método de Golgi, como por el de Cox, la

libre terminación de las arborizaciones axónicas y dendríticas. Y la prueba de que estas terminaciones son libres y que en aquellos puntos donde la impregnación se detiene, no están en continuidad con fibrillas incoloreables y no coloreadas, dispuestas en red, como suponen gratuitamente Bethe, Apathy y Nissl, es que los apéndices celulares, cualquiera que sea la especie animal de que se trate, se terminan, para cada categoría celular, constantemente en los mismos puntos y de la misma manera.

3. El método de Ehrlich del azul de metileno, aplicado por nosotros al estudio del cerebro, del cerebelo y de la médula espinal empleado por Retzius en la médula espinal de los peces y por S. Meyer en las células del cerebro y del bulbo de los mamíferos, da, acerca de las arborizaciones protoplásmicas y axónicas, datos absolutamente idénticos a los proporcionados por el método de Golgi. En todas partes y siempre, estas arborizaciones son libres.

En la misma retina, último refugio de los partidarios de las anastomosis, el método de Ehrlich permite ver, así han declarado Bouin y Renault, que la mayor parte de las expansiones dendríticas terminan por divisiones libres. En cuanto a la apariencia de anastomosis, por lo demás relativamente raras, que han sido observadas, pueden explicarse, o por alteraciones post-mortem; degeneración varicosa, coalescencia de acumulaciones cianofilias pertenecientes a las fibras vecinas, o por errores de examen y de interpretación.

4. La doctrina de la neurona está de acuerdo con los hechos bien demostrados de las degeneraciones secundarias en los centros nerviosos. Sin una completa independencia de los conductores nerviosos sería, en efecto, imposible de comprender la localización perfecta de la degeneración consecutiva a la ablación de células o a la sección de fibras. Es más: aunque la fisiología admitiese la teoría de las redes, la patología tendría que desecharla. El patólogo se vería obligado a descomponer los centros nerviosos en tantas unidades tróficas y dinámicas como territorios celulares a los cuales se limita la degeneración a la atrofia causada, sea por sección, sea por el arrancamiento de los tubos nerviosos.

5. Las técnicas neurofibrilares, sobre todo la nuestra y la de Bielschowsky, presentan las terminaciones nerviosas, tanto en los centros como en la periferia, con el mismo aspecto que ofrecen en las preparaciones obtenidas por los métodos de Golgi y de Ehrlich.

6. En los invertebrados, el azul de metileno (método de Ehrlich) y el cromato de plata (método de Golgi) han demostrado a Retzius, Lenhossék, Allen, Samassa, Havet, etc., que las ramificaciones nerviosas terminales son, también en este caso, completamente libres.

7. En fin, nuestra concepción de la dinámica de las células nerviosas no se alteraría profundamente aun cuando se llegase a demostrar en ciertos casos la existencia de puentes interprotoplásmicos o interaxónicos. Desde el punto de vista morfológico, nuestro primer argumento así lo exige, tales puentes sólo podrían ser considerados como fusiones secundarias sobrevenidas en la edad adulta o en períodos tardíos de la evolución ontogénica. Desde el punto de vista fisiológico las expansiones protoplásmicas continuarían siendo lo que son; pues fusionadas o no, su papel sería siempre, como pronto lo demostraremos, recoger las corrientes que les son transmitidas por las arborizaciones axónicas que se ponen en contacto con ellas. Aunque a consecuencia de estas fusiones postevolutivas el influjo nervioso pueda sufrir escapes, ello no impide que se mantenga siempre el sentido de las corrientes que convergen en el cuerpo celular. Con la existencia de estas más que problemáticas anastomosis, el plan dinámico de las neuronas no experimentaría, por tanto modificación esencial alguna".

En 1942, Bodian hace una revisión muy completa de la bibliografía clásica y de las publicaciones más recientes sobre la validez de las teorías de la neurona y de la sinapsis. En todos los capítulos de este trabajo las ideas de Cajal ocupan el lugar preferente y orientador. El estudio sobre la morfología de las conexiones interneurónicas —sinaptolema— realizado por Young, mantienen abierta la vieja discusión que sostienen los histólogos sobre la existencia de un substrato interneurónico muy semejante, según afirma Bodian, a las que pueden observarse en las terminaciones neuromusculares descritas por Couteaux y Nachmansohn. Las concentraciones de mitocondrias en las zonas sinápticas pudieran estar vinculadas a la elaboración o secreción local de acetilcolina o de colinesterasa.

También son completamente favorables a la doctrina de la neurona los estudios realizados sobre la "regulación" y regeneración de las terminaciones nerviosas en la sinapsis por Lawrentjew, De Castro y Gibson, enteramente de acuerdo con lo previsto por Cajal.

Las relaciones especiales entre las neuronas señalan el punto de unión entre lo que es dable esperar de las técnicas histológicas y lo que debe sustentar la experimentación fisiológica. En el primer aspecto, los últimos trabajos de Cajal son los más completos que hoy se conocen.

En lo que a la descripción de las distintas sinapsis se refiere, desde el punto de vista de su fisiología, Eccles, Bronk y Lorente de Nó realizaron últimamente muy valiosas aportaciones.

Cajal, desde sus primeras publicaciones muestra una intensa preocupación por el aspecto funcional de su teoría, y así vemos que en el subtítulo de su obra "*Textura del sistema nervioso del Hombre y de los Vertebrados*", dice: *Estudios sobre el plan estructural y composición histológica de los centros nerviosos, adicionados de consideraciones fisiológicas fundadas en los nuevos descubrimientos*". Leemos en el prólogo del mismo libro:

"abundan pues, en el texto, teorías, hipótesis o meras conjeturas destinadas a interpretar desde el punto de vista de la utilidad funcional, las disposiciones estructurales de las células y focos nerviosos". Y más adelante, "la razón de la forma está por entero en la función actual o pasada" y, en seguida, "en lo futuro, cuando la ciencia haya alcanzado la plenitud que sus medios de acción, y la Química y la Física sean dos aspectos de la mecánica molecular, el anatómico sólo dará por suficientemente esclarecida la significación de un hecho cuando pueda satisfacer estas preguntas: ¿dicha disposición, qué oficio útil desempeña en el organismo? ¿cuál es el mecanismo de esta función? ¿en virtud de qué procesos químico-mecánicos ha llegado a ser lo que es a través de las series históricas ontogénica y filogénica?"

En estas transcripciones se expresa con suficiente claridad hasta qué punto el Maestro estaba convencido de que la continuación de su obra debiera ser llevada por los cauces de la Fisiología.

CAJAL, CIUDADANO

Por *Julio BEJARANO*

EN este Ateneo, que celebra en estos momentos una sesión conmemorativa del centenario del nacimiento del sabio histólogo, se alza mi voz sin más título ni más justificación que la de pertenecer a un médico que guarda, como todos, el recuerdo íntimo y cordial del maestro desaparecido.

Fuí discípulo suyo, como tantas generaciones de médicos lo han sido, en la vieja Facultad de S. Carlos de Madrid; conocí la magnitud de su obra científica, después de terminada mi carrera; me acerqué a él en contadas ocasiones dominado por una veneración temerosa que acaso ninguna otra persona haya podido inspirarme, y por último acompañé sus restos en una tarde inolvidable y triste en que a la pesadumbre por la pérdida de su recia y gigantesca figura, se unía mi preocupación por los sangrientos sucesos que por entonces ocurrían en España y que representaban el trágico y seguro anuncio de acontecimiento más trascendente.

Tal vez mi falta de contacto habitual con el Maestro, me permita enfocar con mayor objetividad el aspecto de su vida como ciudadano, tan ejemplar, anticipémonos a decirlo, como su vida científica.

Además es bien sabido que, aparte su obra de investigador que tiene, como es lógico, un carácter universal, el perfil humano del Maestro ha quedado trazado literariamente por él mismo con análogas soltura, precisión y firmeza que las que caracterizaban sus admirables dibujos científicos.

La obra literaria de Cajal, bastante frondosa, no ha encontrado entre los literatos la misma acogida reverente y finalmente unánime que encontró su obra científica entre los estudiosos de todo el mundo.

Y sin embargo, debe reconocerse que a todo lector que no padezca una deformación profesional creadora de prejuicios, habrá de impresionarle el vigor rotundo, el acierto expresivo, la sobriedad, netamente castellana, y el regusto clásico de la prosa literaria de Cajal. Aun en ciertas narraciones

cuya trama demuestra la sana ingenuidad del autor, persisten siempre la reciedumbre y la claridad expositivas.

A través de esta obra literaria, en gran parte autobiográfica, es como iremos recordando, en breves minutos, los rasgos más salientes que demuestran la excelsa calidad humana del investigador.

El acendrado patriotismo de Cajal se revela siempre a lo largo de su obra y es compatible con la universalidad de sus descubrimientos científicos, según él mismo lo afirmó en las siguientes frases: "se ha dicho que la Ciencia no tiene patria, y esto es absolutamente exacto; mas como contestaba Pasteur en ocasión solemne, los sabios sí que la tienen. El conquistador de la Naturaleza no solamente pertenece a la Humanidad, sino a una raza que se envanece con sus talentos, a una nación que se honra con sus triunfos y a una región que le considera como el fruto selecto de su terruño".

Difícilmente podría expresarse mejor este concepto amplio, comprensivo y humano del legítimo patriotismo.

El espíritu ciudadano de Cajal se despertó muy pronto. El año 1860, España ardía en júbilo por las victorias de su ejército en África, victorias que culminaron con la toma de Tetuán. El entusiasmo popular, invadiendo hasta el último rincón de la península, llegó a Valpalmas, pequeño pueblo de la provincia de Zaragoza donde por entonces residía el que había de dar más tarde a su nación y al mundo, motivos de orgullo más legítimos e imperecederos que los despertados por aquellos triunfos militares.

Contaba Cajal a la sazón solamente 8 años de edad, pero tal impresión causaron en su ánimo aquellos acontecimientos, que ha podido describirlos, ya en plena madurez, con todo género de detalles. Y al evocar el recuerdo, evoca algo más importante, y es que su alegría infantil no estaba solamente integrada por el sentimiento egoísta de la participación activa en los desfiles y comilonas populares, sino por algo más grave y más denso: por un sentimiento de ciudadanía, incipiente y oscuro, como es lógico, pero extraordinario a esa edad.

La infancia de Cajal se desarrolló en un ambiente familiar de cariño, es cierto, pero también de severidad, de excesiva severidad. El padre del que había de ser insigne histólogo, don Justo Ramón Casasús, era un modesto médico rural que

profesaba respecto a métodos educativos y pedagógicos unas ideas excesivamente rígidas y simplistas que entraban en colisión muy frecuente con el espíritu inquieto, arbitrario y rebelde de su hijo Santiago.

Cierto es que los años infantiles de Cajal fueron marcadamente turbulentos y esta circunstancia explicaba, si no justificaba, el rigor de algunas de las decisiones paternas. Cajal, niño, era la antítesis del niño bueno, tipo antipático que revela siempre una constitución enfermiza o un apagamiento intelectual.

Sus travesuras trasponían muchas veces los límites modestos del hogar y constituían el comentario y aun la alarma de aquellos pacíficos vecinos de los pueblos del Alto Aragón, Ayerbe, Jaca, Huesca, que fueron escenario de tales proezas infantiles, relatadas más tarde por el propio protagonista con un gracejo y una amenidad insuperables.

Siendo ya adolescente, un nuevo hecho viene a sacudir su espíritu ciudadano, ya despierto: la revolución de Septiembre. En 1868, Cajal se encontraba con sus padres en Ayerbe y había desempeñado, como pago a sus travesuras, los importantes cargos de ayudante en una barbería y de aprendiz de zapatero, tarea esta última en la que su habilidad le iba haciendo destacarse.

La conmoción revolucionaria repercutió hondamente en Ayerbe, pueblo de tradición liberal inextinguida.

Constituída la Junta Revolucionaria, la Guardia Civil "contra la costumbre" según afirma el propio Cajal, permaneció acuartelada y la Guardia Rural huyó dejando en su cuartel buena cantidad de pertrechos bélicos. Esta Guardia Rural era odiada por el pueblo y constituía el terror de los campesinos.

Para demostrar hasta qué punto estaba infiltrado en el pueblo este odio, refiere Cajal una graciosa anécdota que no resisto a la tentación de transcribir:

"A uno de los más exaltados patriotas, ronco a fuerza de gritar: ¡Abajo los Borbones! le preguntaron: Pero ¿sabes tú quiénes son los borbones? Y el interrogado contestó con aire de profunda convicción: ¡Otra que diez! Pues ¿quiénes han de ser sino los rurales?"

Dejemos al propio Cajal que nos explique la causa de este odio. Transcribo literalmente:

"Por la cosa más insignificante, los citados guardias molestaban y vejaban a los pobres aldeanos, a quienes metían en la cárcel o castigaban con fuertes multas sin pararse a distinguir el ladrón formal del infeliz que, aguijado por la miseria, cogía en el monte esparto o arrancaba menguada carga de aliagas y romeros o apacentaba una vaca en los dudosos lindes de una propiedad: pequeños abusos consuetudinarios tolerados recíprocamente por todos, como venerable resto de comunismo patriarcal. Hasta los chicos sentíamos esta inquina hacia los pardos uniformes. En cuanto nos sorprendían haciendo además de escalar una tapia o de trepar a un árbol, aunque fuera en invierno, los rurales nos propinaban monumental paliza o formulaban una denuncia en regla, seguida de la multa correspondiente".

Aquellos muchachos, mozos ya, recorrieron las calles de Ayerbe con improvisados morriones adornados con cintas colgantes en las que se leía un lema eterno: ¡Viva la Libertad!

He aquí, al descubierto, la profunda raíz popular del sentimiento ciudadano de Cajal. Sentimiento que no habrían de torcer a lo largo de su vida, ni la edad, ni los honores tributados a su alta jerarquía científica.

Estos años de su infancia y de su mocedad que transcurrieron fundidos con el pueblo, formando parte del pueblo mismo, en constante lucha con los prejuicios familiares y sociales de la época, que se oponían a su infinita ansia de saber, a su espíritu rebelde y a su afán de justicia, fueron los que forjaron su espíritu inmortal de ciudadano.

Ya en la madurez de su vida, escribió Cajal las siguientes frases de un extraño sentido profético: "Dos cosas excelentes tuvo España: santos y soldados. Los santos han desaparecido definitivamente y los soldados, según marchan las cosas, están a punto de acabarse y de acabarnos".

La visión del sabio casi se ha hecho realidad.

En el ocaso de la vida del Maestro, cuando era de pensar que su fortaleza de espíritu declinase por imperativo somático, se acusa recia como siempre, tal vez más fuerte que nunca, la austeridad y la firmeza de su temperamento ciudadano. Véase, en confirmación, el siguiente episodio incluido en su obra póstuma, escrita el año mismo de su muerte: La Dirección del Instituto de Investigaciones Biológicas encomendada a Cajal fué retribuída por D. Francisco Silvela con el sueldo

de 10,000 pesetas. Por iniciativa del propio sabio secundada, supongo que muy gustosa y eficazmente, por un ladino, tacaño e inteligente político español, el Conde de Romanones, se redujo la cuantía del sueldo a 6,000 pesetas. Cuando transcurrido algún tiempo muchas personas preguntaban a Cajal por qué no solicitaba un lógico y justo aumento de sueldo, su respuesta era siempre la siguiente: "1°—Porque no ansío nadar en la opulencia. 2°—Porque en una edad en que desfallean o declinan mis fuerzas, paréceme abusivo y hasta inmoral, aumentar mis emolumentos. Y 3°—Porque, aun sin querer, columbro siempre al través de cada moneda recibida, la faz curtida y sudorosa del campesino, quien, en definitiva, sufraga nuestros lujos académicos y científicos".

Todo comentario sería irreverente frente a esta grandeza de espíritu y esta grandeza de expresión.

Quiero adelantarme a interpretaciones suspicaces que acaso no falten en estos espinosos tiempos que vivimos.

Sería una bellaquería fuera de mi propósito y, afortunadamente, de mi alcance, dar un tinte político determinado a estas consideraciones sobre Cajal, ciudadano.

El recuerdo sagrado de su memoria basta para prohibir semejante intento a toda persona medianamente sensata. Personalidades como la suya están muy por encima de la política al uso, y por ello he tenido buen cuidado de no citar más que hechos referidos por el propio Cajal, utilizando en ocasiones transcripciones textuales e imponiéndome una marcada sobriedad en los comentarios.

Tengo siempre presente lo que otro español ilustre y vivo aún por fortuna, José Ortega y Gasset, dice a propósito de las pugnas universales: "ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral".

Tengo muy presente esta afirmación aunque desde luego no la comparto ni me alcanza la hondura de tal especulación filosófica.

Antes me parece que nuestro ilustre filósofo incurre en el pecado que él achaca a los intelectuales descarriados de 1750 y es "que siendo por su oficio los hombres del decir, del 'logos' han usado de él sin respeto ni precauciones, sin darse

cuenta de que la palabra es un sacramento de muy delicada administración”.

Esto escribía Ortega y Gasset en Holanda, en mayo de 1937, cuando nuestra patria llevaba cerca de un año sumida en la tragedia de una guerra civil.

Yo no sé, ni me importa, cuál hubiera sido la actitud de Cajal frente a la dolorosa escisión española. Fuere la que fuere, nadie sería capaz de cambiar el concepto que tiene del sabio por motivos de bandería política. Pero sí estoy seguro de que su actitud no hubiera sido jamás despectiva ni frívola. Y esto me basta.

Maestro: muchos de tus discípulos te recordamos hoy desde esta tierra libre de México, y te recordamos como ejemplo imperecedero de investigador y de ciudadano.

Muchos de nosotros estamos forzosamente fuera de nuestra España, pero nos consuela en nuestro destierro la hospitalidad de esta tierra generosa y la convicción íntima y secreta de que al surgir de modo inevitable la contienda española, hemos defendido en la medida de nuestras fuerzas los principios de libertad que constituyeron el fundamento de tu vida ciudadana.

CAJAL A LOS OCHENTA AÑOS

Por *Germán SOMOLINOS*

POR culpa de la inmutable ley del tiempo tuve la desgracia de no ser discípulo directo de Cajal en su cátedra. Cajal estaba ya jubilado cuando mi carrera comenzó. Sin embargo la feliz coincidencia de mis gustos y aficiones me llevó a pertenecer al grupo de trabajadores que rendían culto al Maestro en su laboratorio de la Facultad.

Pensé al ponerme a escribir que podía hablar aquí, haciendo un resumen de la vida de don Santiago, de su labor, de su obra y de sus estudios, señalando la gran importancia y trascendencia biológica y médica que han tenido. Pero des-

pués de meditarlo no lo he creído oportuno. Solamente ha existido una persona capaz de hablar sobre Cajal con el conocimiento de causa necesario. Alguien que haya pasado sus triunfos y sinsabores intensamente, conociéndolos a fondo. Y esa persona ya escribió su libro. Era el propio Cajal. Su obra "Recuerdos de mi vida" es tan exacta, tan jugosa y tan íntima que nadie, por muy allegado al Maestro, podrá superarla. Si se escribe basándose en ella saldrá siempre peor que el original; si al coger la pluma se la desconoce no se podrá tener una información verídica de su vida y trabajos. Respecto a su obra, es tan conocida, está tan estudiada por los especialistas y se ha escrito tanto sobre ella por plumas autorizadas que no me considero capacitado para comentarla.

Estas razones son las que me movieron a ocuparme del Cajal que yo conocí. De aquel Cajal que ya no era el de los "Recuerdos de mi vida", libro anterior a mi época. Sino de un Cajal casi desconocido, en la senectud de su vida, lejos ya de los momentos de gloria y triunfo y cuya imagen era de vejez, cansancio y muerte. En estos momentos alcancé a conocerle; tuve la fortuna de tropezarlo en mi vida durante la última década anterior a su tránsito. Poco tiempo en realidad, y en mal momento, pero suficiente sin embargo, para que la imagen luminosa de su espíritu perdure en mí imborrablemente.

Don Santiago era, para todos los que convivíamos en aquel laboratorio de la Facultad, algo que nos impregnaba intensamente. Además de haber sido el fundador, el animador y el maestro, era el ambiente. Todo allí era suyo. Desde don Francisco, su sucesor en la cátedra y discípulo predilecto, tan identificado con el Maestro que su voz y modo de expresarse eran iguales, hasta el último de los rincones del laboratorio; todos eran recuerdos de don Santiago. Sobre mi mesa estuvo siempre un microtomo de parafina tipo Minot que él usara durante muchos años y del que con seguridad salieron preparaciones capaces de transformar muchas ideas universales. Nuestros maestros no perdían ocasión de hablar de él y alguno de sus colaboradores más jóvenes, pero ya también en el declive de la vida, como don Domingo Sánchez, venían a menudo por el laboratorio animándonos a perseverar en la labor del camino emprendido. ¡Qué emoción repasar los primeros protocolos del laboratorio y encontrarlos manuscritos por el

propio don Santiago! ¡Cuántas veces al rebuscar en un viejo armario lleno de frascos o preparaciones han salido con indicaciones autógrafas del Maestro!

Sin embargo todo quedaba pálido con la dicha de ver aparecer al propio Maestro por la puerta del laboratorio. Lo hacía muy de tarde en tarde; la escalera, su vida retraída y el revuelo estudiantil que provocaba su aparición, le cohibían siempre un poco en sus visitas, sin embargo con relativa frecuencia su gran humanidad, bamboleante en el paso inseguro de la vejez, aparecía en la puerta interrogándonos con su voz de trueno pero afable sobre lo que veíamos en el microscopio. Estoy seguro que nunca llegó a conocer a todos los que ahí estábamos, como tampoco nunca esperó a que nadie le contestara su pregunta; seguía andando y comentando hasta salir del cuarto camino del laboratorio de don Francisco. Sin embargo su presencia y sus frases alentadoras eran bastantes para dejarnos impresión duradera y un deseo de trabajar con ahinco e interés.

En una de estas visitas presencié un hecho divertido por lo ingenuo y que retrata el carácter de don Santiago. Se acababa de incorporar a nuestro grupo un médico joven, creo que argentino, de los muchos que continuamente atraídos por la escuela llegaban a visitarla. Al ver entrar a don Santiago le abordó directamente explicándole que había iniciado una serie de trabajos sobre no sé qué detalles de la corteza cerebrosa. Don Santiago de pie en el centro del grupo que se formó con todos nosotros, le dejó hablar, le rectificó algunas opiniones y le aconsejó algunas técnicas. Mas de pronto el recién llegado sin previa preparación exclama: "y por cierto don Santiago, que creo haber descubierto unas células que no están descritas". Don Santiago le miró fijamente, le puso una mano en el hombro y le preguntó: "¿Cuántos cerebelos ha examinado usted?" "Cuatro humanos y uno de perro", fué la respuesta. "Está bien, siga usted mirando; yo he examinado cinco mil y nunca las he visto". Se comprobó poco después que los nuevos elementos eran unos vulgares artefactos de tinción y el osado investigador en ciernes desapareció del grupo como si lo hubiera tragado la tierra.

Con la edad los achaques de Cajal aumentaban y se hacían más frecuentes. Las visitas se fueron espaciando hasta desaparecer totalmente. Sin embargo don Santiago seguía

siendo para nosotros un símbolo y un ejemplo. Acordamos entonces los estudiantes erigirle una estatua en el patio de la Facultad. No pudo asistir por su estado de salud aunque me consta que hizo grandes esfuerzos para acompañarnos. Don Francisco leyó unas cuartillas que don Santiago enviara para el acto en donde con ironía y gracia se excusaba de la falta de asistencia quejándose también del poco parecido con que el escultor le había retratado. Aquel acto, tal vez el último homenaje público que en vida recibiera don Santiago, fué una afirmación rotunda de todos los estudiantes hacia el sabio que supo poner la ciencia española a la misma altura que la del resto del mundo, conquistando para su país todos los honores, la atención mundial y un premio Nobel.

Cuando los achaques de Cajal le impidieron totalmente visitar el laboratorio, yo ya no era el zangolotino estudiante de primeros años y empezaba a tener vida propia dentro del grupo. Entonces la decoración cambió. Don Santiago nos recibía en el Instituto Cajal, aunque tampoco trabajaba ya allí y sólo iba de visita frecuentemente. En este centro y en ese sitio tuve con don Santiago una de las conversaciones que más influyeron en mi destino de entonces. Yo, dentro de la escuela de Cajal era una oveja negra. Tal vez esto ocurriera por ser el más ignorante del grupo, pero era así. Mientras que toda la masa de investigadores jóvenes y viejos, don Francisco, don Pío, Fernando Castro, don Domingo Sánchez, Julián Sáenz Martínez Pérez, Paco Tello, Juan Herrera, Pedro Pérez Rodríguez, etc., seguían la ortodoxia de la escuela estudiando neuronas, neuroglías y conexiones nerviosas, yo me desvié y en lugar de las fibras nerviosas me interesaron más las fibras cardíacas, y en lugar de los núcleos centrales me atrajo el nódulo de Keitt Flack y me lancé sobre el fascículo de His cuando los ortodoxos se ocupaban de fascículos nerviosos. Esta desviación, que ocasionaba críticas, estaba influida por mi afecto hacia el Dr. Calandre y su especialidad cardiológica. Entonces decidí consultar a don Santiago sobre ello. Entré en el Instituto Cajal esperando, si no una reprimenda, sí por lo menos un consejo de retorno al buen camino. Mi asombro fué enorme; el consejo de Cajal era inverso a mi suposición: "Siga en sus trabajos y déjese guiar en ellos por Calandre". Yo sé que Cajal admiraba a Calandre y que le cita en sus textos de histología y en sus memorias. Desde

entonces siempre que he podido investigar lo he hecho en el terreno cardiológico sin embarazos de escuela.

En los últimos años de Cajal la arterioesclerosis avanzaba produciéndole molestias continuas; su vida se retrajo todavía más y casi no salía de la casa. Pasaba largas horas en cama escribiendo. Así fué como terminó aquel su último libro sobre su visión octogenaria del mundo. Una elegía a las facultades perdidas. Una descripción del mundo visto a través de los agotados sentidos de un hombre de acción; la recopilación de lo poco que sabemos sobre el más allá y una colección de recetas para distraer la vejez, forman el texto de esta obra aparecida pocos días antes de su muerte. También se ocupaba por entonces en algunos trabajos científicos como aquel titulado "¿Neuronismo o Reticularismo?" verdadero testamento científico donde reafirma y defiende su teoría cerebral de la neurona en un trabajo monográfico. Fernando Castro recuerda también de aquellos momentos unos ensayos filosóficos sobre la muerte y sus misterios que hoy están inéditos y creo que perdidos.

Estos últimos momentos de Cajal fueron muy serenos. Don Santiago esperaba la muerte con tranquilidad. Con la conciencia segura de su labor. Con excepción de sus más allegados los demás dejamos de verle. En el retiro de su casa escribía infatigable y pretendió dejar una descripción de cómo evolucionaba su enfermedad. Así le sorprendió la muerte. Existe una última cuartilla donde con letra cada vez más insegura hasta convertirse en indescifrable, escribe su sensación subjetiva de la uremia por deshidratación que acabó con su vida.

Quiero ahora para acabar, pues el tiempo apremia, recordar la última experiencia de mi contacto con don Santiago. Creo tenga interés relatarla fielmente por un testigo como yo, pues no he leído ni visto nada donde se describa con la veracidad trágica del suceso. Me refiero a su entierro. Cajal dejó de existir en las primeras horas de la noche del 17 de octubre de 1934; las fuerzas con que describía su agonía, en trazos que la muerte desfiguraba por momentos, se agotaron y cayó en coma rodeado de sus familiares y sus más queridos discípulos. Yo no estaba en Madrid; llegué de una misión pedagógica en Zamora después de una terrible experiencia revolucionaria. España entera estaba bajo los efectos de la re-

vuelta popular conocida como "Revolución de octubre del 34". El gobierno la había reducido a fuerza de sangre. En Sanabria se daba el trágico contraste de que mientras nosotros laborábamos en una obra de paz y reconstrucción, en el viejo castillo la guardia civil encerraba cientos de campesinos torturándolos brutalmente. Al descender del tren esa mañana con el ánimo deprimido por el espectáculo revolucionario, supe la noticia y corrí a la casa. Allí estaba don Santiago, dentro de un negro féretro imponente por su tamaño. Casi no lo miré; siempre he tenido horror a ver muertos queridos, y salí de la habitación reuniéndome con el grupo de colaboradores y amigos que velaban fuera.

El entierro fué a las cuatro. Una tarde plomiza entristecía más aún el ambiente. A la puerta de la casa y en las piezas mortuorias nos reunimos todos los que le seguíamos y admirábamos. Pero he aquí lo extraño; la única que no asistió fué aquella a quien Cajal le había dado todo: su patria. Me refiero naturalmente a la patria oficial. Por las circunstancias del momento se eliminaron los honores oficiales, por el mismo motivo se prohibió el entierro ostentoso. El Presidente de la República se limitó a enviar un delegado y el del gobierno a su vez delegó en el Ministro de Instrucción Pública para hacer llegar el pésame a la familia. Nadie más con representación oficial acudió al momento.

Decidimos el grupo de colaboradores jóvenes que ya que se le negaban los honores de primer ciudadano de España, por el elemento oficial, no podrían evitar que nosotros como último homenaje lo lleváramos en hombros hasta el cementerio donde se había dispuesto su tumba. (El panteón de hombres ilustres ni siquiera fué recordado en aquella ocasión. No olvidemos que este sitio se destina en España, inexplicablemente, a generales y políticos casi siempre vergüenza del país). Pero ni siquiera el humilde homenaje de unos pocos estudiantes fué permitido. No había avanzado la comitiva 200 metros de la calle de Alfonso XII, cuando policías de asalto y guardias civiles interrumpieron el cortejo advirtiendo a la presidencia que estaban prohibidas las aglomeraciones callejeras y que era preciso subirlo al furgón automóvil para su traslado. Así se hizo. Al cementerio llegamos unas cien personas; una fosa ordinaria esperaba al féretro. La caja grande y pesada no cabía en la boca de la sepultura que le

habían preparado. Fué preciso mutilarla a golpes arrancándole ornamentos y molduras para poder introducirla. Tello con los ojos humedecidos contemplaba al frente del pequeño grupo la triste escena y daba órdenes para acortarla. De su mano salió el primer puñado de tierra que cayó a la fosa. Y así, humildemente, en un cementerio popular rodeado de tumbas del mismo pueblo para quien vivió y dió su ciencia, quedó sepultado con las últimas luces de aquel día plomizo, el cadáver de don Santiago, dentro de una pesada caja que contenía el cerebro más luminoso que ha producido España.

Pasó algún tiempo; la normalidad se restableció totalmente, los cursos académicos que se habían suspendido reanudaron sus labores. Entonces brotaron los homenajes. Academias, Sociedades, Universidades, etc., rivalizaban en actos. El gobierno decidió reeditar sus obras completas. Inesperadamente un día fuí llamado al despacho de don Francisco quien me entregó dos libros "Recuerdos de mi vida" y "Reglas y consejos sobre la investigación biológica", según se lee en ellos, de letra del propio don Francisco; me correspondían por disposición expresa de don Santiago quien, próximo a su fin, quiso que todos los que formábamos parte de la escuela que él creara, los recibiéramos en su recuerdo. Así fué como, cuando menos podía suponerlo, resulté heredero de don Santiago.

De estos hechos han pasado ya dieciocho años. Los que entonces formábamos el grupo nos hemos dispersado; don Francisco fué alejado de la cátedra por sus ideas liberales. Don Pío murió en Buenos Aires; algunos jóvenes de entonces son hoy catedráticos como Julián Sáenz y Martínez Pérez; otros muchos vegetamos en el destierro. Sin embargo el espíritu de la escuela se continúa. Habrán cambiado los nombres y las caras, pero la llama inmortal del espíritu de don Santiago luce y lucirá para siempre entre sus seguidores con la luz propia que le sirvió de guía y cuyos resplandores iluminarán eternamente el camino en pos de lo incógnito que sin descanso recorre la humanidad.

Presencia del Pasado

EL MAMUT DE SANTA ISABEL IZTAPAN

Por Pablo MARTÍNEZ DEL RÍO

CORRESPONDE al descubridor y director de los trabajos, el joven arqueólogo Luis Aveleyra Arroyo de Anda, y al paleontólogo doctor don Manuel Maldonado-Koerdell, su activísimo colaborador, rendir el primer informe técnico del hallazgo recientemente efectuado en Santa Isabel Iztapan. Sin embargo, dada la circunstancia que ambos investigadores han ya anunciado oficialmente el descubrimiento tanto en una sesión muy concurrida de la Sociedad Mexicana de Antropología cuanto ante un congreso científico celebrado en Europa, quizá no resulten inoportunos estos apuntes, en los cuales se intentarán reseñar brevemente los principales acontecimientos relacionados con el hallazgo y se procurará también esbozar su verdadero significado dentro del majestuoso panorama, todavía tan borroso, de la prehistoria de nuestras Américas.

El hallazgo de Iztapan no es, como veremos, más que un lejano eco de un episodio, por cierto bastante cruento, que ocurrió hace muchísimos milenios.

¿Los protagonistas? Por una parte, un gran mamut, clasificado por Maldonado Koerdell como *Mammuthus (Archidiskodon) imperator Leidy*: por la otra, un grupo de proto-compatriotas nuestros, desprendidos sin duda del gran tronco lisótrico amarillo-castaño del género humano. ¿El escenario? Las pantanosas orillas del Lago de Texcoco, entonces más alto y extenso que ahora. ¿El momento? Aunque no lo podemos precisar con absoluta exactitud lo que sí podemos asegurar es que debe situarse muchos milenios atrás, en tiempos en que la precipitación pluvial era bastante mayor que hoy y el arbolado, constituido por encinas y coníferas, cubría áreas mucho más amplias que actualmente sin que por ello dejaran de existir grandes praderas abundantemente empastadas.

AHORÁ se impone dedicar unos cuantos párrafos a uno de los protagonistas, el mamut. Taxanómicamente, y conforme a la clasificación de Simpson, el *Archidiskodon* correspondió a la subfamilia *Elephantinae*, familia *Elephantidae*, suborden *Elephantoidea* del orden de los *Proboscidea*. Era en consecuencia, pariente cercano de los otros dos miembros de su subfamilia, o sean los del grupo *Loxodonta*, el elefante africano, y los del grupo *Elephas*, el elefante asiático, únicas especies que han sobrevivido entre las 352 distintas hasta hoy conocidas del orden de los proboscidos, casi tantas como hay días en el año.

Los expertos creen quizá haber descubierto al antepasado común de todo este enjambre en el *Moeritherium*, que floreció en Egipto durante el Eoceno y en el cual apenas pudiesen haber advertido, si acaso, indicios rudimentarios de la trompa y de las defensas. Sería imposible seguir la historia evolutiva de su numerosa y variadísima prole (figs. 1 y 2). Baste decir que algunos de sus descendientes, adelantándose al otro protagonista del drama de Iztapan, el hombre, descubrieron oportunamente la puerta de entrada de las Américas. Se nos dice que en la vanguardia migratoria vino el *Trilophodon*, con sus cuatro grandes defensas, todas de la misma longitud, y con su trompa todavía sólo medianamente pronunciada. Un sucesor suyo, el mastodonte *Cuvieronius* (fig. 2), ya no tenía más que dos defensas prominentes, y tanto ellas cuanto la proboscis resultaban mucho más largas que las del *Trilophodon*: hay expertos que creen que el *Cuvieronius* sobrevivió en la región andina casi hasta los principios de la era cristiana. Los mamutes, como el de Iztapan, con sus molares tan distintos a los de los mastodontes, y con su trompa y defensas todavía más desarrolladas, aunque abundaron en Norteamérica, no parecen haber llegado a la América del Sur.

Huelga decir que todo es gigantesco en los elefantes. Suelen alcanzar un peso de más de seis toneladas y se nos habla de uno que medía más de cuatro metros de altura, computados al hombro. Se conocen defensas de más de tres metros de largo, con una circunferencia de sesenta centímetros en la base; y las cifras correspondientes a los mamutes prehistóricos no discrepaban mucho de las anteriores.

Dignas también de notarse son las articulaciones perpendiculares de dichos animales, imprimiéndole a las piernas marcado aspecto de columnas. Tan es así que algún autor antiguo, sin

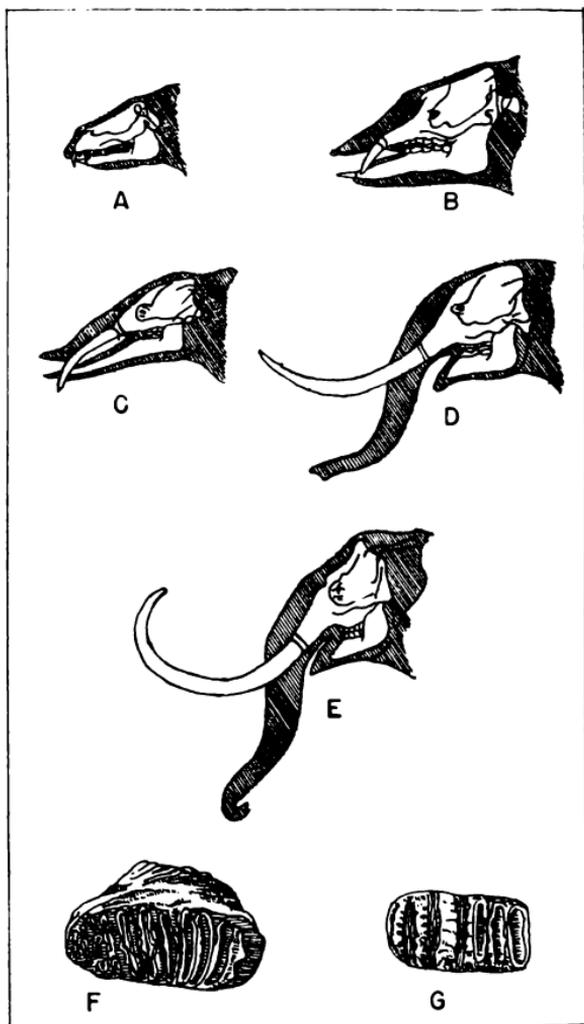


Fig. 1. Evolución de los mamutes: F, *Moeritherium*, Eoceno; *Palaeomastodon*, Oligoceno; C, *Trilophodon*, Mioceno; D, *Cuvieronius* (mastodonte), Pleistoceno; E, *Archidiskodon*, Pleistoceno. F y G, Molares de *Archidiskodon* y de *Cuvieronius*, respectivamente. Conforme a Lull, "Organic Evolution" (Macmillan).

duda un tanto imaginativo, nos asegura con gran solemnidad que los mamutes se hallaban imposibilitados para doblar las rodillas y no podían, por tanto, echarse al suelo. En consecuencia (y conforme al mismo escritor) no tenían más remedio, para dormir, que apoyarse, siempre de pie, contra un árbol, por lo cual el recurso más práctico de que podían valerse los cazadores era salir provistos de un hacha a fin de cortar el árbol y lograr que el animal, privado de su sostén, cayese por tierra, de la cual ya no podría levantarse.

Es curioso constatar que no son pocos los seres humanos que han llegado a ver en el norte de Siberia, todavía provistos de carne y de pelo, mamutes que fallecieron desde mucho tiempo atrás y que, conservados dentro de ese gran refrigerador natural que es el subsuelo perpetuamente congelado de la *taiga*, han permanecido incorruptos hasta hoy. Los habitantes de esas desoladas regiones suelen considerarlos algo así como gigantescas tuzas subterráneas, que mueren al momento que los alcanza la luz solar y se pasan la vida nutriéndose de fango o trasladándose rápidamente de un punto a otro, horadando para ello grandes túneles y produciendo, de paso, esos terremotos que tanto alarman a la humanidad. La palabra "mamut" parece derivar del término siberiano *mamantu*, "el que vive dentro de la tierra".

Entre los diversos problemas que ofrecen los proboscidios a los naturalistas hay dos que merecen mención especial. Uno de ellos es el misterio de su extinción. El otro lo proporcionan las grandes defensas curviformes, tan características de diversas especies pero que carecen, según parece, de toda utilidad. En efecto ¿para que le podían servir al mamut? ¿Para protegerse de sus enemigos? ¿Para cavar la tierra en busca de raíces y otros alimentos? Evidentemente, no se antoja esa configuración como la más apropiada en ninguno de estos casos, sino todo lo contrario. Entonces ¿para qué? A menos de que supongamos que las defensas, con su gran curva, sirviesen para que el paquidermo, abrumado por su gruesa piel y por su tupido pelaje en esos días calurosos que suelen registrarse aún en la *taiga* siberiana, se enganchara con ellas de las ramas de algún árbol corpulento a fin de mecerse suavemente al viento y lograr el ansiado fresco. El único inconveniente que hay en contra de esta hipótesis es que los hombres de ciencia, con esa falta de imaginación de que suelen dar muestra, se han rehusado unánimemente a aceptarla.

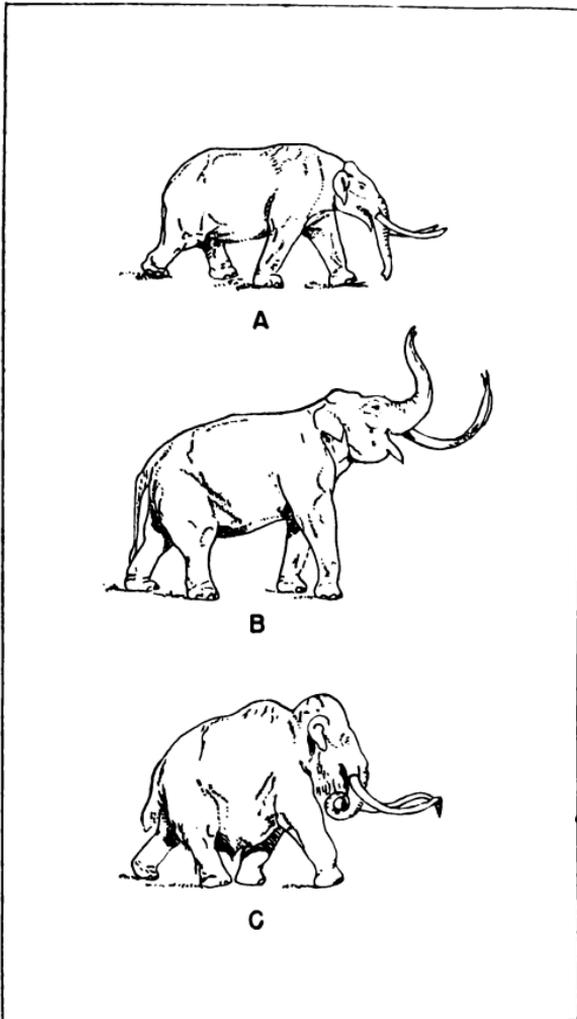


Fig. 2. Proboscidios: A, Mastodonte; B, Mamut imperial; C, Mamut lanudo. Conforme a Scott y Schuchert, "A Text Book of Geology" (Wiley).

Que el hombre ha coexistido con el mamut en el Viejo Mundo desde los tiempos más remotos se comprueba mediante una copiosísima y variadísima documentación arqueológica que, en el Paleolítico superior, consiste de un buen número de petroglifos (fig. 3), e incluye algunas representaciones pictóricas esgrafiadas por el hombre en huesos del propio animal. En las Américas no hay documentación gráfica de ese género, pues las llamadas "pipas" y "montículos de elefante" de los Estados Unidos no representan en realidad a nuestros paquidermos, sino a un plantigrado, el oso. De las "trompas de elefante" utilizadas como elementos decorativos en la zona maya y tan frecuentemente citadas en escritos a los cuales ya no se les concede validez científica, no hay ni qué hablar: se trata, como se ha comprobado hasta la saciedad, de estilizaciones del pico del *Ara militaris*, o guacamayo. Pero el Nuevo Mundo no carecía, por ello, de comprobación absolutamente fidedigna de otro género: en ciertas localidades estadounidenses se han hallado artefactos humanos y huesos de mamut incluídos dentro de las mismas formaciones geológicas y aun en contacto directo, y ello también quizá ya había ocurrido en México, como veremos en un momento. El hallazgo de Santa Isabel Iztapan, por tanto, no puede reputarse único en su género. Pero aún así, como también veremos, ha intervenido en el descubrimiento una serie de circunstancias que le prestan un interés excepcional.

PARA darse cuenta cabal del significado del descubrimiento de Iztapan es necesario referirse a algunos antecedentes, por más que el lector los hallará reseñados con más detalle en un artículo que apareció en el número correspondiente a julio-agosto de 1947 de esta propia revista, a menos que (cosa muy preferible) opte por acudir a los trabajos más especializados que se han escrito sobre el asunto. Estos trabajos se hallan anotados en las bibliografías tan acuciosamente formuladas por Maldonado-Koerdell, o en la que corre anexa a la "Prehistoria de México" de Aveleyra, pues hay que advertir que uno y otro expertos ya habían hecho valiosas aportaciones a esta materia desde bastante antes del descubrimiento.

Como es sabido, el último período geológico, el llamado Pleistoceno, se señaló por una serie de glaciaciones durante las cuales se hallaron sepultadas bajo el hielo enormes áreas que

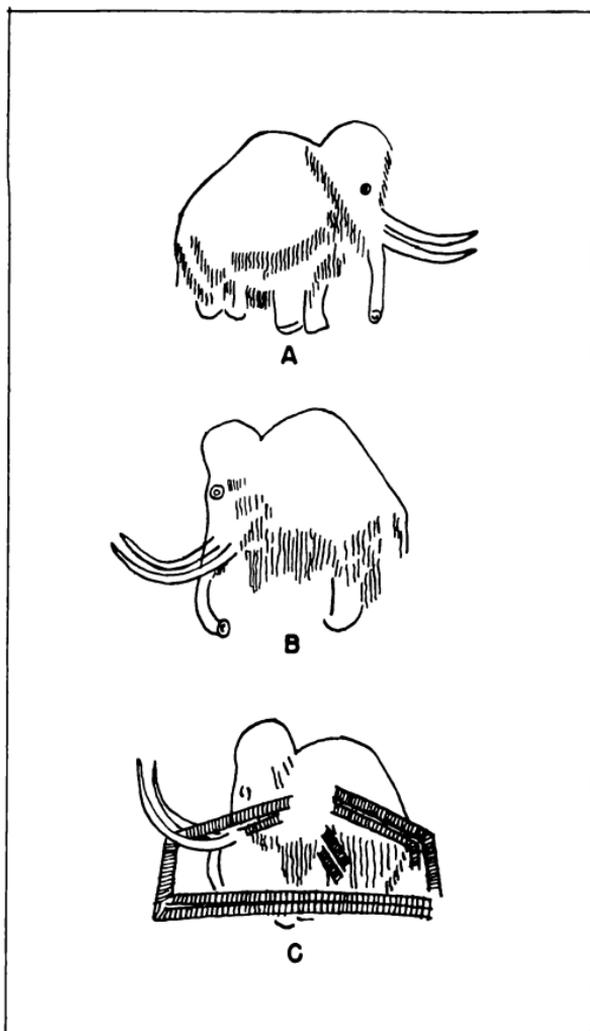


Fig. 3. A y B, Grabados prehistóricos de mamutes en la Cueva de Font de Gaume, Francia. C, Mamut en una trampa (?), misma localidad. Conforme a Digby y Lindner.

hoy son asiento de prósperas comunidades humanas y aún de grandes ciudades. Baste recordar que en ciertos momentos estuvo cubierta por los casquetes helados de la América del Norte gran parte de una zona que se extendía desde el Pacífico hasta el Atlántico y desde el Artico hasta una línea que corría no lejos de Nueva York, Cincinnati y Seattle. Aunque no podemos hablar con certeza, suele atribuírsele al Pleistoceno una duración de 600,000 años: terminó unos 7,000 años antes de Cristo, iniciándose entonces el período en que vivimos, el período Reciente. Para los fines que ahora perseguimos, sólo nos interesan las últimas fases del Pleistoceno y las primeras del Reciente.

Aunque México no estuvo nunca bajo los casquetes pleistocénicos, los períodos de glaciación intensa en el norte del continente presenciaron el crecimiento de los glaciares de nuestras más altas cumbres, y al encogimiento de los grandes casquetes septentrionales correspondió también a su vez el encogimiento de los glaciares de montaña mexicanos. Se ha dicho ya que la última de las Edades de Hielo, o, en otros términos, el Pleistoceno, concluyó hará unos 9,000 años: a los milenarios anteriores corresponde en México una formación geológica que nos ha sido cada día mejor conocida gracias a los brillantes trabajos de un geólogo estratígrafo muy justamente reputado tanto en nuestro país cuanto en el extranjero, el ingeniero A. R. V. Arellano. Esa formación se presenta con aspectos un tanto distintos en las faldas de las alturas que cercan a la cuenca, o Valle, de México, y en el propio fondo de la cuenca, que como sabemos ha sido enorme receptáculo lacustre y sedimentario a través de los tiempos. Se la conoce con el nombre de "Formación Becerra".

Al Pleistoceno, con su clima bastante lluvioso, siguió una época de sequía que se caracterizó por la formación de un manto de caliche, el llamado "Caliche III" o "Barrilaco". Esta capa blanquecina, por tanto, se descubre muy a menudo encima de la formación Becerra. Encima del Caliche III hay otras formaciones, notablemente la Totolzingo, que corresponden a las diversas fluctuaciones climáticas del Reciente y que abarcan hasta nuestros días.

Tanto durante el Pleistoceno cuanto el Reciente se han registrado grandes cambios en el nivel de las aguas de los lagos del fondo de la cuenca, correspondiendo dichos cambios, como es de suponerse, a las oscilaciones climáticas a que ya aludimos. Durante la época a que corresponde la formación Becerra, o

sea la fase final del Pleistoceno, los desolados llanos que hoy contemplamos hacia el nordeste de la ciudad en las inmediaciones de Tepechpan, a unos 35 kilómetros al nordeste de la capital, no eran tales llanos, sino un traicionero pantano en el cual solían hallar angustiosa muerte los numerosos paquidermos que se aventuraban dentro de la ciénaga.

Ese llano, que se tiende a ambos lados de la carretera que conduce a San Juan Teotihuacán, antes de llegar al Hospital para Enfermos Crónicos de Tepechpan, es, por tanto, un verdadero cementerio de proboscidios y aunque todavía no ha hecho más que arañarse el terreno, ya se han hallado en él los restos de cinco o seis, todos, naturalmente, incluidos dentro de la formación Becerra. Dos de ellos fueron exhumados por Arellano; y éste manifiesta que halló igualmente una pequeña lasca de obsidiana y unos punzones de hueso, índices de la presencia del hombre, al lado de las osamentas. Fué también en esa fructífera localidad donde otro benemérito investigador, el doctor Helmut de Terra, descubrió el esqueleto del famoso "Hombre de Tepechpan". Dicho experto, trabajando bajo los auspicios de la Fundación Viking-Wenner Gren, ya había encontrado bastantes artefactos prehistóricos en diversas localidades y realizado una serie de admirables estudios relacionados con la geología de la cuenca en tiempos pasados.

En breve, y aun antes de los principios del año en curso, ya se habían logrado bastantes pruebas (diversos artefactos y hasta un esqueleto humano, todos procedentes de la formación Becerra) que establecían la presencia del hombre en la cuenca de México desde fines del Pleistoceno y su contemporaneidad con el mamut. Ahora, gracias al descubrimiento de Santa Isabel Iztapan, se ha obtenido una prueba todavía más contundente de esos hechos, y que resulta, a la vez, de carácter sensacional.

LO que podríamos llamar la "historia íntima" del hallazgo puede narrarse brevemente. En el otoño del año pasado regresó de Europa el joven arqueólogo Luis Aveleyra Arroyo de Anda quien, después de haber seguido con notorio éxito numerosos cursos en nuestra Escuela Nacional de Antropología e Historia bajo los doctores Bosch-Gimpera, Maldonado-Koerdell y otros maestros, y de escribir su obra "Prehistoria de México", que resulta básica para la materia, obtuvo una beca, concedida por el

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Madrid, que le permitió proseguir sus estudios en España bajo la dirección del conocido prehistoriador hispano doctor Luis Pericot, a quien acompañó en diversas excursiones y prácticas de campo. Poco después de su regreso, y secundado con inteligente entusiasmo por el paleontólogo doctor Manuel Maldonado-Koerdell (con quien ya había llevado a cabo anteriormente una interesante investigación en el norte del país), se puso a trabajar en la creación de una oficina de Prehistoria que, convenientemente provista de los fondos necesarios y del personal idóneo, pudiese enfrentarse en forma adecuada con los numerosos problemas que ofrece la prehistoria de nuestro país.

En tal virtud, Aveleyra acudió al Director del Instituto Nacional Indigenista, doctor don Alfonso Caso, y éste, a su vez, se dirigió al licenciado don Antonio Martínez Báez y al senador don J. Antonio Bermúdez, titular de la Secretaría de la Economía y Director General de Petróleos Mexicanos, respectivamente, a fin de obtener la indispensable ayuda pecuniaria para la empresa. La petición fué atendida con verdadera clarividencia y con toda generosidad por los expresados funcionarios. Poco después, gracias a la benévola acogida del arquitecto don Ignacio Marquina, la flamante "Dirección de Prehistoria" quedó incorporada al Instituto Nacional de Antropología e Historia y pudo dar principio a sus labores con carácter oficial.

INICIÁRONSE esas actividades a principios de marzo de este año bajo los mejores auspicios puesto que, en una excursión preliminar encaminada a probar la eficiencia de la camioneta recientemente adquirida, halló Aveleyra en el fondo de la barranca de Acatlán, Tequixquiac, un hermoso raspador nucleiforme de calcedonia, casi sin duda procedente de la formación Becerra, que allí se ofrece admirablemente expuesta.

En el curso de otra expedición, llevada a efecto con el mismo objeto a las faldas del cerro de Chiconautla, el sábado 8 de marzo, decidieron los expedicionarios, después de bajar a Tepchpan, trasladarse al pueblo cercano de Santa Isabel Iztapan a fin de examinar de nuevo los restos de un mamut que había despertado su interés desde mucho tiempo atrás.

Esos restos, en efecto, habían aparecido con dos años de anterioridad al cavarse una zanja contigua al terreno de labor

del señor Mariano Vallejo; y el Director del Museo Nacional, doctor Daniel F. Rubín de la Borbolla, había comisionado a Aveleyra y al arqueólogo Eduardo Pareyón a que se trasladaran al lugar a cerciorarse acerca de la veracidad de la noticia, que había sido divulgada por don Pedro Celestino Hernández, maestro del vecino poblado de Tequisistlán. El descubrimiento, en cierto sentido, no tenía nada de sensacional, puesto que los hallazgos de restos de proboscidios, no sólo en esa región sino en diversas otras partes del país, se han hecho con tanta frecuencia que no pueden considerarse insólitos. Desgraciadamente se habían roto o perdido diversos huesos de la parte superior del animal, o sean el cráneo, las mandíbulas y las vértebras cervicales.

Bastó que los investigadores removieran un poco de la tierra que rodeaba a unos huesos que aparecían al fondo de una pequeña excavación practicada al lado de la zanja, para que se diesen cuenta de que la mayor parte del esqueleto debía hallarse todavía soterrada más abajo, en terreno absolutamente intacto. Se decidió, por tanto, emprender una excavación formal y se tomaron las providencias que se exigían con ese objeto. Los trabajos comenzaron dos días después, o sea el lunes 10 de marzo.

La osamenta yacía, en su parte superior, como a un metro y medio de la superficie, en plena formación Becerra (Fig. 4), si bien no precisamente en su parte más alta y en consecuencia más reciente, que se distingue, en el antiguo fondo de los lagos, por una delgada capa algo meteorizada. La exhumación resultó hasta cierto punto difícil, pues fué necesario remover, con todas las precauciones que se imponen en esos casos, grandes cantidades de tierra (Fig. 5) y se tuvo también que luchar con las aguas del subsuelo (Fig. 6); este último problema sólo pudo resolverse en forma más satisfactoria, ya muy adelantados los trabajos, mediante la instalación de una bomba. Las operaciones fueron dirigidas por Aveleyra, quien contó con la colaboración de Maldonado-Koerdell y del antropólogo Arturo Romano, que se había distinguido en la excavación del cementerio "arcaico" de Tlatilco; a Romano también se deben muchos de los trabajos fotográficos respectivos. La señora Borbolla prestó valiosa ayuda en las últimas fases de las exploraciones.

Tres días después, el jueves 13, a la 1.30 p.m., realizaba Aveleyra el primero de esos descubrimientos de que tanto, y con tan justa razón, se ha venido hablando: la parte basal de un

artefacto (en este caso una "punta" de sílex) entre dos costillas del proboscidio (Figs. 7 y 8). Dándose cuenta de la importancia del hallazgo, optó, con la más encomiable prudencia, dejar sin descubrir el resto del artefacto por el momento. Debe aclararse que no se trataba, como algunos han creído, de una punta de flecha, ya que el arco y la flecha no parecen haber sido todavía utilizados en esa época, sino de una punta de proyectil, lanzada por medio de un lanza dardos, o propulsor, artefacto muy generalizado en ambas partes del mundo antes de que el hombre hiciera uso del arco, y llamado "atlatl" por los antiguos mexicanos.

La punta y los demás útiles hallados pueden verse en el grabado (Fig. 9): se les ha numerado conforme al orden de su descubrimiento. El segundo, una raedera de obsidiana, rota, fué hallado por Maldonado encima de una costilla al día siguiente (Fig. 10). El tercero, otra raedera de obsidiana con muescas en los bordes, fué encontrado por Aveleyra "in situ" el día 15; y fué también Aveleyra quien, el 17, descubrió el cuarto, otra pieza de sílex casi triangular, encontrada entre la tierra removida en torno de los huesos y en indiscutible asociación con ellos, por más que no se haya comprobado un contacto tan íntimo y directo como en los otros tres casos citados.

En vista de la importancia del hallazgo, primero en su género que se realizaba al sur del Bravo (aunque no en los Estados Unidos), se había decidido comunicárselo a dos de las grandes autoridades en todo lo referente a la antigüedad del hombre en América, la señorita Marie Wormington, del Museo de Denver, Colorado, y el señor Alex D. Krieger, de la Universidad de Texas. Motivo de gran satisfacción para los investigadores fué que ambos se trasladaran a la ciudad de México por avión, y los investigadores se vieron también favorecidos con la visita de otro experto de igual reputación, el doctor E. C. Sellards, Director del "Texas Memorial Museum", de Austin, Texas. Los tres pudieron todavía contemplar los artefactos "in situ" y se expresaron en forma muy encomiástica de los trabajos.

En el curso de las operaciones posteriores se hallaron todavía dos artefactos más, ambos "in situ" y en contacto directo con los huesos. Uno de ellos fué descubierto por doña Sol A. de la Borbolla y es una navaja de obsidiana muy semejante a las que suelen encontrarse en toda esta parte del país, si bien se halla provista de una muesca lateral; dichas navajas perduraron

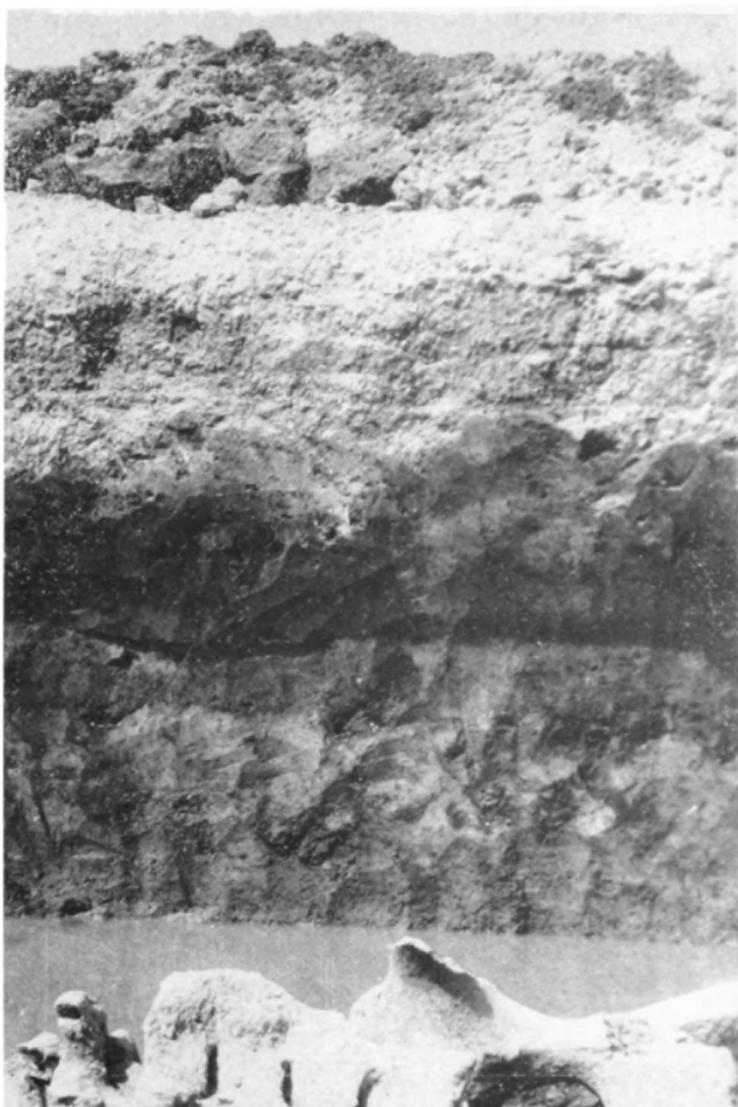


Fig. 4. Formaciones geológicas en Santa Isabel de Iztapan. En primer término, la osamenta. Atrás, parcialmente bajo el agua, la Formación Becerra, claramente delimitada en su parte superior por una formación posterior más oscura.



Fig. 5. La excavación: vista general.



Fig. 6. La osamenta.

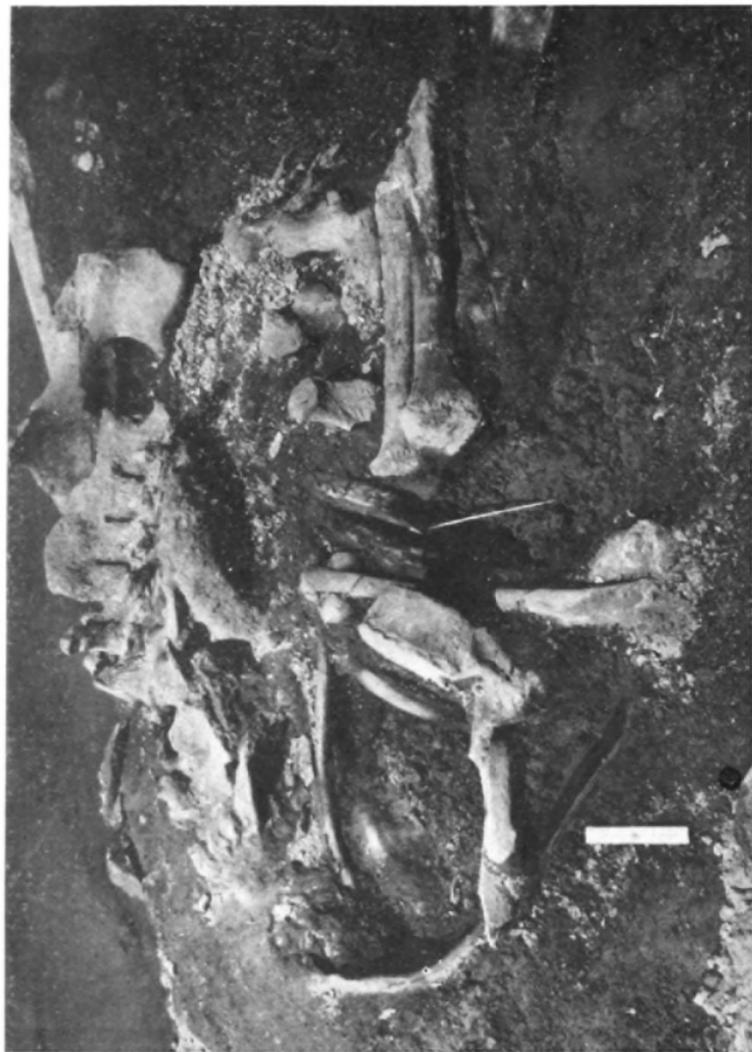


Fig. 7. La osamenta con dos artefactos "in situ". El primero (la punta) se halla precisamente encima del pincel, al centro de la fotografía. El otro (una raedera de obsidiana) está arriba de la regla, a la izquierda.



Fig. 8. La punta "in situ" entre dos costillas.

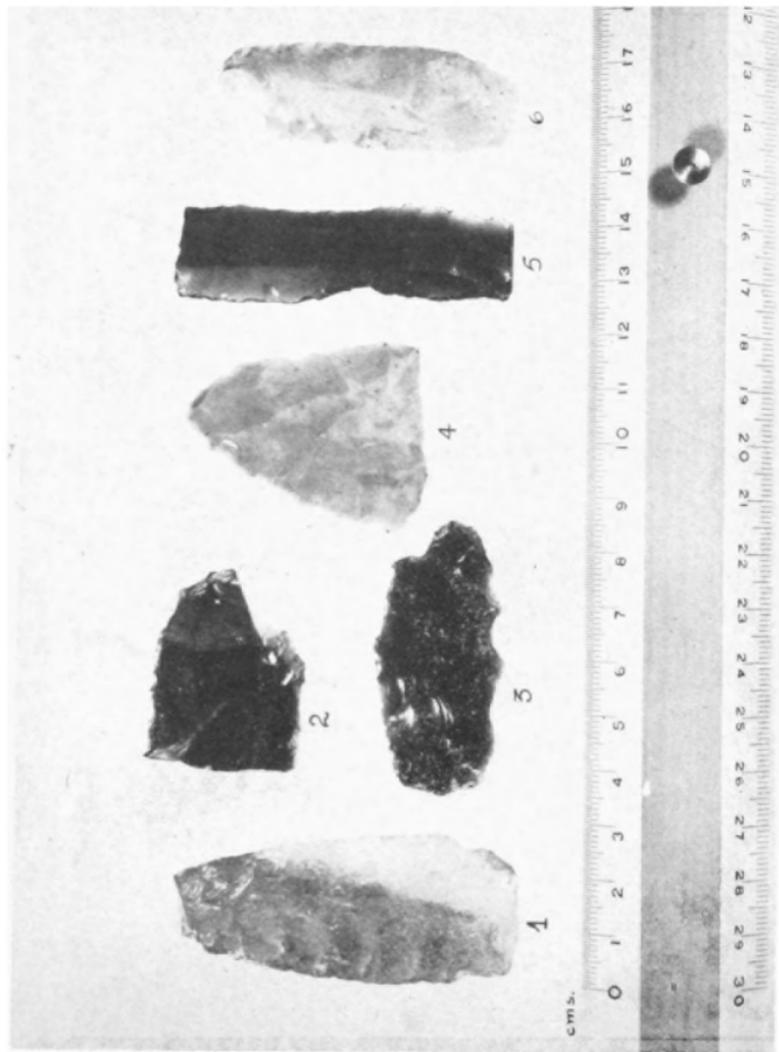


Fig. 9. Los artefactos, en el orden de su descubrimiento.



Fig. 10. Raedera de obsidiana, "in situ".



Fig. 11. La punta.



Fig. 12. Grupo de arqueólogos en el lugar del hallazgo. Fila de atrás, de izquierda a derecha: Maldonado, Koerdell, Sellards, Bernal. Segunda fila: Krieger, Srita. Wormington, Aveleyra, Margáin.

hasta la conquista española. Además se llenaron varios costales con la tierra que yacía en contacto con la osamenta. Es posible que, al cribarse, esta tierra todavía rinda más artefactos.

CON la remoción de los restos se ha iniciado una etapa no menos importante y a la vez más dilatada que las anteriores y que consiste en los estudios y los trabajos de laboratorio. Mientras éstos no se hayan terminado, todo lo que se diga debe considerarse sujeto a diversas rectificaciones y sólo puede ofrecerse de manera provisional.

La primera pregunta que se ocurre, naturalmente, es ¿de qué manera halló la muerte el animal?

Los huesos mismos no nos ilustran mucho sobre el particular. Estaban muy revueltos a resultas del destazamiento que, como veremos, sufrió posteriormente la carcasa; y un fémur yacía bastante lejos del resto de la osamenta. Podemos deducir, no obstante, que el animal murió fuertemente inclinado hacia adelante y hacia la izquierda. El terreno, según dijimos, era pantanoso y debe haber presentado un aspecto idéntico al que entonces presentaba el actual llano de Tepechpan, del cual no era más que una continuación; como dijimos, todo él formaba parte del fondo del antiguo Lago de Texcoco, si bien Santa Isabel Iztapan se halla algo más apartado de las orillas. Pero los huesos del mamut hallado en este último lugar no acusan ese hundimiento dentro del fango que se advierte tan claramente en el caso de los mamutes de Tepechpan: la pierna delantera de uno de éstos, que apareció reproducida en nuestro artículo anterior y que se encontró todavía admirablemente articulada, permite darnos cuenta de los esfuerzos verdaderamente desesperados del paquidermo agónico por extraerse del lodazal. Pero el terreno, insistimos, hubo de ser lo suficientemente pantanoso para dificultar los movimientos del proboscidio y, más tarde de los destazadores, aunque, por la colocación del fémur y otros detalles, no creemos que haya sido de una extrema viscosidad: seguramente se hallaba revestido de cañas o "tules", y de otra vegetación lacustre.

Veamos ahora qué luces nos arrojan los artefactos. Por de pronto, es necesario que hagamos una importante aclaración. De los seis artefactos hallados, cinco, las raederas y la navaja, carecen en lo absoluto de carácter penetrante: al hombre pre-

histórico jamás se le hubiese ocurrido emplearlos para cazar a un animal, de la misma manera que a nosotros tampoco se nos ocurriría, por ejemplo, proveernos de un abrelatas para hacerle frente a un adversario peligroso. Podemos asegurar que esos cinco útiles se usaron para algo muy distinto: para destazar la carcasa.

Aquí se exigen otras palabras de explicación. Los términos "raspadores" o "raederas" que se aplican en español a estos artefactos no dejan de resultar un tanto falaces. Aunque efectivamente se empleaban muy a menudo para raer y raspar, como indican los nombres respectivos, más frecuentemente todavía eran utilizados para cortar, en otras palabras, como cuchillos. Los arqueólogos norteamericanos suelen llamar a muchos de estos artefactos "knives". En el sitio Lindenmeier, en Colorado, encontró Roberts dos de esos "flakeknives", parecidísimos a los de Iztapan.

Estos cinco artefactos, en consecuencia, no comprueban que el hombre le haya dado muerte al animal. El único hecho que establecen es que lo destazó una vez muerto, quizá en condiciones no muy fáciles por lo pantanoso del terreno y por la vegetación que lo cubría. Es probable que esta circunstancia, añadida a la gran mole de hueso, carne y grasa con la cual tenían que entendedérsela los destazadores, diera lugar a que se quedaran allí sin recogerse los artefactos, dentro de la carcasa del animal o inmediatos a la misma.

Queda, sin embargo la punta *A*, antes sin duda provista de una caña o taco, como las flechas, y probablemente lanzada, como ya manifestamos, por medio de un aparato muy sencillo, el llamado "propulsor" o "atlatl". Este útil fué muy anterior al arco y menos eficaz que el mismo, aunque los proyectiles respectivos se podían arrojar con mucha fuerza. No es posible, sin embargo, que la sola punta haya bastado para causar la muerte del animal, máxime como se halló entre dos costillas y difícilmente pudo alcanzar un sitio vital, aparte de que está rota en su extremidad.

Se podría alegar que el hombre no hizo uso de una, sino de muchas puntas para matar al proboscidio. Pero, en tal caso, ¿dónde están? A ello se podría también sin duda contestar que, como las puntas se hallaban provistas de caña, el hombre no tuvo dificultad en extraerlas después de la muerte del paquidermo, cosa que no logró hacer en el caso de las raederas, tanto

más perdedizas. Pero nosotros nos resistimos a creer que lo haya acabado exclusivamente con puntas: recuérdese que los cazadores modernos tienen que hacer uso de un pesadísimo rifle especial, y de unas balas de gran tamaño, para matar a los elefantes africanos. No es de dudarse que el hombre haya hecho uso de las puntas y también de piedras y de jabalinas arrojadizas de madera en el curso de la cacería de los mamutes, para azuzarlos en determinada dirección (por ejemplo hacia los terrenos pantanosos), y para herirlos gravemente; se nos dice que los antiguos tasmanianos podían atravesar el cuerpo de un hombre por medio de un venablo puntiagudo de madera a una distancia de sesenta metros (en el caso de los animales prehistóricos, naturalmente, los objetos de madera no hubieron de perdurar hasta nuestros días); pero aun así parece más probable que los golpes de muerte se los hayan asestado más de cerca, después de haberlo debilitado e inducido a penetrar dentro del pantano, valiéndose, para las heridas decisivas, de lanzas y de garrotes de madera.

Aunque parezca increíble, y a pesar de tratarse de asunto tan importante, los métodos de caza del hombre prehistórico no han recibido toda la atención que se merecen por parte de los expertos. Sólo sabemos que las gentes del Paleolítico europeo cazaban al mamut mediante enormes trampas hechas de troncos y de ramas de árboles, no menos que haciéndolos caer al fondo de grandes fosos cubiertos de tierra y ramas a fin de que el animal no se diera cuenta de ellos; una vez caídos al fondo de la excavación, no era difícil rematarlos. Por lo que toca a las trampas, parece haber una representación pictórica de la Vieja Edad de la Piedra en que se ve a un paquidermo encerrado dentro de una de ellas (Fig. 3). Pero no sabemos que estos métodos se hayan empleado en el Nuevo Mundo.

En el caso de que nos ocupamos habrá todavía que oír la opinión de Aveleyra y de Maldonado. Sin embargo, la idea expresada en los párrafos anteriores en el sentido de que el animal fué hostigado mediante una acción colectiva del grupo de cazadores y obligado a penetrar dentro del pantano, donde se le remató (compartida por Romano y otro prehistoriador, José Luis Lorenzo), parece la que hasta ahora concuerda mejor con los datos de que disponemos.

Después de la muerte del proboscidio se inició, como dijimos, el destazamiento de la carcasa a fin de obtener esos sucu-

lentos "mammoth-steaks" que tanto debe haber saboreado la tribu durante muchos días. A juzgar por la posición de los huesos, el destazamiento hubo de llevarse a efecto en forma algo deficiente, quizá debido al gran peso de la masa sangrienta que era necesario remover para alcanzar las partes inferiores del proboscidio, y también por las condiciones especiales del terreno. Aunque sin duda los cazadores le supieron sacar partido a la piel y otras partes del animal, no se interesaron por las defensas.

LA segunda pregunta que nos hacemos es ¿cuándo vivió el mamut?

Para resolver esta cuestión contamos desde hace pocos años con un auxiliar poderoso, aunque pendiente de perfeccionamiento y no siempre infalible: el ya famoso Carbono 14. Nos concretaremos a decir que hay motivos para creer que el C14 se crea continuamente en la atmósfera debido a la acción de un componente de los rayos cósmicos sobre el nitrógeno atmosférico, pero se halla también en las plantas y los animales por el intercambio que se registra entre los seres vivos y la atmósfera. Los organismos acusan una cantidad constante de C14, que comienza a decrecer, debido a la desintegración de los átomos radioactivos respectivos, tan pronto como cesa el intercambio con la atmósfera al ocurrir la muerte. En consecuencia, se hallará en mayor o menor cantidad en los restos según el tiempo transcurrido desde que cesó la vida; como se conoce en qué medida va disminuyendo el contenido de radio en el transcurso del tiempo, se puede deducir, mediante una serie de delicadísimas operaciones, la fecha aproximada en que ocurrió dicho suceso.

Unas muestras (turba y madera) recogidas por Arellano en la "Ciudad de los Deportes", de esta capital, y extraídas de la formación Becerra, arrojaron una antigüedad de 10,500 y 20,000 años. La discrepancia no debe sorprendernos, pues la Becerra no se formó en un solo día, sino en muchos miles de años. La turba se obtuvo de la parte superior de la formación, o sea el llamado "horizonte Armenta". Aunque carecemos de datos acerca de la colocación del cráneo, el resto del esqueleto del mamut yacía un poco debajo de ese horizonte, y en consecuencia podemos, sujetos a las incertidumbres que todavía ofrece el método basado en Carbono 14, atribuirle una edad mínima de 11,000 ó 12,000 años.

Ya antes De Terra le había atribuido al Hombre de Tepechpan una fecha semejante a la citada, o sea unos 11,000 ó 12,000 años, y se antoja muy posible que el expresado fósil humano y el mamut de Santa Isabel hayan sido más o menos contemporáneos.

COMO dijimos, son bastante numerosos los artefactos prehistóricos hallados en México. Entre otros, cabe señalar a los descubiertos por De Terra y que le sirvieron para establecer los grupos por él intitulados "industrias" de "San Juan" y de "Chalco". Aunque el término "industrias" no debe entenderse en forma muy estrecha, hay que advertir que ambas son anteriores a la época en que aparecieron en la cuenca de México tanto la cerámica cuanto la agricultura. Los artefactos de la industria de San Juan, la más antigua, salieron de la formación Becerra. Son, en consecuencia, pleistocénicos y en tal virtud resultan, "sensu lato", contemporáneos del mamut.

Los artefactos prehistóricos suelen a veces presentar caracteres específicos muy marcados que nos permiten relacionarlos entre sí y atribuirlos a determinada "industria", como ocurre, por ejemplo, con ciertas puntas provistas de acanaladuras que se encuentran a veces en los Estados Unidos. Desgraciadamente, no es ese el caso en México. Los artefactos no se han hallado todavía en número suficiente, o con caracteres específicos lo suficientemente marcados, para que podamos clasificarlos en verdaderas industrias. En realidad, cuando De Terra nos habla de "industrias de San Juan" debe más bien entenderse que, a juzgar ante todo por el hecho de proceder de la formación Becerra, se remontan al Pleistoceno, período que, como se recordará, terminó hará unos 9,000 años. Los de la "industria de Chalco" son, naturalmente, posteriores y caen dentro del Reciente, pero tampoco constituyen una industria en el sentido estricto de la palabra. Los artefactos de Santa Isabel Iztapan corresponden, inútil decirlo, a la llamada industria de San Juan.

Empero, aunque los artefactos a que nos referimos se ofrezcan tan carentes de caracteres diagnósticos, hay uno que quizá constituya una excepción: la punta de la cual tanto hemos hablado y que está marcada con el número 1 en el grabado respectivo (véase también la Fig. 11). Según la alta autoridad de la señorita Wormington, esta punta parece acusar cierto parentesco

con toda una familia de puntas halladas en los Estados Unidos, las puntas "Scottsbluff". Estas forman parte a su vez de un conjunto antes llamado "Yuma", que ella ha desmembrado con verdadero espíritu científico y gran sagacidad. La señorita Wor-mington cree que la punta mexicana, aunque no tenga cabida inmediata dentro de la familia Scottsbluff, probablemente se halla emparentada con ella y puede aún resultar un tipo "ancestral" del cual derivaron después las puntas Scottsbluff propiamente dichas.

El gran depósito de bisontes fósiles de Scottsbluff yace en el Estado de Nebraska: el descubrimiento fué divulgado desde 1932 por Barbour y Schultz. Allí, asociados a los restos de los bisontes se hallaron siete implementos, entre ellos la punta Scottsbluff "tipo", si la podemos llamar así. Posteriormente se han encontrado puntas semejantes en otras localidades norteamericanas, como Lime Creek y San Jon, y según parece, hasta en Alaska. Empero, las puntas se han hallado por lo general asociadas a restos de bisontes, y no de mamutes (que suelen resultar anteriores), y dentro de formaciones geológicas que no corresponden al Pleistoceno, sino al Reciente. En San Jon, por ejemplo, yacían en un nivel más tardío que otro que produjo una punta Folsom, y estas últimas, según una fecha de carbono radioactivo obtenida por Sellards, estaban en uso unos 10,000 años atrás. Sin embargo, en Lime Creek, Nebraska, las Scottsbluff surgieron en un nivel que arrojó una fecha casi igual a la anterior. Estos datos, a los cuales ahora se añade el testimonio de la punta mexicana, sugieren que el tipo Scottsbluff tuvo una vida muy larga puesto que se utilizó tanto en el Pleistoceno cuanto en el Reciente.

A las analogías que presentan dos de las raederas de Izta-pan con unos "flakeknives" hallados en el sitio Lindenmeier, en Colorado, ya se ha hecho alusión; y sin duda no sería difícil encontrar más semejanzas de ese género, aunque de escaso valor diagnóstico por el momento. También ya hablamos del útil hallado por la señora De la Borbolla el cual, a pesar de la muesca de que se halla provisto en uno de sus lados, constituye tan interesante vínculo técnico entre los cazadores del mamut y los indígenas de la época de la conquista. En efecto, las navajas de obsidiana de este tipo suelen hallarse en cantidad por todas partes y se siguieron utilizando continuamente hasta que

se generalizara el uso de las metálicas después de la llegada de los españoles.

La mayoría de los artefactos hallados en Iztapan resulta, como dijimos, de poco valor diagnóstico actualmente. De ello se desprende fácilmente la urgente necesidad de que sigan llevando a cabo intensos trabajos de recolección de útiles prehistóricos, con atención especial a sus características y a su posición estratigráfica, a fin de que se pueda ir reconstruyendo la más antigua historia de México por métodos análogos a los que ofrece la cerámica para las épocas posteriores.

EL descubrimiento de Santa Isabel Iztapan tiene perfecta cabida dentro del cuadro, que tan laboriosamente se está rehaciendo, del primitivo poblamiento de América. Constituye, en otros términos, un eslabón de una cadena que se tiende desde el Estrecho de Behring hasta la extremidad meridional de Sudamérica.

Trasladémonos, por unos minutos, a este último continente, que tanto nos puede ilustrar sobre el problema de la antigua colonización del Nuevo Mundo. Por de pronto, es obvio que, imposibilitado todavía el hombre para emprender largos viajes marítimos en aquellas fechas tan lejanas, el prístino poblamiento de la América del Sur no puede concebirse mas que como una prolongación del poblamiento de la septentrional, a la cual el hombre hubo de llegar anteriormente por la vía del Estrecho de Behring. Es igualmente probable que la comarca magallánica y ciertos distritos de la cuenca amazónica hubiesen de resultar entre los últimos puntos alcanzados por los primeros habitantes del Nuevo Mundo. Si se acepta este razonamiento, resulta inconcuso que la fecha que deba atribuírsela los más antiguos hallazgos logrados en esas regiones tiene que constituir un "terminus ante quem" para toda la colonización de las Américas.

Ahora bien, el carbono radioactivo nos proporciona dos fechas para la zona del Estrecho de Magallanes. La más antigua, correspondiente a una muestra de estiércol de desdentados, recogida en la Cueva de Milodonte, resultó como de 8,900 a. C.; la asociación con vestigios humanos, sin embargo, no resulta ahí muy clara. La segunda fecha, correspondiente a unos huesos de animales extinguidos tomados de hogares en la Cueva de Palli

Aike, fué como de 6,700 a. C., con la circunstancia que estos hogares no se remontan al período más antiguo de ocupación humana en esa región, sino solamente al segundo. Hemos dicho que el método no es siempre seguro: en este caso, no obstante, se trata de muestras de diversa naturaleza y tomadas de cuevas que yacen a unos 200 kilómetros de distancia. En consecuencia, resulta más difícil rechazarlas que aceptarlas, y por tanto parece muy probable que el hombre ya haya alcanzado esa parte del mundo con anterioridad al séptimo u octavo milenario antes de Cristo; y nada resulta más lógico, a su vez, que se encontrara en México en la época citada anteriormente, o sea unos 11,000 años a. C., o antes.

No es ésta la ocasión para ocuparnos en detalle de ese problema tan apasionante y a la vez tan complejo, el primitivo poblamiento de las Américas, al cual se han dedicado magistralmente y con gran ahinco, los prehistoriadores norteamericanos en los últimos años. Empero, pasando ahora a los Estados Unidos, nos encontramos con una situación bastante curiosa: a pesar de los trabajos a que nos hemos referido y del número ya nada despreciable de fechas de C14 que se han obtenido, estas últimas no arrojan una antigüedad mucho mayor que las que hemos citado.

Hay que advertir, sin embargo, que se carece de fechas de ese género para los artefactos más antiguos que se han hallado al norte del Bravo y que son unas puntas encontradas en la Cueva de la Sandía, en el Estado de Nuevo México, asociadas a una fauna de proboscidos, équidos y camélidos la cual, por cierto, se antoja muy parecida la que también se descubre en la formación Becerra. Tampoco hay fechas de C14 para otras puntas que parecen seguir las en el orden del tiempo: las "Clovis acanaladas", bastante extendidas y asociadas, por lo general, a mamutes. Sin embargo, para sus sucesoras inmediatas, las "Folsom acanaladas", sí se dispone, como antes dijimos, de una fecha: unos 8,000 a. C.; y Lime Creek, Nebraska, como también dijimos, ha producido otra, unos 7,500 a. C. Hasta ahora, en resumen, y mientras no se pueda fechar las puntas Sandía, lo único que podemos decir con certeza es que el hombre ya se hallaba en los Estados Unidos muy a fines del Pleistoceno y a principios del Reciente.

El testimonio que nos ofrece Alaska es todavía muy reducido, a pesar de que las perspectivas que nos han abierto los

hallazgos del Cabo Denbigh y el problema fundamental de las relaciones prístinas entre las culturas del Nuevo y del Viejo Mundo a través de toda esa región no podrá resolverse mientras no conozcamos mejor la arqueología prehistórica de Siberia y de la propia Alaska; pero allí también se han hallado, aisladas, puntas Clovis, Folsom y, según parece, Scottsbluff.

Como dijimos, lo más extraño de este panorama es la escasa diferencia, en término de milenios, que hallamos entre los eslabones de esa cadena que, según dijimos, se tiende desde el Artico hasta el Estrecho de Magallanes. En todas partes el hombre aparece la primera vez al terminar el Pleistoceno o al principiar el Reciente. Aunque se trataba de culturas de cazadores, y éstos suelen desplazarse con gran rapidez según se mueven los animales que persiguen, se habría supuesto que esas diferencias irían en un aumento mayor del que registran las fechas según nos vamos alejando de la puerta de entrada. Sin embargo, hay que recordar que las puntas Sandía y Clovis todavía no se han podido fechar y habrá que esperar el resultado de nuevas investigaciones.

Lo cierto es que hubo rutas transitables hacia el sur a través de los grandes casquetes de hielo, partiendo de la puerta obligada de entrada al Nuevo Mundo, Alaska, desde muchos milenios antes de que terminara la glaciación wisconsiniana o sea desde unos 15,000 ó 20,000 años atrás. Más todavía, habían existido rutas abiertas durante una fase anterior de la misma glaciación (hará quizá unos 30,000 ó 40,000 años), si bien después hubieron de cerrarse por algún tiempo, para abrirse de nuevo más tarde. ¿Pudo el hombre comenzar a entrar desde esa época anterior? No parece, por ahora, seguro, pero tampoco resulta imposible: el hombre, desde luego, debe considerarse mucho más antiguo en América que lo que solía suponerse no hace todavía tantos años.

AUNQUE, como hemos dicho, ya había quedado establecida en forma irrefutable la contemporaneidad del hombre con el mamut tanto en México cuanto en los Estados Unidos (y posiblemente también con el mastodonte en Sudamérica), el descubrimiento de Santa Isabel Iztapan ha venido a confirmar ese hecho en forma tan patente, en sitio tan accesible, y con tan admirable ejecución, que no es de extrañarse que dicho hallazgo haya des-

partado un interés tan unánime. Aunque el descubrimiento no sea único en su género, los hallazgos semejantes, de numerosos implementos en contacto directo con los restos de proboscidos, pueden contarse con los dedos de la mano, no sólo en América, sino en el mundo entero, y resulta inconcuso que la flamante Dirección de Prehistoria no habría podido iniciar sus labores bajo mejores auspicios.

LEONARDO DA VINCI Y EL RENACIMIENTO

Por *Arnaldo COSCO*

VINCI era y es una aldea y nada más que una aldea. En la época en que Leonardo nació, era quizás un pequeño conglomerado de casas rústicas. Su casa natal, que existe todavía, porque fué hecha de esa fuerte construcción italiana que no cede ni a los siglos, era una casa humilde. Su madre, una campesina. Su padre, Pedro, un pequeño notario de aldea, pero los lugares en los que tuvo la gran fortuna de vivir de joven, eran ya entonces esas lomas y colinas toscanas que parecen arregladas con arte para hacer al paisaje vago y variado, y generar en la fantasía de quien lo mira una suavidad y armonía naturales en el decir y en el hacer, y casi un instinto de gracia natural que invita al hombre a obrar al unísono con un mundo bello y ordenado.

La naturaleza que el Renacimiento casi acabó por divinizar, está allí patente en sus más vivas e inesperadas expresiones de compuesta y a veces solemne belleza.

Los cielos variados siguen el paso de las estaciones. Las brumas otoñales que hacen madurar los olivos, le dan al campo, cuando llegan, una concavidad irisada de silencio y una esfumadura de contornos indecisos y poéticos.

El primer dibujo de Leonardo, que es un esbozo de paisaje toscano, nos lleva a las impresiones sugestivas de su vida de joven. Es un mundo arbolado, un paisaje campestre, pero parece que los árboles emerjan de un ambiente encantado.

Los signos precisos y rápidos con los cuales los objetos dibujados adquieren personalidad, son acentos en un espacio que se condensa casi esencialmente en infinitas figuraciones naturales, y éstas, una peña, un castillo, lagos pequeños, colinas, troncos y copas de árboles agrupados o aislados, componen una soñadora unidad en la cual la decidida anotación naturalística

se compone y al mismo tiempo se disuelve en una atmósfera vaga.

El dibujo era de los años juveniles de su período florentino. El buen notario, su padre, lo había llevado a Florencia, cerca del pleno esplendor de la Corte de los Médicis.

Poco sabemos de la juventud del Grande, más ciertamente si Pedro da Vinci se trasladó a Florencia y puso al hijo a estudiar primero el ábaco y después la pintura en la Escuela de Verrochio, es de pensarse que el talento de Leonardo confundía ya por sus múltiples tendencias.

Del primer dibujo que se conoce de él, al cuadro de San Juan Bautista de Louvre, que tal vez sea su última creación artística; del primer estudio científico e invención técnica a los últimos estudios de hidráulica que proseguía, ya viejo, en la casa de "Clos Lucet" en Amboise, hay una inmensa y varia y atormentada vida que encuentra su último refugio en tierra extranjera.

El está seguramente en Amboise en mayo de 1517. No se sabe cómo se puso en contacto con la Corte de Francisco I, pero sus amistades, con personajes de la Corte de Francia, databan de muchos años y precisamente de la época en que los franceses se habían enseñoreado de Milán, echando fuera a Ludovico el Moro.

Llegaba de Italia, ya viejo, más viejo que sus años y cargado de fama y de desilusiones. Le había acompañado su discípulo predilecto, Melzi, que estuvo junto a él, hasta su muerte en mayo de 1519. El rey francés fué con él un gran señor. Le dió un refugio digno de su grandeza y lo dejó en la paz de sus meditaciones.

Hermoso gesto de un rey grande y cortés. El mundo debe estarle agradecido de su trato magnánimo.

HABÍA llegado cargado de fama, dejando tras de sí una obra inmensa, sorprendente, multiforme. De Florencia a Milán, de Milán a Florencia, después en varias partes de Italia Central en el séquito del Duque Valentino, más tarde aún en Florencia, después de nuevo a Milán, después a Roma en la Corte de León X, había pasado casi toda su vida, y el jovencito de Vinci se había transformado poco a poco en el hombre más singular y tal vez en la figura más compleja y elevada de un mundo espiritual nuevo.

La cultura científica moderna advierte en él a su primer creador. Científicos de cualquier ramo y especialidad, biólogos, botánicos, anatomistas, fisiólogos, matemáticos, arquitectos, ingenieros, expertos en la bonificación de la tierra, lo declaran abiertamente padre y precursor de las investigaciones y descubrimientos técnicos modernos. El artista y cualquier persona sensible a los valores del arte, encuentran en su obra artística como una plenitud que parece tener en sí el sello divino. Sus preceptos sobre el arte de la pintura, recopilados en el conocido Tratado de la Pintura, despiertan en nosotros, aún, un interés profundo y complejo. Habla y enseña tantas cosas. Discurre de la pintura como de un arte y hasta como de una ciencia hija de las observaciones directas del mundo natural, y este mundo natural que él escruta y trata de utilizar para el progreso humano, en todos sus sentidos, es para él una verdad abierta a las investigaciones del hombre y cuya posesión es necesaria al artista para que sea excelente.

EL variado mundo de las observaciones y de los preceptos está, sin embargo, sometido en Leonardo a dos convicciones, las cuales parecen a primera vista oponerse una a la otra.

Una es que "quien ama la práctica del arte sin la ciencia, es como un batelero sin timón", y la otra es que los conocimientos técnicos no deben menoscabar el resultado artístico. En este tema es significativa su advertencia a los pintores anatómicos, de no caer en lo rígido y poco gracioso "por tomar demasiado en cuenta los huesos, los tendones y los músculos".

Por lo tanto, en la enseñanza que él nos ha legado hay una aparente duplicidad de orientación. Hay la observación, el estudio atento de las formas naturales, del dato preciso, de lo particular estudiado objetivamente y tomado de la realidad, y hay la superación de todo esto a través de alguna cosa que la experiencia naturalística no da, y que él llama algunas veces "razón": una razón a la cual, según dice, se somete la experiencia teniendo frente a ella un valor secundario y hasta no esencial.

Su misma producción artística tiene estas características dúplices. Había observado, estudiado y dibujado minuciosamente armas y flores, músculos y órganos vitales, fortalezas; había ideado canalizaciones, casas pre-fabricadas, máquinas del

porvenir; había captado atentamente todos y cada uno de los más minuciosos movimientos de la figura humana. Estaba persuadido que la ciencia, nuevo dominio del hombre, era la base del arte, y sin embargo había también pintado esos cuadros divinos en los cuales, por ejemplo, sus estudios precedentes de formaciones geológicas, base científica de los fondos sobre los cuales proyecta algunas de sus figuras, aparecen transfigurados y casi producto de un sueño surrealista, y los músculos de nuestro cuerpo, olvidados, salvo poquísimas excepciones, en una idealización extrema de todo aquello que la figura humana esconde crudamente natural y caduco.

La figura humana es por él arreglada y casi adaptada a sí misma y al ambiente, a través de una medida visible y al mismo tiempo invisible. Hay en sus cuadros la perfecta y desenvuelta construcción estructural de figuras, de ambientes, de paisajes, pero hay también una disolución mágica del todo en una cierta misteriosa idealidad en la que nuestra sensibilidad más plenamente se complace.

¿Es tal vez ésa la vaga "razón" de que él habla? ¿Es ése el criterio sobre el cual, como él también dice, el artista juzga después la obra que él ha concluido? ¿O es esa aquella "cierta idea" que Rafael afirmaba seguir al pintar? ¿Qué experiencias, qué progresiva afinación de su prodigiosa sensibilidad, el viejo de Amboise, ya cercano al reposo "después de una larga jornada bien empleada", dejaba tras de sí?

LA verdad es que culminaba en él una época, no cronológica, sino ideal. Encontraba en él su punto más alto, y en él se unía volviéndose terso todo un período de civilización, un largo movimiento de ideas, de hechos, de gustos, de costumbres que es difícil definir y esclarecer en pocas páginas, ya que son tan varios los caminos a través de los cuales llega a definirse como conciencia del mundo moderno.

Esta época suele llamarse "Renacimiento". El hombre, si se considera a sí mismo en su desarrollo histórico, tiene necesidad de adoptar esquemas y límites precisos, entre los cuales se pueda orientar más fácilmente. El principio del Renacimiento está generalmente fijado más o menos en los principios del siglo xv. Espíritus más amplios hacen iniciar el Renacimiento —comprendido idealmente— aún antes. Algunos llegan hasta Dante; otros a San Francisco. Tengo la impresión que

estos últimos están quizás más cerca de la verdad, y no por la continuidad cronológica del nuevo siglo que, si en San Francisco tuvo una voz clara, cae en parte con el mismo Dante en la visión universalística de la Edad Media, sino particularmente por un cierto abrirse confidencial del espíritu hacia el mundo natural y hacia Dios mismo, que es ya sensible en Francisco de Asís.

El "juglar de Dios" llama hermanos y hermanas a todas las cosas creadas. Aquello que él hizo y dijo, sus encuentros con las cosas y con los animales, tal como son contadas en las "Florecitas", tienen el perfume de las primeras violetas que aparecen en Italia al terminar el invierno y hacen presentir la alegría de la primavera inminente. Sus discursos a las tórtolas, al Hermano Lobo, la confianza con que acuna entre los brazos al Niño Jesús, iniciando la dulce tradición del Nacimiento, son una voz sorprendente que nos revela una idea nueva de las relaciones entre la Divinidad y el hombre, entre éste y las criaturas naturales. Es, en fin, una nueva intimidad que se establece, y esta intimidad está plasmada de gracia y de belleza.

La interrupción medieval de la confianza en la bondad y belleza del mundo natural ha desaparecido, como por medio de una feliz iluminación poética.

Más tarde, en el siglo siguiente, encontramos una intuición análoga en otra gran figura del misticismo italiano. Catalina de Siena, en sus cartas escritas a reyes, a príncipes, a papas, a hombres potentes y a gente humilde, manifiesta una individualidad fortísima, concreta, perfectamente consciente del momento histórico en que vive. El exilio del Papado en Avignon la transforma en una heroína batalladora de la Iglesia. Sus cartas a Gregorio XI y a Urbano VI, están llenas de exhortaciones a veces duras, en las cuales transparenta la conciencia clarísima de la fatal función teológica e histórica de Roma. El sentido de todo esto es que la mística Catalina siente que la decisión de los acontecimientos que determinan el curso de la historia es obra de Dios, pero es también obra espiritual y práctica del hombre, cuando se halla iluminado por la clarividencia de las causas y de los fines del mundo en que se mueve.

Pero antes que con Catalina, la medida con la cual el hombre en Italia realiza una más amplia y humana orientación del espíritu, es ya viva y evidente en la dirección artística del primer gran pintor de la época moderna, y éste es de Giotto.

El misticismo se ha revestido en él de una forma corpórea, serena. Palpita ya en sus pinceladas la idea de una forma nueva que lleva al hombre a la perfecta dignidad de su figura.

El "grito" que, como dice Dante, levanta el arte de Giotto, quitándole el primado de la pintura a Cimabue, es el ángulo visual nuevo con el cual los italianos miran a las formas naturales. El mismo "grito" emerge de la poesía. Guido Cavalcanti quita, también él, un primado y se lo quita a Guido Guinizelli. Son dos expresiones que se renuevan: una de la pintura y la otra del hablar poético. La primera libra al arte de mortificantes esquemas; la segunda libra a la poesía de la preciosidad artificiosa y conceptuosa en la cual se hallaba antes prisionera.

La una y la otra, pero más la primera que la segunda, le imprimen al péndulo de la civilización italiana una oscilación más amplia.

Si se piensa, por otra parte, qué cosa representaron, en el desenvolvimiento político y social de la era moderna, los pequeños municipios italianos con sus disposiciones liberales y con su nítida separación de las ideas universales vigentes que caracterizaron la sociedad de la Edad Media, se ve que los Municipios fueron, en el terreno histórico, los primeros y valientes golpes dados al feudalismo. La nueva arquitectura religiosa que surgía también en ellos, expresaba ya, por otra parte, esquemas de belleza abierta y clásica, en la estructura y en las líneas de los edificios y en la policromía vaga y ordenada de sus elementos, en los cuales geometría y color jugaban a disciplinarse y realizarse una al otro, según una idea constructiva en la que circula una armonía riente y nueva.

ESTA orientación de la civilización italiana, en la que se pueden vislumbrar los signos que anuncian de lejos la navegación a velas desplegadas hacia horizontes libres y múltiples, está ya casi completada en Petrarca y en Boccaccio.

Nace con el primero un modo poético, delicado, íntimo y moderno, que si bien titubeante, abre a la poesía los nuevos caminos de las investigaciones íntimas y eleva la lírica a una perfección tal de expresión formal que no parece sea posible, durante varios siglos, sentir y expresar ciertas emociones y sen-

saciones por medio de expresiones poéticas diversas de aquellas que Petrarca había usado.

Boccaccio, autor del "Decameron", nos presenta una sociedad liberada en todo de titubeos y de temores, libre, burguesa, desfachatada: una sociedad ya culta que hace mofa de la ignorancia y de la bobería y habla redondamente "a la latina". Esta sociedad burguesa sigue, a su modo, una idea suya de vida, y esta idea procede de una nueva medida intelectual con la cual se considera y se critica un mundo de ideas y de costumbres sociales ya casi desaparecido.

El paso de lo viejo a lo nuevo es rápido. Petrarca y Boccaccio eran ya casi dos humanistas acabados.

Aparece, en el período que siguió inmediatamente a ellos, como un repentino multiplicarse del espíritu. El ansia en la busca de obras clásicas perdidas; las traducciones y vulgarizaciones que se hicieron de las obras encontradas; las excavaciones que se efectuaron; el surgir contemporáneo en Florencia, en Roma, en Nápoles, de asociaciones permanentes de sabios que platónicamente se llamaron "academias"; la aparición del nuevo tipo humano del literato y el favor, el homenaje que todo el mundo le rendía; la renovación rapidísima de las costumbres, en las ciudades, en las Cortes; la transformación del criterio técnico de las construcciones; el florecimiento milagroso de grupos de artistas, arquitectos, escultores, pintores, son hechos que maravillan por la rapidez con que aparecen. Ello no podría explicarse únicamente por el acercamiento del espíritu italiano a las grandes culturas de Grecia y de Roma, si de este acercamiento no se considerara a la debida luz el primero de los dos términos, esto es, el espíritu con el cual el mundo de la antigua civilización mediterránea estaba reconsiderado y absorbido por la nueva conciencia que surgía.

Quiero decir que los descubrimientos y los estudios del mundo clásico y todo aquello que de vital se derivó para la nueva cultura, fueron el alimento grandísimo, pero no exclusivo, de una llama que en Italia se había encendido desde hacía mucho.

Este fuego alrededor del cual ya Dante reúne a los espíritus magnos de la antigüedad en su "limbo", es aquel de la cultura y de la virtud humana. El grupo de aquellos sabios era lo que Dante podía presentar; reyes y personajes mitológicos al lado de poetas y filósofos griegos y romanos, y estadistas,

y guerreros, y vulgarizadores árabes del pensamiento griego, que para Dante era el pensamiento esencialmente aristotélico. Un mundo, diría, entre histórico y legendario que rodea a Aristóteles, "maestro de aquellos que saben", palanca y sostén de aquella síntesis del saber que Santo Tomás había obrado "por virtud casi angélica", y en el cual el gran tormento especulativo de la Edad Media se había aquietado.

Del grupo dantesco al gran grupo pintado por Rafael en la Escuela de Atenas de las Salas Vaticanas, la perspectiva ha cambiado. La tenue luz con la cual el intelecto humano separado de la Gracia brillaba para Dante, se ha transformado en Rafael en luz solar, esplendente en una arquitectura de líneas grandiosas y solemnes entre las cuales la cultura, el arte, la ciencia, se reúnen finalmente en pleno triunfo. Y se ha cambiado también el centro humano del cual irradia la sabiduría. En el "limbo" lo era Aristóteles y con él la estructura, ideológica y científica que había gravitado en torno a su filosofía. En la Escuela de Atenas, el centro no es solamente Aristóteles, sino también Platón, y la figura de Platón según parece cierto no es otra que el retrato de Leonardo de Vinci.

¿QUÉ cosa veía y honraba en él, Rafael? Más o menos aquello que Dante veía y honraba en Aristóteles. Honraba ciertamente en él la nueva luz del ingenio en su expresión humana más completa, pero al hacerlo tomar la figura de Platón, Rafael seguía tal vez una intuición, en parte clara y en parte oscura, de la compleja personalidad de Leonardo.

Platón había sido para muchos humanistas, y seguía todavía siéndolo para muchos espíritus cultos del Renacimiento, la máxima expresión de rescate de aquel aristotelismo escolástico del cual se había librado la mente. Los comentarios que se habían hecho de su doctrina en Florencia, bajo el impulso del sapientísimo griego Jorge Gemisto Pletone; las obras y las lecciones neo-platónicas de Marsilio Ficino; las asombrosas disertaciones de Pico della Mirandola, habían ciertamente introducido en Leonardo, como en la mayor parte de los hombres que gravitaban en torno a la espléndida Corte de Lorenzo el Magnífico, la idea neo-platónica de un mundo que era al mismo tiempo natural y divino, un mundo permeado de divinidad oculta. Sobre este mundo, objeto para Leonardo de atentas y profundas investigaciones, se posaba su gran espíritu para reco-

ger del mismo la natural y divina belleza y bondad, para los fines del arte, para los fines de la ciencia que era para él la base del arte, y para la elevación de la vida del hombre.

Figurando a Leonardo como Platón, Rafael quizás sintió esto, pero sintió tal vez más obscuramente que el gran abrazo dado por Leonardo a aquella naturaleza que los neo-platónicos casi divinizaban, el estudiarla en todos sus aspectos posibles, su ansia creadora de inventos y de máquinas, aquel su nunca cansado diálogo con el cómo y el porqué de los hechos naturales, se habían traducido en su arte en formas inasequibles de serena y límpida belleza en las cuales transparentaba ciertamente algo de divino. Sentía tal vez Rafael en Leonardo un equilibrio ideal salido de una larga gestación dialogal y casi beato en sí mismo por su estática perfección. El mismo no hubiera podido explicar qué cosa era en él aquella "cierta idea" que proseguía al pintar.

AHORA bien, del melancólico Olimpo terreno que Dante nos presenta en su "limbo", a la Escuela de Atenas, habían pasado dos siglos y la vida italiana se había como iluminado solamente.

La fe franciscana en la bondad de las cosas creadas se había poco a poco desarrollado hasta convertirse en Leonardo en la investigación libre de la ciencia, y esta misma ciencia ya surgía en él sin el cepto de esos ídolos que, según Bacon, ofuscan el juicio del hombre en sus métodos para la busca de la verdad. La fuerte individualidad de Catalina, ya tan dolorosamente parte de su período histórico, se había transformado, en Macchiavelli —y no hay que asombrarse de este acercamiento— en la clara conciencia de la parte preponderante y de la autonomía del hombre en la construcción de su destino histórico, mientras la dignidad humana de las figuraciones giottescas se había afirmado en una multitud vaga de criaturas del arte, creadas en libre plenitud de fantasía. Ya había nacido la ciencia con Leonardo. Toscanelli y Pacioli habían dado nuevas disciplinas a las matemáticas. De ahí a poco, con Telesio, Bruno y Campanella habría nacido el pensamiento moderno. El mundo era explorado por los navegantes. Se descubrían tierras y continentes antes desconocidos. La sociedad caballeresca y feudal refugiada en las Cortes y en los palacios, buscaba, reverenciaba, honraba a los artistas y a los hombres de genio.

Una literatura nueva, de Boccaccio al Magnífico, a Pulci, a Berni, a Lasca, en prosa y en verso, presentaba nuevos complejos humanos habilísimos, formalistas y al mismo tiempo demoleedores de la forma, intelectualmente vivos e inquietos. En el hombre se había verificado y triunfaba una separación entre el pensar y el decir, entre el decir y el hacer. El "*intus ut libet, foris ut est moris*", del descreído filósofo Cremonini, hallaba respuesta plena en los literatos y cortesanos de las varias Cortes de Italia.

Parecía un mundo espléndido en ruinas, y bajo ciertos aspectos lo era. Pero si se reflexiona sobre la profunda seriedad con la cual Macchiavelli, en su exilio voluntario de San Casiano, deja por las noches la taberna y los dados con los cuales se entretiene durante las horas del día, para vestirse, como él dice, "de vestidos reales y curiales" y entrar en coloquio con los grandes hombres de la antigüedad; si se piensa en la transformación profunda que Ariosto sufre cuando, olvidando su naturaleza débil y dócil, se dedica durante diez años consecutivos a escribir y a pulir ese milagro de arte que es su "Orlando Furioso"; si no se olvida, en fin, la vida seria y esquiva de Leonardo ("si estás solo, serás tuyo") y su insaciada sed de ciencia y de perfección que explica el porqué de tantas obras suyas no terminadas; si se considera todo esto, hay necesidad de concluir que en aquellos hombres dominaba de modo absorbente, exclusivo, una idea que deslumbraba su espíritu borrando en ellos cualquier otro interés.

Esta idea, reflejada en la platonizante figuración leonardesca de Rafael, podemos llamarla cultura, o ciencia, o arte, ya que Leonardo convierte la una en la otra, o —quizás mejor— "forma", entendiendo ese vocablo en un sentido vago y vasto, y tal vez como aquella misteriosa pero también evidente y gran medida que está presente en el espíritu italiano del gran siglo. Leonardo, apareciendo como Platón, puede por lo tanto, querer significar la expresión máxima de aquella medida ideal.

SI miramos una pintura, una estatua o un edificio del Renacimiento, tenemos la impresión de un ritmo cuyo paso no es difícil percibir, pero que no es fácil definir.

Es un paso solemne y al mismo tiempo ligero, majestuoso y alegre, digno y lleno de gentileza y de gracia. Los diablos de Lucas Signorelli no dan miedo. Si lo particular y lo episódico

que hay en ellos, los huesos, los músculos y los tendones de que habla Leonardo, al contrario de lo que él pensaba, se presentan en este pintor en toda su evidencia realística, no desvían sin embargo nuestra contemplación de una especie de unidad a la que se ajustan como en una quietud suprema. Paisajes verdaderos y de ensueño, arquitecturas antiguas florecidas en una gentileza nueva de detalles y de líneas, de sombras y de luces, encuadran en la pintura del Renacimiento figuras aisladas o grupos, de las cuales son una proyección casi musical. Alegorías veladas, historias y cuentos, celebraciones de hechos y personajes, casi se detienen delante de un plano mágico, como figuraciones que episódicamente no son esenciales.

Esencial parece, algo diverso.

Las figuras de Federico de Montefeltro y de Batista Sforza, pintadas por Piero della Francesca, y proyectadas sobre dos paisajes verdaderos y soñados, formados de aguas, ríos, barcas, campiñas minuciosas, pero todos perdidos al fin en un cielo suspenso e ideal, son cuerpos humanos realísimos y abstractos, inmersos en un espacio estático que acentúa su corporeidad y al mismo tiempo la diviniza. Si se miran los caballos del gran fresco de este pintor en San Francisco de Arezzo, se observa que están quietos para la eternidad en un módulo misterioso de colores y de líneas. En el Sueño de Constantino, del mismo Piero, el abandono del hombre que duerme sentado cerca del Emperador, es el contrapeso perfecto de un cuerpo que tiene una evidencia casi estereoscópica, con la presencia vigilante del alma.

Se trata de una medida, que se comprende solamente por aproximación y analogía.

La imagen escultórica de Ilaria del Carretto, de Jacobo de la Quercia, es la de una joven mujer muerta, pero la muerte, en lo que tiene de principio de disolución, está sólo presente fugazmente en las manos inmóviles y cruzadas de la figura. El cuerpo bellísimo rehusa ajustarse a la rigidez. Ningún detalle que recuerde el malancólico ritual de la muerte. Guiraldas ricas de frutas, sostenidas por amorcillos pensativos, forman la corona del catafalco. El ondular vago de las vestiduras dentro de las cuales se percibe un cuerpo de belleza incomparable, depone la idea de la muerte sobre el dintel de la belleza y de la vida. La muerte se ha transformado en idea; ha perdido su horror instintivo; es bella, habría dicho el Petrarca,

en el bello rostro de Ilaria. Y en esta idealización, no hay ningún detalle de las vestiduras o del cuerpo que se aleje de su evidencia natural. El todo, también aquí, se recoge y se ajusta en un módulo superior del cual cada parte toma sentido y realce.

En una de sus Anunciaciones, Antonello de Messina presenta a la Virgen María de un modo desacostumbrado y nuevo. No están ni el Ángel anunciador, ni los jardines, ni la arquitectura o los interiores tan amados de los pintores de este tema. La figura está sola delante de un atril, frente a nosotros. La anunciación se transluce solamente de la elevación ligera de una mano. Es un estremecimiento. No se sabe si es la maravilla del alma o el signo misterioso de la presencia de una nueva vida. Nada más que una sombra, el eco de un "paso" que nos llega de una clara profundidad.

Avanza con la "Venus" de Botticelli, ligera y soñadora, y casi sin peso, sobre la espuma del mar, del que nace clásica y pura, cuerpo vivo y soñado, y está presente en el verismo del "David" de Donatello. Aquí el desnudo griego renace pero asumiendo nuevas proporciones y nuevas armonías. Está uno sorprendido frente a las dimensiones que el escultor ha dado a la figura; una figura de adolescente pequeña y delicada en comparación con la empresa que ha llevado a cabo, y tan juvenilmente indecisa bajo el sombrero coronado de hiedra. La adecuación entre la figura plástica y la idea, entre la delicada fuerza juvenil y la grandeza de la empresa terminada, reposa en la incontaminada pureza del joven cuerpo y en el rostro pensativo. Una relación, también aquí, de belleza indefinible, entre lo corpóreo y lo ideal. Lo monstruoso, la sangre del Gigante muerto llega a nosotros filtrada a través de la intensidad soñadora del rostro juvenil. La estatua es de David, mas la figura es aquella de la adolescencia intacta cuando es sorprendida por los primeros golpes de la vida. El contenido histórico de la figuración se coloca, así, sobre aquel mismo plano ideal al cual se sujeta plenamente.

De la misma manera, delante de la Alegoría Mística de los Uffizi, atribuida a Bellini, y que de cualquier modo es una de las primeras gemas refulgentes de la escuela colorista veneciana, el significado de la escena, tomada de un poemita francés del siglo XIV, ni nos ocupa ni nos preocupa. No sabemos ni tratamos de saber qué cosa representan aquellas espléndidas

figuras desnudas o vestidas sobre la terraza a cuadros del primer plano. Al contrario, estamos prisioneros de una fantasía de personas y paisajes y colores: figuras fuera del agitado mundo, en una quietud meridiana, sobre una terraza que podríamos llamar metafísica, proyectaba sobre un lago tranquilo que se abre entre peñascos y colinas verdes y construcciones deshabitadas y serenas, en una atmósfera Elisea. Paisajes y grupos humanos se funden en una calma superior, encantada, mágica.

Podríamos continuar la serie. Podríamos también investigar cómo es que esta medida misteriosa esté viva y presente en Miguel Angel, creador del barroco. Ella, tornando a Leonardo, se transluce pero no se aferra en la sonrisa de ciertas figuras pintadas por él, sobre los rostros de la "Gioconda", de la "Virgen de las Rocas", de "Santa Ana", de "San Juan Bautista".

¿MÁS, qué era esta medida?

León Battista Alberti, otro espíritu universal del Renacimiento, escritor, matemático, arquitecto, poeta, filósofo, tratadista de las artes (y teorizador de un "Gobierno de la Familia" que todo hombre culto debería leer para entrar, como por una puerta desconocida, en el inmenso palacio del Renacimiento), nos da, en su "Tranquilidad del Animo", una descripción del interior de la Catedral florentina de Santa María de las Flores, sobre la que vale la pena detenerse. Parece vaga y psicológica pero es, al contrario y en su fondo, exacta y meditada. Dice: "Este Templo tiene en sí gracia y majestad y... me deleita cuando yo veo unidas en él una esbeltez graciosa con una consistencia robusta y plena: tal que por una parte cada uno de sus miembros parece colocado para un goce pasajero, y por otra parte comprendo que cada cosa, aquí, está hecha y afirmada para la perpetuidad...". Y un poco después: "Estos cantos e himnos de la Iglesia logran bien despertar en mí precisamente aquellas sensaciones para despertar las cuales fueron escritos. Me libentan de todas las perturbaciones del ánimo, y me conmueven hasta producirme una cierta quietud del alma llena de reverencia hacia Dios".

Gracia y majestad, gracilidad y consistencia, amenidad y perpetuidad, son anotadas por él como elementos de una síntesis, en la cual las antítesis arquitectónicas se concilian serenamente. Las armonías musicales le dan como una elevación del alma, llena de reverencia hacia Dios; ¿mas esta reverencia, pre-

parada por la conciliación de las antítesis y por el canto, no era quizás la misteriosa y rara quietud del espíritu frente a la belleza?

El discurso de Battista Alberti parece místico y es profano. Parece nostálgico y vago, y es preciso. Es reverente, pero no religioso. La conciliación de los contrastes arquitectónicos es aquello que más le llama la atención y le complace, y él lo anota agudamente. El descanso de su espíritu es fruto de la armonía de aquellos. Arnolfo de Cambio había por lo tanto edificado el Templo según aquella medida que le gustaba a él, y que Brunelleschi estaba entonces eternizando en la Capilla de los Pazzi y en sus basílicas florentinas, uniendo también gracia y robustez, amenidad y perpetuidad. El anillo se estrechaba, de Arnolfo a Brunelleschi, de Giotto a Leonardo, del dulce e íntimo Petrarca a Ariosto en cuya persona, el positivo Galileo Galilei encontraba, y no por énfasis algo de divino.

ENTRETANTO Leonardo, ansioso de todas las experiencias, de todas las investigaciones y de todos los porqués, buscaba con el matemático Luca Pacioli el secreto del arte griego y colaboraba con él en la rebusca de una "divina perfección", que habría debido explicar la "razón" profunda de la belleza de aquel arte. Y la "divina perfección" debía ser una relación matemática universal y abstractamente aplicable. Una vez más era la ciencia, para Leonardo, la que debía iluminar al arte, mas, ¿dónde estaba esta proporción que la ciencia misma no llegaba a encontrar? ¿De dónde provenía la "cierta idea" de Rafael, y de dónde la medida en la cual según Alberti se concilian las antítesis arquitectónicas?

Esta medida, esta "proporción divina", los italianos del gran siglo la llevaban en ellos mismos y era vano buscarla en algún otro lugar, fuera de su conciencia.

Un platónico del Renacimiento hubiera podido encontrarla en el mundo de las ideas, mas si el platónico era creador, he aquí que esta medida le brotaba, como en Leonardo, en la práctica del arte, de la "razón indefinida", y la razón, también aquí, no podía ser más que una facultad superior del espíritu en la cual experiencia e inventiva, técnica e inspiración encuentran, turno a turno, su perfecto equilibrio y una relación entre ellas de mutua necesidad y verdad.

Si damos a esta medida que emerge de la "razón" un sentido definido y preciso, ella se nos oculta como se ocultaba al mismo Leonardo teórico de la pintura cuando, a la luz de una fórmula suya, condenaba la estúpida, necesaria irrealidad de los paisajes de Botticelli. Perdemos entonces de vista el Renacimiento en su múltiple riqueza o en su unidad ideal. Si, al contrario, con una ecuación más amplia, le reconocemos las características distintivas de una individualidad superior y universal, debemos concluir que es profundamente expresiva de un gran momento del espíritu.

Este momento, que el gran viejo de Amboise había llevado a su cúspide, fué ciertamente fruto de disposiciones y virtudes particulares de su estirpe, pero es también el resultado de experiencias progresivas y clarificaciones cuya luz está siempre en nosotros.

La "divina proporción" omnipresente en los espíritus del Renacimiento, se resuelve, en suma, en la iluminada plenitud de aquella cultura, cuyo paso sigue midiendo nuestro eterno anhelo de engrandecimiento humano y de belleza.

VICTOR HUGO, PENSADOR SOCIAL

Por *Maxime LEROY*

Es quizás Víctor Hugo, entre todos los escritores franceses, el que ha conocido y todavía conoce mayor audiencia mundial. ¡Cuántos versos hermosos, por su cadencia, por su luminosidad, cantan y brillan en nuestra memoria! Sin embargo, el autor ilustre en el mundo entero no lo es tanto por tal o cual poema prestigioso —“Oceano nox”, “Les pauvres gens”, “Olympio”, “Waterloo”— como por haber sabido exponer con mayor elocuencia y poesía el humanitarismo filosófico del siglo XIX. Nunca escribió ni habló sencillamente, sino como haciendo chocar la palabra y la idea en un gran tumulto, y por eso a su nombre sonoro queda unida una gloria universal de la que el tiempo no ha podido amortiguar la broncínea resonancia.

¿Qué nos dijo Víctor Hugo en el curso de su larga vida? El es quien, valiéndose con tacto inaudito de los más fulgurantes recursos emotivos que encierra el lenguaje, ha dicho y proclamado en voz alta e inteligible que en todo hombre debe respetarse la dignidad espiritual, independiente de creencias, filosofías, nacionalidades y profesiones. Tales son las palabras que conmovieron a los miles de lectores maltrechos por las desventuras políticas y económicas. Los pueblos escucharon piadosamente la voz que les hablaba de dignidad, de libertad y de dicha, la voz que maldecía la opresión:

Je hais l'oppression d'une haine profonde.

Infatigable adversario de la última pena, Hugo clamó por el perdón de Barbès, de John Brown, condenados a muerte; por el perdón de los pueblos torturados de Hungría y Polonia, de Irlanda; por los vencidos de la Commune. Pidió la abolición de la esclavitud; que se acabase con la miseria de los suburbios fabriles y con el despotismo político; que terminasen las discriminaciones raciales en las oficinas coloniales y en los ghettos. Con voz vibrante e infatigable, exhortó a los vencidos para

que persistiesen en el anhelo de su liberación, no una liberación abstracta, sino una liberación que sólo sería eficaz si se fundaba en el profundo sentimiento de la igualdad de todos ante Dios, ante el Estado y ante el trabajo. Tal es el Victor Hugo elocuente, sentimental, grandioso, que se yergue en el horizonte de la era industrial ante la memoria de la posteridad.

¿Estamos ante la leyenda o ante la verdad? En busca de la respuesta, queremos hablar del filósofo social y político más que del Hugo poeta.

Se hallaba su padre de guarnición en Besançon cuando en 1802 nació Victor Hugo. Henos, pues, a siglo y medio de su nacimiento. Tres o cuatro versos ilustran el día de su primer vagido:

*Ce siècle avait deux ans! Rome remplaçait Sparte,
Déjà Napoléon perçait sous Bonaparte,
Et du premier consul, par maint endroit,
Le front de l'empereur brissait le masque étroit.¹*

Su infancia fué muy incierta y hasta un tanto aventurera a causa de los cambios de residencia del padre y, más aún, de las graves disensiones que separaron pronto al matrimonio. Zaran-deado por las circunstancias, el niño no conoció una vida familiar regular y tranquila. Quién sabe si no habrá que descubrir en estas incertidumbres juveniles el origen de su prematura gravedad, no exenta de melancolía y humor.

Poseyó un genio precoz. Sus primeros versos fueron objeto de admiración. Aún no había cumplido dieciséis años cuando recibió un amaranto de oro en los juegos florales de Toulouse, lo que era entonces una envidiada consagración. Pero más que una lisonjera recompensa académica, coronó al joven poeta el juicio halagador que se atribuye al escritor más importante de la época, al pintor de la sabana americana, al que era comparado con Homero, a Chateaubriand: "Un niño sublime". Se discute la autenticidad del juicio y Chateaubriand mismo, lejos de reivindicarlo, parece haberlo negado. No importa: el juicio corrió, no pareció exagerado y consagró espectacularmente al genial adolescente.

Pero no son los primeros versos, recogidos en las *Odas y baladas* (1822), los que aseguran en nuestros días la gloria poética de Victor Hugo. Tienen un bello ropaje literario, pero no

¹ *Hojas de otoño,*

cabe ocultar que están desprovistos del movimiento y del colorido, del arrebató pasional que caracterizan a nuestros ojos el romanticismo. En los principios de Víctor Hugo, como en Lamartine, tal vez menos en éste que en aquél, se nota cierto prosaísmo que nos recuerda a Delille. Claro que de aquí y de allá surgen fulguraciones que anuncian la gran inspiración romántica de la madurez. Si no fuese por esos fuegos dispersos, no se hablaría de aquellas *Odas* y *baladas* de los veinte años.

Este Delille, a quien sus contemporáneos exaltaban al pináculo de la gloria en vez de derrocarlo con estrépito, nos parece hoy, pese a su elegancia muchas veces amable y convenientemente cadenciosa, de una monotonía abrumadora. Pareciéndosele, Hugo se ganaba la atención del público, sin que los pocos estremecimientos nuevos que agitaban sus versos contrariasen gravemente el gusto clásico que imperaba.

Algunas novelas singulares como *Han de Islandia* (1823) y *Bug Jargal* (1825) añaden más florones a su gloria literaria juvenil, que no adquiere un tono original, es decir, romántico, hasta el Prefacio de *Cromwell* (1827), manifiesto de la nueva escuela, y luego con las *Orientales* (1829) y las *Hojas de otoño* (1831), donde abundan los versos magníficos.

En tan resonante comienzo hay algo más que el juego de colores que apasiona el ojo extrañamente profundo de Víctor Hugo y que las íntimas emociones que atormentan su imaginación: hay ya una sensibilidad interesada en lo político y lo social. Por el tiempo en que versificaba amparándose en la gloria de Delille, del prudente poeta de los *Jardines*, del traductor frío y elegante de la *Eneida*, los acontecimientos políticos, lejos de dejarle indiferente, de enclaustrarle en una torre de marfil, le conmovían y en ocasiones hasta le agitaban, insuflando el fuego de la pasión a su prodigioso don verbal.

Antes de la revolución de 1830 era monárquico y católico. Así, en este tiempo de "cándido monarquismo", como decía en 1850, celebraba el martirio de las vírgenes de Verdun, víctimas del Terror, y la muerte de los vendeanos en la península de Quiberon. Por entonces maldecía a Bonaparte, a quien más tarde había de exaltar, como a uno de

Ces faux-dieux que leur siècle encense

pero

Dont l'avenir bair la puissance.

Maldice o celebra, pero no como un simple versificador o un impasible técnico de la métrica, sino al modo de un profeta.

Para él, el poeta es un confidente de Dios. El poeta es la voz del porvenir, y él mismo lo anunció con tal precisión que a veces se creería que lo ha visto, que lo ha tocado, que ha participado en los consejos celestiales. Y precisamente porque conoce los futuros destinos de las sociedades, el poeta debe asumir el papel de conductor social y político. Está dotado del poder de la doble visión, como los profetas de Israel.

En 1821, para reconfortar al que sufre y se desespera, clama:

*Aux rayons d'un ciel sans nuages,
Parmi le myrte et l'olivier,
Là, sourd aux maux que tu déplores,
Le poète voit ses aurores
Se lever sans trouble et sans pleurs.*

Hugo es un profeta en el tiempo en que pululan los profetas de su especie. Todo el comienzo del siglo XIX está saturado de un mesianismo oscuro y fuerte. No son los poetas los únicos que vaticinan; tienen émulos en numerosos prosistas. Después de Lessing, Madame de Staël y Ballanche predijeron una nueva era religiosa; los sansimonianos se creían predestinados por esta profecía y anunciaban a la burguesía la Palabra nueva. Fourier se creía un familiar de Dios y profetizaba como si poseyese el don de la adivinación social en mayor grado que Saint-Simon o que su discípulo Enfantin. Víctor Cousin escribía la teoría de los hombres providenciales; Balzac se comparaba a un sacerdote inspirado por el Señor. Se extiende un difuso socialismo cristiano y algunos de sus doctrinarios se erigen como Mesías ante el pueblo mismo. Todos, sin excepción, prometen un Edén a los pueblos portadores del divino mensaje que ellos mismos les han comunicado. Buchez, Pierre Leroux, Jean Reynaud, Blanqui, tan diferentes unos de otros, hablan como alucinados y pueblan cielo y tierra con sus extraordinarias ideas.

Este profetismo de tinte religioso, del que Hugo fué el representante más significativo, tiene su origen, por paradójico que parezca, en la filosofía bien profana del siglo XVIII: nace de Condorcet, teorizante de la idea de progreso. Condorcet, como se sabe, fué el defensor elocuente de esta idea en un libro célebre que escribió con gran firmeza intelectual durante sus días de proscrito. Lanzado a la acción por espíritus mesiánicos,

todo este profetismo social de tinte religioso tenía como fondo este antecedente profano.

La teoría del progreso expresa una esperanza que nada tiene de austero y puede expresarse en pocas palabras: las sociedades tienen un porvenir terreno de felicidad. Durante toda su vida será Hugo el infatigable y a veces intemperante intérprete de esta esperanza sin límites, el intérprete de la esperanza en una humanidad liberada del crimen y de la miseria. En una palabra, su romanticismo fué un romanticismo social.

Lo que al comienzo de su vida no era más que una vaga y poética aspiración a lo mejor, se precisó poco a poco; el poeta de las *Odas y baladas* de 1822 era en 1862 el prosista tumultuoso y potente de *Los Miserables*, estudio de los ambientes populares. Hugo, que en esta época era ante todo el glorioso autor de bellos versos románticos, ganó un suplemento para su gloria al transformarse en el profeta mundial de una inmensa revolución humana.

De colección en colección, de prefacio en prefacio, prosigue elaborando su teoría sobre el poeta emancipador de los pueblos, sobre el pensador llamado a anunciar la buena nueva de las edades futuras. Y la teoría acabó por adoptar bajo su pluma un carácter tan vigorosamente firme, que puede decirse que Hugo es algo más que su intérprete: es en verdad su inventor. Si todos los poetas contemporáneos suyos se llaman y se creen videntes, ¿acaso no tiene Hugo algunos rasgos del Tiresias bíblico en su expresión sin sonrisa, en su rostro tan seriamente meditativo y que, hacia el cabo de la vida, se exornó de una profética barba? Nadie, ni aun Vigny, el émulo de Moisés, pudo creer en su misión divina con la misma inventiva enigmática ni se habrá expresado mejor que él en palabras dotadas de la resonancia bíblica más extraordinaria.

Tenemos la prueba de ello en estos dos versos de la *Leyenda de los siglos*, sacados del poema titulado "El Abismo":

*Le beau progrès vermeil, l'oeil sur l'azur fixé,
Marche et, tout en marchant, dévore le passé.*

Son numerosos los versos en que se llama profeta:

*La terre me disait: Poète,
Le ciel répondait: Prophète! ²*

² *Hojas de otoño.*

Un poema de *Los rayos y las sombras* se titula "Función del poeta":

*Peuples, écoutez le poète,
Écoutez le rêveur sacré...
Lui seul a le front éclairé...
Car la poésie est l'étoile
Qui mène à Dieu rois et pasteurs.*

Los Miserables están escritos por un "soñador sagrado". Son la epopeya de la miseria; una epopeya escrita por un profeta; una epopeya que no apareció súbitamente—no se insistirá demasiado al afirmarlo— en el firmamento literario. Desde sus comienzos se había inclinado Hugo sobre el sufrimiento del pueblo; buscó los caminos más a propósito para destruirlo, yendo a sus mismos orígenes. Tenía, dijo de sí mismo, "cura de almas",³ el cuidado de todas las almas abrumadas por una suerte adversa, prisioneras de un destino ineludible, abandonadas a sus pobres debilidades. Tiene piedad para los hombres y esta piedad, en la magnífica novela, hizo su gloria y la perpetuó:

*J'ai réhabilité le bouffon, l'histrión,
Tous les damnés humains: Triboulet, Marion,
Le laquais, le forçat et la prostituée...
Je me suis incliné sur tout ce qui chancelle!⁴*

Y es bien conocido el célebre verso:

Oh! n'insultez jamais une femme qui tombe!

Para comprender el profundo sentido de todas estas palabras en la obra de Hugo, hay que ir más allá de la literatura. Esas palabras no son simple literatura. Corresponden a miserias atroces y verdaderas, a dolores que observó, a espantosas miserias que describieron Sismondi y Villermé entre 1819 y 1840. Los historiadores literarios lo olvidan, y al olvidarlo cortan los dolorosos lazos que unen al poeta y al novelista con su propio tiempo.

Es increíble lo que se lee en el *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, de laine et de soie* que en 1840 publicó Villermé. Había allí

³ Prefacio de *Lucrecia Borgia*.

⁴ *Las contemplaciones*.

entonces un proletariado que por su estatura, su longevidad —su corta longevidad—, sus costumbres, su *habitat* en sórdidos tugurios, constituía una nación dentro de la nación. Una nación tan raquítica, escribe Villermé, que sólo por excepción poseían sus hombres la talla y el perímetro torácico requeridos para el servicio militar.

Esta descripción no es obra de un revolucionario o de un teorizante social discípulo de Babeuf o camarada de Blanqui; lo es de un partidario del orden, de un médico a quien sus extraordinarios méritos sociales y científicos valieron un sillón de la Academia de Ciencias Morales y otro en la de Medicina. Las prostitutas que Hugo quería regenerar, arrebatándolas a las tentaciones y a las privaciones que explicaban su caída, las había visto Villermé comenzar su infernal carrera a la puerta de las fábricas, bajo la mirada indiferente, que en ocasiones hasta podría creerse cómplice —sugiere—, de sus jefes, y en su libro les dedica algunas líneas llenas de sorda indignación.

Quisiéramos citar algunas páginas de este extraordinario libro, admirado por Michelet. Nos limitaremos a un breve y significativo pasaje sobre los trabajadores algodoneros del departamento del Bajo Rhin, en los que "es tan profunda la miseria —escribe Villermé— que produce el triste resultado de que, mientras en las familias de fabricantes, negociantes, vendedores de tejidos y directores de fábricas llegan a los veintinueve años la mitad de los hijos, esta misma mitad dejaba de existir antes de cumplir dos años de edad entre las familias de tejedores y obreros. . ."

Al fondo de este espantoso infierno descendió Hugo para escribir *Los Miserables*. Comenzó la novela a los cuarenta años, pocos después de la publicación del célebre *Tableau* de Villermé. Aunque larga y llena de incidentes inverosímiles —como en Eugenio Sué o en Federico Soulié— que a veces exaspera la paciencia del lector, esta novela no deja de ser, sin embargo, por la más singular paradoja, de lectura apasionante. Logró extraordinario éxito en un momento en el que las agrupaciones obreras ya anunciaban —cerca Proudhon— el período sindicalista de un próximo porvenir. Fué traducida a todas las lenguas, hasta al chino. En *¿Qué es el arte?*, Tolstoi escribió que la consideraba como la más bella obra artística del siglo XIX, y el excelente historiador de la literatura André Lebret, que fué profesor en la Sorbona, la definió como "la epopeya del proletariado".

Había que recordar el libro de Villermé para restituir la obra de Hugo a la coyuntura social de su tiempo; lo que se conseguirá mejor recordando la existencia de otros libros semejantes, de fecha más o menos posterior, todos impregnados de la misma tristeza e igualmente consagrados a la descripción del mismo infortunio social; los nombres de sus autores, Louis Blanc, Pecqueur, Audiganne, siguen siendo caros a los historiadores de las ideas sociales.

En los versos de las *Contemplaciones* citados más arriba, no habrá dejado de observar el lector esta identificación: el criminal y la prostituta, el lacayo y el histrión, todos en el mismo rango. Para Hugo no hay más que una clase de miserables: cualquiera que sea su calificación social o jurídica, los caídos, los indigentes, los criminales o las víctimas inocentes del juego de las leyes sociales, obreros, empleados, lacayos, los que carecen de vida familiar o cívica normal, los pobres, todos son seres *miserables* y hacia ellos debemos encaminar la piedad; no la piedad caritativa de la limosna, sino una piedad activamente humana que sea manantial de regeneración.

En la novela están confundidos todos los géneros de miserables: junto al forzado, Jean Valjean, Hugo no teme situar a un policía, Javert, uno y otro abrumados por una sociedad desnaturalizada, aquél empujado al robo para no morir de hambre y éste al suicidio antes que realizar un acto legal pero reprobado por su conciencia.

No sé si es oportuno discutir ahora esta visión social; en la duda, nos limitaremos a observar que en nuestros días ha triunfado una concepción del determinismo social que se aproxima a la visión caballeresca que Hugo tenía de las cosas humanas: sumaria en él, ha tomado el nombre muy generalizado de sociología. Qué idea, hecho, miseria, crimen u obra maestra no se explica hoy, en efecto, en función de la sociedad, marcados como están la víctima, el asesino, el juez y el verdugo con signos sociales que les hacen solidarios de su tiempo tanto en el crimen como en la virtud.

A un célebre escritor católico, el vizconde de Bonald, debemos un mote que gozó de gran boga en los comienzos del siglo XIX y que no deja de citarse: "La literatura es expresión de la sociedad". Hugo dió a esta observación un complemento, una prolongación: no sólo la literatura, sino todo en el hombre es una expresión de la sociedad, costumbres, virtud, la creencia

más humilde de un artesano como el desmedido orgullo del conquistador. Literariamente, Hugo es social; y nunca se insistirá bastante en este carácter hasta lograr arrebatarlo a ciertos críticos que sólo ven en él al retórico dominado por un verbalismo inconsistente. Lejos de ser así, Hugo describió y juzgó con perspicacia y grandeza inigualadas los horrores del régimen que nacía de la gran industria. No fué él quien inventó al miserable, hecho social, pero sí quien lo vió mediante la observación, gracias a esta prodigiosa facultad visual que le permitió pintar los incomparables cuadros que tituló *Cosas vistas*.

Hay una miseria inmensa; nadie es responsable de los actos inspirados —hasta diríamos impuesto— por ella. Tal es el pensamiento de Hugo, que se niega a reconocer culpables en un ambiente en el que reina el despotismo social. En el ladrón, en el asesino, en la prostituta no ve otra cosa que débiles víctimas, presas de la soberana miseria que las anega, las domina y las arrastra como a náufragos en una ola torrencial.

Jean Valjean, el héroe de los *Miserables*, simboliza al pueblo que, en su conjunto, padece esta miseria universal que le envuelve desnaturalizándolo y cegándolo. En unas pocas líneas de lirismo un tanto excesivo, es cierto, describe esta servidumbre popular acumulando imágenes, comparaciones desmesuradas, invocaciones a las fuerzas oscuras que rodean a los personajes de esta negra estampa de encantaciones teosóficas y de alucinantes roces que parece de Rembrandt:

"A través de las enfermizas percepciones de una naturaleza incompleta y de una inteligencia abrumada, el pueblo siente confusamente que algo monstruoso pesa sobre él. En esta penumbra oscura y descolorida en que se arrastra, cada vez que vuelve el rostro y trata de levantar la mirada, ve con terror mezclado de rabia cómo se combina, se afirma y asciende hasta perderse de vista por encima de él, en horribles escarpas, una especie de espantoso amontonamiento de cosas, leyes, prejuicios, hombres y hechos cuyos contornos se le escapan, cuya masa le espanta y que no es otra cosa que esta prodigiosa pirámide que llamamos la civilización. . . Todo esto, prejuicios, hechos, hombres, cosas, va y viene por encima de él. . . , camina sobre él y le aplasta con algo que es apacible en la crueldad e inexorable en la indiferencia. . . Esta sociedad humana, tan formidable desde fuera, tan horrible desde abajo".

Como una estampa de Rembrandt, acabamos de decir. ¿No estamos también ante un grabado de Gustavo Doré, el ilustrador de maderas encantadas de los Pirineos y de fantásticas leyendas del Rhin?

Cómo saldrá de este marasmo el pueblo así descrito. ¿Solo? Nunca. El poeta, es decir, el que sabe y ve, debe tender la mano al que se asfixia bajo esta prodigiosa pirámide que se llama civilización.

El pueblo es Jean Valjean, un forzado al que atribuye un ropaje moral más sólido que a sus jueces. Ayer el pueblo era Ruy Blas, el lacayo que casi fué rey: "el pueblo es Ruy Blas", escribió en el prefacio de ese drama en el que las inverosímiles peripecias más imprevistas toman un extraordinario aire de epopeya.

J'ai l'habit d'un laquais et vous en avez l'âme,

dice Ruy Blas a don Salustio. Este lacayo representa la probidad, el honor y el amor del bien público. Pero no podemos renunciar a la lectura de todo el párrafo en que figura esta analogía para penetrarnos del pensamiento pleno del poeta en su singularidad inimaginable:

"El pueblo, que posee un porvenir pero carece de presente; el pueblo huérfano de padres, inteligente y fuerte, que está en lo más bajo y aspira a lo más alto, que tiene en la espalda las huellas de la servidumbre y en el corazón la intuición del genio; el pueblo, que sirve a los grandes señores y ama, en su miseria y en su aflicción, a la única figura que en medio de esta sociedad que se derrumba representa para él, en un esplendor divino, la autoridad, la caridad, la fecundidad: el pueblo es Ruy Blas".

Este estilo tiene su impronta romántica. Es grandilocuente. Pero, despojado de su pompa oratoria, de esta especie de jadeo pítico que hoy no nos divierten, ¿no encubre acaso una observación bien a tono con las circunstancias? Desde aquel tiempo, en que los sansimonianos, Louis Blanc, Proudhon y tantos otros se inclinaron con inquietud de economistas ante una dificultad que comienza a llamarse el problema social, Hugo distingue el aspecto moral del problema y descubre con lucidez la raíz del mal que padece la sociedad: un pueblo mal pagado, mal alimentado, abandonado sin defensa a los instintos. Con pluma segura ha hecho sentir el peligro que para la sociedad representaba la existencia de determinada deformación social. En

suma, ha hecho legible el libro de Villermé, tan discretamente boicoteado; ha difundido su enseñanza entre la opinión ignorante, gracias a su excepcional capacidad de evocación; en suma, ha hecho visible una angustiosa dolencia social.

Habló del pueblo puesto a buen recaudo en baños y arrabales y habló también de los pueblos agobiados bajo feroces dictaduras. Se ganó la amistad de los defensores del principio de las nacionalidades, cuya importancia era entonces tan peligrosamente desconocida en diversos países europeos. Hugo vino en socorro de esos grupos:

*Oh! la Muse se doit aux peuples sans défense.
J'oublie alors l'amour, la famille, l'enfance.
Et les molles chansons et le loisir serein,
Et j'ajoute à ma lyre une corde d'airain.*

Hay que insistir en el hecho de que Hugo escribe en el tiempo en que se afirma vigorosamente el principio de las nacionalidades. Pensaba en Hungría, en Polonia, en Irlanda; y trabajando por difundir la idea de la paz entre los pueblos es como pensó en trabajar por su liberación. En 1849, en efecto, presidió un congreso pacifista, con la autoridad moral que le daba su amorosa y constante consagración a la paz y la libertad. En este congreso expresó la esperanza que nuestro tiempo trata de realizar con tantas dificultades: los "Estados Unidos de Europa".

Cuando el golpe de Estado de Napoleón Bonaparte en 1851, Hugo abandonó Francia, prefiriendo el exilio, un exilio que fué duro y largo (hasta la derrota de 1870), a los favores y halagos con que el emperador no hubiese dejado de colmar a un adversario arrepentido de tanta importancia mundial:

Je resterais proscrit, voulant rester debout.

Desde lo alto de sus residencias insulares, a través de las ventanas y los balcones de Marine-Terrasse u Hauteville-House, desde Guernesey o Jersey, los lugares de destierro, fiel a su confianza juvenil en un futuro que no puede defraudar a la espera del hombre, con su fe en la liberación última que nunca le abandona, puebla de visiones liberadoras la soledad de sus noches y sus días:

*Car le passé s'appelle baine
Et l'avenir se nomme amour!⁶*

⁶ *Les Châtiments.*

Como Saint-Simon, como Pierre Leroux, como Lamennais, Hugo cree que esta inmensa miseria, necesaria consecuencia del progreso, desaparecerá. Unas líneas extraídas de los *Miserables* muestran hasta qué punto se hallaba penetrado de esta idea:

"El progreso es el modo del hombre. La vida general de la especie humana se llama progreso; la marcha colectiva del género humano se llama progreso. El progreso avanza".

Y afirma que la humanidad no podrá eludirlo: "El brote futuro, el próximo brote de bienestar universal es un fenómeno divinamente fatal".

¡Qué confianza! ¡Qué robusta esperanza!

Víctor Hugo no fué socialista en el sentido que han dado a esta palabra las luchas de nuestros días. Creía haberlo sido, o por lo menos así lo declaró un día, en 1869, en otro congreso pacifista que se celebró en Lausanne. Fué sencillamente social, social indefinido.

BIEN puede honrarse en todo el planeta la memoria de un hombre que con tanta energía anheló un futuro feliz, que fué sobre todo tan clarividente acerca de la incidencia humana de las calamidades sociales, que fué tan tenaz en su respeto de la persona humana. Bien podemos abandonarnos sin reservas a la admiración, ya que su obra puede al fin ser liberada hoy de las críticas de quienes en otro tiempo la castigaron calificándola de sueño vano. Situada en sus propias circunstancias de tiempo, pese a exageraciones y desfallecimientos, mejor vista, mejor estudiada, la obra ha encontrado la justificación que apoyaba en hechos su filosofía y confiere a su autor la nobleza de una gran virtud cívica.

No se pida a Hugo lo que no podía darnos ni pensar en darnos. En momento alguno concibió un proyecto de reorganización social. En sus discursos y escritos no vertió otra cosa que apelaciones sociales a la sensibilidad de sus oyentes y lectores. Se redujo a desarrollar con elocuencia los principios, muy generales, que le parecieron más favorables a la libertad y a la difusión de las luces. Nunca penetró en la economía, de la que ignoraba las leyes y los resortes: no estaba allí la materia de su genio. No puede reprocharse esta abstención a un hombre de natural literario, poético, a un soñador que sólo por

vía de la imaginación podía llegar a los sufrimientos originados en la inquietante economía de su tiempo. Como Lamennais, dotó de una voz poderosa esos sufrimientos, dejando a otros el cuidado de trabajar, según la impresionante fórmula de Proudhon, en la creación de una "ciencia de la miseria".

UN ABSOLUTISTA A DESTIEMPO

SOBRE EL "BOLIVAR" DEL SEÑOR DE MADARIAGA

NO se trata, no, de un caso semejante al de "El Cristo de Velázquez", en donde, por divina que sea la personalidad del uno, la capacidad recreadora del otro construye una personalidad y capta una expresión desde ese punto memorables. El "*Bolívar*" de De Madariaga es una invención hecha de los más discutibles —sí discutibles— materiales, entre ellos, precisamente, las Memorias y Relatos de los peores enemigos del Libertador, enemigos confesos, cuya inquina no se alimenta de misterio, sino que se ostenta a plena luz. Ya, desde el "*Cuadro Histórico de las Indias*" se echaba de ver, con innegable claridad, los mal disfrazados resabios racistas del señor De Madariaga. El propio término de "teodemocracia" con que califica al gobierno español en América, y que, con excesiva generosidad, alaba Waldo Frank en su reciente "*The Birth of a World*", sugería ya muchísimo: en puridad de verdades era como echar las campanas a vuelo por el advenimiento de la tesis de "la soberanía de la inteligencia" que un paisano mío, y clérigo, don Bartolomé Herrera, puso en circulación allá por 1846, o sea cien años antes de tan intempestiva reedición. Decía don Bartolomé, escuetamente sumarizado, que Dios es el origen del poder, pero que, padre de todos, transfiere su potestad al pueblo, quien, a su turno, por acta electoral, lo endosa al Jefe del Ejecutivo, de suerte que, si bien éste no tiene por único confidente a Dios, no debe olvidarse que esa relación, mediatizada por el pueblo, conserva ciertos rasgos de su primitiva intimidad. Por cierto, tal género de teorías se acercan mucho al ultramontanismo (de que fué campeón Herrera) y, claro está, al colonialismo, o sea que el señor De Madariaga, en forma indirecta o no, ha encuadrado el tiempo americano según los cánones de semejante doctrina. América vista desde el ángulo ultramontanista-colonialista-racista-neoprovvidencialista tiene que producir el efecto reflejado en "*Cuadro histórico de las Indias*", y, naturalmente, Bolívar, si no un solemne pillo o un redomado hipócrita, debe aparecer como un oportunista sin alma, un ambicioso sin programa y un Libertador que, en conmovedora audiencia ante el señor De Madariaga, comparece contrito, humillado, casi balbuceante, para confirmar a su nuevo exégeta y decir al público,

movido por los visibles hilos de un Maese Pedro, ávido de que le confundan con Luis Candelas: "Señores y señoras, no crean en mí; yo no soy Libertador, porque no me liberté a mí mismo, ni a nadie, dicho sea de paso. Conque, a rezar a otro altar y sahumar a otro santo, a aquel que señale mi amo y señor. . ."

¡Un poco demasiado simple, tan barata escenografía! . . .

Yo no soy un bolivarista "enragé". Recuerdo que, estando muy joven, tuve mi pequeño entrevero con un pariente del héroe, en Lima, por haber yo empleado el excesivo término de "mulato genial" para calificar a don Simón. Con el tiempo corrido, mantengo el segundo vocablo, no el primero. Mas, ello explicará por qué, empezando a leer el libro del señor De Madariaga, al verlo referirse a los posibles entronques indio o negro (remotos, pero probables) del Libertador, sentí atraído por la obra.

Media otra circunstancia. Mi generación fué educada, en Perú, en el criterio de que José de San Martín fué el verdadero emancipador de nuestra Patria, y que Bolívar, si bien coronó la empresa, se hizo pagar muy caro (con dictadura, presencia oprimente de tropas no peruanas, gastos cuantiosos, cercenamiento de Guayaquil y secesión de Bolivia, nada menos), los esfuerzos y sacrificios realizados por él. Inclusive, siendo universitario, publiqué un folleto, texto de una conferencia, en donde me pronunciaba muy en contra de muchos actos de Bolívar. Recorrí más tarde los países bolivarianos, rehaciendo a caballo y en barquichuelo, la ruta del Libertador; recorriendo sus parajes predilectos; crecida notablemente mi veneración, nunca pude compartir la opinión de quienes lo juzgan divino más que humano, ni me inclino a excusarlo todo en él, sino, al contrario, me gusta verlo defectuoso para relieves sus virtudes. Los hombres todos somos Día y Noche, barata filosofía, sin excluir al señor De Madariaga que, en esta obra, nos ha regalado no más que con su abundante sombra. Digo, pues, que jamás he pertenecido a la beatería bolivariana. De ella me separa mi concepto relativista de la historia y mi arraigado respeto a los vicios y debilidades del hombre, como necesaria contrapartida y hasta cuna de sus virtudes y excelencias. Sin embargo, el libro del señor De Madariaga excede con mucho el equilibrio. Lo peor de él, a mi juicio, no está en cuanto se refiere a Bolívar, sino lo que toca a su método histórico, porque, desvalido éste de probanzas incontrovertibles, queda en tela de juicio la obra entera. Sería pueril explicársela, como alguien ha insinuado, por una especie de aplicación orgánica de un principio tautológico; en su libro *Espanoles, Ingleses y Franceses* De Madariaga habría descrito el carácter español como esencialmente "envidioso", de

donde se obtendría la conclusión de que la "envidia —féisima pasión— habría guiado su pluma en esta oportunidad. Demasiado hiriente, rebuscado y sencillo el argumento. Además, el español puede ser soberbio, pero suele mostrarse generoso. Los hay pálidos y rubicundos, o sea envidiosos y plétóricos de sangre y vida, casi siempre convencidos de que "su" verdad es la verdad, lo cual amengua, salvo excepciones felices y formidables, la disposición general para la apreciación objetiva, tan requerida y requerible en el presente caso.

"Mi" explicación —no "la" explicación— difiere de aquélla, consignada en cierto artículo del "*Boletín de la Academia de la Historia* de Caracas, dedicado al poco humanitario fin de evidenciar las equivocaciones del *Bolívar* de nuestra referencia.

De Madariaga salió de España hace muchísimo tiempo; probablemente, si no yerro, antes de 1918; es decir, hace más de treinta años. Sirvió a la Liga de las Naciones, una de esas oficinas "internacionales", donde los funcionarios suelen desnacionalizarse sin internacionalizarse exactamente. Ha vivido y vive en Londres, y hasta entiendo que entroncado con familia británica. Ha trabajado o trabaja para la British Broadcasting Corporation. Por su pensamiento debió de estar al lado de los republicanos de su país. Por las circunstancias no pudo definirse muy notoriamente. Hoy no sé si podría volver a España, o si podría volver con la libertad que él quisiera; o sin las implícitas condiciones que él rechazaría, pero, el hecho es que es un desterrado en el sentido etimológico de la palabra, en este sentido que Unamuno negaba pudiera estarlo un español: sin-tierra, sin-su-tierra-, "sin-tierrado", diríamos. Por propia experiencia sé lo que ello duele cuando se pasó el primer gran tramo de la vida y, posiblemente, muchísimo más, en el último. Se apodera del "desterrado" una angustia espantosa por afirmar su "en-tierramiento". Desea convencerse de que su tierra es efectivamente su tierra, aunque le falte bajo los pies, y, por lo mismo, la busca sobre sus ojos, o más allá de sus manos, supliendo con afirmaciones verbales y sentimentales la falta de realidades tangibles. Suele en tales casos producirse un rabioso, tardío y conmovedor nacionalismo. Uno quiere congraciarse con la imagen de la Patria distante, como si ésta le exigiera algo y no le debiera ninguna reparación: la ternura de los viejos para con la madre longeva. Por otra parte, si se vive en tierra, no sólo extraña, sino alguna vez hostil, deberá experimentarse el ansia de vencer a todos de que la convivencia sólo es de aspecto pasajero, individual en cierto modo, sin tocar las raíces de la personalidad más profunda; en suma, que estar en Inglaterra no implica solidarizarse con la política inglesa contra España, de quien se está

lejos, disociado materialmente. Todo lo cual, juzgado sub *specie* eternitatis, conduce a una innegable posición —muy a contramano, si se quiere—, a una innegable posición de rabioso nacionalismo y ultramontanismo, y, como no se puede enderezar todos los palos contra Inglaterra, segundo hogar, pues se los descarga sobre Bolívar y Miranda, los anglófilos (*cela-va-sans-dire*) de 1800. Encuentro humanamente lógica la posición del señor De Madariaga; pero históricamente, no. La Historia tiene sus propias exigencias, como disciplina científica y como experiencia política, moral y social. Es lo que conviene aclarar aquí.

Las fuentes:

EN la abundante bibliografía en torno de la figura y la obra de Bolívar, existen dos lados: la leyenda negra y la leyenda dorada. Los más entusiastas detractores sistemáticos del Libertador, son H. Lafayette-Ducoudray-Holstein, quien escribió unas *Memoirs of Simón Bolívar*, en dos volúmenes, publicadas en Londres, 1830, o sea al morir el héroe; G. Hippiisley, autor de *Narrative of the Expedition to the River Orinoco and Apure in South America*, editado en Londres, el año de 1829; el ultramontano y monárquico (y pastuzo) don José Rafael Sañudo, padre de unos enconados "*Estudios sobre la Vida de Bolívar* (Pasto, 1925) amén de la contradictoria y vehemente *Autobiografía* de Obando, sobre quien penden tantas acusaciones y culpas no veniales. Ducoudray-Holstein y Hippiisley confiesan haber tenido disgustos con Bolívar, circunstancia que, si bien es recogida por De Madariaga, no le priva de abrigarse con tales testimonios, confesamente inválidos o recusables, para todo lo que sea ataque contra el Libertador. No le habría hecho falta sino seguir la labor de escarmenamiento, con ánimo adverso, que don Juan Pedro Paz-Soldán realizó hacia 1922, en dos tomos de unas llamadas *Cartas históricas*" (Lima), donde, espigando en O'Leary, Larrazábal, Perú, Delacroix, etc., trata de presentar sólo el aspecto censurable, la concupiscencia, la ambición y la egolatría de Bolívar. Dejando de lado la faz documental, y convirtiéndola en verde relato propio, es como ha surgido el libro de De Madariaga.

Claro está que existe una leyenda dorada, a la que representan O'Leary, Larrazábal, la *Gaceta del Orinoco*, en ciertos aspectos Restrepo, y, ya ahora, Blanco Fombona y don Vicente Lecuna. Cuando a tales fuentes se refiere, De Madariaga empieza descalificándolas de una manera directa o indirecta, si bien no menciona a Fombona, que mucho aportó (aunque fuese apologísticamente) a la bibliografía de Bolívar,

y trata de desvirtuar con aparente cortesía algunas aseveraciones de Lecuna. Pero, a Larrazábal y a O'Leary los disminuye (o trata de disminuir), los enreda en cabildeos no muy decorosos, y, luego, contradice sus testimonios ya debilitados hasta el máximo.

Como veremos más adelante, este sistema doloso, ya revelado en el *Cristóbal Colón*, a quien pretendió adjudicar una progenie hebraica lo cual ha sido deshecho documentalmente por el señor Armando Alvarez Pedroso, en el número 15 de la *Revista de Historia de América* (México, 1942), y, con cierta ironía, por S. E. Morrison, en su vigoroso *The Admiral the Ocean Sea*—, llena las necesidades de un novelista, mas no las de un historiador. Parece ser que De Madariaga escribiera sus libros no como resultado de una investigación, sino que investiga para escribir un libro destinado a probar determinada conjetura o prejuicio. En otros términos, no plantea una hipótesis que, luego, somete a la acción de los hechos; sino que menciona solamente los hechos que pueden confirmar su hipótesis. Y como todas estas hipótesis descansan en su urgencia inconsciente de repetirse a sí mismo que nunca dejó de ser español y que nunca se entregó a Inglaterra, todo cuanto adjudique a sus personajes novelísticos (no históricos ya) debe ser con vista a que semejante proposición quede ampliamente ratificada. Con tal de que nadie dude de que él sigue siendo español y que no se rinde al largo hábito británico... pues ¡que se mojen los americanos! Nosotros resultamos pagando las cuentas psicológicas del señor De Madariaga, en forma y manera francamente desproporcionadas. Hasta sería preciso, refiriéndose a Cortés, resucitarle a Bernal Díaz del Castillo, cuya apreciación sobre la influencia de la meznada en la conquista americana suele ser más científica y moderna, sin pretenderlo, que muchos autores modernos y "científicos".

Algunas contradicciones ejemplares

DE Madariaga, olvidando que la Revolución emancipadora se hizo sobre la base generalizada de que había un interés de los "Americanos", o "Españoles Americanos", o "criollos", distinto al de los españoles, o españoles europeos, o peninsulares (o chapetas, o gachupines, etc.), censura a Miranda (tomo I, p. 187) porque, dirigiéndose a Pitt, aludiera a la posibilidad de que "Gran Bretaña debilitara a sus enemigos", y se rasga las vestiduras (De Madariaga) afeando al Precursor esa oferta que equivaldría a que "unos ingleses desterrados en el siglo XVII" instasen al Rey de Francia a que tomase por base la Isla de Wight para atacar a Inglaterra, a pesar de que Francia había arrebatado

recientemente tal isla a esta nación. Sin ser exacto el símil, conviene no olvidar que hubo españoles que, en 1820, pidieron la ayuda de Francia, a pesar de que Francia no hacía mucho invadiera la Península; y que otros no tituberon, en 1936, en permitir que tropas italianas y alemanas combatieran a sus hermanos en el propio territorio. Mas, el mismo De Madariaga advertirá (I, p. 217) que el pueblo español "se inclinaba hacia los franceses" por odio a Godoy; en el mismo tomo I (p. 220) destaca las metamorfosis del sentimiento hispano respecto de Inglaterra y viceversa, todo lo cual prueba que, en política, y cuando se trata de una empresa tan ardua y seria como la de alterar violentamente el ritmo de la tradición, nadie se detiene a reparar en la lógica de los estáticos, sino que pone en juego una dinámica lógica creadora, típica de todo combatiente. Si reproche merece Miranda por aquella oferta a Gran Bretaña, enemiga de España, bajo el supuesto de que Miranda era "un español", ¿qué decir, leyendo el tomo I, página 283, de la obra comentada, cuando se nos presenta al "español europeo" Francisco Iznardi, formando parte del cuerpo de diputados venezolanos? Más adelante no halla necesidad de malsonantes epítetos para juzgar el viraje de la Regencia española, en sus relaciones con Castreagh, sustituto de Pitt y Melville, y ratifica que "(la Regencia)" había intentado además subordinar la mediación británica a la condición de que el Gobierno británico cooperaría activamente a reducir a los rebeldes por la fuerza, de fallar la mediación" (tomo I, p. 498). De suerte que Miranda obraba mal buscando ayuda británica para libertar su patria venezolana, de España; pero la Regencia española no hacía ni bien ni mal condicionando sus relaciones con Gran Bretaña a que ésta cooperase a sofocar el levantamiento de los americanos. El método objetivo no muestra grande acierto en este punto.

No es el único caso.

En el tomo primero (p. 87) asegura que Bolívar "solo aprendió el francés". En el tomo II, p. 63, le concede el dominio del inglés... también. Acusa a Bolívar, cual si fuera un pecado irredimible, por haber usado el armisticio con Morillo (II, p. 104) como "un mero ardido de guerra"; cinco páginas más adelante (II, p. 109) asevera: "Morillo no se dejaba engañar por los ardides del adversario", con lo cual destruye los efectos de lo anterior, salvo en ese celoso terreno de "disparar primero, señores ingleses" que no practicó ninguno de ellos, como lo atestiguarían, entre otros, los nombres ilustres de Caldas y sus compañeros de martirio, y el de Policarpa Salavarrieta, mujer al fin y al cabo, ejecutada por tan intachable guerrero hispano. En otro pasaje (II, 62) describe, por boca de otro, a Bolívar en campaña, desnu-

do, en una hamaca, dictando sus órdenes; como tal austeridad pudiera conmover en pro del Libertador, dos páginas más adelante (p. 64) lo presenta en una especie de *delirium tremens*, rompiendo copas, en lo cual insiste cuando Bolívar y Morillo, más grandes que sus menguados exégetas, cambiaron abrazos, palabras de amistad, tragos de vino y hasta besos, ante la perspectiva de sembrar al fin la paz.

De Madariaga no se deja arrastrar por tales extremos. A él no le interesa la emoción de los Capitanes, ni la Independencia de los pueblos, ni el encontrado testimonio de los historiadores: él, desde la primera hasta la última página, tiene que cumplir un plan, cuyos puntos fundamentales son los siguientes:

a) La familia de Bolívar era viciosa, de mezcladísimas razas, explotadora de esclavos y debía estar agradecida a España porque le "permitió" enriquecerse en América;

b) Simón Bolívar fué un casquivano o calvatrueno, sin ninguna ideología, a quien debiérasele reprochar haber olvidado que era teniente del Rey, omitir tal título que, sin embargo, imprime carácter y hace irremediamente español y absolutista a quien lo haya sido (lo cual calza a San Martín);

c) Napoleón fué el motivo obsesionante de la vida de Bolívar, así como de la de San Martín, O'Higgins, Miranda, etc. Imitarlo fué toda la preocupación de aquéllos;

ch) Todos los personajes del lado de la Independencia fueron tarados, traidores, incompetentes, desleales, intrigantes, sin imaginación, sin escrúpulos, crueles, etc.: véanse los "retratos" madariaguenses de Bolívar, Miranda, Nariño, Zea, Ribas, Soubllette, Mariño, Córdova, el mismo Sucre, San Martín, Monteagudo, O'Higgins, Alvear, Pueyrredón, etc.

d) El testimonio de los enemigos de Bolívar, ya mencionados, más el libelo de Riva Agüero (que no se atrevió a firmar con su nombre y que se publicó un cuarto de siglo después de la muerte del Libertador, y con pseudónimo, insisto), resulta artículo de fe, no obstante que el bisnieto de Riva Agüero, el notable historiador españolista José de la Riva Agüero y Osma (1885-1944) repudió el documento de su antepasado en 1910 y 1913;

e) La Guerra de la independencia fué "una guerra civil", título nada original, pero, sí, engendrado por la escuela tiranista o dictatorialista de Arcaya y Vallenilla-Lanz, la cual de allí extrajo la infamia del "gendarme necesario", que bien pudiera aplicarse al Generalísimo Franco, cual se aplicó al "benemérito general" Juan Vicente Gómez;

f) Bolívar fué un obseso de la mujer, en cualquier circunstancia, por lo que toda versión al respeto (incluyendo la nunca probada sobre su salvación del atentado de Jamaica por haberse refugiado en los auspiciosos brazos de una dama), se da por incuestionable. Desde luego, Manuela Sáenz aparece como una vampiresa *up-to-date*. El caballeroso historiador no ahorra ninguna turbia circunstancia para describir—según los peores rumores—, la vida privada de Manuelita. Esta parte de la obra tiene un pronunciado olor a indecoro y alcahuetería, pero... no tanto contra la dama y su amante, sino contra otra persona más próxima a nosotros;

g) A pesar de que no puede omitir testimonios, según los cuales Bolívar era más bien sobrio en beber y nada fumador, trata de sugerir que era poco menos que un borracho, de acuerdo con el póstumo infundio del anagramado Riva-Agüero;

h) Bolívar careció de todo don político; sólo pensó en mandar, ante semejante aspiración no trepidó en ningún medio; usar fuerzas auxiliares extranjeras le facilitaba sus fines. Madariaga no menciona el hecho de que, después de la derrota de Napoleón (como ahora, después de la Segunda Guerra Mundial), los soldados sin uso en el campo de batalla tratan de ocuparse en menesteres bélicos;

i) Comete una pequenísima omisión, cuando alude a los horrores realizados en América: no describe, con los detalles truculentos que en otros casos le entusiasman, el suplicio de José Gabriel Condorcanqui, ajusticiado ante su mujer y su hijo, en la forma más espantosa, por orden del Visitador Areche, en 1781. Tampoco resulta el contenido popular de la rebelión de los comuneros de Corrientes, Socorro, y la moda de hacer revoluciones "a la francesa" patente en Coro, Puerto Cabello, Haití, etc., hacia 1790 y después;

j) Rebaja de tan grosera guisa los actos militares y políticos del Libertador, que ya no provoca a protesta sino a sincera piedad, pues una cosa es criticar y otra vejar, o esforzarse en hacerlo. La historia puede ser adversa y severa, pero nunca confundirse con el libelo.

k) Todo lo hecho por criollos, indios, negros, mulatos, mestizos, no posee mérito alguno. España es lo único valioso de América. Subyugado por un racismo jingoista y frenético, De Madariaga cae en continuos renuncios. No se requiere ser muy atento para darse cuenta del regocijo, del deleite con que se relame cuando escupe "mulato", "pardo", "tenía sangre de indio", bien sea refiriéndose a Brion, a Piar, a Monteagudo, a Ribas, a Padilla, etc.; lo cual explica entonces la razón por la cual, en los primeros capítulos, da "por probado", sin probarlo, que Bolívar tuvo de indio y de negro; y aunque a mí esto

me parecería excelente, cuando no existen pruebas en qué afianzarse, resulta falaz decir "no cabe duda", "está probado", "es obvio", etc.; y debe uno contentarse con un humilde y sincero: "es muy posible", "parece probable", expresiones sagaces sin conflicto con la verdad "probada" a que se atiene la historia.

Mas, a la medida que enuncio los rasgos antedichos, caigo en la cuenta de que mejor sería una brave enumeración textual. Si no fuera por el renombre del autor y la trascendencia actual del protagonista, cuyos grandes méritos en el pasado están opacados por su mayor significación en el presente; a pesar de la cuantía y altura de los primeros, digo, habría bastante con lo apuntado. Conviene, empero, ofrecer al lector más objetivas y palmarias pruebas de la anacrónica y delatora tendencia de este libro, escrito para desahogar propias limitaciones, a través de un héroe extraña y patológicamente odiado por quien hubiese querido verlo fracasar aunque sea a destiempo.

Anecdotario de un libro "objetivo"

PORQUE, dado el renombre literario de De Madariaga, su *Bolívar* puede tener ciertos alcances impropios, juzgo necesario parar mientes en otras afirmaciones del autor, con lo cual se tendrá un cuadro aproximado de su inspiración, rumbo y fines.

a) *¿Edad climática o falta de hidalguía?* Se recordará que, a raíz de la aparición de *La Gloria de don Ramiro*, por Larreta, otro escritor argentino, "Martín Aldao", publicó un folleto, después un libro, acerca de los deméritos de dicha novela. Acertado a veces, desacertado en otras, dejó establecido un punto ingenioso y cuasi irrefutable: que el personaje, don Ramiro, no representaba a la hidalguía española y, por tanto, cuadraba mal como protagonista de "una vida en tiempos de Felipe II", el siglo de la caballería. Se basaba Aldao en que lo que llamaríamos hoy el "récord" de don Ramiro ofrecía los siguientes aspectos negros: seducir a la mujer del campanero, que fué su verdadero tutor: atisbar las piernas de su prima Beatriz, muy a la traidora, cuando ésta se mecía en el columpio; burlar su fe cristiana enamorando a una morisca, Aixa; faltar a su fe de caballero, entregando a la hoguera a la dicha amante moruna, y, por último, escaparse a las Indias con el requebrado propósito de huir de su conciencia, como si ésta sufriese los efectos de los cambios climáticos. . .

No podría decirse tanto del señor De Madariaga, pero en tocante a principios de valoración histórica, superestimación de lo episódico,

aquilatamiento excesivo de lo "verde", *innecesaria* exhibición de no siempre comprobadas (ni mucho menos) flaquezas de damas de pueblo y corte, exasperada y sospechosa fizgonería de los coitos o arrumacos de Bolívar y San Martín con mujeres de aquí y de allá; todo eso forma una capitosa y quizás más que deliberada, inevitable atmósfera, tentadora para el psicólogo y el sexólogo antes que para el historiador; si se aplican al que escribió la obra que comentamos.

Veamos casos:

Tres largas y nutridas páginas, más un pintoresco manojito de documentos apendiculares, llena el relato de las agresividades (perdónese el plural) de don Juan Vicente Bolívar, padre de don Simón, contra una tal Margarita Becerra, una tal Josefa Rosado, etc. (I, 69-72, y apéndice al tomo II). No viene al caso la "delectación morosa" ante semejante rasgo cuando hay tantos otros más decisivos y decidores.

Describe la niñez y adolescencia de Manuelita Sáenz con tintes de marcada pornografía, introduciendo un inesperado sabor a Pitigrilli (cuando mucho) o más bien a Alvaro Retana, Ibo Alfaro o el viejo Paul de Kock, en esta historia que debía ser clara y franca, pero no retorcida ni prejuiciada. Recordemos una línea: se refiere a que Manuelita se entregó (De Madariaga lo atestigua) a D'Elhuyer siendo una moza, y que la madre "Doña María trató de *zurcir el siete*, casando a la niña"... (II, 206). No se puede negar que la expresión es científica, objetiva y elegantísima. Luego, adquiere singular relieve el tremendo problema de establecer si el doctor Thurner, esposo de Manuelita, fué bobo o simplemente ciego de amor, o flemático, y si el señor d'Elhuyer volvió a compartir el lecho de Manuelita, etc. Tan graves asuntos históricos abundan en las páginas de la obra.

He aquí otro pasaje nada caballeroso, ni necesario. Bolívar tuvo unas amigas en Guayaquil, toda una familia con la que conservó larga correspondencia. Si se acostó con la madre o alguna de las hijas, o con ninguna o con todas, nada tuvo que ver con su historia política, y muy poco con sus decisiones privadas. Sin embargo, De Madariaga nombra a Carmen Garaycoa, una de las muchachas, diciendo que "fué tierna amiga de Bolívar, pero hasta qué punto llegó la intimidad en este caso es cosa bien arriesgada" (II, 221). Pues, lo menos arriesgado habría sido no sugerir algo que es "cosa bien arriesgada" probar, y sobre lo cual sólo hay inferencias maliciosas, sin que esto trate de paliar en lo menor otras aventuras del Libertador, hombre como cualquiera y sujeto a aplauso o censura.

En otra parte, se deleita transcribiendo las palabras soeces de un ayudante, Pérez, sobre la Marquesa de Torre Tagle, del Perú, quien

según la versión (que De Madariaga acoge como al desgaire, pero sin tristeza ni censura ni el menor atenuante) se entregaba a su marido, el Marqués, y a un joven ayudante de éste, a quien no se nombra (II, 315). Sin quererlo, De Madariaga agravia inmotivadamente dos veces a la misma familia actual, los Ortiz de Zevallos y Vidaurre, descendientes de los Tagle, pues describe al prócer don Manuel Lorenzo de Vidaurre, no luciendo otro título para merecer la gracia del Libertador, que haberse "puesto en cuatro patas" (II, 316) para recibir a Bolívar en Cuzco. Parece ignorar otros "méritos", muchísimo menos pedestres de don Manuel Lorenzo, hombre versátil y desleal, pero de brillantísima inteligencia, amplia erudición y autor de algunos libros de significación, entre ellos "*El Plan del Perú*" y "*Cartas Americanas*" (Filadelfia, 1822).

La edad conduce a aureolarse de respetabilidad o a caer en tardía licencia, aunque sólo sea de lenguaje. Tal sería el caso que aquí se comenta, y ello no atañe un adarme a la veracidad de la obra.

b) *Cagliostro, la monarquía y otros asuntos*. Los historiadores refieren y juzgan lo que comprueban; desde luego, no les está prohibido, ni mucho menos, imaginar, siempre sobre sólidas bases y dentro de cauces lógicos; mas, en tal circunstancia, es su deber dejar bien en claro lo que en sus asertos hay de verificado o de meramente posible. Generalmente, en semejantes casos, se utilizan expresiones como "Puede imaginarse que...", "Tal vez pudo ser que...", "Es una posibilidad pensar que...", etc. Nada de esto se compadece con el afirmativismo connatural de De Madariaga. Para él, la historia no tiene problemas ni secretos. Todo está claro, muy claro, con hechos o supuestos; lo esencial es afirmar. Buen lector de Eça de Queiroz, y muy de su época, sabe la eficacia de la afirmación categórica de donde, según el autor de "*La Reliquia*" surgen religiones y sistemas.

En 1819, dice, "Bolívar iba huyendo de Páez y en busca de San Martín". Difícil lo uno y lo otro. Como frase oratoria, no mala; como hecho histórico, no buena. En 1819, y aun hasta septiembre de 1820, San Martín no se perfilaba claramente como una "amenaza", si lo fué, a la "ambición napoleónica" de Bolívar. (II, 131). Tratando de los propósitos monárquicos de San Martín, De Madariaga estampa esta frase "Es casi seguro que Bolívar (que así lo pensaba) estaba en lo cierto" (II, 219). (El agregado entre paréntesis es mío). Difícil marchar por las rutas de la historia con tan peregrinas frases adverbiales: "es casi seguro". Lo que es "casi seguro", no es seguro ni probable, por tanto su acogida, si permisible, debe ser más explícita: "parece probable", "Podría inferirse", etc. Pero, en este caso no se infiere nada.

Otra referencia sibilina o cagliostresca sobre Bolívar: "En el fondo lo que le roía las entrañas era la insinceridad *secreta* de su vida *pública*" (II, 267). Aparte de que una insinceridad en la vida pública obviamente debe ser secreta para ser eficaz, estos esguinces psicoanalíticos pertenecen al campo de la novela biográfica, de la novela histórica o, simplemente, del libelo. En otra parte, refiriéndose a la batalla de Junín, estampa: "el susto que (Bolívar) se habría llevado en Junín" (II, 291), otra afirmación novelesca o libelesca, para la cual carece de todo fundamento, excepto el concurso de los poderes sobrenaturales, si los hay; y, si lo hay, si se entrometen en tales menesteres.

Para descartar cualquier duda sobre el lamentable y tardío hecho de que el señor De Madariaga le duele hasta hoy la Independencia Americana, bastaría que el lector leyese su relato e interpretación de la batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824) en que el Virrey Laserna capituló ante las tropas patriotas. Urde una curiosa y rocambolesca trama masónica, y, para sostener que dicha batalla fué un "arreglo", como diría un deportista de hoy, o una comedia, se apoya en una expresión de Valdez, quien habría dicho, sin más refrendación: "Dígale a Monet que la comedia ha terminado" (II, 301), o cosa así. Aparte de que un solo testimonio no puede destruir una montaña de documentos, y de que una divagación al modo de Edgar Wallace, Alejandro Dumas y Agatha Christie no consigue destruir no sólo una tradición histórica, sino un razonamiento lógico efectivo, ocurre que la expresión "la comedia ha terminado" es perfectamente aplicable a ese y otros sucesos similares. Sería ofensivo pensar al señor De Madariaga ignorante de que el giro "Acta est fabula" o "La Commedia é finita" son usuales en castellano, esta última traducida literalmente, con lo cual se quiere decir que una trama cualquiera ha llegado a su término, y que se debe correr el telón. Equivale a "Ha caído el telón". Lo demás son floreos hispanólatras de don Salvador, muy respetables y hasta laudables, siempre que se piense en términos domésticos, muy domésticos y un poquitín falangistas. Pero, la nostalgia, los años, el desasosiego nacional, provocan tales reacciones, lastimosamente enderezadas contra quienes ninguna culpa tenemos de ello, y, antes bien, quisiéramos todas las dichas y libertades del mundo para España ayer y hoy; y juzgamos que la independencia nacional, por aherrojadas que se hallen las seguridades colectivas e individuales, vale más, siempre más, muchísimo más que éstas cuando no se posee la soberanía. Pero, en este punto, recuerdo que el señor De Madariaga (II, 23), en su ánimo de denegar todo derecho y razón a Bolívar y a nosotros, los americanos, considera uno de dos prejuicios, creer que

"la república es progreso sobre la monarquía". A pesar del singularísimo caso británico, el siglo *xx* responde elocuentemente a este "prejuicio" alegado por el brillante y pintoresco autor del nuevo "*Bolívar*". No obstante, él encuentra muy mal que Bolívar pudiese haber sido... monarquista, lo cual por cierto, se halla respaldado por un científico "se asegura", expresión muy apropiada a la sección chismes (o de "*On dit, on dit*") de algunos diarios políticos. Las palabras del autor son en este caso las siguientes: "*Aseguran* que iba a proclamarse Simón I" (II, 18). A pesar de ello, las correcciones subsiguientes, de considerar a Bolívar un "rey sin corona" y un "monócrata", pertenecen al mismo Madariaga, y son, sin duda, más juiciosas y certeras que todas sus otras fantasías al respecto.

c) *Nada con la Independencia*. De Madariaga insiste una y otra vez en que la Revolución de 1810-1824 fué un movimiento meramente *separatista*. Pero, no sólo eso, sino que pretende enrostrar a Bolívar el haber prescindido en cierta solicitud al Capitán general de Caracas, de su título de militar del rey. Parece ser que Bolívar debió haber lucido ese título, aunque ya lo repudiase, dada su naciente filiación de "separatista" criollo. Para que no se le olvide (hoy) a Bolívar tal título, De Madariaga le inicia un proceso de lesa omisión y, más tarde, se expresa así: "Lástima que Bolívar (alude a 1819) no hubiese pensado con tanta madurez cuando, en 1810, colaboró no a la ligera sino a la *profunda alteración*, que dislocó, dividió y disolvió aquel 'complicado artificio' que, durante tres siglos, había manejado en plena paz, la sociedad heterogénea de su patria" (II, 21). A primera vista, en tal oración resaltan varios elementos definitorios: 1) De Madariaga reprocha a Bolívar que en 1810 (en su inicio y a los 27 años) no hubiese pensado como en su plenitud y experiencia, y a los 36 años; 2) que tal vez le hubiese perdonado a Bolívar actuar en una "ligera" alteración, mas no en una "profunda alteración"; 3) que esta "profunda alteración", dislocó, dividió, disolvió a Venezuela, y además, cosa que calla el autor, la "emancipó" de España, dura frase al parecer; 4) que la Colonia fué preferible a la República por su "paz" de tres siglos, concepto que repite innumeramente en el texto, lo cual no es del todo exacto porque, pese a la monarquía absoluta, los primeros cincuenta años de España en América fueron de plena guerra intestina, y los 250 restantes no dejaron de lucir rencillas, a menudo amplias y cruentas, como las del siglo *xviii*, a partir de 1750, y principalmente entre 1780 y 1790.

Para corroborar esta actitud tan rotundamente colonialista, nada distante de la filosofía de la Falange Española de hoy, De Madariaga

amontona diversas y tendenciosas citas, a veces no integra. Da gran valor, por ejemplo, a un arrebato de exasperación de Bolívar ante la política neogranadina; en carta a Santander (primero de junio de 1920) Bolívar escribe: "Amigo: por nuestras venas no corre sangre, sino el vicio mezclado con el miedo y el error" (II, 83), lo cual justificaría ampliamente, según el autor, a "un régimen que en tres siglos había ido creando y sosteniendo instituciones privadas y públicas en consonancia con el carácter de la gente" (II, 83). La inferencia carece de lógica: un arrebato lo tenemos todos; de ello nada se saca en limpio, sino el mal humor o crisis espiritual del instante. Cuanto a lo demás, ¿a qué meter una cosa en otra? Las instituciones públicas y privadas españolas, por perfectas que fuesen, no "justifican" la pretensión de continuar sujetando a los criollos americanos como súbditos, cuando ellos no querían seguir siéndolo. Eso está por encima de toda moraleja más o menos forzada. Como si no fuera suficiente, añade De Madariaga: "el pueblo español salva a Bolívar" (II, 92). Enhorabuena a España si así fué, mas, seguro, que Riego y su gente no habrían pensado que la "institución pública" de la monarquía absoluta con sus dependencias, era algo insuperable. Además, siempre cabe divagar sobre si no fué el pueblo americano el que cooperó, desde 1810, a inspirar a Riego el estallido de 1821, así como las Juntas de 1808 determinaron las nuestras del 10. La historia no permite rebanadas dignas de la mesa de un chantre: sus procesos son múltiples, caprichosos, contradictorios y no siempre previsibles como los ciclones del Caribe.

De Madariaga cierra todas las puertas de la historia, celoso y retroactivo Cancrbero, para que nadie se permita dudar de sus tajantes teorías. He aquí otra prueba adicional: (La Independencia) "no habría podido producirse de no haber fomentado España, la cultura humanista en sus reinos de ultramar en un grado no igualado por ninguna nación europea". Aparte de que la presencia de las ideas francesas, británicas y aun, en pequeña dosis, norteamericanas, fué un factor considerable, cabría la pregunta: ¿qué independencia fué posible sin una previa sujeción? ¿qué manumisión sin esclavitud antecedente? Y eso, la sujeción lo representó España por mecánica de los hechos y del tiempo, hasta que fué imposible prolongarlo más, a mérito de otras circunstancias y diferente tiempo. Mas, una vez desatada la velocidad se hace difícil frenar con precisión, salvo casos de singular maestría.

Oigamos otro peregrino antojo de De Madariaga: "El imperio hispanoamericano se hallaba en su más alto grado de organización, eficiencia y riqueza al comenzar la revolución *separatista* (sic) de 1810"

(II, 341). Absolutamente falso: para 1810, el contrabando había disminuído terriblemente el comercio legal; Inglaterra demostraba creciente eficacia en sus intentos de mediatizar el antiguo monopolio; la reorganización en Intendencias, la autonomía de ciertas Capitanías y la creación de nuevos virreinos, trataba de enmendar los errores provenientes de los Corregimientos, los cuales apenas si son mencionados por el autor, a pesar de su larga duración y sus indiscutibles defectos. Claro está que, en este idílico cuadro, el testimonio de Ulloa y Juan, Frézier, La Condamine, Haencke y aun el propio Humboldt, apenas recibe atención. En tan peligrosa senda de tergiversaciones deliberadas, ¿qué de extraño tiene que afirme "(las leyes) se *ejecutaban* con vigor y exactitud por los agentes del gobierno español" (II, 357). Mas ¿es que ese prodigio de agilidad mental y sutileza sofisticada, conocido bajo el popular mote de "hostias sin consagrar" (es decir, las leyes que "*se acataban, pero no se cumplían*", o sea, que "*no se ejecutaban*"), jamás existió? ¿O es que la Recopilación no está llena de leyes enmendatorias a causa de no haber sido "ejecutadas" las previas o anteriores? Necesario será escribir otra historia de las leyes para dar gusto a la nueva tesis del autor de "*Bolívar*".

Para que no se me tilde por manera alguna de exagerado citaré la página (I, 87) en que se pinta la otorgación del testamento de Juan Vicente Bolívar. Como el escribano, cual siempre fué y sigue siendo de uso, la precede el documento de una larga y complicada terminología jurídico-religiosa, De Madariaga encuentra asidero para subrayar la mucha devoción y cerrado ritualismo del padre del Prócer. "Respira esta página el aire de la antigua vida *española*". Sí, claro, la del rabulismo, el tinterillismo y la cagatintería profesionales. Ni más ni menos. Pero, no es motivo de mucho orgullo para nadie.

Episodios y consideraciones finales

No hay ninguna originalidad en el propósito de identificar a Miranda y a Bolívar con el Foreign Office. La novedad —si alguna— consistiría en hacerlo con tan poco lucimiento y maña. Verbigracia, cuando el autor escribe refiriéndose al final de una acción de guerra, que Bolívar se queda "para aguardar a su caballería y a *sus ingleses*" (II, 38). No obstante lo envenenado y tendencioso del giro, páginas adelante él mismo ha escrito que Bolívar "recomendó a sus compatriotas el estudio de la Constitución británica, *mas no su servil imitación*" (II, 28).

En numerosas páginas del tomo II acusa al Libertador de prometer demasiado a Inglaterra, mas, a renglón seguido, lo denuncia por hacer

el mismo juego con Francia. Esto pone frenético al pulcro señor De Madariaga, tan inocente, según parece, de los usos de la diplomacia cuando el país es débil o en nacimiento, y se halla ante estados viejos y poderosos. Es innecesario comentar el hecho. En otra parte advierte la simpatía con que Bolívar recibe a Bresson, agente francés, y la sequedad aplicada en su trato con Harrison, cónsul norteamericano (II, 480). La explicación del autor sobrepasa los límites de lo imaginable: Bolívar procede así porque. . . Bresson representa a un monarca y Harrison a una república, y Bolívar quería ser monarca y detestaba el republicanismo. Difícil que esto lo crea sinceramente el señor De Madariaga. Me resisto a admitirlo. La adhesión de todos los revolucionarios a Francia fué superior incluso a las contingencias políticas del gobierno francés; los Estados Unidos significaban poco entonces en el juego de la cultura y la política mundiales, pese a Monroe. Además (II, 486), Bolívar nunca sintió mucha simpatía hacia Washington, lo cual, aplicando los alambicados conceptos del señor De Madariaga, se *debería* a que Washington fué un aristócrata, conservador. . . hipótesis tan valedera como la anteriormente citada.

En medio de tantas alusiones, siempre llama la atención la ninguna referencia al Brasil, convertido en monarquía desde 1821. Tal ejemplo conviene tenerlo a la vista.

Y ya para cerrar tan dilatado comentario, será útil no perder de vista *la forma despectiva con que se refiere* De Madariaga a los demás coautores de la emancipación sudamericana y aun mexicana. Unas perlas sobre San Martín: "Confisca todo el dinero particular que viene de Chile a Buenos Aires, pagándolo con letras contra el gobierno. *Así era San Martín*" (II, 151). Abrigo la certidumbre de que la última frase la eliminaría de buena gana De Madariaga, repuesto de frenesí anti-americano. Mas, a renglón seguido atribuye a San Martín "ambición napoleónica" y "resentimiento mestizo" (II, 189). Un poco demasiado fuerte, sobre todo después de haberle elogiado por su conducta como militar español y su participación en la guerra contra Napoleón, precisamente.

De Cochrane, el pintoresco y temerario aventurero británico, en una parte (II, 153) hace implícitamente suyas las expresiones del marino sobre que "la presa" es "la suprema ambición de los hombres de su oficio"; en la misma página destaca el hecho de que Cochrane contrajo matrimonio "sacrificando la fortuna que hubiese heredado de su tío". Conociendo la vida de Cochrane sería absurdo presentarlo como un ángel de bondad; es De Madariaga, sin embargo, quien se contradice,

sin sacar partido lógico de dicha aparente contradicción, dejando al lector desprevenido en sombras.

De Nariño: "la indignidad de Nariño" (II, 172).

De Obando, aparte muchas lindezas: "Obando se salvó porque una señora, aunque realista, lo escondió en su casa" (II, 177).

A Hipólito Unánue lo llama Unánue y relievra su condición de meteorólogo, aunque se destacó más como médico y político: él fundó la Escuela de Medicina de Lima, y su trabajo sobre el clima de esta ciudad, paralelo del de Caldas, pone en evidencia al naturalista, al médico y al sociólogo antes que al meteorólogo.

Al tratar de la rebelión de Riego, De Madariaga llama a éste "un Bolívar español". ¿Qué quiso significar con ello? ¿que Riego era un ambicioso vulgar, sensualizado, sin doctrina, megalómano, cruel, como pinta al Libertador, o que sus ideales y arranques lo ponían al alto nivel de Bolívar? No me atrevo a desentrañar la incógnita encerrada en semejante término. Para, simplemente, contribuir a su esclarecimiento recordaré una descripción de las costumbres de Bolívar en sus días de campaña, transcrita por el propio De Madariaga. El Libertador solía estar en pie a las 6 a.m.; iba a la cuadra a examinar sus caballos; leía hasta las 9 a.m.; desayunaba y recibía visitas hasta muy avanzada la mañana; dictaba durante dos horas a sus secretarios; leía hasta las 5 p.m., esto es de 3 a 5 p.m.; cenaba, bebiendo siempre agua, salvo cuando había celebraciones en que tomaba vino; hacía sobremesa hasta las 6 p.m.; luego salía a caballo; conversaba hasta las 9 p.m. hora en que se metía en su hamaca para leer de nuevo hasta las 11 p.m. (II, 81). Naturalmente, tan espartanas costumbres se alteraron fundamentalmente en Lima, Bogotá, Quito. Sin embargo, el hombre fué siempre un trabajador recio, incansable; nunca amó el dinero para sí, sino que lo usó en servicio de los otros; se propuso un objetivo y lo llenó cumplidamente. Cierta que aguijonado por las pasiones facciosas, pensó que el Poder Ejecutivo fuerte sería la panacea de la incipiente anarquía de Colombia, mas no hay un acto serio donde se refleje su monarquismo (lo cual, dado el ejemplo del Brasil, nada mermaría la personalidad de Bolívar); con sus planes propios, o con los que aceptó provenientes de sus generales, bajo su propio mando o bajo el mando de hombres que él escogió, las tropas patriotas derrotaron a las del rey y consiguieron, finalmente, convertir en repúblicas independientes las antiguas colonias (o reinos, si el término complace más al señor De Madariaga), dependientes de Madrid. Eso fué todo, y no fué poco. Si endiosar a un personaje resulta función impropia del historiador sereno, detractor y

calumniar al grande sólo por haber sido grande, o porque, en el pasado, derrotó a la Nación en que vinimos a nacer siglo y medio después de la muerte del personaje aquel, me parece sencillamente anticientífico, estéril, ajeno al método histórico, adverso a las conveniencias políticas del día (ayer, hoy y quizás mañana), lamentable exhibición de ofuscamiento y sofisticería, y anacrónico abanderamiento impropia- mente orientada, contra lo cual opongo, ante todo, el concepto de hombre sensato y escritor verosímil (no es lo mismo que veraz) a que se debe, por mil razones extrínsecas e intrínsecas, don Salvador de Madariaga.

Luis-Alberto SANCHEZ.

Dimensión Imaginaria

EPISTOLA

Por *Manuel CALVILLO*

-UN ángel te preside
en el retorno; es tan aéreo el aire
que el día se desploma
de sus manos levísimas;
vela;
iluminado tacto de su piel
desnuda el cielo, así
es ya su luz tan sola
la que inunda el espacio.
¿Pero yo lo sabía?
Bajo una despiadada sombra
ha crecido el silencio del silencio,
y un rostro de mujer, enmudecido
vigila el horizonte cotidiano
¿qué llegada o partida en él se cumple?

Hoy me reintegro a ti;
como un día cualquiera, hoy
bajo tu mismo cielo
los atrios de la luna abren sus puertas,
y estoy aquí, ya musitando
unas palabras, unas
y callando de nuevo la intocada
mía, la que selló mis labios
cuando partí,
la que dije una vez y el tiempo guarda,
ciudad, en la recóndita espesura
de su fiel calendario; hoy lo sé,
sí, como entonces, como siempre.

-CIUDAD secreta,
cruza mi soledad tu nombre,
solo, mi voz te doy y a tu recinto
llamo: yo te esperaba,
—cómo lo sabes hoy que a ti me entrego.
Era ilusión, y fué a tu sombra
donde quizá la vida, insospechada,
me donó aquel instante, cuando
tuve mi voz; desde aquel día
a merced de una gracia transitoria
sueño, ciudad, y tú persistes.
En mí
no hay apego más fiel que a este refugio
de tu noche implacable,
la de tus áridos contornos; niño
la conocí y aquí me tienes, cércame
de sus límites, hiéreme
como esa dura luz que te rescata
virgen y meridiana en la meseta.
Un viernes como hoy
—asistía tu luz— el verde asedio
de tu jardín fué más allá
de tus tupidas ramas,
redujo a ti mi corazón; nocturna
me asechabas y efímera
sometías el tiempo a tus designios;
son testimonio tuyo estas palabras.

CLAUSTRO, huerto, jardín.
—Qué sería de ti, ciudad, sin él.
La espesura inocente de sus ramas
guarda el aire evangélico; sus puertas
abren a nimios pasos la delicia
de su sombra, y el agua da a la luz

irisadas frescuras marginales;
yergue la rosa virgen
el amor ilusorio de su aroma;
la primavera erige verdes cúpulas,
más alto, nubes, y más alto
no sé, no sé qué apasionado azul
tras este azul visible se consume,
ni qué cielo las horas del vivir
hurta a mi sueño
rescatando el amor a mi cuidado.
—Turbulento jacinto,
mancha en la tarde tu color la brisa;
vulnerado laurel,
cíngulo transitorio de una música
al sensitivo amor aquí cantado;
rosa de la estación, desnudo aroma
que hoy recoge en sus manos y propaga
quien recobra mi voz;
jardín amurallado,
llego a conmemorar un rostro, apenas
una mirada de ese día, ayer,
cuando vino el amor a tu refugio
en la mortal vigencia de una hora.

- **Y**o te recuerdo.
No diría en qué tiempo, no,
mas la estación subía por los árboles,
venía entre la tarde y el nocturno
sitio, secreto de la rosa, ahí
donde las manos sueñan y la sombra
tangibile descendió una vez
para cubrir la voz que no tuvimos.
Tiempo del tiempo fué y eternizándose
nace a mis labios hoy de estas palabras.

Impídemme llamarte, tú
cuyo nombre me tiene;
para acallar lo vine demorando
este día; tú, como el sueño,
conoces ya los signos, sabes
que es llegada la hora.
Escucha:
no tengo sino voz, música apenas,
cuerpo, brazos, miradas
y el corazón del tiempo, desolados.
Tú lo sabes,
inconfesablemente lo sabemos
en la angustia más sola
de una dicha furtiva rescatada.
Esto, no más,
un tiempo consumido, amor, en ti.
Mas hoy, no tengo ya qué darte,
estas palabras toma.

-ME oyes;
toda esperanza llega de tus ojos
como si el tiempo fuese
mío otra vez, el nuestro
que me otorga al azar, en este día,
tu permanencia a la distancia
sensible de mi voz. Lo digo ahora
que padecí tu ausencia,
a ti lo digo
en este sitio exacto en que a mis ojos
venía tu persona. La esperanza
como una ardiente luz me ciega y colma
una pasión sobreviviente
de aquella iniquidad que fué tan joven.
En verdad,

cómo la dicha más visible
 nos hiere y nos acosa, amada,
 nos traspasa de luces inclementes,
 martiriza el laurel que no sabría,
 perpetuo, coronar nuestras horas.
 ¿A quién debemos suplicarlo?
 para obtener, al fin, su dádiva?
 Elegimos a diario nuestra imagen
 mortal, la decidimos sin más tregua
 invulnerable, y elegimos
 el tiempo, la mirada y el silencio.
 Mas la tierra está ahí, de su dominio
 la noche asciende con tu nombre
 y me cubre;
 no es ya posible huir, huirme,
 ella, la tierra, no perece,
 me somete a su imperio; a sus designios
 nacen estas palabras que te nombran.

- **N**OCTURNA, sí:

cribadas luces altas, solitarios
 silencios te poblaban, ciudad, y era
 la más desnuda sombra
 que descendió a mis hombros; tú yacías
 en la tierra, solar del tiempo,
 —¿yo qué amaría sin tu amparo?
 Mas hoy, preservas tu piedad como aquel niño
 que de arena hizo túmulos
 para estrellas marinas y mensajes
 con el nombre secreto de la amada,
 y ella que tuvo el mar no lo sabía;
 mas lo sé yo, y a ti retorno
 callando el nombre que me dió una vez
 el corazón expuesto a su custodia.

Cómo madura el tiempo una palabra,
cómo la espera,
y cómo la mantienes, dulcemente
violenta perpetuándose;
no la diría,
no la diría nadie sin mi lengua.
Era el silencio, y apenas una rosa
sublevó su fragancia, tú, nocturna
ocultabas la dicha, la ocultabas
e ignoré su presencia.
Tus cielos en la noche
de la revelación me condenaron
porque debí al amor lo que no tuve;
y heme aquí proclamándolo. Ciudad,
vengo a escribir mi nombre por tus árboles.

CONTINUIDAD¹

Por *María Victoria DE SALINAS*

VIVIMOS,
porque el mundo no cesa en su camino
de buscar aún más muertes que apuntarse,
y así seguimos todos con la idea
de ser algo invencibles en la imagen borrosa
de ese fin que se acerca.

Van pasando las hojas de un calendario inerte
que cambian nuestras manos,
poniendo un cuadro nuevo en nuestros ojos
largos de visiones, de amaneceres grises,
(continuidad de tardes sin frases recordables)
de sombras, luminosas en sus orillas solo.

Esta continuidad que no resuelve vidas
ni aparta eternos sueños,
(como un reloj parado que no tuviese péndulo)
se va haciendo palpable irremediamente
sin un brazo que ayude a sujetar segundos
en un horario eterno.

¹ La Redacción de CUADERNOS AMERICANOS aclara que por un error involuntario e inexplicable apareció la autora de este poema en el Núm. 2 de la Revista, entre las poetisas puertorriqueñas, debiendo haber sido incluida entre las de nacionalidad española.

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ Y SU TIEMPO¹

Por Max AUB

SEÑORAS y señores:

Dejemos sentado, en primer término, que Enrique González Martínez es el poeta más importante de su generación mexicana. Podrá discutirse, los gustos son así, como en Francia sucede con Hugo, que si Beaudelaire, que si Verlaine, que si Raimbaud; aquí que si López Velarde, Díaz Mirón, Nervo. No importa. El volumen y la fuerza tienen su peso y su precio aun en poesía, sobre todo en poesía estoy tentado de decir, y más en nuestros hegelianos tiempos cuando el mundo da por bueno que el más fuerte tiene siempre razón.

"Yo sé que, cuando busco a Enrique González Martínez y no me encuentro inmediatamente con su rostro sereno, su risa franca y su mano amiga, tomo un libro suyo al instante estoy delante del hombre: porque esto es su poesía, ni más ni menos: el hombre, actual y eterno, el Hombre en toda la extensión de la palabra", así definía mi siempre recordado, siempre presente Enrique Díez-Canedo, a nuestro poeta. Y nada es más exacto, pero no era privativa sino galardón de varios de los mayores de los de su tiempo.

Una vida llena, que no hay por donde cogerla. ¡Qué don Enrique tan sonriente y colorado! Con su sombrero gris, sus abrazos, sus dichos maliciosos, su perpetuo asombro deleitoso ante la vida y sus manjares. Tan recio, tan seguro que nunca dudó ante la duda, tras haber visto desfilar todos los bienes y todos los pesares. Sabía lo que valía, más que pesaba, que no era alto más que por dentro, y no le importaba ni lo dió a entender, tan llano. Estaba con todos.

Ahora oír el viento que quería escuchar, aquél viento furioso y sordo que rodea los mundos, *augusta soledad de laureles*:

¹ Palabras leídas en el Ateneo Español de México.

¡Vida tres veces santa
la que en su propia luz labora y canta!

No había empezado a expresarse así, en la paz porfiriana, sino alabando a Dios:

y con El todo es ciencia y todo es vida,

escribió en 1893. Mas parte de la grandeza de González Martínez es que su vida, y su obra, refleja su tiempo, en cierto modo y en el modo cierto que una sola vida puede hacerlo.

Gran tarea la de ser hombre; consiste en procurar comprender la ligazón que nos une a los demás y en ser comprendido. Tarea difícil hoy, cuando la política parece satisfacerse en aislar, basada en la apología de su facción; y la ciencia ha caído en la especialización incommunicable, aun beneficiando a miles, que encuentran más fácil el camino del odio, que es la incomprensión. El poco saber de muchos ha venido, desgraciadamente, a redundar en el desprecio de los que saben más, como si bastara la iniciación, lo primario, para insuflar el desdén; que la manera más cómoda de creerse llegado a un sitio, sin moverse apenas, es suponerse al cabo de la calle. Y no hablo de los jóvenes, en quienes la temeridad es seña de buena salud.

Todos han callado, y comprendo perfectamente por qué, debido a la cobardía de la que hace gala nuestro tiempo, bien bazuqueada con la hipocresía, que don Enrique colaboró con el régimen traidor del general Huerta. ¿Por qué lo hizo? Una de las explicaciones la hallaremos en la literatura. La época era de respeto al arte por el arte, y esa estética acepta el poder constituido.² Ayer, no hubiese servido González Martínez en un cargo de aquella índole. No es que él hubiese rectificado, sino el tiempo, que es otro. Pero de todos es la influencia de

² Es curioso como la transposición de la teoría a la práctica hiere los sentidos y suspende. Si en vez de referirme directamente a Enrique González Martínez, hubiese dicho: "las teorías literarias determinan en los hombres que las sienten y practican cierta conducta pública, y viceversa", nadie hubiese chistado. Pero al asegurar que éstas influyeron, consciente o inconscientemente, en cierta posición "colaboracionista", álzase las voces dudando. No iba tan lejos mi aseveración como para dar a entender que la conformidad de González Martínez con el hueratismo dependiera exclusivamente de la literatura. El que nuestro hombre hubiera sido antimaderista y funcionario del régimen del general Díaz, no hace sino confirmar lo que digo. No se le ocurrió, por entonces, que la política tuviera gran cosa que ver con la poesía. Con los

los escritores, en el correr del mundo, y mayor de la que nos figuramos. Nuestra presencia aquí lo manifiesta; las celebraciones de estos días en honor de Víctor Hugo o de Gogol hacen resaltar la unidad de la cultura, aun entre aquellos que la niegan.

Cuando me dijeron que había de hablar en esta velada —¿cómo negarme?— me senté a hablar con don Enrique. ¿Qué había de decir de él? Bien conocía sus versos últimos, leídos a medida que los publicaba, pero los anteriores los recordaba borrosos, presentes e idos en esa maraña de brumas que es el pasado para los que tenemos mala memoria. ¿Qué había de decir que no hubiesen dicho los demás, tan poco aficionado como soy a la retórica, lego en estilística y carente de cultura para señalar antecedentes o coincidencias formales? Quedaba el hombre, el sentir general de su obra en nuestro tiempo. De esto diré dos deshilvanadas palabras.

Va para dos siglos que es nuestra la parte que los hombres reservaban ostensiblemente a Dios. Inútilmente procuraron recubrir esta verdad con sus gritos o gemidos los románticos, la fenomenología o el surrealismo. Goya fué el primer pintor que no creyó en Dios, lo que se refleja sin ambages en los retratos que hizo de sus representantes en la tierra, y, pese a los López que le siguieron, marcó con su impronta toda la pintura de nuestro tiempo. El hombre se encontró de pronto con el mundo entero, de horizonte a horizonte, de abajo arriba y de arriba abajo, con sus demonios y ángeles, tan suyos como nuestras manos o nuestros pensamientos.

Sólo el Hombre es grande.

Nada es mayor que el hombre,

como dijo uno de los más escondidos poetas de nuestro tiempo, por boca de Galileo.

Sólo el hombre, pero no el hombre solo. El hombre solo únicamente puede existir si cree en Dios o en su estrella. El místico es hoy un hombre anacrónico y peligroso.

Frente a este mundo sin doble fondo caben dos posiciones: la desafiante y la resignada. La primera es heroica y no voy ahora a hablar de ella; la segunda es la de Enrique González

años varió de manera de pensar porque las circunstancias y su consubstancial liberalismo le ayudaron a ello. No está de más dejar, otra vez, en claro como la reacción simbolista-modernista separó lo público y lo privado, tras el fulgor de los grandes poetas cívicos del siglo XIX.

Martínez, la de Antonio Machado, pongamos por ejemplo. Caracterízase por el mantenimiento de un vago sentir de la existencia de algo incognosciblemente superior, con que se enfrentará tantas veces Unamuno. El panteísmo, tan presente en cierta parte de la obra de González Martínez, no es más que un mal menor, un agua de borrajas que no engaña a nadie: fundirse con la belleza cuando se sabe que no es más que un sentimiento humano. De ahí el nihilismo en que naufragarán tantos. Pero de esa soledad del mundo nacerá otro sentimiento o, por lo menos, una nueva expresión, más amplia, del mismo: la solidaridad; y los grandes poetas civiles del siglo XIX y los mejores del nuestro. Juan Ramón no ofrecerá su corazón al cielo sino

Al ancho surco del terruño tierno.

Ya no hay Dios a quién hurtar el fuego. Los hombres solos. *La vida es de todos*, exclama González Martínez, y más: *Hay que divinizar la vida*. "Vida", palabra clave de nuestro poeta que le lleva a preguntar, bien hincados los pies en la tierra, de la que no nos podemos separar, cuando se le muere el hijo:

¿Contra quién me rebelo... o a quién pido?

Grandeza del hombre sin mañana, pero con el prodigio tremendo del hoy, que hay que vivir cumplidamente, sin desechar nada, porque es todo lo que tenemos. No se atreve a entregar todavía íntegramente al hombre cuanto era de Dios; su primer libro se titulará, más tarde, con sentido "La hora inútil" y en él se habla de "un dios campestre". Habrá de transcurrir toda su vida poética para que exclame:

Y miré al hombre,
en comunión de fraternal sosiego,
sobre una patria con el mismo nombre

tras haberse preguntado, con la angustia y la congoja perenne,
¿Quién nubla el cielo y ensombrece el día?

para rematar:

Y me asomé a la vida, y vi que en ella
estaba la razón de mi tortura,
y anulé mi amargura y mi querella.

Mas, para llegar a ello, Enrique González Martínez, se había planteado, había visto alzarse ante sí, los problemas que

el fin de siglo erigiría. Pocas veces se han expresado tan claramente como lo hizo nuestro poeta en un soneto, "Piedad", de su primer libro. Las dos cuartetas exponen la posición que habrán de mantener los impregnados de cierta parte de la filosofía de Nietzsche, y que llevará al fascismo:

Y bien, es necesario ser orgulloso y fuerte
 pasar sobre las víctimas, y con la faz erguida,
 ir peligrosamente a través de la vida
 y llegar con pie firme al umbral de la muerte.

Dejar a los esclavos la ergástula; ser cumbre
 dorada por los rayos del sol de la belleza;
 no arrepentirse nunca. . . Y abajo, en la vileza
 del fango, que fermente la humana podredumbre. . .

Pero en los dos tercetos aparece la posición sentimental, tolstoiana, que ha movido tantos intelectuales hacia los desamparados y el socialismo:

Mas tú, piedad, no puedes abandonar tu asiento,
 y con tu sombra ofuscas la luz del pensamiento
 y la razón conturbas, y la pupila empañas:

y ante el leproso mustio que se titula hermano,
 ante la horrible mueca, del sufrimiento humano,
 nos muerdes como un cáncer que roe las entrañas.

En este alzarse de la bondad contra las desigualdades humanas, demasiado humanas, irá González Martínez a la par de los mayores poetas de su tiempo. Básteme señalar cierta correspondencia con Antonio Machado, que no cité antes a humo de pajas.

Yo gusto de ir a solas y mi velero es mío,
 dice don Enrique al cabo de uno de sus sonetos más conocidos,
 y don Antonio:

Converso con el hombre que siempre va conmigo.

Soledad de su edad media, que luego se esfumará. . . tal vez sólo a medias.³

³ Pudiera parecer contradictorio con lo antes apuntado, esta relación entre Machado y González Martínez teniendo en cuenta la posición crítica del primero frente a la política española de aquel entonces. Pero no hay que olvidar que el español se enfrentaba a una carcomida monarquía oligárquica, mientras el mexicano servía una república de aura

Todo el famoso "Retrato" del gran poeta sevillano podría, salvadas las distancias, ser el de don Enrique:

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Y no sólo el sentimiento, sino la estética. ¿Qué es aquello de

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

sino otra manera de decir "Tuércele el cuello al cisne...", en versos que llevan la impronta de la libertad que les dió Rubén? Poesía desnuda la de ambos, nacidos en el modernismo, mas ya hartos de su *engañoso plumaje*. Todo no es símbolo, sino como es:

que yo no sé si me difundo en todo
o todo me penetra y va conmigo

Y la tierra, con sus paisajes, son sus propias entrañas y "*su dolor particular*".

¿A qué debe ese afán de desnudez esa nueva estética enemiga de perifollos? Por de pronto, es notorio de que no se trata de un hecho aislado, sino antes al contrario, de un hondo anhelo de la generación. (Pongamos lado por lado un cuadro de Renoir y uno de Juan Gris, un mueble de Lalique y otro de Ruhlman, un plano de Gaudí y otro de Le Corbusier, ¿cuántos siglos no parecen deber haber transcurrido para transmutar uno en otro? Y, sin embargo, son contemporáneos; como Nicolás II y Lenin).

Trátase de algo más profundo que el estilo en sí, de su razón de ser; estamos frente al fracaso del mundo liberal mientras cae la última costra de la creencia en el "dios campestre", ese compromiso... Como reflujo, revive una corriente espiritualista que se bifurca, de un lado en los varios "ismos" que se amontonan de los años 10 a 30, y, por otro, hacia la ortodoxia católica. Se señala así la agonía de la época dorada de la burlesca, consecuencia directa de la Reforma. Todo depende del medio que nos refleja.

guesía a la que la guerra del 14 pone punto final, al igual que, aquí, la Revolución mexicana: La literatura va a su rémora. Una vez más el máximo esplendor, el gigantismo —¿qué mayor gigante que Rubén?— señala el término de la evolución de una especie. De esa crisis no hemos salido todavía y González Martínez queda como buen testigo.

Su producción "europea", es decir la que corresponde a su estancia en el Viejo Mundo, es prueba de ello, y lo más endeble de su obra, aun siendo, a veces, de lo más gracioso.⁴

Pese a la dirección espiritualista, a la que me he referido, es muy otra la que auténticamente va marcando indeleblemente los espíritus: El hombre va reemplazando la eternidad por el futuro, Dios por lo que es capaz de hacer el hombre, no por lo que hace. Quien sólo conoce la fe o la desesperanza no es un gran poeta de nuestro tiempo, como pudo serlo del pasado. El estoicismo cobra nuevas galas, teniendo en cuenta que el tiempo nunca es reversible, y no será por azar el que se columbre en las últimas obras de González Martínez un tono más grave que recuerde las sonoridades mayores de la poesía castellana. Nadie se engaña al oír el martilleo de los endecasílabos primeros de "Babel".

Miré la dura tierra en que he nutrido
cardos de angustia y mieses de esperanza.

hermanos de aquellos, inmortales:

Miré los muros de la patria mía . . .

El poeta jalisciense ha columbrado ya la aurora de la solidaridad puramente humana.

¡Feliz de ti que tienes una estrella en la altura,
y una voz que te lanza por mares de aventura,
de los que nadie sabe si se puede volver. . .!

le dice, en 1943, a Pablo Neruda. Nuestro poeta se da cabal

⁴ Cuando, a distancia de medio siglo, se mira la evolución literaria europea y mexicana y se la relaciona con la realidad política es evidente cierta similitud entre la forzada tranquilidad porfiriana, la era victoriana, la Tercera República francesa o la Restauración española. El desastre español del 98 no afecta, desde este ángulo, a la evolución literaria española sacudida mucho más a fondo por la obra de Nietzsche. La pérdida de las últimas colonias coincide con el mayor auge de la influencia española en América; pongamos a Galdós y a Castelar como ejemplo y las cifras de venta de las editoriales españolas de la época.

cuenta de hallarse en los umbrales de un mundo nuevo, pero también sabe que ya no alcanzará a conocerlo, y se resigna:

Yo también por el mundo tendí mi vuelo errante;
yo como tú, quisiera proseguir adelante...
¡Mas todo lo he perdido en mi viaje de ayer!

“¡Tragedia enorme ésta de la generación que hunde sus raíces en las postrimerías científicas del siglo XIX, y abre la copa de su espiritualismo ávido, en el misticismo naciente del siglo XX!”, dijo Luisa Luisi hablando de González Martínez. Misticismo que cobró su forma más influyente para nuestros escritores en la “evolución creadora” de Bergson antes de que Ortega trajese al castellano sus enseñanzas de Marburgo, que habían de resquebrajarse violentamente al empuje de gobiernos ateos que ponen en juego la “razón práctica”, tras el reinado de la “razón pura” que fué la voluntad de la pasión jacobina de la Revolución francesa.

Enrique González Martínez —su vida, su obra— expresa cumplidamente los tormentos y las tormentas de su tiempo, aunque sólo al final de su vida emerjan a la flor de su verso los problemas públicos. Mas, con ello, también lo marcan los años que vive; nadie está ya, a mediados del siglo XX, fuera del área candente de la política, resultado normal del progreso de la ciencia. El avanzar de la literatura, en nuestro tiempo, y en lo que tiene de más valedero, podría señalarse, *grosso modo*, como un paso de la estética a la ética; lo cual redundaría, tal vez, así parezca mentira a una primera luz de la razón, en una mayor pureza lírica. “Quise oponer la meditación profunda a la gracia superficial y decorativa”, escribió nuestro hombre, hace poco, explicando su soneto más famoso en el que recomienda el asesinato no del símbolo sino de la metáfora emperifollada. (Aquello del simbolismo no fué tal, si metaforismo a ultranza con que se adornaba los muebles y una vida burguesa, como la de Mallarmé, así éste se quedará chico al lado del Góngora hoy en boga —pero ya finiquitará eso de colocar las “Soledades”, por excelentes que sean, por encima de su otra manera, tan superior—).

Tan imagen es el buho como el cisne, tan símbolo un animal como otro, pero menos “hermoso” y la preferencia de nuestro autor, dejando aparte el “simbolismo”, declara la aceptación de lo feo, o de una mínima hermosura, entendiéndose por tal la clásica, dentro del área de la belleza. El descubrimiento

de la hermosura de lo feo es el resultado natural de un mundo ateo o, por lo menos, de un concepto panteísta de la naturaleza al que nada le es, ni le puede ser extraño. Como propio acoge este sentimiento el romanticismo. En siglo y medio conocerá variaciones, desde lo lúgubre como elemento funcional; lo horrible y hediondo como elemento estético, en Baudelaire; lo pobre y repulsivo como elemento social, en Zola. La reacción parnasiana y simbolista, aunada al culto del irracionalismo o al renuevo católico, vuelve, por un momento, a un concepto más clásico de la belleza, sin contrapunto expreso de lo feo, hasta que la admiración hacia las formas de ciertas culturas primitivas fundamentan algunos aspectos del cubismo y sus derivados para llegar al color "negro" de una parte importante de la literatura de nuestros días.

El propio escoger del buho como señuelo o dechado de la poesía encuentra así su razón de ser. El problema capital que plantea González Martínez es que es tan hermoso o más que el cisne, de la misma manera, aunque la razón fuera contraria, que para los escultores de la baja Edad Media sus obras eran evidentemente tan hermosas o más que las esculturas romanas, que no desconocían. El solo hecho de que el buho pueda ser objeto y objetivo poético marca la aceptación de lo feo como hermoso, integración del mundo, en su totalidad, como materia poética, y no mero escoger de lo más agradable; prueba inequívoca de la llegada al poder de ciertas clases sociales que antes no figuraban en el "carnet de baile" de la poesía.

Podría decirse que la grandeza de los poetas de hoy se mide por la claridad con que aceptan la inanidad de la vida futura. González Martínez sobrepasará la congoja que hace exclamar a Stefan George: "...mit mir allein!", "¡conmigo solo!", que procede del concepto ateo del mundo y que Víctor Hugo había expresado en una forma que luego tantos habían de recoger:

Et je ne sais d'ou je viens, si j'ignore où je vais,

Bogando va sin brújula y sin saber a donde,

dirá González Martínez, dando otra forma a la que Rubén llamó el "horror de sentirse pasajero" y que, en nuestro poeta, se convertirá en tarea fundamental:

y hay un sollozo de pavor fecundo
que se resuelve en cántico de vida.

Subrayo el pavor, ya fecundo.

Era natural que la forma misma de la poesía de González Martínez diera cuenta de estas transformaciones. Hay, sin duda, una gran influencia francesa a lo largo de su obra, como en casi todos los poetas que comparten su tiempo: Su alejandrino es parejo del de Hugo; luego, su verso libre es hermano del de Régnier; después, desde "Bajo el signo mortal...", ya hemos visto que, al acendrase su poesía, se expresará generalmente en endecasílabos.

(Ya vimos como tampoco su vida transcurre en un solo plano, como quisieran algunos de sus apologistas. Al contrario, conoció muchas posiciones, según los tiempos que atravesaba y los dolores que la muerte le ofreció, no parca en eso. Ahí radica otra semejanza con Hugo—ambos perdieron un hijo en edad lozana—que alcanza en "A Villequier" una de sus cimas; al igual que nuestro poeta en su "Aleluya de la muerte" y otras obras de la misma época).

Lo único que pueden romper o restituir los poetas es el verso, y esto hasta cierto punto, como lo hicieron Garcilaso y Rubén; que el fondo en que se asientan es el tiempo, el tiempo mismo del poeta, su contemporaneidad. Por mucho que se quiera o se sienta distinto de los demás, un auténtico escritor auténtico es siempre de sus años. La roca de Prometeo se ha transfigurado en multitud. Lo demás es *pastiche* y ganas de perder o de perderse en el tiempo.

SE van muriendo los maestros que uno más quería y nos vamos quedando al filo de la muerte. Allí está Machado, aquí Canedo y este otro don Enrique. Ya sé, también murieron Federico García Lorca y Miguel Hernández. Ya sé: se borró de la faz del mundo aquel gran don Pedro, aquel Salinas que yo recuerdo gordo, de portero de futbol y automovilista precoz, tan contento. Pero esos eran de mi edad, y fué la mala suerte y la traición de los más obligados. Pero don Antonio y los dos Enriques iban delante. Ahora ya estamos casi solos, sin nadie en la proa.

Ahora ya no seguimos, ya nada tenemos delante. Me quedo triste, frente al despeñadero del que ha desaparecido la baranda, tan segura, a la que nos gustaba asomarnos para ver caer la tarde. ¡Cómo se acuerda uno de sí al ver a los muertos! Se acuerda uno de sí mismo y de uno con los muertos. Pero el

mundo no se hizo para nosotros, sí para los que vienen. Quisiéramos que sintieran a Enrique González Martínez a través de uno mismo. Dan ganas de gritarles: "¿Sabéis lo que se ha perdido para siempre?"

Seamos lo que quisimos ser, como él fué el que quiso ser. Atiesemos el pecho, mantengámonos firmes en el recuerdo, frente a lo que ha de venir, con el orgullo de ser hombre, como el lo fué.

Demos la postrer despedida
a las inercias de la vida.

Ahora abrirá su cofre a solas y allí encontrará incólumes a impercederas las formas y las esencias como las tuvo y retuvo. Tal como quiso hurtó los años hasta el final de su existencia y murió tan joven como nació.

Siendo el que fué, ¿cómo no hubo de ser nuestro, español de la honra y del mañana? Lo fué, como el que más. Estuvo siempre contra la ignominia que hoy priva en España. No se le borró la traición, ni el crimen, ni la cursilería que tantos españoles olvidan o, lo que es peor, aparentan olvidar bajo el manto del tiempo o las conveniencias del día. Enrique González Martínez está aquí, y cuando hayamos desaparecido, aquí seguirá para gloria de México y de la lengua que hablamos.

RECUERDOS DE MI ABUELO EL DOCTOR ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

Por *Enrique GONZALEZ ROJO*, hijo

Mi abuelo, el doctor Enrique González Martínez, murió el 19 de febrero del año en curso; yo soy una de las personas que, en sus últimos 13 años, vivió más cerca de él, no sólo en el sentido espiritual, sino, asimismo, de una manera física, ya que nuestras alcobas estaban una al lado de la otra. Yo soy, en consecuencia, una de las personas que guarda una memoria más fiel, no sólo de su mundo psíquico o de su estructura emocional, sino, también, de sus ademanes, de sus pasos inconfundibles, del sonido de las respiraciones isócronas que, durante la noche, eran una prueba del descanso amable y del sueño dócil, y de su voz con la que todas las mañanas me despertaba.

Cuando murió mi padre, el poeta Enrique González Rojo, él, mi nuevo padre —como yo lo llamé desde ese día— me llevó a su casa. Yo completaba, entonces, diez años. Y, desde ese momento, se dedicó, con especial cuidado, a dirigir mi educación. Me inició en la lectura. Yo, que a esa edad no había leído nada, y que en los más jugosos cuentos de Andersen o Perrault, instalaba el "colorín colorado" después de haber pasado, a lo más, la primera página, me encontré en un ambiente esencialmente cultural; todo mundo, en mi casa, respetaba lo artístico; mi abuelo, en plena posesión de las más altas facultades creadoras, trabajaba incansablemente sobre la máquina de escribir. Los poemas iban y venían. Y no sólo poemas. También prólogos, artículos, críticas, memorias. Me tocó a mí la época más interesante de la vida de mi abuelo; más interesante porque tanto su lirismo como su pensamiento estaban, afinados, precisamente en la cúspide de su existencia. Su lirismo, que había comenzado por repudiar todo ornato superfluo y que, ante el lloriqueo de otros poetas, odiaba ser, batuta en la mano, el director de una caja de músi-

ca, había huído de la poesía circundante para abordar una más sólida, para llegar desde el yo a la sociedad, al amor al hombre y a la vida.

Se ha hablado mucho de que mi abuelo, tras amar el cisne de la belleza exterior, reaccionó contra éste poniendo en su lugar al buho de la sapiencia y de la interioridad; pero yo pienso que este proceso, dicho de la manera anterior, está inconcluso. Sería bueno gritar que mi abuelo, en una asombrosa dialéctica espiritual, comenzó con el cisne

un cisne alarga el cuello lentamente
como blanca serpiente
que saliera de un huevo de alabastro. .

siguió con el buho

Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
pupila, que se clava en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno;

y terminó con la paloma. Comenzó con la belleza exterior, siguió con la descripción del ambiente psicológico personal y terminó, sintetizando, con una bella profundidad representada por la paloma, o, dicho de otra manera, fué del individualismo interior e interrogante para llegar, finalmente, al más sincero colectivismo, a la suma de su existencia y de la vida de los hombres que lo rodeaban.

Yo afirmo, desprendiendo estas palabras de mi constante contacto con su manera de pensar, que la paloma no es más que esto; cualquier interpretación que no tome en cuenta este afán social de una convivencia pacífica, en la que la humanidad tenga tiempo de organizarse, falsea, con una errónea exégesis, el sentido simbólico de su paloma. No se crea, por lo dicho anteriormente, que mi abuelo no aprobaba la revolución planificada o el movimiento social en contra de la opresión económica; no, mi abuelo reconocía que, tal vez, el único método que existe para la socialización, es, por desgracia, el revolucionario. Pero él odiaba, con todas sus fuerzas, la guerra inútil al movimiento de igualdad humana.

Unos momentos antes de fallecer, mi abuelo murmuró: "Enrique, lo único que siento, ahora que voy a morir, es no estar contigo en la caída de este odioso capitalismo". Estas palabras revelan que su paloma, no era un animalillo tímido y tembloroso, sino que, cuando era necesario, sabía conver-

tirse en ave de presa y luchar, en gloriosa cetrería, por lo que amaba.

Dicen ciertos filósofos actuales que el hombre está compuesto por una existencia y una esencia, y que la muerte, que es la coincidencia de ambos términos, solidifica al hombre. Si mueres cobarde, serás cobarde, si mueres con valentía, serás valiente. Mi abuelo, al quedar solidificado por la muerte, se nos presenta como sereno, torturado y alegre. Vió la luz desde estas tres dimensiones. La serenidad, que siempre lo caracterizó, le hizo decir momentos antes del tránsito: "no lloren, la muerte es el fin natural del hombre". La tragedia, que fué el barniz inconfundible de sus versos, le llevó a los labios, minutos antes de morir, en medio del dolor físico, las palabras siguientes: "Qué duro es morir". Y la alegría, que, en su obra, ocupa un lugar tan importante, le hizo bromear constantemente con todos los que, a su alrededor, éramos presa del más intenso de los dolores.

Todos los hombres poseen unos recuerdos claros y esplendentes y otros neblinosos e inseguros, yo guardo multitud de los primeros en lo que se refiere a las conversaciones con mi abuelo; recuerdo, casi con precisión, frases completas, matices de su voz, argumentos de fuerza y salidas ingeniosas. Como nuestra familia ha emulado, aunque modestamente, a las familias de Bach o de Couperin, ya que, como éstas, durante varias generaciones ha presentado personas que se dedican, con especial atención, a una misma actividad artística, recuerdo que mi abuelo, hijo de una poetisa, hermano de otra, padre de un poeta y abuelo mío, era un crítico familiar, un vértice regulador que nos guiaba a todos al camino personal o al silencio voluntario. Y no sólo fué un consejero literario, un crítico sagaz y comprensivo, sino que, principalmente, era un consejero profundamente humano que, a cada instante, si es que esto se puede decir, se acercaba más a la vida.

Yo deseo que algún día se realice un estudio cuidadoso de sus tres más extensos poemas que son "El Diluvio de Fuego", "Babel" y "Principio y Fin del Mar", porque, principalmente los dos primeros, contienen un documento humano de valor, traducido a un lirismo lleno de claridad y audacia que podrá servir mañana para orientar, con su belleza, a los pueblos de habla española hacia una convivencia humana

más fraternal. Babel es un poema todavía poco difundido, ha llegado a manos de un pequeño grupo de lectores, no ha producido aún la debida impresión. No sólo posee una espléndida forma y un mensaje en consonancia con el ideal de la humanidad oprimida, en un canto plagado de momentos de un intenso lirismo, sino, también, es un poema lleno de dramáticos instantes de tensión. Babel representa, dentro de la obra de mi abuelo, el tránsito de su problema personal al problema colectivo. Ya no se siente sólo unido a las cosas, al árbol, al paisaje y a la fiera, ya no pretende tan sólo regar las piedras que se encuentran sepultadas, sino que ahora se interesa, además, por el hombre y sus problemas sociales; sueña con la paz, grita contra las escisiones humanas provocadas por el racismo o la religión, por la propiedad o la frontera.

Para describir el carácter de mi abuelo hay que empezar por su manera de ser cotidiana; era un conversador formidable, no sólo gustaba de platicar, sino que paladeaba la conversación; era, en lo que se refiere al buen humor y a la broma, un incansable y entusiasta contador de anécdotas; su memoria, una memoria de más de setenta años, asombraba por lo variada y firme; a veces, sin embargo, cuando unía su talento imaginativo con la memoria, resultaba que las anécdotas, antes sencillas, se veían reformadas, por su exageración, en relatos increíbles de regocijante farsa. La verdad era conscientemente sacrificada en aras de la alegría. Su repertorio anecdótico era enorme porque provenía de lugares tan disímiles como son una provincia, una capital o una corte, un grupo literario, una academia o unos juegos florales, una reunión, un banquete o un homenaje.

Hay que hacer notar que si mi abuelo, en la última época de su vida, abrazó con mayor entusiasmo que nunca el problema social, no quiere decir que haya abandonado sus ideales pretéritos. Era mi abuelo un hombre inquieto por todo lo que se denominara artístico, por la pintura, la música, etc., y, en lo que se refiere a la poesía, estaba siempre al tanto de las actividades de los más jóvenes poetas, de las escuelas o agrupaciones que, como toda vanguardia, llevaban, aún, pantalones cortos; gustaba, y era un gran conocedor, de la poesía clásica; Góngora, Lope de Vega y Quevedo eran sus dioses mayores. Su cultura era extraordinariamente amplia ya que,

además de sus conocimientos de índole literaria, poseía, por su profesión de médico, una sólida cultura científica. Era un lector incansable, miles de libros pasaron bajo sus ojos. Cuando yo volvía de mis clases en la noche, lo encontraba siempre leyendo; comentábamos, por lo general, su lectura, y, a veces, nos desvelábamos un poco leyendo pasajes de la obra. ¡Cómo quisiera yo que existiese un libro capaz de desvelarnos de la muerte! Conservo con gran cariño los últimos cuatro libros que leyó, porque pienso, cuando abro sus páginas, que algunas letras guardan algo de su mirada, de ese barniz atento de su mirada inquisidora, mirada que se quedó leyendo, con una atención inverosímil, la llegada de la muerte.

CARACTERIZACION Y BALANCE DEL MODERNISMO EN LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Por Raimundo LAZO

LA sistematización insuficiente de planteamientos teóricos demasiado sintéticos, de ensayos imaginativos y comentarios ocasionales naturalmente no ha podido agotar aún, el contenido del movimiento modernista en la literatura hispanoamericana, su concepto históricoliterario, sus implicaciones filosóficas y estéticas y su proyección en la historia de Hispanoamérica. Pero no es menos cierto que el otro gran movimiento moderno precedente, el romanticismo, aun requiere esclarecimientos fundamentales. No debe extrañar, pues, que a pesar de haber llovido mucho sobre el terreno en que yace el modernismo, no se haya logrado aún la síntesis crítica, plena y de nítidos perfiles, que le corresponde.

Los esquemas son, en el peor de los casos, males necesarios en el campo de las ciencias del espíritu; y nuestra historia literaria es innegable que, en primer término, adolece de la falta de sistematización. Sobreabundan, por consiguiente, las razones para intentar la crítica sistemática del modernismo, considerado como unidad de complejas corrientes culturales, su precisa caracterización y el balance de sus influencias.

Ubicación cronológica

Las rectificaciones y esclarecimientos tienen que empezar en la fijación de límites históricos y, sobre todo, en el sentido de éstos. Hay que ampliar y mejorar los conceptos de una *mecanicista* cronología rutinaria que tiene sus adeptos no sólo entre manualistas y divulgadores. Se trata de decir de modo diferente —esencialmente diferente— que el modernismo hispanoamericano se extiende desde 1888 hasta 1905, desde los tiempos

de *Azul* hasta los de *Cantos de vida y esperanza*. Hay que precisar que el modernismo nuestro tiene ese núcleo histórico central, precedido y seguido de un breve y vago crepúsculo: el de los mal diferenciados *precursores*, señalado por la crítica, y el final, más apresuradamente contemplado por ésta. Hay que subrayar, en fin, que al promediar la primera década del siglo xx, el modernismo sólo perdura en sus resonancias, por lo que, al producirse la primera guerra mundial de 1914 que liquidó el mundo al que el movimiento pertenecía, en realidad lo que termina es la supervivencia de éste dentro de un cúmulo de ideas y valores, estructuras e instituciones del siglo xix.

Esta orientación y enlace del razonamiento conduce de modo natural a la conclusión de que el modernismo es esencialmente *literatura finisecular*, en suma, culminación y crisis dramática, en lo literario, de un siglo que se proyecta casi dos décadas en la centuria siguiente.

Caracterización

APROVECHANDO el material crítico acumulado, abundante, pero disperso e inconexo, la ceñida caracterización del movimiento modernista debe realizarse en torno a un repertorio de cuestiones diferenciadoras, cuyo desarrollo puede formularse del siguiente modo:

- a) Posición y valoración del hombre: individualismo,
- b) Indole del conocimiento: escepticismo,
- c) Versión estimativa de la realidad: pesimismo,
- d) Situación de la belleza en la jerarquía de los valores: esteticismo,
- e) Extensión del mundo de la cultura: cosmopolitismo.

a) El modernismo fué un complejo y elaborado movimiento histórico que, por razón de sus ideas típicas y por sus creaciones en el campo del arte, vino a reafirmar la posición y valoración del hombre en el mundo. Fué, en primer término, la culminación en lo literario de un siglo medularmente individualista, cruzado de uno a otro extremo por una ola creciente de ideas, proyectos y realizaciones que hace del individuo centro y razón de ser de todas las cosas, así en la filosofía como en la vida.

Este individualismo definidor de la marejada modernista imprime a ésta la misma dirección básica que al movimiento romántico. Romanticismo y modernismo siguen el mismo rumbo individualista en la historia, y desde este punto de vista, uno de dichos movimientos se proyecta y se intensifica en el que le sigue, a pesar de sus divergencias formales. Por razón de su profundo individualismo, los modernistas tuvieron que sentirse románticos en lo íntimo y más representativo de su personalidad, de su pensamiento y de su conducta; y evidentemente no hay razón más valedera que ésta para explicarse la famosa y decisiva interrogación que fué un manifiesto implícito del arte finisecular: *¿quién que es no es romántico?*

Proyectándose en sucesivos desarrollos, el individualismo modernista produce cuatro consecuencias que son notas típicas del modernismo: el amor a la libertad, el subjetivismo, la tendencia frecuente a la excentricidad y el predominio de la literatura asocial.

Los modernistas impulsaron y multiplicaron audazmente las libertades románticas, e hicieron del amor a la libertad una fuerza vigorosa y concentrada que concretamente conduce a una doble emancipación, la del hombre y la del artista, a una emancipación artística y a una emancipación moral. Para favorecer el despliegue de la individualidad, se derriban barreras que el romanticismo había dejado en pie. Se sostiene y practica el antidogmatismo en el terreno de los principios, se fomenta el odio a las reglas en todos los campos del arte, y se desconoce de modo consciente y sistemático la autoridad e influencia de las normas de la moral.

Por tales caminos se llegó a un doble anarquismo, ético y estético, cuyas exageraciones, a menudo puramente pintorescas y exhibicionistas, determinaron acusaciones, en el fondo poco comprensivas, de *degeneración*, grado último de una discutida y discutible *decadencia*; y el empeño de desasirse y diferenciarse del pasado inmediato no permitió ver hasta dónde se ofrecía en aquellos fenómenos la manifestación de una nueva bohemia, diferente, es indudable, pero no independiente de la bohemia romántica.

Así liberado el individuo de ataduras tradicionales, estuvo o por lo menos se sintió en más favorables condiciones para cultivar el arte entendido como expresión de lo subjetivo, y en esto también lo modernista fué también superación de lo ro-

mántico. A la ingenua, directa, con frecuencia, como se ha dicho, *impudorosa* exposición romántica del yo, y del yo indiviso y simplificado, se contraponen entonces la expresión y el análisis objetivo o introspectivo de la personalidad humana preferentemente descompuesta en variedades y matices, no importa si de modo realista o ideal, si libresca o naturalmente.

Pero no se emancipa de modo absoluto al individuo sin la amenaza de explicables peligros. El hombre y el artista así emancipados quedaron puestos en la pendiente resbaladiza que conduce a la desorbitación y a la excentricidad. Y así ocuparon los *raros* modernistas el lugar que habían dejado vacío los bohemios románticos.

La rareza de los modernistas, bajo una apariencia que podía confundirse con la bohemia romántica, encerraba muy peculiares esencias de aristocracia espiritual, de refinamiento y consciente egolatría, un rico acervo de doctrinas singulares y de ideales de ardua si no imposible realización.

El individualismo, en fin, puso al arte de espaldas a la sociedad. Para los modernistas sólo existe el individuo, que, como sujeto activo del arte, se considera parte únicamente de una forma mínima de comunidad, la *elite*, la minoría privilegiada y aislada, de endeble estructura, constituida por personalidades vueltas sobre sí mismas. Los escritores de la época usufructuaron con orgullo y complacencia la herencia del arte por el arte; y la buhardilla parisiense de los que buscaban en Europa refugio para su espíritu amigo de la selección y la aventura, el salón doméstico de Herrera y Reissig en Montevideo, el cuartucho desamparado por la fortuna de Casal, o la mesa de café escogida una noche al acaso por Darío, fungían de torres de marfil para gozar como espectadores del pasar de la vida. De aquel arte asocial por tan profundos motivos, se escapan sólo algunas personalidades señeras que, como José Martí, viven siempre en la corriente tumultuosa de la vida, al margen de la mera literatura, y que sólo por esto, no pueden ser puestos por la crítica, ni como simples precursores ni como realizadores más o menos sectarios o profesionales, dentro de los limitados cauces de un movimiento artístico.

b) El modernismo, movimiento histórico de contenido esencialmente literario, se contentó con recibir hechas las doctrinas filosóficas que necesitaba. La filosofía idealista y la ciencia positiva del siglo XIX lo impregnaron de escepticismo,

la única nota común ostensible que podía relacionar a aquellas dos tendencias opuestas del pensamiento del pasado siglo. Parecía lógica entonces la existencia de una literatura cuyo símbolo tenía que ser el signo de interrogación.

La ciencia y la filosofía predominante minaban la validez del conocimiento posible y negaban o limitaban a la verdad su imperio tradicional. Y a las afirmaciones categóricas que cabían dentro del romanticismo, y a sus negaciones escandalosas y revolucionarias, igualmente tajantes, sucedió la duda, bien aceptada como normal estado de espíritu de la época, o bien sentida como drama entrañable del espíritu humano: fluctuaciones líricas de la fe conturbada en el alma del niño de Darío, agonía y muerte de la certidumbre, bella muerte de la certidumbre, en Rodó; marmórea frialdad del misterio turbado por los juegos irreverentes de la ironía, en Silva; el escepticismo angustioso, temido e irremediable, de Nervo, y la actitud escrutadora de sibilina serenidad ante el enigma, de González Martínez.

c) Aquella literatura finisecular solía predicar con elegancia un optimismo cuyos supuestos básicos, cuando quedaban al descubierto, no podían servir para edificar ninguna euforia definida y consistente. La obra de aquellos escritores, examinada en conjunto, ofrece, en última instancia, una versión pesimista de la realidad.

El pesimismo generacional modernista tenía un doble origen, y en consecuencia, puede considerarse que se escinde en dos tipos: un pesimismo literario, ambiental, de origen libresco, aprendido en las obras de filósofos alemanes y novelistas rusos; y otro de origen social, determinado por la aparición en Hispanoamérica del escritor profesional en pugna inevitable con el medio.

En la sociedad hispanoamericana, la vida del escritor profesional era, y en gran parte sigue siendo, un milagro perenne, hecho de renunciamientos dolorosos, de resistencia, a la postre quebrantadora y deprimente, ante la incompreensión, ante la inseguridad del precario y afanoso vivir, en el mejor de los casos, reanimado sólo por triunfos efímeros y fortuitos episodios de bienestar.

La mejor documentación de estas conclusiones evidentes está en la biografía de los escritores modernistas.

d) La falta de originalidad del modernismo en lo estrictamente filosófico contrasta con su estimativa peculiar, con sus

innovaciones audaces al subvertir el orden tradicional y situar la belleza en el primer lugar de la jerarquía de los valores, y hacer de ella consciente y decisivamente la única razón de ser en el arte.

Este esteticismo característico del movimiento modernista convirtió en pensamiento orgánico, en programa polémico mil veces enarbolado con disciplicente orgullo, los dispersos ejemplos y alegatos de los románticos a favor de la emancipación de la belleza de la influencia de los valores morales en el campo del arte.

La impávida persecución de la belleza en sí impidió ver claramente los peligros y las positivas limitaciones que se derivaban de fundar el arte sobre un juego de abstracciones que no podían abarcar y concebir la vida en su necesaria integridad. No pudieron comprender entonces los riesgos de esterilidad, de deshumanización, que implicará siempre conferir independencia absoluta a cualquier proyección particular del hombre en el mundo, arte, ciencia, filosofía o pura actividad práctica. Imperó un esteticismo absoluto que venía de Europa, y que, por boca de Rodó, afirmaba sin reservas: *decir las cosas bien es una manera de hacer el bien*; y sólo cerrada la época, y llegada la hora del balance, se formularon observaciones rectificadoras de este pensamiento excluyente que apartaba el arte de la integridad de la vida.

e) A los caracteres substantivos, que tratamos de precisar y reunir en esta síntesis, el modernismo añade una de sus proyecciones históricas que también lo caracteriza de modo notable: su cosmopolitismo, su captación de nuevas vertientes de acarreo de elementos utilizables en la creación literaria.

Esta extensión del mundo de la cultura realizada en favor de la literatura hispanoamericana, generalmente realizada a través de lo francés, merece, por su evidencia, ser sólo enunciada.

Examen del proceso histórico

Si de la nómina del modernismo separamos el nombre de precursores como Silva, Casal, Gutiérrez Nájera y Martí, este último recordado casi siempre como tal sin las reservas imprescindibles; el del gran realizador al que la muerte arrebató dignos rivales, y con el de Darío, el de sus compañeros ilustres de generación, Herrera y Reissig, Nervo, Valencia, Lugones, González Martínez, y el de los que en torno a ellos cultivaron con

menor fortuna la poesía lírica, el movimiento modernista queda diezmado. Sin la presencia de los poetas líricos, casi no existe.

El modernismo hispanoamericano, por razón del espíritu que lo animaba y el medio en que tenía que desplegarse, debía ser, y por la obra que realizó, fué, en efecto, un movimiento esencialmente lírico, lo cual, no impidió, sin embargo, que su ímpetu creador se desbordara por muchos cauces, y que, en consecuencia, produjera el desarrollo de nuevas manifestaciones literarias y el enriquecimiento de las existentes.

Históricamente considerado, el modernismo es un movimiento artístico que ensancha el cauce de la literatura hispanoamericana y mejora la calidad de sus aguas. Merced a él, la lírica predomina y se enriquece con nuevas formas, con formas arcaicas y con temas renovados; aparecen y pronto se cultivan con persistencia y brillante fortuna manifestaciones hasta entonces inexistentes o preteridas en lengua española: el ensayo y la crónica, los diarios y memorias y el libro de viajes; marginalmente se favorece el desarrollo difícil del teatro, y se producen notables modificaciones, en última consecuencia, perfeccionadoras de la forma y de la estructura, en el campo de la novela.

Basta esta sumaria enumeración para pensar que el balance histórico de su producción es favorable; pero también es cierto que no hace falta extender mucho este examen para advertir que sus más afortunados aportes fueron predominantemente formales, y casi siempre relacionados con el lirismo que define al alma modernista.

En donde la vocación y las aptitudes del poeta lírico pueden manifestarse directamente, o transformarse con fortuna, adaptándose a temas y finalidades, en la poesía propiamente dicha, en la prosa ensayística, en la prosa ligera de la crónica y del libro de viajes, el modernismo actuó como en campo que le pertenecía, y su benéfico influjo eliminó prejuicios, impuso responsabilidades, y, en conjunto, elevó la calidad de la producción literaria. Pero en otros sectores de la literatura, como la novela y el teatro, se explica que no determinara cambios esenciales. En el teatro, sirvió de medio para la influencia de nuevos modelos de interés universal, y mejoró, en general, la forma y la estructura de las piezas, aunque condujo en la mayoría de los casos al teatro discursivo de ideas. Menos al margen del movimiento modernista, recibiendo de él influen-

cias contradictorias, se desarrolló la novela, tomada con frecuencia como pretexto para la disquisición psicológica y social y para el despliegue de prosa trabajada, y si en el género no hubo entonces novelistas notablemente mejores, hubo en él escritores más perfectos, como un Manuel Díaz Rodríguez, en Venezuela, o como un Jesús Castellanos, en Cuba; o como el autor de *La Gloria de Don Ramiro*, preciosista con saber y sabor de arqueólogo, el caso más típico de todos.

Contemplada en conjunto la literatura modernista parece polarizar sus esfuerzos en torno a dos temas fundamentales: el mundo interior en sí mismo y el misterio del mundo preferentemente abreviado en el misterio del hombre. Al primer tema corresponde una sensibilidad nueva, nacida, sin embargo del germen romántico; al segundo, una inteligencia insatisfecha que duda de sí misma, y que, al barruntar la necesidad de otras formas de conocimiento, anticipa transformaciones del pensamiento filosófico que habían de producirse muy pronto. Muy explícitamente la nota lírica y la nota ensayística son los dos caracteres fundamentales de la época; y lirismo y ensayismo son las vertientes, paralelas a veces y a veces entrecruzadas, por las que van las corrientes de la producción literaria.

Balance de influencias

EL mundo calamitosamente forjado por la primera guerra mundial de 1914 parecía empeñado en contradecir los principios básicos y los ideales del siglo XIX que el modernismo había hecho suyos y desarrollado y matizado a su modo en Hispanoamérica. Se justificó entonces teóricamente, y pronto vino a la vida, una literatura nueva fuertemente anti-individualista, de contenido y orientación social, en la que se vislumbraba la posibilidad de nuevas formas de fe. Al producirse aquel conflicto, el modernismo, perdido el contacto vivificador con el mundo real, había perdido también su impulso creativo, y era ya más bien una supervivencia sostenida por abstracciones en estado de revisión inminente. Pero la violenta reacción de la postguerra contra el individualismo y el puro esteticismo significó además la desaparición del ambiente al que el movimiento modernista debía sus mejores y más típicas resonancias.

Como consecuencia necesaria de cambios tan decisivos, el modernismo, por lo menos como sistema vigente, no existe ya

hacia 1920; y Darío, su egregio representante, muere, pues, muy a tiempo para no sufrir los inevitables ultrajes de un súbito envejecimiento artístico.

Cerrado así el período modernista de nuestras letras, la crítica hizo de él materia de disección implacable, muchas veces inútil, si no perjudicial, porque mucho más que el conocimiento científico del pasado —que era todavía el *pasado inmediato* analizado por la mentalidad lúcida de Alfonso Reyes— se proponía buscar materiales para la polémica y la propaganda que exigían los nuevos tiempos. Pero hoy, favorecidos por la perspectiva histórica y alejados de intereses circunstanciales de aquella época, podemos considerar llegado el tiempo de un enjuiciamiento general más objetivo.

Del modernismo procede, y se ha incorporado a nuestra literatura posterior, un acervo artístico innegable. Como es lógico, con aquel movimiento pasó lo que era puramente accesorio, ocasional o aparente, sus motivos y pretextos, sus estructuras particulares y artificios preferidos, su técnica y su filosofía de época, todo ello convertido en material de museo por la acción de los cambios históricos; pero perduró algo esencial que constituye su influencia en la historia posterior.

De todo el movimiento modernista queda un residuo de influencias aprovechables: un aporte al caudal permanente de la literatura hispanoamericana y un ejemplo de fidelidad a los principios y a los ideales, es decir un aporte estético y el ejemplo espiritual de una conducta definida y coherente, cualesquiera que hubieran sido su motivación y su grado de acierto.

El modernismo enriqueció el léxico, aumentó y perfeccionó los recursos de expresión y fijó la importancia de las responsabilidades artísticas del escritor, y por todo esto, reacción enérgica contra el romanticismo de escuela del siglo XIX, abandonado a una inspiración anárquica, lo esencial de lo que en un tiempo fué revolución modernista perdura en forma de aporte estético de valor permanente.

Y por cierta ironía del devenir histórico, aquella literatura finisecular que pretendió emancipar el arte de la moral, dejó el recuerdo de una conducta de la que se deriva una clara, sincera y decidida lección ética, porque, en general, puestos aparte los casos de claudicación del individuo, sostuvo sus principios y sus empeños frente a una sociedad materializada, mediocre y hostil.

Al intentar el balance de la obra histórica del modernismo el error ha consistido en querer dar vigencia, de algún modo a su pensamiento de época, hoy rectificado y por eso inadaptable; o en haber buscado mucho más o mucho menos de lo debido en el sentido moral de su conducta, negándola o exaltándola hiperbólicamente, o extendiéndola adonde no tiene aplicación; pero esto no ha sido culpa del modernismo, sino de sus intérpretes.

Y es, en fin, este movimiento el primero que de manera consciente, y como respondiendo a una acción prevista, incorpora Hispanoamérica a lo universal. Debilitó pasajeramente, pero no alcanzó a desvirtuar la acción de la circunstancia americana. Y el caso brasileño lo corrobora con claridad. Desde los tiempos de Cruz e Souza actúan sobre la literatura brasileña influencias similares a las que produjeron el fenómeno hispanoamericano modernista, y, sin embargo, a despecho de la comunidad de antecedentes, no sería tarea difícil para la crítica comparativa precisar notables peculiaridades en el modernismo brasileño, separado de Hispanoamérica por fronteras geográficas, políticas e idiomáticas.

Aun pueden cambiar los puntos de vista de la crítica, y variar, en consecuencia, esta apreciación de valores; pero, sin duda, no en lo esencial, no en el reconocimiento de los aportes permanentes del modernismo; y sobre todo, ya es y siempre seguirá siendo una estimulante certeza el haber dado aquel movimiento a la literatura hispanoamericana artistas como Rubén Darío, elevado a la categoría de *clásico* por análogas razones, razones esenciales y permanentes, por las que lo fueron escritores de todos los tiempos de categoría y vigencia universal.

PRETERITO PERFECTO

Por Rafael HELIODORO VALLE

HAY una carta del colombiano Luis Carlos López para Rubén Darío, cuando éste era director de "Mundial Magazine" en París, en la que le decía, más o menos: "Mi querido maestro: Pronto iré a París para matar dos ilusiones: la de conocer a Usted y a la Torre Eiffel".

Hay que asomarse a las vidas de los hombres de letras, a la intimidad de su espíritu, para poder explicarse su obra. Algunos necesitan ser interpretados no sólo por el crítico, sino por el psiquiatra. Todos han sido de carne y hueso y alma, y muchos, ya muertos—no olvidemos que, como dijo Amado Nervo, "los muertos oyen mejor"—conviven con nosotros en el recinto de claridad meridiana del recuerdo. Algunos se superaron en la conversación, otros están cada vez más cerca de nosotros, en esos paréntesis del silencio en que hablamos con nosotros mismos, y les sentimos pasar, de puntillas, y quisieran decirnos algo desde la penumbra en que su media voz nos basta para identificarles.

¿Por quién de los hombres de letras que he conocido empearé estas evocaciones? Me gustaría reconstruir mi conversación en sueños con Rubén Darío. En muchos de nuestros sueños hay más materia viva que en la realidad. No sé cómo me presentaron a él, cuando yo, estudiante en México, acababa de leer uno de sus poemas que me mostraron por vez primera el mundo de su poesía:

Se desgrana un cristal fino
sobre el sueño de una flor.
Trina el poeta divino,
bien trinado, ruseñor!

Nuestro encuentro repetía lo que él reveló en una de sus prosas: aquella ciudad destruída por un terremoto; aquel criado que le entregó la tarjeta de visita del general Grant! Todo esto,

y lo que presentimos y no escribimos, debiera constar en el diario de nuestros sueños. Fué en la que había sido capital de la corte bárbara de Moctezuma, cuando me invitó a que viajáramos a lo largo de este hemisferio. Como Gambetta, yo me embriago escuchando la voz de mi demonio azul; y Rubén, después de mis discursos, diría sus últimos poemas.

Habíamos desembarcado en La Habana. Los muelles se hallaban invadidos de multitudes, y siento no poder reconstruir el estupendo discurso que, en nombre de Rubén, dirigí a los cubanos aquella noche. Cuando las multitudes se arremolinaban frente al hotel en que nos hospedábamos, Rubén me pidió que saliéramos al balcón para reiterar las gracias. Pero más allá de la medianoche, un "representante de la autoridad" nos despertó para invitarnos a salir rápidamente de La Habana.

—El señor Presidente—explicó—considera que ustedes son trastornadores del orden público. . .

Rayaba el sol cuando Rubén y yo viajábamos, prófugos, en una canoa, sobre el Golfo de México. Y entonces me desperté. . .

No pude conocerle personalmente, después de las dos cartas que me envió desde París; y todavía tengo nostalgia de no haberle visto siquiera, como le vió Alfonso Cravioto, sorprendido por la tempestad del ajeno.

Yo estaba en mi ciudad natal, viendo nacer la aurora entre montañas. De pronto, en el ángulo que forman dos ríos, me zambullía alegremente en el agua, cuando Manuel Flores, mi compañero de correrías, me anunció que Juan Ramón Molina, se aproximaba a la ribera para bañarse también. El autor de "Pesca de sirenas" apareció seguido de su edecán indígena. El poeta-coronel, mientras les atisbábamos desde nuestro escondite entre los arbustos, dijo al edecán:

—Entonces, ¿me debo casar con la rubia? . . .

—¡Sí, mi coronel! La rubia le conviene más que la morena. La morena es señorita de la gran sociedad; pero la rubia sabe guisar muy bien y es mujer de su casa. . .

Poco tiempo después Juan Ramón Molina contrajo matrimonio con la rubia, una muchacha a quien le gustaban las palabras con zafiros y rosas. El coronel Molina era también periodista, director del "Diario de Honduras". Con sus ojos verdes y su andar petulante, creía rivalizar en belleza apolínea con Lord Byron. Había yo leído el soneto suyo que empieza así:

"Péscame una sirena, pescador sin fortuna,
que yaces, pensativo, del mar junto a la orilla.
Propicio es el momento, mientras la vieja luna
como un mágico espejo entre las ondas brilla".

En los versos de Molina resonaban, admirables, las músicas del modernismo, y no pudo evadir la influencia de Darío, así como en el alba de Rubén las décimas del cubano José Joaquín Palma, que eran repercusión de las de José Zorrilla. Por aquellos días, Molina, Froilán Turcios, Román Mayorga Rivas y Guillermo Valencia encontraron a Darío durante la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro. "Yo panamericanicé", diría más tarde a Madame Lugones. Recuerdo la segunda vez que vi a Molina, recién llegado de Río: pasó frente a mí, con su uniforme militar, espoleando un caballo, que, de seguro, imaginaba un trasunto del Pegaso. En aquellos días dirigía Turcios el diario "El Tiempo", y se hablaba mucho de su novela "Anábel Lee", que había escrito sólo en sueños, y a la que Molina había puesto un prólogo que, malhadamente, comienza así: "Es en París, en un cuarto de hotel. . .".

A Turcios le traté de cerca años más tarde, cuando era Ministro de Gobernación y se creía presidenciable. Más que su obra propia, valía su gusto para seleccionar poemas y prosas, de diversas épocas y países, y presentarlos como en escaparates de joyería en sus revistas "Esfinge" y "Ariel", en las que reproducía hasta las dedicatorias de los libros que le enviaban desde Paysandú hasta Chihuahua. Prefería escribir con tinta morada y no se sabe por qué —acaso como Nervo, para librarse de lo imprevisto— llevaba siempre consigo una pistola. Le cabe el honor de haber trabajado en la efectiva cooperación intelectual, divulgando entre innúmeros lectores el conocimiento de los más grandes hombres de letras; pero las páginas que le harán sobrevivir son las de sus memorias, en las que palpita la gracia para saber contar, iluminando anécdotas.

Junto a Molina y Turcios brillaba Augusto C. Coello, el autor del Himno Nacional de Honduras. Había sido uno de mis sinodales en el examen de Retórica y Poética, que en el Instituto Nacional de Tegucigalpa estudiábamos conforme al texto de Castañeda. Cuando se reúnan en haz sus espigas mentales, insurgirá la hermosa figura de quien supo continuar con distinción de periodista y tribuno, la empresa civilizadora de Ramón Rosa y Alvaro Contreras. Volví a encontrarlo en un puerto de

nuestro país en que predominan el blanco y el azul de la heráldica hondureña, palpitando entre las nubes, y en los paréntesis cálidos del trópico salíamos en carretela hacia un río de cristal, bordeando huertas de naranjos. Como José María Heredia y José Joaquín Palma había guardado secretos presidenciales; pero la política no logró estrangular al poeta de ojos verdes que hacía sonar su guzla de abencerraje canoro.

Mi gran amigo Peza

ERA 1908 en toda su majestad. Iba yo hacia México y llevaba en mi equipaje dos cartas de don Rómulo E. Durón, uno de los escritores hondureños que más estimularon a los jóvenes: una para Juan de Dios Peza y otra para Enrique Fernández Grana-dos, el autor de aquellos versos

*Si queréis de mi lira
oír los sonos
dadme vino de Lesbos,
que buele a flores;
pero no en cinceladas
copas corintias,
sino en su boca,
porque el vino de Lesbos
se liba en rosas.*

Durón había sido discípulo del poeta José Joaquín Palma, el Zorrilla cubano que vivió en Honduras cuando el Presidente Soto y el Ministro Rosa inventaron un olimpo lírico en el que Palma repetía los casos de poetas que habían sido secretarios privados de un presidente de la república: José María de Heredia y Abigaíl Lozano, para Antonio López de Santa-Anna, por ejemplo. Juan de Dios Peza lo había sido de un famoso general que ganó en las letras sus mejores batallas: Vicente Riva Palacio. El padre de éste, don Mariano, fué uno de los defensores de Maximiliano en Querétaro, y el de Peza nada menos que ministro de la guerra del desventurado Habsburgo. A Peza le conocí en la tertulia vespertina que varios escritores animaban en la librería de Pedro Robredo. Le acompañaba en sus excursiones por el México viejo; tenía memoria prodigiosa, había sido periodista, secretario de la Legación Mexicana en Madrid, gran amigo de dos escritores eminentes, Ignacio M. Altamirano

e Ignacio Ramírez; íntimo de Manuel Acuña, el que invitó a Rosario para que ganasen al mismo tiempo la inmortalidad, apurando el mismo veneno, y descubridor del ingenio poético de Luis G. Urbina. Oír a Peza era una dicha, porque sabía mucho de hombres y de sucesos que son la pequeña historia mexicana. Era, como amigo, impar. Nos distanciamos porque en su presencia perpetré el desacato de elogiar a Rubén Darío, quien le había asignado el mote de "poeta doméstico". Me consta su popularidad, pues cada vez que nos dirigíamos a su casa de la calle de la Magnolia, le saludaban los cocheros y los gendarmes con el clásico "Buenas noches, don Juanito". Me presentó a don Victoriano Agüeros, director de la revista "El Tiempo Ilustrado", en donde publiqué uno de mis primeros poemas; y también a don Filomeno Mata, director propietario de "El Diario del Hogar", en donde hice mis primeras armas en el periodismo.

Peza poseía una biblioteca mexicana de primer orden, y, sobre todo, un archivero en que conservaba cartas de Emilio Castelar, Ricardo Palma, José Martí, Jorge Isaac y numerosos hombres de letras que dejaron en lo epistolar mucha literatura impregnada de calor humano. Sobre la mesa de trabajo de Peza estaba un busto de Dante, y, a pocos pasos, una estatuilla sedente de Voltaire. No olvido la tarde en que un sacerdote miope llegó a bendecir la casa, que habían reconstruido, y al ver la figura del gran francés, la saludó con un golpe del hisopo, preguntando:

—¿Su Santidad León XIII?

En nuestros paseos, lecturas y conversaciones, Peza me daba diarias lecciones sobre el pasado de México.

—En esta esquina —me advirtió una vez, frente a la plaza de Santo Domingo— fué fusilado, con música de "Los Cangrejos", el general Santiago Vidaurri... Esa estatua es la de la Corregidora doña Josefa Ortiz de Domínguez, y el día de su inauguración fué leído el canto que había escrito especialmente Manuel Gutiérrez Nájera, quien no pudo concurrir porque estaba moribundo.

Otra vez me explicó:

—Esta es la casa de don Juan Manuel, quien durante muchas noches, por consejo del Diabolo, según la tradición, mató al primer transeúnte que encontraba, a las doce en punto, exclamando: "Dichosa Vuestra Merced, que sabe la hora en que va a morir"...

En su charla bullían en torrente episodios y sucedidos: don Lucas Alamán, don Guillermo Prieto —el poeta más querido de los mexicanos de su época—, Maximiliano y Carlota, el señor Juárez, todos los generales ecuestres, desde el celeberrimo Santa Anna hasta don Porfirio, y todos los personajes que pasan lucidamente por sus páginas de "Memorias, reliquias y retratos", uno de los libros mexicanos más sabrosos y que no se sabe por qué se halla en el olvido. El peor enemigo que Peza tuvo fué Rafael Reyes Spíndola, quien desde su diario "El Imparcial" despellejaba la reputación de quien había escrito "Fusiles y muñecas". Para aminorar su fecundidad para escribir en verso, había inventado una cuarteta con la que complacía a las señoritas romanticas y con álbum, a la cual hacía variantes según la ocasión:

*Teniendo tanta belleza
el álbum de... fulanita...
para nada necesita
versos de... Juan de Dios Peza.*

Por él conocí vidas y milagros de los grandes escritores que trató en España: Castelar, Tamayo y Baus, Campoamor, Zorrilla, la Pardo Bazán, Pereda, Valera y cien más. Fué quien me hizo entrar en ese mundo de grandes ingenios que son el orgullo de quienes, sin renunciar a nuestro abolengo precolombino, somos los españoles de América.

El Maestro Sierra

DE 1908 a 1909 tuve el privilegio de ganarme el cariño de Justo Sierra, Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina y José Juan Tablada. Secretario de Educación Pública, historiador, catedrático, ex-periodista, grande entre los grandes oradores de nuestro idioma, se hallaba Sierra en la madurez de su ingenio y su bondad, cuando le conocí. Presidía por derecho propio el parnaso que hospedaba en la Secretaría, y en el que Urbina, su secretario particular, era la segunda figura; pues los otros eran Rafael López, Alfonso Reyes, Roberto Argüellas Bringas, Rubén M. Campos, José F. Elizondo. Y hasta figuraba, inquieto después, Carlos Serrano, a quien Elizondo dedicó un epigrama:

Este individuo estrafalario,
tiene un papel extraordinario

y un gran oficio singular:
 es secretario del secretario
 del secretario particular.

Era don Justo un gigante sonrosado, majestuoso; un gigante de la bondad y la inteligencia, que bien merecía la comparación que le hizo Jesús Urueta al hablar del elefante que juega con los niños. Nunca he oído un orador más total; era como un árbol altísimo desde el que caían flores excelsas. Había sido periodista, y de los periodistas con estilo, sabiduría y decencia; ya había escrito dos de sus prólogos magistrales: el de los poemas de Gutiérrez Nájera y el de "Prosas profanas" de Darío. Gracias a él obtuve una de las primeras becas centro-americanas que dió México, a pesar de que el sub-secretario, o no se quién, le había advertido.

—No puede dársele esa beca, porque no es mexicano, y el reglamento de la Escuela Normal está explícito. . .

—Que se le dé media beca —respondió—, ya que eso no lo prohíbe el reglamento. . .

Cada vez que nos visitaba en la Escuela Normal estábamos de fiesta. Siempre me pedía que recitara algunos versos, diciéndome las palabras más agradables. Eso fué don Justo Sierra: un animador, un verdadero maestro, siempre joven, antena alerta para captar las ondas de la sensibilidad humana. Cuando en el gran banquete que en el Casino Español se dió a don Rafael Altamira, una noche de 1911, don Justo —metido en su frac, luciendo un brillante en la pechera— me dió la sensación de encontrarme frente a un gran hombre. Escuché dos de sus grandes discursos: el del día en que se inauguró el Congreso Internacional de Americanistas y aquel en que fué reinstaurada la Universidad de México. Ya había oído la oración de Jesús Urueta un 15 de septiembre —algo así como el paso de un arcángel de oro sobre un carro de fuego— y le sacamos en hombros, al salir del Teatro Arbeu. Pero mientras Urueta nos transportaba hasta Grecia, don Justo nos hacía sentir el aire y la tierra electrizada de México. Estuve con él —ya no era ministro— en la fiesta de su cumpleaños, poco antes de su viaje a España, para asistir a las fiestas del centenario de las Cortes de Cádiz. Ya no le vimos más, sino cuando reapareció en un ángulo de la Secretaría, encarnado en una piedra menos blanca que su ternura.

Urbina y Henríquez Ureña

CERCA de él, adherido como la liana al muro, estaba Luis G. Urbina, el más asiduo colaborador de "El Mundo Ilustrado", que en "El Imparcial" de Reyes Spíndola tenía encomendada la crónica de teatros. Muy moreno, muy feo, muy gracioso, Urbina conversaba como quien riega pedrerías, sobre el último libro, sobre la actriz europea que acababa de llegar. Arrellanado voluptuosamente en su cama, recibía a todos los que, domingo a domingo, íbamos a visitarle. Y mientras Luz le servía el desayuno con chocolate y grandes tortas, sin que Urbina se moviera de su trono, iban llegando Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Manuel M. Ponce, Eduardo Colín, Artemio de Valle-Arizpe, Nicolás Rangel —uno de los íntimos de Manuel José Othón— y el recién llegado escritor de Sudamérica que deseaba saludar a quien era uno de los mexicanos más corteses y encantadores. Allí conocí a Porfirio Barba-Jacob, que entonces se llamaba Ricardo Arenales y ya era autoridad en mariguanas y otras yerbas.

Henríquez Ureña estaba preparando con Rangel la "Antología del Centenario". Un buen día me envió a la Escuela Normal copias de versos de Simón Bergaño y Villegas y de Antonio José de Irisarri, guatemaltecos de principios del siglo XIX, que habían colaborado en el "Diario de México". Henríquez Ureña tenía el poderío del hombre de estudio que incita a los jóvenes para señalarles rutas; no pertenecí al grupo que le escuchaba con atención, y que poco tiempo después dió vida al Ateneo de la Juventud; y diez años después, siendo José Vasconcelos Secretario de Educación Pública, nos distanciamos por causas baladíes, si bien yo era uno de los que acataban con agudo interés su magisterio crítico. Volvimos a conversar por correspondencia cuando se hallaba en Buenos Aires, comprometido en una gran aventura filológica, y era yo uno de los favorecidos con sus noticias, advertencias y recortes de periódicos, pues era formidable animador epistolar. Maestro en el diálogo platónico, en las tertulias que presidía, quitábase los zapatos para conversar con fruición. . . Otro de sus caprichos era el de buscar en las bolsas de los poetas adolescentes para atraparles el último poema. Era nuestro Menéndez y Pelayo, por su cultura, su erudición y su ironía. Le vi tomar notas sobre la rodilla a bordo del tren presidencial, cuando íbamos hacia Córdoba para asistir

a las fiestas del centenario del encuentro de Agustín de Iturbide con el último virrey de Nueva España. Le encontré más tarde en casa de Alfonso Reyes cuando éste, después de larga ausencia, retornó de Madrid. No es posible hablar de la cultura alfonsina sin mencionar a Pedro.

—Levántese, Alfonso, que son las cinco de la mañana y tenemos que comentar a Esquilo.

Pedro no contaba con las simpatías de José Juan Tablada, Rafael López y Ricardo Gómez Robelo. Conversé con los tres cuantas veces me fué posible. El último era uno de los escritores de cultura acendrada, asombroso, más feo que Urbina, más risueño que José Juan y que Rafael. Era algo así como un descendiente de los señores de Teotihuacán, enamorado de las cacicas y del pulque con almendras; un indio antiguo, cuya melancolía se disipaba al acordarse que también era griego de la decadencia. En esto se parecía mucho a López y a Tablada, últimos abencerrajes de "Revista Moderna", cuya lectura es imprescindible a los historiadores literarios de nuestra América, y en la que se prolongaba la espléndida tradición iniciada por "El Renacimiento" de Altamirano y la "Revista Azul" de Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufóo. En la primera de ellas, gracias a su director Jesús Valenzuela, publiqué un poema. El fundador había poseído una mina de oro en Chihuahua y dilapidado aquella fortuna, regalando las manzanas de su munificencia a una de las pléyades más brillantes de las letras mexicanas. Ya viejo, con una parálisis de la que sólo escapó su cabeza, el príncipe Jesús E. Valenzuela se hallaba en su silla de manos aquella vez en que Luis G. Urbina me invitó a que le acompañara a visitarle, porque era el día de su onomástico y tenía la costumbre de llevarle en tal día un manojo de violetas. Fué una escena conmovedora: Valenzuela, inmóvil, mudo, tan sólo con el alma viva que se le asomaba por los ojos —querubín en tormento— dió las gracias llorando.

Inolvidable José Juan

A TABLADA le conocí en su casita japonesa de Coyoacán, en la que vivía rodeado de libros y de marfiles fabulosos. Nos recibía quemando incienso oriental y diciendo palabras mágicas. Escribía en "El Imparcial", pero también ganaba buen dinero como vendedor de vinos. Nos envolvía con los relatos de sus

viajes por la tierra de Hiroshigué y nos mostraba las estampas chinas y las porcelanas de no sé cuál dinastía, y, de súbito, se ponía la máscara con que Marco Polo deslumbró a los venecianos, antes de contarles las mil y una sorpresas que recibió en la Pekín de los mandarines.

Salatiel y Alfonso

A MI regreso a Honduras, después de mis primeras experiencias mexicanas, se inició mi amistad con dos escritores de mi generación: Salatiel Rosales y Alfonso Guillén Zelaya. El primero, con su andar solemne, su carcajada sardónica, su horror a la canalocracia, era un escritor que devoraba cuanto libro de filosofía, sociología y letras caía en sus manos. Discípulo de Juan Ramón Molina, hasta en la técnica para insultar a quienes no compartían sus ideas en política o en literatura. Con él leíamos a Flaubert, Maupassant, Eça de Queiroz, Rubén Darío y Valle-Inclán, todo lo que en aquel entonces de "Mundial Magazine" se hallaba a nuestro alcance. Era un goloso lector de Emerson y Renán. En el cuarto de hotel en que vivía, me presentó a Guillén Zelaya, quien estaba orgulloso de tener entre sus ascendientes a un famoso general que en las selvas de Olancho se había distinguido durante los años feroces en que los pinos se disputaban la estadística de los ahorcados.

En 1912 fundamos con Froylán Turcios el "Ateneo de Honduras". Volví a ver a Rosales en Guatemala, cuando escribía artículos para "El Eco Alemán"; y más tarde se trasladó a México, arrojado despiadadamente por los esbirros de un presidentillo que llevaba cinta roja en el sombrero y era incapaz de sostener cinco minutos de conversación, porque nada tenía que decir. Rosales fijó su residencia en la capital mexicana, escribió muchos artículos para poder ganarse el pan cotidiano y que se pueden reunir en un volumen digno de ser gozado por quienes gustan la buena prosa. Nunca le abandonó el duende endemoniado que le convertía la menor chispa en un incendio, pues cuando se salía de madre, se desesperaba y rugía como un bárbaro, y sus intemperancias le orillaron a lances personales en los que su bastón y su vocabulario intervenían inútilmente. Hizo naufragar su amargura en los venenos engañosos del alcohol, dejó de reír a sus anchas, y pocos días después de haberse refugiado en la Casa del Periodista, en la ciudad de México, le asal-

tó la uremia y murió en un desamparo que no pudimos aliviarle quienes éramos el balance final de sus amigos.

Guillén Zelaya también residió varios años en México, entregado al diarismo político. Le encontré antes en Nueva York, en una temporada que me permitió tratar una bohemia hispano-americana de primer orden, que tenía predilección por Greenwich Village y en la que eran personajes primerísimos el chileno Acario Cotapos, los poetas Edna Saint Vincent Millay y Thomas Walsh, el puertorriqueño Luis Muñoz Marín, el dominicano Manuel F. Cestero, el nicaragüense Salomón de la Selva, el venezolano René Borgia, y no recuerdo quiénes más. El grupo editó una revista bilingüe de la que sólo aparecieron dos números y se llamaba "Pan American Poetry", y en ella publicó Guillén Zelaya algunos de sus poemas, una vez que había aplacado su sed en Francis Jammes. No pudo disimular la melancolía que jamás le abandonó en esas zonas suaves de la vida en que hasta las rosas no tienen espinas. Siempre con el pensamiento hacia Honduras, aunque le preocuparan los problemas numerosos del hombre, su cultura enfiló hacia el conocimiento de las utopías más encantadoras y de las realidades más ásperas. Y aunque su vocación poética quedó trunca, muchas de sus palabras seguirán irradiando.

Díaz Mirón en su trono

RETORNÉ a México en 1921. Volví a conversar con Salvador Díaz Mirón en su casita de Veracruz. Le había tratado mucho cuando se aposentaba en el Hotel Iturbide. Era diputado federal, con pistola y leyenda. Había matado a un alemán porque no le había cedido la derecha en una calle de Jalapa. Se hacía lenguas ardientes narrando "el sinnúmero de sus asesinatos"; pero la verdad es que no era más que un mitómono. Por aquel tiempo estuvo a punto de matar a su colega Chapital, y estaba feliz por todo lo que decían los periódicos. Reconstruía constantemente la escena, a la salida de la Cámara de Diputados, invitándonos por turno, a hacer la pantomima de reconstruir aquel penoso incidente. En la sala, con un diccionario de la Real Academia Española abierto sobre la rodilla, estaba don Carlos, su fiel testigo falso.

—Aquella noche, yendo yo para Jalapa, aparecieron los bandidos y maté a diez. . .

—No, don Salvador —interrumpía don Carlos—; no eran diez, sino doce. . .

—Esta mañana vamos a hablar de Plinio el Joven, para quien la amistad era un regalo de los dioses. Plinio era un prócer de antigua familia eupátrida. . . ¡Eupátrida! Don Carlos, hágame el favor de buscar esa palabra en el diccionario. . . Porque, según Demóstenes, los eupátridas y los atridas. . .

Díaz Mirón era un embaucador fantástico, que al final de sus relatos ya creía las grandes mentiras que había urdido. Apareció un día en la escena Leopoldo de la Rosa, y don Salvador tuvo un pretexto más.

—Me decía usted, poeta, que viene de Barranquilla, en la gran Colombia. Yo estuve en Barranquilla. ¡Qué crepúsculos, qué mar, aquella plaza con la estatua de Bolívar, aquellas palmeras!

—¡Ah! —contestó De la Rosa— ¿conque estuvo usted, Maestro, en mi tierra? Debe Ud. haber conocido a la familia Restrepo. . .

—No me pregunte Ud. tanto, porque yo visité Barranquilla cuando apenas tenía cinco años. Viajaba con mi padre, un intrépido marino. . .

Entonces Díaz Mirón, para echar aceite al mar, más allá de las tres de la tarde nos invitó a comer ostras que, según anunció, eran las mejores del Mar Caribe. Aceptamos la invitación, más que abrumados. Ibamos a comer a manteles largos. Díaz Mirón eran gran amigo, manirroto, servicial, y me consta que muchos de los que le visitaban recibían, al despedirse, sus dádivas metálicas. El restaurante era de un español que le quería mucho. Una comida opípara, con vino, su monólogo y nuestro silencio. Cuando el criado presentó la cuenta, y Díaz Mirón la firmó, en medio de pavoroso mutismo, en que apareció la pistola:

—No, señor, aquí se paga en efectivo.

—Es usted, en primer lugar, un malvado (Díaz Mirón usaba, al indignarse, el español más procaz); en segundo lugar, ignora usted que yo soy el diputado Díaz Mirón, a quien nadie osa irrespetar; y, por último, es usted un ladrón, porque esta cuenta es muy excesiva, ni que nos hubiera traído usted en cada ostra prendida una perla. . .

El dueño del restaurante apareció inmediatamente, para explicar a don Salvador, su viejo cliente y amigo, que el error

se debía a que el criado era novel y que, por lo tanto, no le conocía. Serenada la tormenta, se despidió De la Rosa, y entonces Díaz Mirón me dijo:

—Voy a darte a conocer uno de mis sonetos, que es el que más me gusta, y que sobrevivirá al español cinco siglos después de que ya no lo hablen.

"Semejas esculpida en el más fino
hielo de cumbre sonrojado al beso
del Sol, y tienes ánimo travieso
y eres embriagadora como el vino!

Y mientes: no imitaste al peregrino
que cruza un monte de penoso acceso,
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

Obrando tú como rapaz avieso
correspondiste con la trampa el trino,
por ver mi pluma y torturarme preso!

No así el viandante que se vuelve a un pino
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino".

Yo visitaba a Díaz Mirón en el Hospital Militar, en una celda oliente a creolina, por la que entraba el verdor de un naranjo. Me daba a conocer lo que estaba escribiendo, no sin advertir:

—Como los profetas, me retiro al desierto cuarenta días para poder escribir. En las noches mi alma se escurre entre esos barrotes y se monta en el filo de la primera nube. . . Durante esas ausencias, cuando estoy en mi biblioteca de Jalapa, los ladrones pueden entrar en ella, para saquearla; oigo sus lejanas voces, van y vienen, suben por las escaleras hacia Tácito y Virgilio; se los llevan, pero si yo me bajo de la nube, guay de ellos! . . .

Cuando Vasconcelos era Secretario de Educación Pública, aprovechó uno de mis viajes a Veracruz para decirme que deseaba se rindiera un gran homenaje a Díaz Mirón, invitándole a que llegara a la capital, y luego se le daría uno de esos nombramientos que merecen los poetas para sobrellevar sin zozobra los últimos días. Hablamos de Tablada, en quien, según me dijo, México tenía su primer prosista; de José María

Lozano, que para él era el máximo orador; y no logró que me explicara por qué no había querido saludar a Rubén Darío en 1910, cuando éste visitó Jalapa. Se limitó entonces a rectificarle:

—No debió haber dicho "Es con voz de la Biblia", sino "con voz de la Biblia es", según lo habría escrito Gracián, que manejaba con tanta donosura el verbo.

—Pero entre lo mejor de Rubén —tuvo a bien añadir— tenemos que reconocer la magnificencia del poema que me endilgó.

Tu cuarteta es cuadriga de águilas bravas
que aman las tempestades, los océanos. . .

—Maestro —le pregunté— ¿y es verdad que pronto editará su libro definitivo?

—Va a llamarse "Triunfos". Pero se publicará después de mi muerte. Es la única herencia que dejo a mis hijos, para que no les falte el pan. Yo ya me he retirado, antes de que me retiren. Los grandes poetas, como los grandes toreros y los grandes tenores, deben abandonar el escenario a tiempo.

—Pero México le debe un homenaje, y a eso he venido, de parte del Ministro Vasconcelos.

—¿El filósofo?

—Vasconcelos le invita para que vaya Ud. a la capital y que señale la fecha. Por supuesto que todos los gastos serán por cuenta de la nación.

—Pero, hijo mío, ¡sí yo no estoy más que con lo encapillado! Tendrían que mandarme a hacer unos trajes. . . Es verdad que en la ciudad de México no sólo están los más altos ingenios, los mejores sastres, sino que se comen los mejores pescados de Veracruz. . .

Fué imposible convencerle. Volvió a la capital, pero ya muerto, para descansar en el Panteón de los Hombres Ilustres. La última vez que le vi fué en

"un puerto bullente
que a desbordes y a grescas anima,
y al que un tiempo
la gloria y el clima
adornan de palmas la frente".

Iba yo rumbo a Lima a las fiestas del Centenario de Ayacucho, y el barco estaba para hacerse a la mar; pero Díaz Mirón

continuaba explicándonos la Teoría de la Relatividad, y, de pronto hizo rectificaciones sobre la historia de la persecución que a campo traviesa había hecho en las selvas veracruzanas, para atrapar al bandido "Santanón".

"Santanón" se había echado al monte en 1910 y no podían darle alcance los hombres de Porfirio Díaz. Entonces Díaz Mirón, sintiéndose Tartarín, empuñó la pistola, decidió salir contra el bandido, y los periódicos hablaron mucho de aquella cómica aventura. Uno de ellos aseguró que, cierto día Díaz Mirón detuvo en el camino a un hombre que iba a caballo y le preguntó si sabía en dónde se encontraba la guarida del bandido. Este le dijo que a poco andar le encontraría; se despidieron, y bien pronto Díaz Mirón se percató de que había hablado con el mismísimo asaltante de caminos.

—Los periódicos me han difamado y no olvide Ud. mi terceto:

"¿Qué mal obré para tamaño enojo?
El honor del poeta es nimbo santo
y la sangre de un vil es fango rojo!"

Mi última visita a Díaz Mirón fué en 1923, el día en que yo salía rumbo al Callao como invitado del gobierno del Perú para presenciar las grandes fiestas bolivarianas. Su monólogo sobre la Teoría de la Relatividad me ponía en peligro la hora de tomar el barco.

Don Eugenio y otros genios

A BORDO del barco inglés "Oriana" conocí al escritor uruguayo don Eugenio Garzón, quien era redactor de "Le Figaro" de París y se ufanaba de tener allá una criada francesa que, según me contó, le escribía cartas con "un estilo semejante al de Flaubert". Monsieur Garzón frisaba en los 80 años. Era soltero, elegante, pulcro, muy parisino, todo un "dandy", con su gran barba blanca y su sonrisa conquistadora. Le había invitado el gobierno del Perú, porque su padre el general Garzón había tomado parte en la batalla de Ayacucho, e iban a develar su estatua en Lima. Así como Garzón, por su mundanidad, debieron haber sido el argentino general Mansilla o el colombiano general Mosquera.

Instalados en Lima, éramos vecinos de aposento en el Hotel Bolívar y todas las mañanas Garzón se me aparecía luciendo

una pijama oriental, haciendo el alarde de que tenía el lujo de que durante el sueño no se le ajara. Coincidió con el poeta-vizconde que escribió "De la elegancia en el dormir". Me invitó a que conociéramos, en el taller del escultor, la estatua de su padre; y cuando salimos a la calle, me dijo:

—¡¡Permítame respirar!! Tenía yo terrible preocupación. Temía que a mi padre le hubieran puesto un aire de bailarín, en vez de darle su elegancia como compañero de Bolívar.

Don Eugenio me hizo una confidencia:

—Nunca he sido partidario del matrimonio; pero sí del amor. . .

Y cuando en un pasillo de hotel, en donde charlábamos a nuestras anchas con los más importantes escritores que residían en Lima, alguien le enseñó el elogio que le dedicaba uno de los diarios, se apresuró a formular este aforismo:

—No olvidar que la cortesía cuesta muy poco, pero vale mucho.

El "Elogio de la espada"

EN aquellas fiestas inolvidables encontré a numerosos escritores, una noche de gala, en el Teatro Forero. Allí estaban Antonio Caso, el contrarricense Rogelio Sotela, Guillermo Valencia, los bolivianos Ricardo Jaimes Freyre y Guillermo Reynolds, y José Santos Chocano, que había escrito un "Canto a Ayacucho", por el cual el Presidente Leguía le había mandado pagar no sé cuántos miles de soles.

Aun escucho el vocerío hostil contra Leopoldo Lugones, quien fué uno de los oradores de la gran fiesta y pronunció el famoso "Elogio de la espada", cuadrándose previamente delante del jefe de la embajada argentina, el general Agustín P. Justo, y dirigiéndosele en esta forma: "Con su venia, mi general!". A medida que Lugones hablaba, los estudiantes universitarios se desenfrenaban en siseos y gritos escandalosos. Aquel discurso corrió la mala suerte de promover, poco tiempo después, el artículo que José Vasconcelos publicó en *El Universal* de México, que tituló "Poetas y bufones", refiriéndose a Lugones y Chocano.

La displicencia de Ingenieros

LUGONES era vanidoso y de difícil acceso para conversar con él. Puedo decir lo mismo de su compatriota José Ingenieros, a quien intenté inútilmente entrevistar en la capital mexicana, en nombre de *Excelsior*. Tenía un aire de displicencia, que poco tiempo después explicó la causa de su muerte. La simple noticia de su llegada nos estremeció, porque deseábamos agasajar al autor de tanto libro que ha dejado profundas huellas en varias generaciones americanas. Cuando descendió del "pullman", después de los primeros saludos, Ingenieros se enfureció al verse rodeado de fotógrafos, y juró que ninguno de ellos podría retratarle, ofreciendo un premio de 100 pesos a quien lo lograra. Con desdén trataba a cada uno de los reporteros, rehusando contestar a las preguntas que le hacían.

—Lo que me ha llamado la atención desde Veracruz son los mangos. . .

Me aproximé para decirle que le llevaba un saludo de José Vasconcelos quien entonces dirigía la revista *La Antorcha* y que tenía encargo del señor director de pedirle un mensaje para el pueblo mexicano. No era más que un ardid para conmovérle, porque realmente Vasconcelos no me había hecho tal encargo.

—¿Un mensaje? ¿un pensamiento? Si ustedes quieren alguna declaración mía, sírvanse leer mis obras, en las que pueden escoger a sus anchas. . .

Muy diferente a Lugones e Ingenieros era el infortunado Aníbal Ponce, con quien congenié mucho desde el primer día que llegó a México, huyendo de una persecución política en su país. No podía disimular el presentimiento de su trágica muerte cuando viajaba desde Morelia hacia la metrópoli mexicana, a bordo de un ómnibus. Por su sencillez, su dialéctica, su elegancia espiritual, la sinceridad de su credo ideológico, el ilustre maestro de Sociología y Psicología había ganado la estimación de todos los que le escuchaban en la cátedra.

Chocano y sus tesoros

A CHOCANO le traté mucho en Guatemala y Lima. En la primera me escribió el prólogo de "Anfora Sedienta" y en Belice recibí la carta en que me pedía le presentara ante el Presidente de Honduras, para proponerle un gran negocio que, estaba

seguro, le convertiría en millonario: se trataba de explotar la harina del banano, pero había que desecar una parte del Golfo de México, para disponer de grandes terrenos en los que se iban a erigir plantaciones y opulentos emporios. . . Le encontré de nuevo en Lima, sintiéndose Virrey, porque era nada menos quien iba a recibir en nombre del Perú a todos los escritores que éramos huéspedes de la República. Hablamos mucho sobre México, en donde no han sido olvidadas sus hazañas al lado de Pancho Villa y me contó que había sido su secretario y que un buen día le dijo inesperadamente:

—Señor licenciado: ¡si usted fuera ciudadano mexicano, ya lo habría hecho Ministro de Guerra!

Es de todos sabido que Chocano, así que Villa empezó a fusilar a varios de sus "compadres" y amigos íntimos, se había dado cuenta de que era necesario alejarse a prudente distancia, y para ello obtuvo permiso de Villa para trasladarse a los Estados Unidos y comprar armamento y hacer publicidad en favor del "villismo". Se ha dicho que Villa le entregó varios miles de dólares y que el poeta no regresó ni con un céntimo, ni siquiera envió una pistola. Un periódico de El Paso, Texas, denunció la conducta de Chocano, y éste, para vindicarse escribió una carta en la que sobresalía esta frase: "Cerca del general Villa yo era una inocencia al borde de un abismo".

En nuestra reanudada conversación, Chocano me pidió noticias, como era natural, de muchos mexicanos a quienes había conocido. Le hice saber que el Secretario Vasconcelos nos había dicho en una tertulia que "cuando Chocano estaba acompañando a Villa, sus poemas en defensa de la Revolución Mexicana levantaban ejércitos y algunos le comparaban con Homero". El discurso "Elogio de la espada" y el artículo de Vasconcelos contra Lugones y Chocano, culminaron en la muerte trágica de Edwin Elmore, quien había salido a la defensa de Vasconcelos en aquella discusión. Días antes de ser asesinado en Santiago de Chile, Chocano me había enviado el primer volumen de "Oro de Indias", como en busca de reconciliación.

Pomposo, ingrato, supersticioso, vanidoso, generoso con sus amigos, gran consumidor de helados y de medicinas de patente, tal era Chocano. Recitaba con ademanos retóricos; era el tipo del áulico perfecto, y extrajo de algunos bolsillos presidenciales todo el oro que pudo. Su muerte, después de la busca

de un tesoro y de una emisión de bonos en la que cayeron muchos ingenuos, no nos sorprendió.

La sombra de Eguren

EN cambio, José María Eguren, uno de los poetas más finos, era la encarnación de la humildad. Se diría que estaba viviendo en una lejanía de otro mundo. Era, ni más ni menos, uno de los personajes de sus imaginaciones. La última vez que le vi estaba en un ángulo de su cuarto, quejándose resignadamente. Tenía miedo a salir a la calle. En su casa en la Calle de la Colmena encontré a José María Eguren, el poeta misterioso, casi aéreo, casi en vísperas de su muerte. Veinte años antes le había visitado en su palacio cristalino de Barranco, ya perseguido por el miedo.

La última vez que le vi parecía regresar de un largo viaje por los países de la niebla, en busca de la niña de la lámpara azul. Ningún poeta me ha dado, como Eguren, la realidad de su poesía en lo fabuloso de su vida. Un fantasma rodeado de fantasmas, eso era en aquel día inexplicable, en que le hallé rodeado de recuerdos, de incoherencias, y hasta de sombras de pájaros imaginarios. Me habló sobre su último invento, un aparato para fotografiar nubes, sueños, ángeles, cosas sin dimensiones y sin edad.

—Asómese a esta ventana —me dijo— para que vea las gaviotas que vienen a conversar conmigo, prófugas del mar, de la noche, de los sueños. .

Nada veía yo; pero la figura del poeta se me evadía en un aire patético, quimérico. El ya no era un habitante de Lima, sino una voz que se quebraba en el viento puro de aquel verano que era la presencia más furiosa del cielo sobre una ciudad que se nos evadía en la frustrada conversación. Era como un niño huérfano en la ciudad en que los niños cantan las mejores canciones que se caen del cielo.

Un mago en fondo de siglos

MUCHO conversé con un gran caballero —que también no parecía residir en este mundo y estaba orgulloso de sus barbas de alquimista: don Ramón María del Valle-Inclán. Era hués-

ped de honor de México, invitado por el Presidente Obregón. Le aposentaron en el Hotel Regis, y todas las noches, hasta las dos de la mañana, estaba con nosotros el historiador costarricense don Ricardo Fernández Guardia. Con sus espejos convexos, "la flor de su sonrisa" y su acento de mago en el fondo de los siglos, don Ramón hablaba, monologaba. . . Era el suyo uno de esos monólogos que no debieran concluir. Se diría que era un ser sobrenatural, intemporal. Un emperador del Santo Imperio Romano en su palacio de encantamiento. Me recibió, la primera vez, mientras fumaba en su larga pipa de Kiff, metido en el lecho, con cuartillas para escribir sobre una tablilla. Le llevaba la colección de clásicos de la Universidad de México. Me invitó a fumar opio, que a lo mejor, era tan solo mariguana.

—Anoche —me dijo— un gran general mexicano, el señor Gobernador del Distrito, me hizo un regalo estupendo. ¡Mírelo! Esta caja de Olinalá, suntuosamente perfumada, está llena de la milagrosa "canabis índica". ¿No quiere usted probar? Cuando el general me la entregó, hizo esta advertencia: "Don Ramón: ¡es de Querétaro! . . ." "Mi general —le repuse— ¡como que es la mejor del mundo, mi general!".

No se sabe quién lanzo al aire un mal chiste: que al ser presentado Valle Inclán a Obregón, éste le dijo: "Ya somos tres los grandes mancos de la Historia: Cervantes, usted y yo"; y que Valle Inclán contestó: "Hay un cuarto: Manco Capac!".

Porque los cuentos novelescos de don Ramón le habían puesto sobre la frente el nimbo de los magos. No he oído conversador más hechicero. Nos transportaba desde el Códice Calixtino hasta la España carlista y desde Santiago de Compostela hasta "el Yucatán" de los altares a la intemperie. Su conversación terminaba, invariablemente, cuando los gallos se despiertan, escuchando los gritos de los bandidos que había perseguido en Asturias, o la voz del general Sóstenes Rocha, de quien había sido ayudante, según afirmaba:

—¡Era un bárbaro! Comenzaba bebiendo coñac con agua, seguía bebiéndolo sin agua y por último como agua. ¡Era un bárbaro! ¡Mordía los vasos! Pero a las cuatro de la mañana llamaba al asistente: "Pancho, Pancho; dale de mamar al niño!". Y Pancho reaparecía con la botella de coñac. . .

—Pero bien, don Ramón, ¿y cómo fué la pérdida de su brazo?

—Iba yo por una vasta selva oscura, cuando sentí el olor del tigre. De súbito se encontraron nuestras miradas. ¿Que retrocediera el tigre? ¡Jamás! ¿Qué yo retrocediera? ¡Nunca! Me di cuenta de que la fiera tenía hambre, y entonces me corté con el puñal mi brazo y se lo eché a las fauces. Y mientras se entretenía, devorándolo, salí lentamente del bosque. . .

Nos contaba sus peripecias en la guerra emancipadora de Cuba, en la que nunca había estado.

—Una vez comandaba yo cien hombres, y, de pronto, aparecieron los mambises. Vi caer uno a uno, a mis soldados, y no sé cómo, empuñando mi espada, pude abrirme paso hasta mi campamento. Al llegar me dijo mi general: Ya lo sé todo, don Ramón. Se ha portado usted como un león! . . . Y le tendí la garra!

En la Escuela Nacional Preparatoria contó Valle-Inclán, ante un auditorio devotísimo, la historia de sus "Sonatas". Jamás he oído a un conferenciante como él. En el diario ejercicio de sus monólogos en el café, había perfeccionado la maestría para relatar.

Barba-Jacob errante

PASAN entre mis cristales tres muchachos prodigiosos: Porfirio Barba-Jacob, Ramón López Velarde y Hart Crane. Juro por mis jazmines que los tres se entretenían tornasolando pompas de jabón. Les tengo tan presentes, que con mucha frecuencia reanudamos el diálogo. La memoria es una vieja casa en la que residen nuestros queridos fantasmas.

¿Por qué Barba-Jacob se llamó así, después de haber sido Ricardo Arenales, y antes Miguel Angel Osorio y Main Ximénez? También él había inventado una explicación.

—Estaban fusilando a todos los sospechosos, una noche, en Guatemala. Los esbirros buscaban al licenciado Alejandro Arenales. Ricardo, Alejandro, consonantes. . . Y allí estaba el origen de su error al llevarme ante una corte marcial. Alegué, expliqué, les convencí de que no era yo el Arenales que buscaban. Así pude salvarme y por eso me cambié el nombre. Los Barba-Jacob somos una numerosa familia de judíos que se refugiaron en Colombia. Por otra parte, el de Ricardo Arenales era un nombre de ignominia.

Sus amigos habíamos recibido desde Guatemala una es-
quela fúnebre, que decía así, más o menos: "Porfirio Barba-
Jacob tiene la pena de comunicar a Ud. que ayer murió Ricardo
Arenales. Y participa esa noticia a todos sus amigos, rogán-
doles que recen por el eterno descanso de su alma y que no
vuelvan a pronunciar aquel nombre maldito".

A Porfirio le fascinaba que le llamásemos Don Porfirio.
Conversar, beber tequila, fumar mariguana, trabajar en los pe-
riódicos sin darse cuenta del tiempo, viajar de aquí para allá,
sin que le importara la geografía, inventarse leyendas: eran sus
ocupaciones favoritas. Había recorrido América, desde Nueva
York hasta Lima, deteniéndose en numerosas ciudades, fundan-
do periódicos, a veces repartido propaganda protestante, dando
recitales, burlándose de la mísera vanidad humana —especial-
mente de los poderosos—, gozando con todas las fibras de su
carne y las estrellas de su corazón. Era generoso amigo. Le
perseguían los siete pecados capitales. Con modestia y orgullo
incomparable, nada le satisfizo. Se sentía Ashverus, ala hacia
lo desconocido, ala errante, entre el fuego bíblico. Si hubiera
ganado un millón de pesos al día al siguiente le habría faltado
el pan. En Monterrey fundó *El Porvenir* y tuvo un amigo
poderoso, el general Bernardo Reyes, quien gozaba con la amis-
tad de otros poetas y se los había demostrado: Manuel José
Othón y Rubén Darío.

—El Estado debiera tener entre sus deberes —decía— el de
sustentar a los poetas. ¿Por qué no convocamos —me preguntó,
ya en las ansias de la muerte— un Congreso Continental de
Mecenas?

Y discutiendo con un joven escritor de quien estaba distan-
ciado ideológicamente, exclamó:

—Conque, joven Alvarado... ¿"El Capital" de Marx
es el que dará felicidad al mundo? ¡Lástima que me voy a
morir sin haber conocido el capital!

Inventaba cocteles, creaba palabras: Acuarimántima, Am-
bulacro, arenalina... Viajábamos por tierra de Michoacán, cua-
jada de nombres esdrújulos: Pátzcuaro, Tacámbaro. Santiago
de la Vega había sobornado al conductor del tren para que,
antes de llegar a la próxima estación, exclamara:

—¡Acuarimántima!

—¿Cómo es esto? ¡Traición! ¿Es que este nombre ya
existía?

—¡Hemos llegado a Acuarimántima, la ciudad que se eterniza en tu poema!

Nuestras risas le convencieron de que le habíamos jugado pesada broma. Nos entretuvo contándonos sus aventuras peligrosas cuando Zapata, cuando Huerta... y las que le salieron al paso en Guatemala, cuando Estrada Cabrera vetó la edición de *Tierra de Canaán*, cuya redacción le había encomendado. Para vengarse publicó un artículo en que escondió un insulto soez contra el tirano en cada una de las letras iniciales de los párrafos. Vivió en Honduras, y encontró un amigo pródigo y tolerante, el general Vicente Monterroso, quien le permitió que en letras de molde le comparara —"toute proportion gardé"— con Napoleón Primero!

—Poeta —le dijo Monterroso—: conviene que vaya preparándose el discurso oficial para el Día del Arbol.

—Pero, señor general, ¿cómo es posible que aquí en donde el bosque está metido en la ciudad, pensemos celebrar el Día del Arbol? ¿Sería preferible instituir el Día del Hacha!

Roberto Barrios, su ex-colaborador fantasma, me ha contado:

—Barba Jacob y yo trabajábamos en el diario *El Pueblo*, que era el órgano oficial del Primer Jefe, general Carranza. Lo dirigía don Gregorio A. Velázquez. Quería Barba Jacob ganar algo más que su salario, y tuvo una portentosa idea: preguntó a Velázquez por qué no le permitía escribir la "Historia de la Revolución Mexicana" para insertarla como folletín. La idea fué aprobada, Velázquez la comunicó a Carranza, y éste —que debía inevitablemente figurar en tal historia— la refrendó sin discutir. Se convino en pagar al "historiador" cinco pesos mexicanos por cuartilla. Cada sábado entregaba los materiales, después de entrar a saco en los periódicos de la época. Habían transcurrido varias semanas y aún no aparecía en escena don Francisco I. Madero. Velázquez reclamó. Barba-Jacob hizo notar que la Revolución Mexicana "tenía hondas raíces históricas" y que había empezado en 1906, con Villarreal y Aguilar. "Pero apresúrese —dijo Velázquez—, porque al paso que llevamos, no llegaremos al Congreso Constituyente de Querétaro". El "historiador" se apresuraba. Cada sábado recibía más dinero y organizaba una francachela. El folletín tenía que aparecer cuando Velázquez tuviese en sus manos las cuartillas relacionadas con Carranza y el Plan de Guadalupe. "Pero, señor Are-

nales —preguntó con visible disgusto el director— ¿cuándo va usted a concluir ese libro?” A lo cual respondió Arenales: “Señor Velázquez: eso será el día que termine la Revolución Mexicana!”.

Sus viajes eran ingeniosísimas hazañas. De México fué expulsado por atacar al Secretario de Gobernación, general Calles, aplicándosele el famoso artículo 33 de la Constitución. Al llegar a Guatemala fundó un periódico y luego atacó al Presidente de la República y éste ordenó que saliera violentamente para El Salvador; y así prosiguió su itinerario hasta llegar a Perú. Para regresar a México, siguió la misma técnica; pero ya no eran presidentes ni ministros de gobernación los que le habían expulsado.

Tal fué Barba-Jacob “el hombre que parecía un caballo”; el que derrochó su euforia, como una llama en fétetro de ceniza.

López Velarde al trasluz

RAMÓN López Velarde, el de “La sangre devota”, “El minuterero”, “Zozobra” y “El son del corazón”, cuando hablaba parecía más bien un muchacho de provincia. Siempre iba vestido de negro. Le conocí cuando tenía “la edad del Cristo azul”, y acababa de escribir “La suave patria”. Más allá de la medianoche recorríamos a pie la ciudad de México, rumbo a nuestras casas, y una vez se quedó absorto en una esquina, para enseñarme la que, según él, era “la calle más larga del mundo”. La noche en que atrapó la pulmonía mortal, tuvo a bien leerme aquel poema que, inmediatamente copié y que nadie había podido encontrar, a raíz de su muerte:

“Antes de echar el ancla en el tesoro
del amor postrimero, yo quisiera
correr el mundo en fiebre de carrera,
con juventud y una pepita de oro
en los rincones de mi faltriquera.
Abrazar a una culebra del Nilo
que de Cleopatra se envuelva en la clámide
y oír el soliloquio intranquilo
de la Virgen María en la pirámide.
Para desembarcar en mi país,

hacerme niño y trazar con mi gis
 en la pizarra del colegio anciano
 un rostro de perfil guadalupano...".

López Velarde nunca conoció el mar y así consta en el poema de Fuensanta. El astrólogo que viaja en la intimidad de cada poeta le permitió saber que viviría solamente treinta y tres años y que moriría lleno de sangre.

Las sospechas de Colín

FUÉ Eduardo Colín quien me anunció en la ciudad de Guatemala que Ramón López Velarde había publicado "La sangre devota" y que con sólo ese poemario la crítica le consideraba el poeta de mejor calidad entre los nuevos. Colín era secretario de la Legación de México y vivía rodeado de alarmas y sospechas en aquella atmósfera cargada de Estrada Cabrera. Acababa de llegar de Rusia, y en la conversación se le advertía el resplandor de la nieve. Mientras me leía uno de los poemas de López Velarde, apareció una cucaracha, e interrumpiendo la lectura dijo Colín:

—No se alarme, que debe ser un espía del señor Presidente. . .

No recuerdo bien si Colín fué uno de los asiduos concurrentes a las famosas tertulias dominicales que en su casa de México tenía Severo Amador, y en las que me relacioné con Francisco Orozco Muñoz y Artemio de Valle-Arizpe. Era un estupendo bebedor de tequila y gustaba envolverse imaginariamente en mantos morados, siempre que nos leía sus cuentos de provincia, que tenían claras resonancias de la prosa de Valle Inclán. Pertenecía al grupo de escritores colonialistas en que se iban insinuando Manuel Horta, Jorge de Godoy, Genaro Estrada, Julio Jiménez Rueda y Francisco Monterde. En aquellas tertulias nació mi entusiasmo por los temas que ellos preferían y también mi amistad con Luis González Obregón, el autor de "México viejo y anecdótico" y de otros libros que seguían las huellas del Palma de las "Tradiciones peruanas".

La tertulia de González Obregón

GONZÁLEZ Obregón vivía en un caserón de la calle que lleva ahora su nombre. Con Francisco Monterde promoví el home-

naje que la ciudad de México le debía y que le tributamos cuando ya estaba ciego. Era como uno de los duendes que había evocado en sus libros. Menudito y cortés, nos recibía en su biblioteca, rodeado de recuerdos, con su memoria erizada de diamantes y de chismes adobados. Todos acudíamos a consultarle como si fuese un archivo abierto para todos. Conocía los dimes y diretes de la metrópoli y si hubiera sido periodista habría perpetrado las indiscreciones más peligrosas. Había oído mucho en los corrillos literarios y leído innumerables papeles viejos; pero todo su saber no pudo compendiarse en un libro que pudo haber sido útil para la historia literaria. No disimulaba antipatías, y la que tuvo a don Francisco A. de Icaza culminó en un escándalo de prensa cuando éste publicó el libro "Conquistadores y pobladores de la Nueva España", usurpando la paternidad de quien había compilado las valiosas noticias, don Francisco del Paso y Troncoso. No necesitaba usufructuar la cosecha de quien realmente había hecho la investigación, porque su renombre literario era de primer orden; pero tenía que justificar su presencia en Madrid, al frente de una comisión oficial. Fué uno de los que participaron públicamente en contra de Icaza durante aquella controversia, y en verdad que aun tengo remordimiento por haber participado en los ataques a quien era uno de los grandes hombres de letras de México, si bien es cierto que se había concitado la animadversión de muchos de sus colegas, por haberles lanzado agudos dardos de ironía. Por aquella época estaban haciendo reparaciones en el Palacio Nacional, en cuyo interior se hallaba el Archivo General de la Nación, que dirigía Rafael López; y una noche, acertó Icaza a pasar por allí, en compañía de un amigo suyo, mientras se percibía con toda claridad el tintineo de los cinceles al romper las piedras. Su acompañante le preguntó de dónde provenían aquellos ruidos, e Icaza rápidamente le dijo:

—¡Parece que Rafael López está cincelandos un soneto!

Máximo Soto Hall

UN día, mientras en compañía de Timoteo Miralda visitaba el Jardín Zoológico de Washington, volví a saludar a Máximo Soto Hall, a quien me había presentado en Nueva Orleans. Aún me suena el comentario de Miralda en aquel momento:

—Máximo siempre cerca de las fieras. . .

Se refería Miralda a la reciente caída de Estrada Cabrera en Guatemala, a quien Soto Hall había servido como diplomático y periodista. Escapó a tiempo, a la caída del tirano, trasladándose a Buenos Aires, en donde encontró comprensión y estímulo para ser en *La Prensa* el redactor especialista en temas hispano-americanos. Le encontré por última vez en México, cuando viajaba en misión del gran diario bonaerense para coordinar un servicio de noticias interamericanas que hubo de fracasar como tantos hermosos proyectos para la cooperación intelectual. Me invitó a colaborar en "La Prensa", que desde entonces es uno de mis diarios favoritos, e intimamos a tal punto que después de una fiesta terriblemente haitiana, en la que fuimos huéspedes de los hermanos Morpeaux y en la que conocimos algunos secretos de la cocina de los emperadores insulares, me reveló el del fusilamiento del capitán general de Honduras José María Medina, en la época en que un hermano de aquél, Marco Aurelio Soto, estrangulaba las hidras de la anarquía. Es un secreto, en el que aparecen su abuelo don Máximo Soto, uno de los fundadores de la Universidad de Honduras, quien según tradición familiar fué enterrado vivo, y un hijo del inquisito Medina —o Medinón— que tomó parte directa en la cruel represalia. Soto Hall había sido gran amigo de Rubén Darío y en la conversación lo pintaba con donosura magistral, mucho mejor que lo hizo en un libro de memorias.

Presencia de Juan Coto

JUAN Coto reaparece en estas emociones con su cara de angelote, su carcajada estentórea, su risa que caía verticalmente, sobre lágrimas. Vivía en una de esas lontananzas en que era el rey de súbditos importantes: altos funcionarios, arzobispos, cónsules y procónsules. "Anoche cené en la Embajada de Francia y la embajadora me contó un cuento azul. . .". Y se alejaba del teléfono sin haber descolgado la bocina.

Era graciosísimo. En una corte europea habría sido elegante bufón; si hubiera estudiado mecánica, gran inventor; y si astrónomo, un mago. Ante todo, era un poeta, el señor poeta de "La tierra prometida", el autor de un hermoso discurso al descubrirse la Alameda de México el busto de Beethoven. Para hacer gala de su catolicidad, gustaba de guisar carrones, para embobar a más de un diplomático anfitrión, ase-

gurándole que poseía una receta de cardenal del siglo XIII. Se dió el lujo —al agasajar a un Ministro de Relaciones de El Salvador— de retratarle rodeado de un torero, un general y el señor Arzobispo de Oaxaca. . . Porfirio Barba-Jacob le incluyó entre los personajes de la novela "El Palacio de la Nunciatura" de Arévalo Martínez. . . "¡Qué escándalo!", prorrumpió una tarde semicampestre en que las rosas se atropellaban sobre los muros. . . "Te voy a leer mi último poema, el más bello poema que has escuchado en tu vida". . .

Sus amigos eran pocos, pero siempre los primeros entre los hombres de letras. Suspiraba por su pueblcito natal, con nombre de pájaro y de flor, Suchitoto, en donde —según afirmaba— habían nacido "los más grandes hombres de El Salvador" y hasta una de las mujeres que cerró su ciclo de aventuras casándose con el príncipe de los cronistas hispano-americanos y que, si hubiera esperado unos veinte años más, habría hecho caer en sus redes al hijo del Aga Khan.

Juan Coto debe vagar ahora, como un niño, entre los altos muros de su ciudad blanca, la que entrevió en uno de sus poemas, leyendo una de las páginas atormentadoras de la "Leyenda Dorada".

Aparece Vargas Vila

CUANDO Vargas Vila llegó a la ciudad de México, irrumpieron en los escaparates de las librerías "Los humanos y los divinos", "Aura o las violetas", "Copos de espuma" y sus otros libros que leían, voraz, frenéticamente, los jóvenes con decidida vocación de suicidas. Era invitado de honor del Presidente Obregón, y muy pocos sabían que éste había encontrado en "Copos de espuma" la primera fuente de sus conocimientos literarios, su primer libro formal. Le llamaba "maestro", y Vargas Vila estaba más insoportable que de costumbre, sintiéndose divinidad en Chapultepec. Los diarios ironizaban a costillas del vanidoso foliculario. Su egregio discípulo no podía brindarle contra quienes le zaherían, porque había prometido libertad de imprenta, y si bien nadie osaba injuriar al ruidoso huésped, a éste le escocían los vituperios. Lo que más se comentaba era su habilidad de mercenario que había podido crearse una situación poniendo entre las nubes a ciertos mandatarios, uno de ellos José Santos Zelaya.

Para suavizarle el clima hostil, el Ministro de Colombia, señor Angulo, ofreció en su honor un banquete en el que yo era el único periodista. Vargas Vila se sintió más Júpiter que nunca y su monólogo fué cabal. A la mitad del banquete vociferó contra la dictadura de Primo de Rivera:

—Los generales españoles tienen agujereadas las rodillas y vírgenes las espadas. . .

Aquella fué la frase central de mi reportaje. Al siguiente día el Ministro de España protestó ante su colega de Colombia, y dos después don Benito Menacho, veterano de las guerras de Cuba y Filipinas, envió sus padrinos al lenguaraz. Vargas Vila se escondió en su hotel, ordenando que le negaran a sus visitantes. La víspera de marcharse, su discípulo le dijo:

—Un carro especial, maestro, le llevará a Veracruz; el profesor Corona le acompañará, y aquí tiene usted este recuerdo (un cheque). ¿Podría servirle en algo más?

Vargas Vila extrajo de su libreta de apuntes el nombre del periodista que había repetido su frase lapidaria. El periodista era funcionario en la Secretaría de Educación Pública y, según decía el huésped—era el responsable de la tempestad que le había deshecho su visita a México y cancelado el regreso a España. Su deseo fué acatado por Obregón, y éste ordenó fulminante, al Secretario Vasconcelos, mi destitución. Rafael Alducín, director de *Excelsior*, me nombró entonces redactor, duplicándome el sueldo que tenía antes de que se me destituyera. Poco después reapareció la revista *Némesis*, que Vargas Vila editaba en La Habana, pero con pie de imprenta en Madrid, y en ella los ditirambos altisonantes en que agudizaba su admiración al manco "discípulo".

Lawrence

SALUDÉ a David H. Lawrence—el gran escritor inglés de "La Serpiente Emplumada" y "Mañanas de México"—al mediodía del 15 de marzo de 1925. Luis Quintanilla me presentó a él y su señora. Tenía una intensa palidez de alabastro, ya víctima de la enfermedad que le aniquiló; unos ojos dulces de modestia y una sonrisa de gran criatura que se asoma al mundo con alegría de curiosidad. Se hallaba de incógnito. Hablaba con un dejo de suprema elegancia. Era la tercera visita que hacía a México. Cuando me contó que tenía un rancho

cerca de Taos, dijo que lo mejor de todo era que los indios que estaban en los alrededores hablaban lenguas diferentes. Al hablar del mexicano hizo esta síntesis: "En nada creen, nada esperan". Me contó que en su próximo libro sobre México hablaría de las corridas de toros y que le fascinaba la figura de Rodolfo Gaona. (Pocos días después Antonio Caso publicó un artículo sobre mi entrevista con Lawrence).

Tres viejos primaverales

TRES viejos de elegancia juvenil reaparecen cada vez que busco el oasis de la conversación: Federico Gamboa, Victoriano Salado Alvarez y Carlos Díaz Dufío. De los dos últimos fui compañero de tinta y papel en el diario *Excelsior*. A menudo les encontraba en la redacción o les visitaba entre domingos. Díaz Dufío me confesó que durante sesenta años había escrito diariamente un editorial, desde *El Imparcial* hasta *Excelsior*, con la excepción de un día, al entrar Carranza con sus tropas en la ciudad de México.

A Gamboa le traté cuando era poderoso Sub-Secretario de Relaciones Exteriores y acababa de nombrar canciller del Consulado de México en Viena al costarricense-mexicano Agustín Luján. Hablé con él, ya caído para siempre en política; y siempre le vi con la misma sonrisa, el epigrama en flor, la indulgencia aun para juzgar a sus adversarios. Había sufrido, gozado, amado, y tenía derecho a que se le respetara como uno de los hombres de letras que más habían enaltecido el nombre de su país. Si hubiera escrito con la fluidez y donosura con que conversaba en ratos de solaz, nos habría regalado libros imponderables. Contaba anécdotas, salpimentándolas con gracejo. Ni de sí mismo hacía excepción cuando lanzaba un dardo. Recuerdo que pocos días después de haber recibido el título de "doctor honoris causa" de la Universidad de México, por su labor literaria, le encontré en una librería, tertuliano; y después de felicitarle, me contó:

—Ayer me encontré en la calle a una viejecita que me dijo: "Ya leí en los periódicos, Federico, que te han hecho doctor; ahora sí, voy a tener médico...".

Salado Alvarez —con quien me había carteadado hacia 1919— tenía el supremo don de los conversadores que no agotan su riqueza emotiva. Había sido diplomático, secretario de un gobernador y Sub-Secretario de Relaciones. Se encerraba en

su biblioteca, y en un santiamén encontraba el tema que utilizaría para su próximo editorial político o para artículo con firma o aquella columna con su seudónimo "Hablistán". Muy en el fondo se movía su desencanto, al final de una existencia amargada por crueles contratiempos. La muerte de su hijo le enlutó para siempre. Su señorío, su ponderación, su risa contagiadora, ¡qué inolvidables me son todavía!

¡Y tantos más!

IMPOSIBLE mencionar a todos los hombres de letras que he conocido, con más o menos intimidad: Jesús Urueta, el gran tribuno; Carlos Pereyra, el historiador; Heriberto Frías, cuyo "Tomochic", exige ya la rehabilitación; Federico Escobedo, árcade romano y traductor en verso de la "Rusticatio Mexicana" de Landívar. Entre los españoles mencionaré a Vicente Blasco Ibáñez, a quien fui a saludar expresamente en un hotel de Washington, pocos días antes de su malhadado viaje a México, en que su libro "El militarismo mexicano" le acarrearía ataques unánimes; Enrique Diez-Canedo, cuya verba y gracia españolísimas le ganaban amigos en aulas y salones, y por dondequiera que pasaba con su saber y su bondad, ese par de alas nunca le abandonó; el venezolano Rufino Blanco Fombona, ya en las ansias de su muerte; los cubanos Manuel Márquez Sterling y Ramón A. Catalá, que hizo de "El Fígaro" de La Habana la tribuna más continental para los poetas y los críticos; el dominicano Fabio Fiallo; el ecuatoriano José de la Cuadra, a mi paso por Guayaquil; el brasileño Ronald de Carvalho; los colombianos Antonio Gómez Restrepo y José Eustacio Rivera, el de "La Vorágine"; el panameño Ricardo Miró; el salvadoreño Alberto Masferrer; los peruanos el historiador Jorge Leguía y José Diez Canseco, autor de "El Gaviota", uno de los cuentos más americanos. En La Habana saludé a los próceres don Manuel Sanguily y don Enrique José Varona. Y para no decir más, el haitiano Jacques Roumain cuyo poema "Es lento el camino de Guinea" traduje.

Y aquí pongo fin a estas evocaciones. Pasaría muchas horas contando cómo les vi a todos, cómo les veo ahora. Les debo lo que no se puede pagar ni con el oro del rocío. Su consejo, su estímulo, su sonrisa, su risa, un simple ademán, alguna carta, bastan para que les vuelva a ver y recomencemos el diálogo, ya sin prisa, frente a la muerte y el amor.

LEYENDA SINGULAR

Un roman: c'est un miroir qu'on promène le long d'un chemin.

SAINT-RÉAL.

EN *El Rojo y el Negro* (capítulo XIII), el insoportable y maravilloso señor Stendhal, descubridor de la novela moderna, usa como epígrafe la frase que encabeza estas páginas, y cuya exactitud incita a repetirla. El abate César de Saint-Réal, historiador y autor de la *Historia de la Conspiración de los Españoles contra Venecia* (1639-1692), sabía, pues, desde el siglo XVII, lo que debía ser una novela, aun cuando no la escribiera. La frase del colaboracionista Lacretelle —creo—: "El arte de la novela consiste en inventar con ayuda de la memoria", resulta menos feliz por cuanto es menos exacta. Y aunque hasta el siglo XVII el *roman* francés se encontrara muy lejos de lo que, por influencia italiana, llamamos hoy novela, la frase de Saint-Réal, entraña un anticipo y una premonición que Stendhal recogerá más de un siglo después. También él sabía lo que debía ser una novela y, consciente de la lentitud de sus capítulos de transición —que han hecho decir, a imitación de Horacio: *Aliquando bonus dormitat Stendhal*— se cura un poco en salud con el razonamiento del historial abate. Un poco de cielo, un poco de tierra, la nube, el árbol, el camino, el lodo y el estiércol, el asfalto ennegrecido por el trasudor de gasolina y aceite de los coches automóviles, la estrella; el ojo, la planta y la mano del hombre y la mujer; el sexo y el alma —o aspiración humana hacia la santidad—, todo eso forma una novela. Nada puede omitirse. Nada debe desplazar a lo demás. La carroña de un caballo es parte del paisaje como la fruta madura que cree emprender el vuelo cuando cae de la rama, o como la flor encadenada, prisionera de la raíz.

A semejanza de Stendhal, con apoyo en la máxima del abate, y probablemente sin haber leído a ninguno de los dos, Teodoro Dreiser, galeote de un pésimo estilo, pero dotado de las alas del albatros baudeleriano, inició sobre el mismo principio la ruta de la novela norteamericana con su *American Tragedy*. Ya Poe había creado, con Maupassant,

el cuento universal; pero el gran precursor de la novela del norte es Dreiser. Después siguieron su camino Sinclair Lewis y John Dos Passos, Thomas Wolfe y Jorge Santayana, cada uno en su carril propio, pero siempre norteamericano, y animado cada uno siempre por un espíritu crítico activo, alerta, dirigido contra lo norteamericano defectivo y susceptible de corrección, de estímulo o de alas. En conjunto, la novela norteamericana es grande sólo en su aspecto crítico mejor que en su aspecto formal. No mejora la calidad de la producción inglesa—de Dickens a Joyce—; pero sana la vida y ventila el criterio nacional de los Estados Unidos. Dicho de otro modo, la novela norteamericana—con reservas en Santayana y en Wolfe— es esencialmente objetiva y funcional, de aplicación práctica y no de vuelo literario. Estos son los antepasados profesionales, que no deben ni pueden ocultarse, del sosegado, reconcentrado, minucioso escritor tejano Tomás Bledsoe. Pero su novela *Lluvia y Fuego* (CUADERNOS AMERICANOS, 1952), se destaca, además, por otras razones.

Es importante, por ejemplo, que *Lluvia y Fuego* sea la obra inicial de su autor y la primera de un escritor del norte de América que se publica antes en México, y en español, que en los Estados Unidos. Es interesante que, confirmando y contradiciendo a la vez la tesis de Saint-Réal, sea una gran novela paseada por un pequeño camino. En divergencia de Wolfe, que trata de captar el aspecto metafísico del tiempo en un gesto mitad bergsonianiano, mitad eliotesco; en oposición con Dos Passos, que aspira a expresar la palpitación de toda una gran ciudad (*Manhattan-Transfer*); en mayor coincidencia con Lewis, aunque éste trata más bien sobre localidades y personas-tipo; más interesado que Santayana en equilibrar el interior y el exterior de sus personajes; en abierta separación de Dreiser, que tiende a hacer símbolos de sus caracteres y los carga de lastre religioso, Bledsoe tiene el mérito de haber escrito una gran novela sobre un pequeño ambiente. Esto, sin más ambición que captar el fugitivo gesto humano en su momento de absoluta pureza o de podredumbre total, bajo el sol de la madurez venerada por los griegos en ejemplos tan asombrosos como el de Sófocles.

También se toma Stendhal del brazo de Schiller—adoraba los epígrafes y las citas— cuando repite su afirmación: "Pláticas descosidas, encuentros por efecto del azar, se transforman en pruebas de la mayor evidencia a los ojos del hombre de imaginación si es que tiene algún fuego en el alma". A mis ojos, que son débiles pero escrutadores, esta frase explica un poco más a fondo a Bledsoe y a su obra: las conversaciones sin acción aparente, los pequeños detalles descriptivos de los movimientos físicos de sus personajes, y la sostenida lentitud del libro.

Aunque señalé ya a sus antepasados novelísticos —y creo que el interesado no tratará siquiera de renegar de ellos—, encuentro que la influencia formativa y creadora que se proyecta más profusa y deslumbradoramente sobre Bledsoe es la de Whitman, y al leer *Lluvia y Fuego* he sentido —y lo que se siente no se razona ni se explica— que si Walt Whitman hubiera escrito novelas en vez de poemas, las habría hecho en igual forma, con la misma sencillez, el mismo amplio ritmo y la arquitectura con aire, y el mismo sentimiento con que lo hace Bledsoe. Inclusive, hay en éste la misma aspiración hacia una patria respirable que corre como sangre por toda la obra del "buen poeta gris". Whitmaniano y Poe-tico (¿puede decirse de otro modo?) en su estructuración interna y en su objetividad, tiene este novelista el sentido de las cosas pequeñas como inseparables de las grandes, y el lirismo tierno y contenido —*subdued*, dicen ellos— junto al hecho crudo sin líneas exageradas; un sentimiento de camaradería hacia todo lo que vive, junto al delicuescente morbo que comunican las vidas truncadas; el himno entonado a pleno pulmón contra la permanente carroña del mundo perdurable por obra de un orden social deformativo, y el leve arrebatado, impulso vertical, ante la flor efímera. Pero no trato de elogiarlo, sino de comprobar su obra.

Desconozco el texto inglés y no puedo, por ello, entrar en precisión alguna sobre la validez y el vigor de los defectos originales de su estilo. La traducción me parece endeble, mediocre en momentos, infractora empedernida de la misteriosa ley de las preposiciones españolas; anglicada en muchos giros. Un frecuente 'debe ser' que imagino en inglés como 'must be', esto es, equivalente del 'debe de ser' supositivo, diferenciado del 'ought to be', 'debe ser' por deber, me exasperó más de una vez en la lectura. Omito otros ejemplos, pero me incomodó la ortografía otorgada al nombre de Tejas (Texas), aunque nada de esto sea culpa personal del autor ni tenga, en último término mayor importancia, salvo en el aspecto de cuidar más amorosamente nuestra lengua. (Hablo de amor y no de academia). Importa aquí, sobre todo, la trascendencia de la visión, la actitud del intelectual norteamericano que aborda dos de los más activos y destructivos problemas que minan la vida norteamericana —la vida de un pueblo que, según la afortunada frase de Diego Rivera, ha pasado de la adolescencia a la senectud sin tránsito por la madurez. La discriminación racial —problema religioso, moral, material y económico a un tiempo, para no hablar de sus connotaciones sexuales, que caen bajo el primer orden—, y la explotación torcida o equivocada del petróleo, artículo de vida o muerte en la economía, la vida, la guerra y la paz modernas. El racismo y el capitalismo;

la crítica del Babbit—Frankenstein o robot inferior— creado por la industria y la publicidad norteamericanas, yuxtapuesta a la exaltación del hombre al que no limita frontera alguna porque cree en la virtud de existencia del elemento humano. Los datos objetivos, escalofrantes por la sencillez con que son descritos, del trato dispensado a mexicanos y negros por los arrendajos de una tradición inventada, y los recursos a los que un sector del sistema capitalista degenerado en simple gangsterismo, apela para obtener una producción y una distribución más provechosas, insensible a la sangre que derrama y que se trasvasa misteriosamente a las venas del criminal; un comercio, en suma, que empeora al fenicio y que no tiene escrúpulos sólo porque no sabe lo que son.

Veo en Bledsoe a un lincolniano, a un demócrata y no a un comunista, porque el comunismo—considerado idealmente y no en las prácticas soviéticas— vendría a ser una solución, en tanto que él se limita a describir, objetiva y lentamente, una transición terriblemente crítica. Aunque su pintura de caracteres es tan excelente como concisa (el método de repetición descriptiva en cada caso es bastante original y ayuda a la concisión), es fácil ver de qué lado están las simpatías del autor: el perseguido, el oprimido, el pobre, el discriminado, son seres humanos, reprimidos y palpitantes; el capitalista, el snob, el hombre o la mujer sin perspectiva fuera de sí mismo, son seres inhumanos, o subhumanos, de cartón. Hay un poco de herencia dickensiana en estas pinturas, pero los rasgos, aun caricaturales, son siempre sobrios. Podría reprocharse también al libro, sobre todo en sus primeras páginas, una ponderada lentitud expositiva y una pausada marcha en la acción, si esa lentitud no fuera orgánica, correspondiente al carácter y a las circunvoluciones mentales del autor, es decir, parte esencial y arquitectónica de la novela.

Ni la sordidez ni la luz se exageran aquí. Las dos van a pasos contados, y los contrastes mismos entre lo poético mexicano y lo materialista tejano están proyectados con una gran sobriedad. Tan justa-mente a veces, que se tiene la impresión de que una sola palabra de más echaría abajo el gran edificio de cuatrocientas páginas. Tengo reservas que hacer al diálogo, casi nunca dramático—en el sentido de movimiento y acción internas—, y a veces tieso y técnico en extremo (los discursos de Ollie Stevens); pero a menudo, en los detalles mínimos, de una ternura y una sencillez whitmanianas.

Por sobre toda la cosa técnica, admiro el sabor de tradición tejana que trasmina la obra—tradición primitiva, si puede decirse—, y, como mexicano convencido de una verdad simbólica, agradezco la equilibrada explicación de la matanza de Alamos (Whitman mismo escribió una o dos veces contra México por ese motivo, y alguna más defendiendo la

intervención absurda —sarampión nacionalista— de 1847), y la serena aclaración sobre la expropiación petrolera de 1938.

Hay una alusión a los 'espaldas mojadas' que me parece conflictiva con la cronología de la novela —aparentemente anterior a la segunda guerra mundial—, y tengo, por lo demás, un serio reproche que dirigir al novelista. ¿Por qué pasa tan de prisa sobre las motivaciones de la explosión que destruye la escuela Martha Goodwin? En la frase de Mordeci Wiclif, los capitalistas 'Podrían decir que sólo trataban de ahorrar el dinero de los contribuyentes' al usar el gas húmedo, más barato, para abastecer la caldera de la escuela. Esto entraña una acerba denuncia de los procedimientos del sistema que llamaré capitalista medio o mediocre, capaz de dotar a la humilde Zion City, en un gesto publicitario, con una escuela cuyo costo asciende a muchos miles de dólares; pero ávida de reponer su inversión, así sea simbólicamente con el ahorro de unos cuantos centavos al usar un combustible más económico. Las comadres de mi infancia aludían a esta actitud como a un deseo de servir a la vez a Dios y al diablo. Pero el autor no subraya lo bastante la importancia de este punto, que tiene una función clave en su 'leyenda'. Habría que acentuarlo más objetivamente, y quitando todo acento a la idea de propaganda. Los procedimientos de ciertas compañías petroleras denunciados aquí, son escalofrantes. Yo sabía ya de los barcos de la Huasteca Petroleum Company que llegaban a Tampico en la época del gran auge llevando a bordo ruletas, ferrocarril, baccarat y prostitutas rubias —exóticas para nosotros— con el objeto de que no se quedara en México un solo centavo producido por el petróleo mexicano. Sabía de las revueltas y golpes de *manu militari* alternamente fomentados por las compañías inglesas y las norteamericanas. Y no sólo eso: de la Revolución con mayúscula misma, prolongada sobre rieles de sangre por esos mismos intereses ajenos a la tragedia de México. Vi, además, los campos petroleros de Tamaulipas, con *bungalows* dotados de baño y cocina para los ingenieros y técnicos extranjeros y con jacales increíbles para los trabajadores nativos, en los que no quedó huella alguna —como tampoco en las construcciones de Tampico o Ciudad Victoria— de esa riqueza del diablo, pero del diablo mexicano. Lo que Bledsoe denuncia es menos melodramático, más lento y más doloroso: está sujeto a un *sistema*, no a una pasión. Hasta cuando describe con violencia, lo hace en términos de una gran moderación, apagada a la lentitud monstruosa de la realidad, que nunca nos da gusto. De un modo antinovelístico casi —me valgo del sentido peyorativo que aplicamos a lo novelístico en general— y, sobre todo, anticinematográfico. Para él la violencia, como todo, es una excrecencia natural, su-

jeta a un proceso rítmico. Desde *El Aguila Explayada*, de Lister y Brooks, aunque por razones más universales en el caso de este autor, no se había abordado el problema del petróleo de un modo tan norteamericano como anticapitalista. Y me quedo con la novela de Tomás Bledsoe, que nos lega una visión nueva de Tejas y personajes sobriamente impresionantes, inolvidables, sin pretensiones literarias ni psicoanalíticas, sino sencillamente humanas, como el viejo juez Wendell, su hijo, Walt, Brian Boru y la nortea Helen sin prejuicios raciales y cuya brújula es el arte como elemento de composición humana; personajes norteamericanos, en suma, como los conocemos y los amamos. La ternura descriptiva que arroja a los personajes mexicanos o involuntariamente pochos, viene a ser un lazo de emoción entre dos pueblos —o entre los dos extremos en acto de sufrimiento de dos pueblos.

Falta quizás a esta novela, para ser popular, un elemento romántico, lírico, más desencadenado: comercial, en una palabra. Pero Bledsoe no es comerciante del mismo modo que no es comunista: no hace negocios ni hace propaganda. Denuncia y exhibe con un espíritu libre: no chantajea. Y los mexicanos debemos agradecer la advertencia, el *Mane, Thecel, Phares* que dirige a nuestros braceros y a nuestros 'espaldas mojadas' que roban energía y fe humanas a su propia patria. *Lluvia y Fuego* podrá no gustar a más de un lector, pero no dejará de interesar a uno solo, por lo menos en los Estados Unidos y en México, porque no trata de convertir ni de estafar a nadie. Es la obra de un rebelde y cabe aquí la resonante definición nietzscheana: "La búsqueda de la verdad sigue siendo la más grande (y la única sensata) forma de rebeldía".

Saludo en Tomás Bledsoe a un escritor limpio.

Rodolfo USIGLI.

MAGALONI: UN POETA DE MEXICO

EN orden a formarnos una síntesis conceptual de la personalidad literaria de Honorato Ignacio Magaloni, creemos necesario resumir algunas de las críticas que se han hecho en México, con ocasión del orto de *Signo*.

Verdaderamente *Signo* viene a enriquecer nuestras letras y, en especial, es un gran aporte a la literatura americana. Pocos poetas, como Magaloni, con tanta fuerza emotiva y con tanto orgullo creador. *El Universal*.—Nota Bibliográfica, de 13 de febrero de 1952.

En *Signo* el poeta Magaloni concentra lo mejor de su inspiración. *Novedades*.—Nota Bibliográfica, de 9 de marzo de 1952.

En *Signo* encontramos nuevos medios expresivos, un instrumento verbal de más sutiles matices, un estilo más personal y depurado. A la interpretación directa, literal, ingenua y candorosa de la naturaleza —que es emoción adánica en *Polvo Tropical*— ha sustituido una visión simbolista de la realidad, soterrada a veces en brumas de hermetismo y lógica musical. Pero el más alto y perdurable valor estético de su obra radica en su significación como testimonio de un alma inmersa en la inalienable poesía de la tierra. "La Voz India de Magaloni", en *El Universal*, de 8 de marzo de 1952.

Las cualidades que más glorifican a *Signo* son: su profundo sentido americano, su renovación estilística y su alejamiento de los moldes poéticos tradicionales. Raras veces se ha dado en nuestro hemisferio tan cabal muestra de originalidad expresiva, de adultez conceptual, de peculiar belleza, como lo hace *Signo*, poemario enraizado en el hondón lírico de los pueblos precolombinos. "Una voz propia", de Miguel Angel Ocampo, en *Excelsior*, de 2 de marzo de 1952.

Por falta de espacio, no publicamos otros comentarios aparecidos, en el diario *El Nacional* y numerosas revistas. Bástenos, al respecto, con la definición sintética que hiciera Antonio Mediz Bolio de Hono-

rato Ignacio Magaloni: "Tres veces poeta, por el latido de la sangre, por la luz del espíritu y por la fuerza del pensamiento".

Eterna afirmación americana

HAN sido tantas y tan buenas las críticas que se han hecho a *Signo* que hemos pensado que una nueva sólo tendría interés en la medida en que ella interpretara el propio pensamiento del autor. Decía don Marcelino Menéndez y Pelayo "porque toda obra de genio sugiere más de lo que expresamente dice son posibles esas interpretaciones que a nadie se le ocurre aplicar a las obras de talento reflexivo y de la medianía laboriosa". Tal ha sido el caso del último libro editado por *Cuadernos*: se le ha enfocado, estudiado y analizado según diferentes ángulos de visión, excepto desde el correspondiente a la propia concepción de Honorato Ignacio Magaloni. Por ello, siguiendo el siempre atinado consejo del Director de esta Revista, me he acercado al espíritu creador de *Signo* y he obtenido las conclusiones que aquí dejo, sintéticamente, expresadas.

La poesía de Magaloni tiene valores extrínsecos e intrínsecos. De un lado: su forma sobria, bella y original; de otro: su sentido profundo, orientado a reivindicar la concepción india del mundo. Su instrumento expresivo, su palabra tiene la austeridad oral del Popol Vuh. Desdeñando la melodía se ajusta a un ritmo interior desconcertante, que nos recuerda a Schoenberg y Schostakovich en la música contemporánea. De esta manera, adaptando las esencias de la antigüedad india a un estilo de notable modernidad, el poeta ha logrado un mestizaje estético de primera magnitud. Siguiendo su teoría de rescate de los valores auténticamente nuestros, leemos en el umbral de *Signo*, como señal de advertencia, lo siguiente:

"El adjetivo es barroco. No tiene la acción del verbo ni la sustancia del nombre. Por meditación de mi Continente, proyecto mis estados de ánimo en poemas sin adjetivos calificativos, con el entusiasmo de pensar que tendrán señal de americanidad. La poesía es proyección del ser y el ser no es adjetivo".

Este es uno de los aspectos más interesantes del pensamiento que informa al libro que comentamos. En efecto, Magaloni se ha situado más allá de la frase "cuando el adjetivo no adorna: mata", para demostrarnos que en las vivencias autóctonas sólo lo sustantivo es perdurable. Los idiomas de conglomeración (amerindios) usaban adjetivos, pero no las flexiones de género y número que hacen caer el adjetivo sobre un solo sujeto, relacionándolo única-

mente consigo mismo sin consideración del mundo que lo rodea. Cuando decimos "hombre bello" observamos que el sujeto lleva su calificativo egoísta. En cambio, los idiomas amerindios adjetivan sin las flexiones de género y número; para trasladar el sentido al español sería necesario adjetivar con el nombre. Por la expresión "hombre belleza" "mujeres belleza" *sentimos que los seres participan de un orden supraindividual* y en él son fundidos, con la concepción de interdependencia y altruismo que existía en la colectividad amerindia, reflejándose en la estructura de conglomeración de sus idiomas. Esto indica que la estructura del lenguaje revela la de los seres que se expresan. Y si consideramos que la señal de nuestro tiempo es el anhelo de renovar el altruismo en los hombres, es urgente procurar que la concepción se refleje en la semántica del idioma que estamos construyendo en América.

Así piensa el autor que la expresión "hombre bello" es de inferior jerarquía conceptual a "hombre belleza"; y aunque algo discrepamos de esta tesis, creemos que la sobriedad en el adorno debe normar la lírica de nuestro tiempo. Ha llegado la hora de extender el certificado de defunción de lo paramental, de lo retórico, de lo intrascendente. Pero, por otra parte, si juzgamos que el individuo Benito Juárez fué un hombre *extraordinario*, un luchador *heroico*, una figura *inmortal*, usemos, seriamente, los adjetivos que en justicia le corresponden.

Cuando, en el canto I de *Signo*, nos hallamos con:

Mi corazón musita hacia el misterio:
vengo de dioses, puedo hacer la vida.

Hallamos una esperanza y una idea. El *Chilam Balam* de Chumayel, dice: "Dios estaba escondido en la piedra... y luego salió de la piedra y *declaró* su divinidad". La idea es que aquel dios estaba consubstanciado con los seres y las cosas, con su devenir terrestre, no con ultraterrenales ilusiones. La esperanza consiste en que el hombre puede crear su propia divinidad sobre la tierra, es decir, *declarar* que un mundo sin opresión e ignominias debe ser el estado condigno de la condición humana.

Es procedente declarar que el Quetzacóatl que aparece en el segundo poema no es un ser individual, sino una manifestación del filosofar indígena. El águila y la serpiente, la materialidad y la espiritualidad, son Quetzacóatl, que se difunde y transfigura en sucesión continua. Magaloni me dijo, cuando un llameante ocaso enrojecía el Valle de México: "Mi sangre, Quetzacóatl y yo somos manifestaciones de *algo* que no

alcanzo a nombrar". Mi ateísmo hizo un mohín de incredulidad. Entonces, el autor de *Signo* me recordó un ensayo que nos leyera Alfonso Reyes —*Palinodia del Polvo*— que concluía con una inquietante interrogación: "¿Y si acaso [el polvo] fuera el verdadero Dios?"

Para erigir el ansia de esta idea,
 oración de taludes,
 palabra de la piedra,
 trunco en el aire mi pirámide.
 No alcanzo el vértice: lo siento.
 Queda un águila de aire entre mis manos.

Este fragmento final del canto tercero tiene su explicación en la metafísica india: la pirámide americana no posee vértice, como la egipcia, porque sus constructores quisieron representar el concepto de la evolución humana en etapas: la piedra, la planta, el tigre, el águila, la consubstanciación final con el cosmos y, más allá de ellas, la morada de lo incognoscible. Seguidamente, el poeta desciende a la denigrante realidad que viven los indios contemporáneos; recuerda los siglos de coloniaje opresivo y siente que en su sangre hay una gota de culpa. Por ello exclama:

Una parte de mí: he de purificarla!

 Cuatro siglos tapáronme un oído

 ¡Déjame, lluvia, oír mi otro silencio!

Prosiguiendo el tema de protesta social cree, firmemente, que jamás la justicia estará en manos de los conquistadores. Sólo le basta observar, horrorizado, quién soporta los furios del látigo opresor para saber de qué lado crece el oscurantismo y la miseria y de cuál la simiente de redención futura. Entonces, grita al indio, mil veces expoliado, palabras como fuego:

¡Cállate y crece con tus manos

Cuanto más se adentra Magaloni en la matriz americana tanto más se aferra a la justeza de sus convicciones. La función del individuo es servir a la colectividad de que forma parte, como un grano del fruto. Los pueblos indios sembraban sus milpas, repartían las cosechas y daban su parte a los ancianos y a los niños. Sabían que el tallo produce una mazorca porque ha sido alimentado por la planta y ésta, a su vez, por la savia que sube de la tierra. La mazorca, pues, es de la madre milpa. Este sentimiento colectivista, izquierdista, o como quiera denominársele,

que mañana se transformará en una realidad viviente, ya se había hecho conciencia en nuestros pueblos autóctonos. Y es que basta el hecho de que una civilización sea creadora del maíz para pensar que quienes usufructuaron sus granos tuvieron, necesariamente, que aprender el ejemplo aleccionador de la naturaleza. Nuestros antiguos sabios, por hibridación, produjeron el maíz (las plantas silvestres teocintle y trip-sacum son sus probables antecesores), acercándose a la tierra con el amor que dictan los fines superiores. La naturaleza no entrega aquel fruto por generación espontánea. Precisa que el labrador esté a la vera del maizal, que cuide de sus plantas y, sobre todo, que desgrane sus mazorcas: de lo contrario, la semilla deja de reproducirse y muere. Incidiendo sobre el mismo asunto, es un hecho curioso y notable que todas y cada una de las hileras que conforman la mazorca tengan un número par de granos, en ningún caso impar. Pues bien, este dato aparece hecho poesía en *Signo*, una de cuyas cualidades más originales es la insistencia con que alza hasta los cielos el tema del maíz. Creo que muy pocos poetas de nuestra América han hecho una apología orgánica del vegetal que simboliza todo un proceso civilizador de nuestra historia. Espiguemos dos poemas, de los varios que Magaloni ha dedicado a la más noble planta de nuestro hemisferio:

XI

Una parte de mí llena el mañana.
Algo me dijo la niñez del polen
que vuelve en ecos a la brisa:
es de maíz la esencia de tus manos.
Contempla el trigo que dispersa el viento
y el grano que se aprieta en la mazorca.
¡Este es el grano de los pueblos!
Lo sembraron los hijos de los soles
en la inocencia de la sementera:
¡No sabía ser madre de mazorcas
la doncella de la naturaleza!

De enjambres de la noche
los ojos de los indios meditaron
la espiga del maíz: agua de sueño
se ahincó en la tierra;
irguió luceros

XII

Siento el misterio de los gérmenes.
 Eco de los acuerdos del origen,
 llega el coloquio de mis dioses
 a los enjambres de labranza.
 Lo musitan a pares
 las hileras del grano en la mazorca.
 ¡Quien dude que las cuente!
 ¡No hay otro grano de misterios!
 Hijo del sol, se reproduce
 si la mano del hombre lo desgrana.
 No lo concibe tierra sin esposo!
 Vuelvo al tiempo mis ojos:
 busco en vano otro pueblo
 que haya impuesto sus manos en el signo
 de crear su alimento.

Una tesis de profunda actualidad artística y social fluye del canto XIV de *Signo*. Es un vibrante dístico, el poeta señala el único camino que deben seguir los escritores y artistas de nuestra época:

Poesía es el verbo de tu vida:
 no es tu canto si emigra de tus actos.

Lo cual, en buen castellano, significa que tenemos que actuar, indisolublemente, ligados a la verdad que dimana de nuestra creación. Que no se nos venga a decir que un político traidor, que un pederasta consuetudinario, que un plumífero calumniador, o un explotador del hombre, son poetas. De ninguna manera. La poesía, sobre todo, es actitud ante la vida; expresión, ética y estética, al servicio del hombre; digno estado de ánimo; acendrada sensibilidad humana; profunda esperanza en un mundo donde la capacidad hominal derrumbe todos los valladares que, ahora, impiden percibir el coro del optimismo universal.

Dentro de su itinerario de abnegación individual, en aras de un ideal colectivo, observamos que el autor fustiga, implacablemente, al egoísmo vitando y columbra un mundo mejor, liberado de sus garras. Igual que su bronceado abuelo indígena, cree que el ser y el acaecer, el hombre y la naturaleza, forman una pluralidad en marcha eterna, "polvo en viaje a las estrellas", para usar una frase feliz de Manuel Seoane. Pertenecientes a esta suerte de panteísmo son sus versos:

Siento que me difundo en todo,
en todos.
Lo siento como el indio
que caminó sobre su espíritu.
¡No se acapara el viento de la dicha!

Finalmente, el último poema de *Signo* es una estremecida declaración de amor a su tierra!

He de amar a mi tierra;
y si se petrifica,
he de amar a mi piedra.

Aun poniéndose en el caso de que las concepciones justicieras, nacidas de su pueblo, no fuesen escuchadas y se trocase en desolada piedra lo que hasta ayer era fraternidad de espíritu: seguirá amando al roquedal enhiesto que pudo salvar al hombre y su esperanza.

Una última palabra. La calidad humana de Honorato Ignacio Magaloni tiene la misma altura que su mensaje poético. A su lado se respira el purísimo aire de las altas montañas, se siente el rumor del gran Netzahualcóyotl, sembrador de bosques y escrutador de estrellas, y se sueña

La eternidad que ampara
caminar y camino.

Gustavo V'ALCARCEL.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Dls.
1.—Ganará la Luz, por LEON FELIPE (agotado).		
2.—Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra, por ANTONIO CASTRO LEAL	10.00	1.20
3.—Rendición de Espíritu (I), por JUAN LARRREA	12.00	1.50
4.—Rendición de Espíritu (II), por JUAN LARRREA	12.00	1.50
5.—Orígenes del hombre americano, por PAUL RIVET (agotado).		
6.—Viaje por Suramérica, por WALDO FRANK.	12.00	1.50
7.—El Hombre del Bubo, por ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ (agotado).		
8.—Ensayos Interamericanos, por EDUARDO VILLASEÑOR	10.00	1.20
9.—Martí Escritor, por ANDRES IDUARTE....	12.00	1.50
10.—Jardín Cerrado, por EMILIO PRADOS ...	12.00	1.50
11.—Juventud de América, por GREGORIO BERGMANN	12.00	1.50
12.—Corona de Sombra y dos conversaciones con Bernard Shaw, por RODOLFO USIGLI.....	12.00	1.50
13.—Europa-América, por MARIANO PICON SALAS	10.00	1.20
14.—Meditaciones sobre México, Ensayos y Notas, por JESUS SILVA HERZOG	10.00	1.20
15.—De Bolívar a Roosevelt, por PEDRO DE ALBA	10.00	1.20
16.—El Laberinto de la Soledad, por OCTAVIO PAZ	10.00	1.20
17.—La Apacible Locura, por ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ	10.00	1.20
18.—La Prisión, Novela, por GUSTAVO VALCARCEL	10.00	1.20
19.—Estudios sobre Literaturas Hispanoamericanas, Glosas y Semblanzas, por MANUEL PEDRO GONZALEZ	12.00	2.00
20.—Signo, por HONORATO IGNACIO MAGALONI	10.00	1.20
21.—Lluvia y Fuego, Leyenda de nuestro tiempo, por TOMAS BLEDSOE	12.00	1.50
22.—Lucero sin orillas, por GERMAN PARDO GARCIA	10.00	1.20
23.—Los Jardines Amantes, por ALFREDO CARDONA PEÑA	10.00	1.20

OTRAS PUBLICACIONES

Pastoral, por SARA DE IBANEZ	4.00	0.50
Un Método para Resolver los Problemas de Nuestro Tiempo, por JOSE GAOS.....	4.00	0.50

REVISTA

SUSCRIPCION ANUAL PARA 1952

(6 números)

MEXICO	50.00	.
OTROS PAISES DE AMERICA		6.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES.....		8.00

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO	10.00	.
OTROS PAISES DE AMERICA		1
EUROPA Y OTROS CONTINENTES.....		

Ejemplares atrasados, precio convencional.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Juan Cuatrecasas* Consideraciones sobre la crisis cultural y política de nuestros días.
- Germán Arciniegas* Brasil. Un continente dentro del continente.
- Jesús Silva Herzog* Reflexiones sobre las dictaduras.
Notas, por María Rosa Oliver y Rubia Barcia.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

RECORDACION DE CAJAL. Participan: JOAQUÍN D'HARCOURT, LUIS GARRIDO, I. COSTERO, DIONISIO NIETO, MANUEL MARTÍNEZ BÁEZ, M. MÁRQUEZ, TOMÁS G. PERRÍN, ARTURO ROSENBLUETH, J. PUCHE, JULIO BEJARANO y GERMÁN SOMOLINOS.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Pablo Martínez del Río* El mamut de Santa Isabel Iztapan.
- Arnaldo Cosco* Leonardo da Vinci y el Renacimiento.
- Maxime Leroy* Víctor Hugo, pensador social.
Nota, por Luis Alberto Sánchez.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Manuel Calvillo* Epístola.
- María Victoria de Salinas* Continuidad.
- Max Aub* Enrique González Martínez y su tiempo.
- Enrique González Rojo, Jr.* Recuerdos de mi abuelo el doctor Enrique González Martínez.
- Raimundo Lazo* Caracterización y balance del modernismo en la literatura hispanoamericana.
- Rafael Heliodoro Valle* Pretérito perfecto.
Notas, por Rodolfo Usigli y Gustavo Valcárcel.